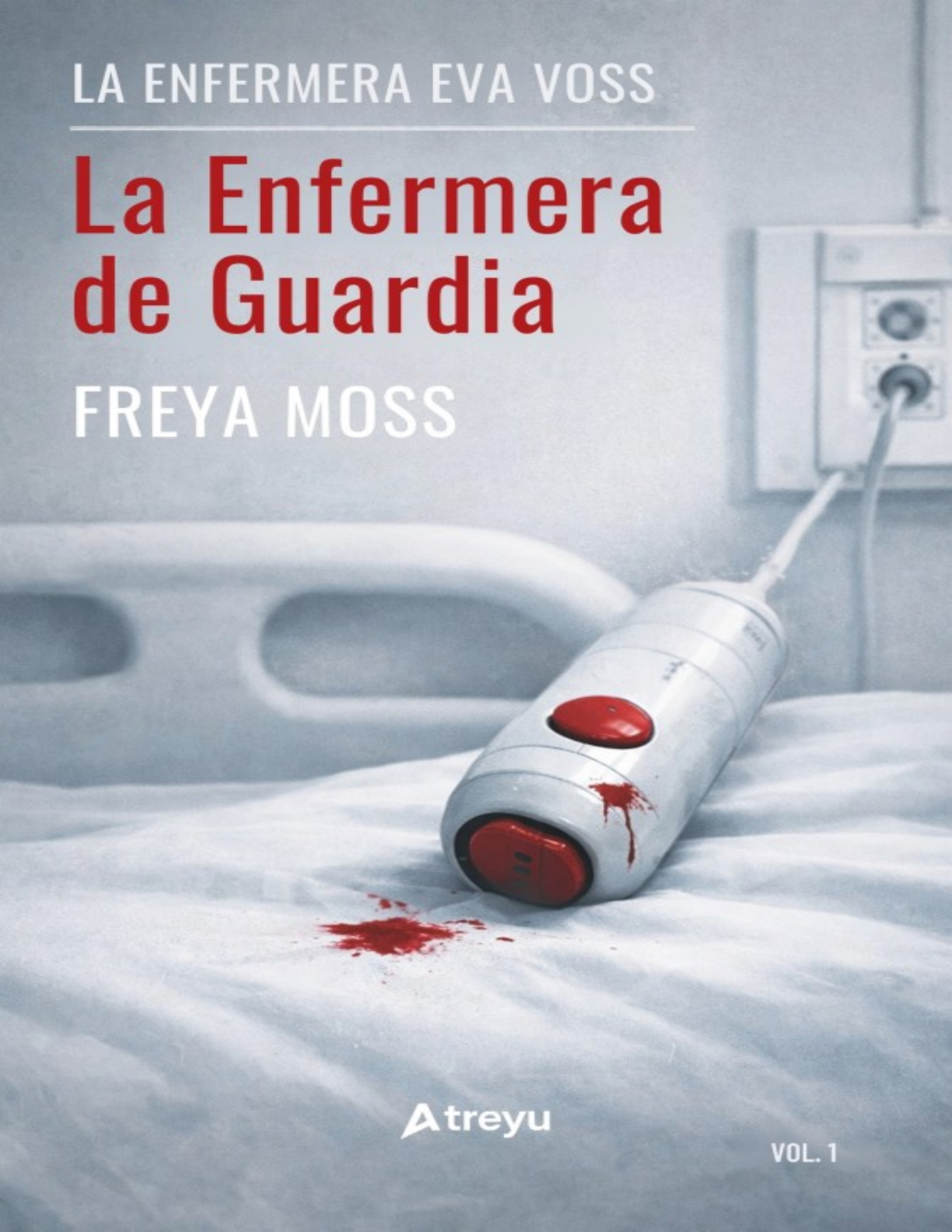
LA ENFERMERA EVA VOSS

# La Enfermera de Guardia

FREYA MOSS



Atreyu

VOL. 1

# LA ENFERMERA DE GUARDIA

Freya Moss

**Atreyu Servicios Digitales**

Derechos de autor © 2026 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

# CONTENIDO


Página del título
Derechos de autor
La Enfermera de Guardia
Prólogo: Un clic de teclado. Un suspiro.
Capítulo 1: La Llamada
Capítulo 2: El Paciente
Capítulo 3: Rutinas Y Susurros
Capítulo 4: La Primera Desaparición
Capítulo 5: El Jardinero
Capítulo 6: Archivos Bloqueados
Capítulo 7: Un Sabor Extraño
Capítulo 8: La Prueba
Capítulo 9: Confrontación
Capítulo 10: El Error De Eleanor
Capítulo 11: Alianza Nocturna
Capítulo 12: El Cuarto Prohibido
Capítulo 13: Rastros De Furia
Capítulo 14: La Caja De Hojalata
Capítulo 15: El Escalpelo
Capítulo 16: La Llamada De Maya
Capítulo 17: El Testimonio

Capítulo 18: La Verdad Sobre Alex
Capítulo 19: La Confesión A Medias
Capítulo 20: La Noche Del 'Accidente'
Capítulo 21: Un Callejón Sin Salida Legal
Capítulo 22: El Fantasma Del Pasado
Capítulo 23: La Pequeña Mentira
Capítulo 24: Un Frágil Equilibrio
Capítulo 25: Procedimiento Estándar
Capítulo 26: La Decisión De Alex
Capítulo 27: La Balanza
Capítulo 28: Preparación
Capítulo 29: Administración
Capítulo 30: Fallo Sistémico
Capítulo 31: El Inspector Croft
Capítulo 32: Un Relato Perfecto
Capítulo 33: Archivado
Capítulo 34: Despedidas
Capítulo 35: La Nueva Normalidad
Epílogo: Pero Había Un Hilo Suelto.

# LA ENFERMERA DE GUARDIA

*Freya Moss*

*La Enfermera Eva Voss 1*

# PRÓLOGO: UN CLIC DE TECLADO. UN SUSPIRO.

La respiración de su madre era un sonido húmedo y ronco. La luz de la lámpara de noche proyectaba sombras profundas en los huecos de sus mejillas.

Eva mojó la esponja en el vaso de agua tibia. Se inclinó sobre la cama. Con una concentración que no era infantil, pasó la esponja por los labios agrietados.

Los ojos de su madre se abrieron de repente. Fijaron su mirada en Eva. Los dedos esqueléticos se cerraron con una fuerza sorprendente alrededor de su muñeca.

—Me han olvidado —susurró la mujer. Su voz era el crujido de hojas secas.

Eva no dijo nada. Sus ojos grises, observadores, absorbieron cada detalle: la mancha amarillenta en la sábana, el frasco de medicinas vacío, el teléfono que no había sonado en tres días.

La lucidez se desvaneció. Los párpados de la mujer cayeron. Su respiración volvió a ser ese sonido entrecortado. La mano se abrió, liberando a Eva.

Eva se quedó inmóvil junto a la cama. El peso en su pecho era físico. Observó sus propias manos, pequeñas y limpias, y luego las de su madre.

Algo se solidificó dentro de ella. Frío, nítido, irreversible.

Sus dedos se cerraron lentamente. Formaron un puño. Los nudillos blanquearon.

Nunca. Nunca permitiría que alguien se aferrara así a unas sábanas, abandonado.

La habitación guardó silencio. Eva no se movió. Solo apretó el puño un poco más fuerte.

El gemido comenzó como un suspiro. Luego se convirtió en algo más: un sonido agudo y retorcido. Su madre se arqueaba en la cama, los dedos arañando el algodón.

Eva se movió antes de pensar. Sus pies descalzos golpearon el suelo frío del pasillo. Corrió hacia el teléfono fijo en la cocina. Marcó el número de urgencias.

—Servicio de atención domiciliaria —dijo una voz femenina al otro lado.

—Es mi madre —la voz de Eva salió más alta de lo que esperaba—. Tiene mucho dolor. Necesita al médico.

Un clic de teclado. Un suspiro.

—Nombre del paciente.

Eva lo dio. Escuchó el sonido de papeles siendo movidos.

—La Dra. Fernández está de baja. El sustituto, el Dr. Ruiz, no está disponible hasta mañana por la tarde.

—Pero ella… se está retorciendo. La medicación no le hace nada.

—La pauta analgésica está prescrita. No podemos modificarla sin autorización médica.

—¿Y qué hago? —preguntó Eva.

—Puede intentar medidas de confort. Compresas frías. Cambio de postura. Ya se hizo todo lo posible en la última visita.

Eva miró hacia el pasillo oscuro donde el gemido persistía. Vio el frasco de morfina vacío. La jeringa estéril, inútil.

—¿Así que nadie viene? —su tono era plano.

—Lo siento. El protocolo no lo permite sin valoración previa.

Eva colgó. El clac del auricular fue un sonido definitivo.

Permaneció allí, apoyada contra la pared fría. El gemido era un cuchillo girando en su costado.

Caminó de vuelta. No corrió. Sus pasos eran medidos.

Al entrar en la habitación, la lámpara proyectaba sombras danzantes. Eva se detuvo al lado de la cama. Observó la jeringa vacía. El frasco de cristal ámbar.

Su mirada se desplazó hacia el botiquín abierto en una silla. Allí, entre vendas, había otro frasco. Uno que la enfermera había dejado la semana pasada, "por si acaso". No estaba en el plan de medicación.

El gemido de su madre se quebró en un jadeo.

Eva extendió la mano. Sus dedos se cerraron con precisión alrededor del frasco fresco. El cristal estaba frío.

No pensó en las reglas. Solo vio los ojos vidriosos de su madre, la boca abierta en un rictus de agonía, y supo que el único alivio posible estaba en sus propias manos.

El tiempo se escurrió en la quietud. El gemido se había apagado, reemplazado por un suspiro profundo y regular. La luna trazaba una franja plateada sobre el rostro de su madre.

Eva no se había movido. La frialdad del marco de la cama se le había incrustado en las yemas de los dedos. El frasco vacío yacía

sobre la mesilla.

Desde la habitación contigua, el tictac del reloj marcaba el compás de la noche. Cada *tic* era un latido del mundo exterior, un mundo que había colgado el teléfono.

Observó el pecho de su madre, subiendo y bajando con fragilidad. Un alivio tan profundo que dolía le inundó el pecho, pero no llegó a sus ojos. Estos permanecieron secos, fijos.

No había triunfo en lo que había hecho. Solo un hecho frío: el alivio había dependido de un frasco olvidado, de saltarse un protocolo. El sistema había fallado.

Apretó los dedos contra el metal frío hasta sentir el hueso. Un susurro ronco rasgó el silencio.

—Nunca más.

Las palabras flotaron en el aire viciado.

—Nunca voy a quedarme de brazos cruzados. Nunca voy a confiar en que otro hará lo correcto.

Cada palabra era un clavo que martillaba en su interior. No era una promesa infantil, era un pacto.

—Si está en mi mano evitarlo, nadie volverá a sufrir así. Lo juro.

El último sonido, "juro", no tuvo eco. Fue absorbido por la oscuridad. Pero en el aire quedó suspendido, una línea divisoria invisible.

Permaneció en vela hasta que el cielo empezó a palidecer. No vigilaba el sueño de su madre; vigilaba el nacimiento de su propia sombra, larga y determinada, que se extendía por el suelo hacia un futuro que, sin saberlo aún, llevaría el brillo quirúrgico de un escalpelo bajo la luz de una habitación ajena.

# CAPÍTULO 1: LA LLAMADA

El zumbido del motor era un ronroneo constante que vibraba en el volante. Eva apretaba las manos sobre el cuero gastado, los nudillos blanqueados como perlas. La carretera serpenteaba a través de un bosque tan denso que el mediodía parecía un crepúsculo perpetuo. El aire dentro del coche olía a polvo viejo y al tenue aroma químico que emanaba de su maletín de enfermería, abierto en el asiento del copiloto.

Un espasmo le recorrió la espalda, un nudo de acero entre los omóplatos. Respiró hondo, pero el aire se atascó. Por un instante, no fue el cuero del volante lo que sintió bajo sus dedos, sino el algodón áspero de unas sábanas de hospital, y el peso frágil de una mano que se aferraba.

El timbre del móvil la arrancó del borde del recuerdo.

Descolgó sin mirar la pantalla. La voz de Maya brotó, cálida y llena de una preocupación que Eva ya había aprendido a reconocer como preludio de un sermón.

—¿Ya casi llegas? Este lugar suena… aislado, Evita. Lo busqué en el mapa. Son kilómetros de nada alrededor.

—Es un trabajo, Maya. No unas vacaciones —la respuesta de Eva sonó más cortante de lo que pretendía. Condujo con una mano mientras se masajeaba la nuca con la otra. El músculo estaba duro como una piedra—. Necesitan a alguien para turnos de veinticuatro horas. El sueldo es el triple de lo que pagaría una clínica.

—Por algo será. Un paciente en coma, en una mansión perdida en el bosque… Suena a trama de una de esas películas que me obligas a ver y luego no puedo dormir.

Eva esbozó una mueca que no era una sonrisa. Por la ventanilla, los árboles se sucedían como barreras oscuras.

—Es un hijo. Timothy Blackwood. La madre, Eleanor, lleva meses cuidándolo sola. Está agotada. Necesita ayuda profesional.

—¿Y tú necesitas esto? —La pregunta de Maya cayó en el silencio del coche como una piedra en un estanque—. Después de lo de tu madre… Esto es muy intenso. Podrías buscar algo en la ciudad, con horarios normales, con gente…

—No busco normalidad —cortó Eva. Las palabras salieron planas, definitivas. Otro pinchazo en la espalda, esta vez tan agudo que le hizo contener el aliento. Por una fracción de segundo, el bosque se desdibujó. Volvió a ver la lámpara de la mesilla, proyectando sombras esqueléticas en la pared. El sonido de una respiración trabajosa, el único reloj en una habitación donde el tiempo había dejado de importar.

El coche pasó sobre un bache profundo. El golpe sacudió su columna y la trajo de vuelta al presente, con el corazón acelerado y la boca seca.

—Eva? ¿Estás ahí?

—Sí. Señal mala —mintió, apretando los dientes—. Mira, te llamo cuando salga de la entrevista. No te preocupes.

—Es mi trabajo preocuparme por ti.

—Pues cámbiate de trabajo —replicó Eva, y al instante se arrepintió. Oía el silencio herido al otro lado de la línea—. Lo siento. Es… la tensión del viaje.

—Sé lo que es —dijo Maya, y su voz había perdido parte de su calor —. Solo… ten cuidado, ¿vale? Prométemelo.

Eva no respondió. Su mirada se había fijado en el retrovisor, en sus propios ojos grises, marcados por la fatiga y algo más duro, más decidido. El juramento de aquella niña de doce años resonó en algún pliegue de su memoria, no como palabras, sino como una sensación: el peso del frasco de cristal ámbar en su mano, la paz que siguió al dolor ajeno.

—Tengo que colgar —dijo, y lo hizo antes de que Maya pudiera responder.

Dejó el móvil en el asiento vacío. La carretera hizo una curva amplia y, de pronto, el bosque se abrió.

Allí, al final de un largo camino privado flanqueado por robles centenarios, la Mansión Blackwood se alzaba contra el cielo plomizo. Era una estructura de piedra gris, con ventanas altas y estrechas que parecían mirar sin ver. No había elegancia en sus líneas, solo una masa imponente y sombría, como un acantilado erigido por capricho.

Un escalofrío, repentino e involuntario, le recorrió la espalda. No era por el aire acondicionado, que llevaba averiado desde hacía meses. Apretó el volante con más fuerza y giró hacia el camino de entrada.

El coche se detuvo sobre la gravilla con un crujido que le pareció indecente en aquel silencio. Eva apagó el motor. El tictac del indicador cesó, dejando un vacío acústico que llenó el canto estridente de un pájaro, demasiado agudo, demasiado insistente.

Al abrir la puerta, el olor a hierba recién cortada la golpeó como una pared. Dulce, artificial. Bajo él, el aroma terroso y húmedo de la tierra. Un contraste calculado, pensó mientras sacaba su maletín negro del asiento del copiloto. La sensación del asa de cuero gastado bajo sus dedos era un punto de anclaje familiar.

Fue entonces cuando lo vio. Un hombre, a unos diez metros, junto a un seto de boj recortado con precisión geométrica. Sus tijeras de podar chirriaban con un ritmo metódico. *Snip. Snip. Snip.* No miraba las ramas. Miraba hacia ella.

Eva cerró la portezuela. El sonido resonó en la explanada. El hombre no interrumpió su tarea, pero sus ojos marrones, atentos bajo una mata de cabello castaño desordenado, no se desviaron. La evaluaban con la misma curiosidad distante con la que se observa un insecto raro.

Caminó hacia la puerta principal, sintiendo la gravilla hundirse bajo sus zapatos planos. La mirada del jardinero era un peso físico entre sus omóplatos.

—La entrada es esa —dijo una voz masculina, neutra, justo cuando ella alzaba la mano hacia el llamador de latón.

Eva se volvió. El hombre había dejado las tijeras colgando de un dedo. Una sonrisa pequeña, torpe, le jugaba en los labios. No llegaba a sus ojos.

—Gracias.

—No hay de qué. —Hizo una pausa, escudriñando la fachada de piedra gris como si también la viera por primera vez—. Es un lugar… tranquilo. A veces demasiado.

Las palabras flotaron en el aire perfumado. Una advertencia disfrazada de observación banal. Eva asintió, sin responder. Su profesión le había enseñado a escuchar el subtexto en las pausas, en lo que no se decía.

Antes de que pudiera preguntar nada más, un chasquido seco partió el silencio. La pesada puerta de roble se abrió hacia dentro, revelando una oscuridad profunda.

No había nadie en el umbral. Solo un vestíbulo frío y un pasillo que se perdía en sombras.

Eva lanzó una última mirada al jardinero. Él ya había vuelto a sus setos, la espalda inclinada sobre el trabajo, pero la nuca tensa delataba que seguía consciente de su presencia. Tomó aire, un soplo cargado del aroma a poda, y cruzó el umbral.

La puerta se cerró tras ella con un golpe sordo y definitivo, cortando de raíz la luz del día y el canto de los pájaros. La dejó sumida en una penumbra fría que olía a cera de abejas vieja y a algo más: un leve tufo a antiséptico, familiar y ominoso.

Permaneció inmóvil, dejando que sus ojos se adaptaran. El vestíbulo era alto, con un suelo de mármol negro que reflejaba tenuemente la luz de una lámpara de cristal apagada. Escaleras de madera oscura subían hacia la nada. Silencio. Un silencio tan absoluto que podía oír el latido de su propia sangre en los oídos.

Entonces, un sonido. Lejano al principio, luego más claro: el eco metódico de unos pasos que se acercaban por el pasillo a su derecha. Tacones sobre mármol. Firmes, sin prisa.

Los pasos resonaron en el pasillo, cada eco un latido en el mármol. Eva mantuvo la postura erguida, las manos cruzadas sobre el maletín. La figura que emergió de las sombras no era una sirvienta.

Era una mujer de unos sesenta años, vestida con un traje de lana gris perla que hablaba de sastres caros. Su cabello plateado estaba recogido en un chignon impecable, pero nada podía ocultar las ojeras violáceas que ahondaban sus ojos verdes, dándoles una intensidad febril. Eleanor Blackwood.

—Señorita Voss —dijo, y su voz era suave, pulida por la educación, pero con una grieta de fatiga en la última sílaba—. Soy Eleanor Blackwood. Sígame, por favor.

No ofreció la mano. Dio media vuelta y comenzó a caminar, confiada en que Eva la seguiría. El pasillo era un túnel de madera oscura y papel pintado con motivos florales desvaídos. El olor a cera de abejas se mezclaba con el tenue aroma a desinfectante, más fuerte aquí dentro. Pasaron junto a puertas cerradas, bajo la mirada de retratos de antepasados con semblantes severos.

El salón al que la condujo era vasto y opresivo. Cortinajes de terciopelo borgoña bloqueaban la mayor parte de la luz, dejando que solo unos haces polvorientos iluminaran los muebles de caoba. Un

reloj de péndulo enorme marcaba el tiempo con un tictac pesado y regular. En la chimenea de mármol negro, fría y limpia, descansaba un crucifijo de plata. Estaba torcido, como si alguien lo hubiera golpeado al pasar.

—Siéntese —indicó Eleanor, señalando un sofá de terciopelo frente a una mesita baja donde ya esperaba una bandeja de plata con una tetera y dos tazas de porcelana fina.

Eva se sentó, colocando el maletín a sus pies. Observó cómo Eleanor se movía con una economía de gestos estudiada. Al inclinarse para servir el té, la luz de la lámpara de pie cayó sobre sus manos. Delgadas, con venas azules marcadas, temblaban. El borde de la tetera golpeó contra la taza con un tintineo nervioso.

—Le agradezco que haya venido con tanta premura —comenzó Eleanor, sin mirarla, concentrada en la tarea—. La situación requiere… discreción. Y competencia.

—En su anuncio se mencionaba un paciente en estado de coma —dijo Eva, su voz neutra, profesional.

—Mi hijo. Timothy. —Eleanor alzó por fin la mirada. Sus ojos verdes clavaron los de Eva, buscando algo—. Sufrió un accidente hace ocho meses. Una caída. Las lesiones cerebrales fueron… extensas. Los médicos hablan de estado vegetativo persistente. —Pronunció las palabras técnicas con una frialdad que sonaba a fuerza de voluntad, como si recitara un informe que ya no la conmovía.

—¿Qué tipo de cuidados requiere?

—Los estándares. Monitorización de signos vitales, administración de nutrición enteral y medicación a través de sonda, prevención de úlceras, cambios posturales. —Hizo una pausa y tomó un sorbo de té. La taza tembló en el platillo—. Pero hay más. Necesito a alguien que entienda que esta casa, esta situación, es… delicada. Hemos tenido problemas con personal anterior. Personas que hacían preguntas inapropiadas. Que no respetaban la privacidad que necesitamos.

Eva siguió la dirección de su mirada fugaz. En la repisa de la chimenea, junto al crucifijo torcido, había una fotografía en un marco de plata. Una familia: Eleanor, más joven, un hombre de aspecto severo, y un chico rubio que debía ser Timothy, de adolescente. Alguien había arañado la superficie de la foto sobre el rostro del chico, dejando marcas plateadas y furiosas.

—Mi trabajo es el cuidado del paciente, no la investigación de su vida privada —respondió Eva, manteniendo el tono plano—. Pero para proporcionar los mejores cuidados, necesito un historial médico completo. Informes de los neurólogos, protocolos de medicación actuales.

Eleanor esbozó algo que pretendía ser una sonrisa. Solo una contracción tensa de los labios.

—Por supuesto. Todo está documentado. Y en cuanto a los términos… —Deslizó un sobre de papel grueso por la mesa—. El salario es el doble de lo que se paga normalmente por este servicio. Incluye alojamiento aquí, en la planta superior. Se requiere disponibilidad las veinticuatro horas, con un día libre a la semana. Espero que sea aceptable.

Eva no tocó el sobre. El monto era excesivo. Un incentivo por el silencio, envuelto en papel de seda.

—Las condiciones son más que generosas —dijo—. Acepto.

El alivio que cruzó el rostro de Eleanor fue tan brusco como revelador. Cerró los ojos un instante, los párpados temblando.

—Bien. —Se levantó, un movimiento brusco—. Entonces es mejor que conozca a Timothy ahora. Así podrá empezar esta misma noche.

Caminó hacia la puerta. Eva la siguió, recogiendo su maletín. Al pasar junto a la ventana, una mancha de movimiento en el jardín llamó su atención. Alex, el jardinero, ya no podaba. Estaba de pie, inmóvil, entre los setos recortados. Miraba directamente hacia la

ventana del salón, hacia ella. La distancia no ocultaba la intensidad de su postura, los brazos cruzados, la nuca rígida.

Eleanor, al notar que Eva se había detenido, volvió la cabeza. Su mirada siguió la de Eva y se posó en el hombre del jardín. Una sombra, rápida y dura, cruzó su expresión. Sus labios se apretaron en una línea delgada.

—El jardinero —masculló, más para sí misma—. Venga, señorita Voss. No hay tiempo que perder.

Apretó el paso, alejándose por el pasillo oscuro, y Eva tuvo que apresurarse para no perderla de vista, la imagen de Alex, quieto y vigilante, grabándose en su mente junto al crucifijo torcido y la foto arañada.

# CAPÍTULO 2: EL PACIENTE

La puerta del salón se cerró con un suave clic. El pasillo era un túnel de oscuridad.

Eleanor caminaba delante, sus pasos ahogados por la moqueta. Eva apretó el asa de su maletín.

La mujer se detuvo frente a una puerta de roble oscuro.

—Las normas —dijo, voz ronca—. Cambios posturales cada dos horas. Alimentación por sonda a las ocho, dos y ocho.

Abrió la puerta.

El olor golpeó a Eva: desinfectante, alcohol, el dulzor artificial de los nutrientes.

La habitación era amplia, pero el equipo la convertía en una celda. Un ventilador. Un monitor. Una bomba de infusión. Luz fría de tiras LED.

Y en el centro, Timothy Blackwood.

Era más joven de lo que había imaginado. Cabello rubio oscuro, desparramado. Rostro pálido. Labios entreabiertos para el tubo. Sus ojos azules, abiertos pero sin ver.

Eleanor se quedó en el umbral.

—El neurólogo viene los jueves. La enfermera de noche llega a las diez. Usted cubrirá el día.

Eva se acercó a la cama. Su mirada escaneó el entorno primero. Todo caro. Impecable.

Pero su atención se detuvo en el puerto de la sonda en el abdomen de Timothy. Alrededor del borde, donde el plástico encontraba la piel, había una costra cristalina, blanquecina.

No era estándar.

—Necesitaré el historial médico completo —dijo Eva, sin apartar la vista—. Los informes de la UCI. Las tomografías.

Eleanor hizo un ruido breve.

—Está todo en la carpeta. Lo que necesita saber.

—Lo que necesito saber es lo que le dieron, no solo lo que le dan ahora.

Silencio. Eva giró la cabeza. Eleanor la miraba desde la puerta, sus ojos verdes con ojeras parpadeando.

—La medicación es la prescrita —articuló—. Nada más.

Eva ya había visto. El residuo blanco. La evasión.

El primer hilo suelto.

Eleanor siguió hablando horarios. Eva ya no escuchaba. Sus ojos grises estaban fijos en la costra.

Abrió las muñequeras de sujeción. El velcro crujió. La piel en la muñeca de Timothy mostraba irritación. Lo anotó mentalmente.

Eleanor se retiró. El aire quedó cargado con el zumbido mecánico.

Eva respiró hondo. Se ajustó el estetoscopio.

Sus manos iniciaron el examen. Presionó sobre el esternón. Nada. Aumentó la presión. El pecho de Timothy permaneció inmóvil. Sus ojos no parpadearon ante el destello de su linterna.

*Midazolam*, pensó, mientras palpaba el pulso radial, lento. *Dosificación para sedación profunda. Un muro químico.*

Se inclinó sobre la máquina de nutrientes. Su mirada volvió al puerto. Con un hisopo estéril de su maletín, tomó una muestra mínima de la costra, la selló en una bolsita. Gestos automáticos.

Revisó los registros de signos vitales pegados a la pared. Gráficas de ocho meses de líneas casi planas. Demasiado planas.

Era la calma de un estanque envenenado.

Su espalda protestó al agacharse junto al cubo de basura clínica. Lo abrió. Gasas limpias. Guantes. El envoltorio de una jeringa. Metió la mano, moviendo el contenido.

Sus dedos tocaron algo frío y cilíndrico.

Lo sacó.

Una jeringa de 10 ml, usada. El émbolo, completamente presionado. No estaba en el registro. La levantó a la luz.

En el interior, adherido a las paredes, quedaba un residuo viscoso, ámbar oscuro. No era midazolam. No era suero. Era algo espeso.

Eva contuvo la respiración.

El frasco de cristal ámbar de su infancia pareció materializarse en el aire frente a ella. La misma transgresión.

Sus dedos se cerraron alrededor del cilindro.

*¿Qué, exactamente, te están dando, Timothy Blackwood?*

Y la pregunta más urgente: *¿Quién más lo sabe?*

La jeringa usada pesaba en el bolsillo de su bata. Eva dejó la habitación, el zumbido pegándose a su nuca.

Media hora después, el salón estaba bañado en luz anaranjada.

Eleanor estaba sentada frente a una taza de té ya frío.

—Para optimizar los cuidados —comenzó Eva, voz profesional—, necesito entender la farmacología completa. ¿Podría autorizarme a hablar con su neurólogo?

Los dedos de Eleanor se crisparon.

—El doctor Hale está de viaje. Conferencia en Zurich. Y los registros… hubo un problema con el software hace unas semanas. Se perdieron datos.

—¿Semanas? —Eva no movió un músculo—. Los parámetros basales son críticos. Sin esa línea, es imposible evaluar fluctuaciones.

El tictac del reloj sonó como un martillazo. Eleanor desvió la mirada.

—El personal anterior… no era meticuloso. Por eso la contraté a usted.

—Entonces necesitaré una orden para solicitar los historiales al hospital inicial.

—¡Eso no es necesario! —La protesta surgió como un chasquido. Se llevó una mano al templo—. Disculpe. Es… la migraña. Timothy está estable. Cambiar algo podría ser peligroso.

Eva observó cómo la mujer se ponía rígida. El pánico no era por una migraña.

Era miedo.

—La estabilidad en un estado vegetativo persistente es un concepto engañoso —argumentó Eva—. Sin datos, no puedo garantizar que no haya deterioro.

—Basta. —Eleanor se levantó de golpe—. Hoy no puedo con esto. Le ruego que se limite a las tareas asignadas.

Cruzó la sala y salió. La puerta se cerró.

El salón quedó en silencio.

Eva no se movió. El peso en su bolsillo parecía aumentar. Su juramento infantil pulsaba detrás de sus costillas. *Nunca más confiar en que otros hagan lo correcto.*

Se acercó a la ventana alta. Afuera, el jardín se hundía en la penumbra.

Y entonces lo vio.

Alex no estaba podando. Estaba plantado en el centro del camino de grava, inmóvil, con la cabeza ligeramente levantada.

No miraba hacia el salón.

Su atención estaba dirigida más arriba. Hacia la fachada.

Hacia la ventana de la habitación de Timothy.

Como si sintiera la mirada sobre él, giró la cabeza con lentitud. Sus ojos marrones encontraron los grises de Eva a través del cristal.

No hubo sonrisa. Ningún gesto.

Solo esa observación fija, intensa.

Él no se movió.

Ella tampoco.

Dos figuras congeladas, separadas por el cristal y un secreto que empezaba a pudrir todo a su alrededor.

# CAPÍTULO 3: RUTINAS Y SUSURROS

El zumbido del ventilador se convirtió en el latido de la mansión. Eva pasó las siguientes horas estableciendo una rutina que era más ritual que cuidado, cada movimiento calculado bajo la luz fría de las tiras LED. Limpió el puerto de la sonda con solución salina, frotando con suavidad la costra cristalina que se resistía. Registró los signos vitales en una hoja que Eleanor le había entregado: números que no cuadraban con la profundidad del coma.

La matriarca había regresado antes del anochecer, instalándose en una silla junto a la puerta. No tejía, no leía. Solo observaba. Sus dedos largos y pálidos se aferraban a los brazos de la butaca, los nudillos blancos como porcelana. El olor a desinfectante no lograba enmascarar el aroma agrio de su sudor, un rastro de pánico que impregnaba el aire estéril.

—La bomba de nutrición —indicó Eleanor, su voz un hilo tenso—. El caudal está preestablecido. No lo modifique bajo ningún concepto.

Eva asintió, sus propios dedos recorriendo las líneas de infusión. Encontró una bolsa de suero con un lote que no coincidía con la fecha de caducidad registrada. Giró la etiqueta hacia la luz.

—¿Este lote lo trajo el proveedor habitual?

Un crujido de tela. Eleanor se había inclinado hacia adelante.

—¿Por qué pregunta?

—El código parece anterior al accidente. Ocho meses, al menos. —Eva mantuvo la voz neutra, profesional. Un simple dato clínico—. La estabilidad de los componentes puede degradarse.

—No toque esa bolsa. —La orden salió demasiado rápida, afilada—. El doctor Hale supervisa personalmente los suministros. Él autoriza cada variación.

—Pero el doctor Hale está en Zurich.

El silencio que siguió fue físico, una presión en los tímpanos. Las sombras de los monitores bailaban sobre el rostro inmóvil de Timothy, alargando sus pestañas pálidas sobre las mejillas hundidas. Eleanor se levantó, el movimiento brusco haciendo rechinar la madera.

—Su turno termina a las diez. La señora Gable llegará puntual. —Caminó hacia la puerta, su figura esbelta recortada contra el pasillo oscuro—. Le ruego que no… indague. La familia ha pasado por suficiente.

La puerta se cerró sin ruido. No del todo. Quedó entreabierta un centímetro, una rendija negra.

Eva no se volvió. Continuó su ronda, palpando la temperatura de la piel de Timothy, revisando las sujeciones de las muñequeras. La sensación de ser observada le recorrió la nuca, un hormigueo persistente. Miró hacia la rendija. Nada. Solo oscuridad.

Pero el aire que entraba por ese espacio mínimo traía un sonido. Lejano, amortiguado por los pasillos de piedra. No eran pasos.

Era una voz.

Baja, urgente, cargada de una furia contenida que no encajaba con la elegancia plateada de Eleanor. Las palabras eran indistinguibles, pero el tono era inconfundible: desesperación mezclada con ira. Una discusión telefónica.

Eva se deslizó hacia la pared, acercándose a la ventana que daba al jardín nocturno. La luna, un cuarto creciente pálido, iluminaba el camino de grava. Vacío.

La voz desde el pasillo se elevó un instante, una palabra clara que cortó el zumbido de los aparatos:

—¡Basta!

Luego, un golpe sordo. ¿Un puño contra la pared? ¿Un objeto arrojado?

El silencio regresó, más denso que antes.

Eva permaneció junto al cristal frío, su propio aliento empañando la superficie. En el reflejo fantasmagórico, vio la puerta entreabierta a sus espaldas. Y en la oscuridad del pasillo, la silueta apenas perceptible de alguien que también escuchaba.

El cristal empañado borró el jardín nocturno. Eva frotó el vaho con la manga, la tela áspera contra la yema de los dedos. Necesitaba aire que no oliera a desinfectante y mentiras.

El camino de grava brillaba pálido bajo la luna menguante. Vacío.

Un crujido. Seco, como una rama partida bajo una bota.

Apareció desde la izquierda, moviéndose con una economía de gestos que no era la de un jardinero nocturno. Alex. Una luz frontal amarillenta le iluminaba el pecho, proyectando una sombra larga y deforme que trepaba por el muro de piedra. No podaba. Observaba. Su rostro, bañado en esa luz enfermiza, estaba vuelto directamente hacia la ventana donde ella se encontraba.

Eva no retrocedió. El hormigueo en su nuca se convirtió en una descarga fría que le recorrió la columna.

Él la vio. Sus ojos marrones, atentos incluso a esa distancia, se clavaron en los suyos a través del vidrio. No hubo sorpresa. Solo un

reconocimiento lento, deliberado. Levantó una mano enguantada, no para saludar.

Señaló. Un gesto corto, nítido. Su índice se extendió hacia la fachada principal de la mansión, hacia la puerta de entrada maciza. Luego, giró la mano, la palma hacia abajo, y la movió en un suave vaivén horizontal. *Cálmate. Espera.*

Después, llevó el mismo índice a sus propios labios.

Silencio.

El mensaje era inequívoco: había peligro en la puerta, y ella debía callar.

Un chirrido metálico resonó en el pasillo a sus espaldas, demasiado cerca. El sonido de una bisagra antigua, o de un pomo que cedía.

Eva se giró de golpe, el corazón apretándole la garganta. El pasillo seguía en sombras, la rendija de la puerta igual de negra. Nada se movía.

Al volver la vista al jardín, el camino de grava estaba vacío otra vez. Solo quedaban, iluminadas por el tenue resplandor lunar, unas tijeras de podar abandonadas sobre la tierra húmeda, y el rastro circular de la luz frontal que aún flotaba en su retina como una mancha fantasma.

Alex se había esfumado.

El aire que entraba por la ventana entreabierta ya no era solo frío; olía a tierra removida, a secreto compartido sin una palabra. Su advertencia muda pesaba más que todas las evasivas de Eleanor. Él no era un espectador casual. Estaba dentro del juego.

Otro sonido llegó desde el pasillo. No un chirrido esta vez, sino un susurro arrastrado, como de tela rozando la pared.

Eva apartó la mejilla del cristal helado. Su reflejo pálido la observaba, los ojos grises demasiado abiertos en la oscuridad. Tomó

una decisión en un instante, el mismo instinto que una vez la llevó a alcanzar un frasco de medicación no prescrita.

Deslizó los pies sobre el suelo de madera, sin hacer ruido, y se dirigió hacia la rendija de luz que marcaba la puerta. Hacia el sonido. Hacia lo que, o quién, había estado escuchando en la oscuridad.

El susurro se arrastraba como un gusano por la madera del pasillo, áspero y entrecortado. Eva avanzó hacia él, cada paso medido para no crujir las tablas bajo sus pies descalzos. La rendija de luz bajo la puerta del estudio era una línea amarillenta y enfermiza, cortando la oscuridad del corredor.

El olor llegó primero: cera de abejas rancia y polvo de papel viejo, mezclado con un perfume a jazmín que no lograba enmascarar el hedor a miedo. Se detuvo a un palmo de la madera, el costado de su mejilla rozando el frío del marco. El corazón le golpeaba las costillas con un ritmo sordo y urgente.

La voz de Eleanor era un hilillo de desesperación, apretado por los dientes.

—…no puede despertar, ¿lo entiendes? No ahora. No con ella aquí.

Un silencio. Alguien hablaba al otro lado, una vibración grave e ininteligible a través del auricular.

—El dinero no es el problema —la voz de la mujer se quebró en un suspiro ahogado—. Es la nueva enfermera. Es… demasiado observadora. Pregunta. Mira donde no debe.

Eva sintió un nudo de hielo formarse en su estómago. Los músculos de sus mandíbulas se tensaron hasta doler.

—Sí —continuó Eleanor, más baja, casi un jadeo—. El mismo protocolo. Mantenerlo estable. Nada cambia hasta que… hasta que podamos resolverlo de otra forma.

Otro murmullo desde el teléfono, más largo esta vez. Eleanor emitió un sonido que era mitad sollozo, mitad risa amarga.

—No. No llamaré al doctor Hale aún. Él solo complicaría las cosas con sus preguntas. Ya sabes cómo es.

Las palabras resonaron en el cráneo de Eva con un eco familiar y venenoso. *'Ya se hizo todo lo posible.' 'El médico de guardia no está disponible.'* Frases distintas, misma melodía de abandono. La misma mentira tejida sobre el sufrimiento de alguien atrapado. El juramento que había hecho en la habitación de su madre, a los doce años, se encendió en su pecho como una brasa viva. Nunca más. Nunca más confiar en que otros harían lo correcto.

Un escalofrío, agudo como una aguja, le recorrió la columna desde la base del cráneo hasta el cóccix. No era solo frío; era el reconocimiento visceral del peligro, la certeza de que estaba escuchando los mecanismos de una maquinaria diseñada para mantener a un hombre enterrado vivo bajo capas de químicos y secretos.

Justo entonces, la conversación cesó.

Un clic seco. El sonido de un auricular siendo colgado con suavidad exagerada.

Luego, el chirrido distintivo y quejumbroso de la silla de escritorio de cuero, como un animal herido.

La línea de luz bajo la puerta se ensanchó de golpe, interrumpida por la sombra de dos pies descalzos y pálidos que ahora se veían con claridad desde el otro lado. La manija de bronce giró con un chasquido metálico que sonó a sentencia.

La puerta comenzó a abrirse hacia el pasillo oscuro, atrapando a Eva en un espacio sin salida, con la ventana lejana a sus espaldas y la verdad, fría y desnuda, avanzando hacia ella.

# CAPÍTULO 4: LA PRIMERA DESAPARICIÓN

La puerta se abrió hacia el pasillo oscuro, y la luz del estudio bañó a Eva como un foco de interrogatorio. Eleanor Blackwood se recortó en el marco, envuelta en una bata de seda que parecía absorber la penumbra. Su cabello plateado, antes recogido en un estilo impecable, ahora caía en mechones sueltos sobre sus hombros, y sus ojos verdes, con esas ojeras profundas, clavaron a Eva con una intensidad que cortaba el aire.

El olor a cera de abejas rancia y a jazmín rancio escapó de la habitación, mezclándose con el olor a polvo del corredor. Eva no tuvo que fingir el sobresalto; cada músculo de su cuerpo ya estaba tenso como un cable. Su pulso martilleaba en sus oídos, ahogando el zumbido lejano del ventilador de Timothy.

—¿Eva? —La voz de Eleanor era un susurro rasposo, cargado de una calma demasiado deliberada—. ¿Qué haces aquí?

La pregunta flotó en el espacio entre ellas, cargada de todas las cosas no dichas que Eva acababa de escuchar. *Protocolo. Estable. No puede despertar.*

Eva forzó sus pulmones a expandirse. El aire le quemó la garganta.

—Lo siento, señora Blackwood. Me… me desorienté. Buscaba el baño de invitados. —Las palabras le salieron con una fluidez que la

sorprendió, tintineando con una falsa ligereza—. Esta casa es tan grande, y con la poca luz…

No apartó la mirada. Permitir que sus ojos grises se desviaran ahora sería una confesión. Observó cómo la explicación aterrizaba en el rostro de Eleanor. La mujer no se movió. Sus pies descalzos, pálidos y con venas azuladas, seguían plantados en el umbral. La sombra que proyectaba se alargaba por el suelo de madera oscura, alcanzando los pies de Eva.

—El baño de invitados está en el extremo opuesto del vestíbulo —señaló Eleanor, sin mover la cabeza. Su tono era plano, como si estuviera leyendo una instrucción de un manual—. Lejos de mi estudio privado.

—Ya veo. Mis disculpas, de verdad. El turno nocturno… a veces la cabeza no me funciona igual.

Eleanor la escudriñó. Su mirada recorrió el moño castaño de Eva, su postura rígida, las manos que colgaban inertes a los costados. Los segundos se estiraron, medidos por el tictac lejano de un reloj de péndulo en algún lugar de la mansión. Eva podía sentir el sudor frío formándose en la base de su espalda, empapando la tela de su blusa.

Finalmente, Eleanor dio un paso al frente, saliendo completamente del estudio. La puerta quedó entreabierta a su espalda, revelando un fragmento de la habitación acogedora y cargada que Eva había imaginado. La mujer se cruzó de brazos, apretando la bata contra su cuerpo.

—Esta casa tiene sus… peculiaridades, Eva —comenzó, y cada palabra caía como una losa de hielo—. Los pasillos son silenciosos. Los sonidos viajan. Y los límites entre las áreas privadas y las de servicio están muy claramente definidos.

No era una reprimenda. Era una delimitación de territorio. Una advertencia.

—Lo entiendo perfectamente —asintió Eva, manteniendo la voz baja y respetuosa—. No volverá a ocurrir.

Los ojos verdes de Eleanor se estrecharon un milímetro. Había una evaluación en ellos, un recálculo rápido. ¿Creía la excusa? ¿O simplemente decidía que, por ahora, era más conveniente aceptarla?

—Bien —dijo al fin, y la palabra sonó a sentencia suspendida—. El descanso es importante. Para todos. Te sugiero que te retires a tu habitación. La señora Gable llegará pronto para el turno de noche.

Sin esperar respuesta, Eleanor giró sobre sus talones descalzos. La seda de su bata susurró contra el suelo. Con un movimiento fluido, empujó la pesada puerta de roble de su estudio hasta escuchar el clic metálico de la cerradura al cerrarse. No miró atrás.

Se alejó por el pasillo, sus pasos silenciosos siendo absorbidos por la oscuridad, hasta que su figura se fundió con las sombras.

Eva se quedó inmóvil, respirando por fin en cortas y temblorosas bocanadas. El alivio que sintió fue delgado y afilado como el filo de un cuchillo. Había pasado la primera prueba, pero a un costo. Ahora Eleanor la vigilaba. La desconfianza estaba sembrada, y en este suelo envenenado, cualquier cosa podía crecer.

La brasa del juramento en su pecho no se apagó. Se avivó. *Nunca más*. Giró y se dirigió hacia la habitación de Timothy, cada uno de sus sentidos alerta, sabiendo que los muros mismos parecían tener ojos, y que la noche en la Mansión Blackwood acababa de volverse infinitamente más larga.

La mañana se filtraba por las persianas cerradas de la habitación de Timothy, cortando el aire estéril en franjas diagonales de polvo flotante. El zumbido del ventilador marcaba el tiempo, un metrónomo mecánico que contaba los segundos de aquella existencia suspendida.

Eva completaba su ronda de verificación con movimientos precisos, casi automáticos. Tensión arterial estable. Saturación de oxígeno en

rangos normales. Bomba de nutrición funcionando a ritmo constante. Sus dedos, fríos por el aire acondicionado, pasaron al carro de medicación junto a la cama.

El frasco de cloruro de potasio suplementario estaba donde siempre, en la segunda balda. Cristal ámbar, etiqueta blanca con letras negras nítidas. Lo tomó.

El peso en su palma no coincidió con la memoria.

Ayer, durante el inventario final del turno, había anotado el nivel con trazo firme en la hoja de control: *Nivel 3/4, 18:30*. Había girado el frasco bajo la luz para asegurarse, observando cómo el líquido claro bañaba casi por completo la etiqueta trasera.

Ahora el menisco del líquido se detenía justo en la mitad.

Eva parpadeó. Bajó el frasco. Lo volvió a levantar, alineándolo con la luz de la tira LED. No había error. El contenido había descendido aproximadamente un veinticinco por ciento.

Su pulso, hasta entonces constante, aceleró su ritmo contra sus costillas. No era intuición. Era matemática.

Dejó el frasco sobre la superficie metálica del carro con un golpe seco. Sus manos se movieron antes de que su mente terminara de procesar: abrió la carpeta de registros, pasó las hojas hasta la hoja de administraciones de las últimas veinticuatro horas. Sus ojos grises escanearon cada línea, cada firma, cada hora registrada.

Nada. No había administración extra de potasio. La bomba de infusión principal mostraba en su pantalla digital el historial de las últimas doce horas: solo la nutrición estándar y la solución salina de mantenimiento. Nada de bolos suplementarios.

Revisó el puerto de la sonda de Timothy, limpiando la zona con una torunda empapada en alcohol isopropílico. El aroma acre le picó en la nariz. No había signos de acceso reciente más allá de la conexión

permanente de la nutrición. No había jeringas desechadas nuevas en el contenedor de objetos punzantes.

La discrepancia era física. Tangible. Imposible de atribuir a evaporación o error de lectura.

Alguien había entrado en esta habitación después de que ella se fuera anoche. Alguien había tomado ese frasco, había extraído una cantidad significativa de solución, y no lo había registrado.

Su mirada se desplazó hacia el rostro inmóvil de Timothy. El rubio oscuro de su cabello se desparramaba sobre la almohada blanca. Sus párpados cerrados, sus pestañas pálidas. El pecho subía y bajaba al ritmo artificial del ventilador.

*¿Para qué?*

El pensamiento surgió frío, clínico. El potasio en dosis altas y rápidas podía detener un corazón. En dosis controladas, suplementarias, corregía desequilibrios. Pero no había desequilibrio registrado. No había necesidad médica.

A menos que la necesidad no fuera médica.

Eva abrió su maletín negro. Dentro, envuelta en una bolsa de plástico transparente, la jeringa usada con su residuo ámbar esperaba. Tomó el frasco de cloruro de potasio y lo colocó junto a ella. Dos piezas de evidencia. Dos anomalías.

Cerró el maletín con un clic suave.

El zumbido del ventilador pareció intensificarse, llenando el espacio entre sus pensamientos. La rutina se había quebrado. La pantalla de profesionalismo se había agrietado, y por la brecha asomaba la verdad desnuda y peligrosa: había un protocolo activo en esta casa. Un protocolo que involucraba medicación no registrada, suministros que desaparecían, y un paciente que no debía despertar.

Su determinación, hasta entonces una brasa contenida, se solidificó en algo duro y afilado en su pecho. Como el filo de un escalpelo

guardado en un estuche.

Ya no se trataba de intuir. Se trataba de probar.

Y tenía con qué empezar.

El frasco de cloruro de potasio pesaba menos en su mano, un hecho físico e innegable. Eva lo colocó sobre la mesa de caoba pulida del salón, junto a su libreta de notas abierta. La luz de la tarde, filtrada por los pesados cortinajes de terciopelo, hacía brillar el cristal como un ojo acusador.

Eleanor Blackwood entró con su habitual postura erguida, pero el chignon plateado parecía más tenso que de costumbre. Sus ojos verdes, con esas ojeras profundas, barrieron la estancia y se detuvieron en el frasco.

—¿Hay algún problema con la medicación?

La voz era un intento de neutralidad que se quebró en la última sílaba.

—Hay una discrepancia —dijo Eva, sin preámbulos. Su dedo índice, pálido contra la madera oscura, señaló la anotación en su libreta—. Anoche, a las diez, este frasco estaba casi lleno. Nueve de diez mililitros. Esta tarde, tras mi turno y antes del de la señora Gable, contiene cinco. No hay registro de administración en las últimas catorce horas.

El aire en la sala era frío, a pesar del tamaño de la chimenea de mármol negro. El crucifijo torcido en el manto proyectaba una sombra alargada y distorsionada sobre el suelo.

Eleanor no tocó el frasco. Sus manos, finas y con venas marcadas, se entrelazaron frente a su vestido de lana gris. Un pequeño tic nervioso pulsó en la comisura de su ojo izquierdo.

—Debe ser un error de inventario. La farmacia privada a veces envía frascos mal llenados. O la señora Gable usó una dosis de refuerzo y olvidó anotarlo. Es mayor, los detalles se le escapan.

—Los protocolos exigen registro de cada mililitro administrado, especialmente de un suplemento electrolítico —insistió Eva, manteniendo el tono plano, profesional—. Sería prudente revisar sus notas de la noche, para descartar un error de dosificación.

La piel de la matriarca palideció hasta tomar un tono de cera antigua. La furia llegó entonces, no como un estallido, sino como un hielo súbito que le afiló las palabras.

—Yo gestiono a mi personal. Usted tiene una función muy clara: cuidar a mi hijo. Limítese a ella.

—Gestionar al personal incluye garantizar que se siguen los protocolos que protegen al paciente —replicó Eva, sin apartar la mirada. Observó cómo la ira en los ojos de Eleanor se agrietaba, dejando asomar un destello de pánico puro, animal. Era la confirmación que necesitaba. La mentira era elegante, pero la fisura por donde se colaba el terror era real.

Eleanor se irguió aún más, si era posible. El frío que emanaba de su cuerpo parecía rivalizar con el del mármol de la chimenea.

—La discusión ha terminado. Consideremos el asunto un error de la farmacia y punto. No vuelva a interrumpir mi tarde con estas… minucias.

Giró sobre sus talones con una rigidez que delataba el esfuerzo. Sus pasos sobre el mármol del vestíbulo resonaron secos, alejándose. La puerta del salón no se cerró de golpe; lo hizo con un clic suave y definitivo, el sonido de un candado que se acciona.

Eva permaneció inmóvil, la rabia contenida formando un nudo de acero en la base de su garganta. No era frustración. Era la certeza fría de haber tocado el borde de la verdad y haber sentido su filo. Eleanor mentía, y lo hacía desde el miedo.

Se acercó a la ventana, apartando apenas un pliegue del cortinaje. El jardín gris de la tarde estaba vacío. Luego, un movimiento. Junto al seto de boj, cerca del camino de grava, una figura se enderezó.

Alex. Dejó a un lado una pala, se pasó el dorso de la mano por la frente, y su mirada se elevó directamente hacia la ventana donde ella estaba.

La distancia era demasiado grande para distinguir su expresión, pero el gesto fue claro. Asintió. Una sola vez, lento, como si hubiera estado esperando, vigilando el resultado del enfrentamiento en la sala. Luego, recogió sus herramientas y se alejó hacia la espesura del jardín, fundiéndose con las sombras.

Eva dejó caer el cortinaje. La oscuridad empezaba a filtrarse entre los robles. Esa noche, cuando el silencio se apoderara de la mansión y la señora Gable llegara para su turno, Eva no estaría en su habitación. Sabía a quién buscar.

# CAPÍTULO 5: EL JARDINERO

La grava crujió bajo sus zapatos, un sonido seco que parecía gritar en el silencio azulado del crepúsculo. Eva dejó atrás la puerta de servicio, el aire fresco de la tarde chocando contra su piel como un baño de realidad tras la atmósfera enrarecida del salón. El olor a tierra húmeda y a hierba recién segada llenó sus pulmones, un contraste agudo con el perfume a cera y desesperación de la casa.

Lo encontró donde esperaba, cerca del seto de boj. No estaba arrodillado, sino de pie junto a una carretilla, limpiando metódicamente una pala con un trapo. La luz morada del atardecer acentuaba la línea de sus hombros, la atención concentrada en la tarea. No levantó la vista cuando ella se acercó, pero la tensión en su espalda se hizo más evidente.

—Sabía que vendrías —dijo él, sin volverse. Su voz era más grave de lo que recordaba, cargada de una fatiga que no era solo física.

Eva se detuvo a unos metros, calculando la distancia. La brisa nocturna le erizó los finos vellos de sus brazos.

—Me hiciste una señal. Dos, en realidad. Primero en la ventana, luego el gesto en el salón. ¿Por qué?

Alex dejó la pala apoyada contra la carretilla. Finalmente se giró. Sus ojos marrones, cálidos incluso en la penumbra, la escudriñaron.

Llevaba el cabello castaño revuelto, con motas de tierra seca en las sienes.

—Porque pareces alguien que aún sabe ver —respondió. Su tono era neutro, pero había una intensidad en la manera en que sostenía su mirada gris—. La mayoría entra aquí y solo ve lo que les dicen que vean.

—¿Y tú qué ves? —preguntó Eva, cruzando los brazos. El gesto no era defensivo; era una contención, una forma de mantener el nudo de acero que llevaba en el pecho desde la confrontación con Eleanor.

Él esbozó una media sonrisa, sin humor. Tomó el trapo y se limpió las manos con movimientos lentos y deliberados.

—Veo una casa que respira mentiras. Veo patrones. Rutinas que no son lo que aparentan. —Hizo una pausa, su mirada desviándose hacia las ventanas altas de la planta principal—. Como tú, supongo.

—El frasco de cloruro de potasio perdió cinco mililitros durante la noche. Sin registro. —Las palabras salieron planas, un hecho clínico arrojado al espacio entre ellos como una prueba.

Alex asintió, como si ya lo supiera.

—Eleanor está asustada. No es una villana de novela, es… una persona atrapada. —Pronunció la última palabra con un peso extraño—. Pero el miedo hace que la gente haga cosas peligrosas.

—¿Atrapada por qué? —insistió Eva, dando un paso adelante. La grava cedió bajo su peso.

Él la miró, y por un instante pareció sopesar cuánto decir. Luego, su expresión se cerró un poco.

—Esta no es una casa donde se hacen preguntas directas. No si quieres quedarte. O si quieres… entender.

—Entonces, ¿cómo se entiende?

Un largo silencio se extendió, roto solo por el canto lejano de un pájaro nocturno. Alex recogió la pala y la colocó dentro de la carretilla con un golpe metálico sordo.

—Observa —dijo finalmente, su voz bajando hasta casi un murmullo que la brisa casi se llevó—. No lo que pasa durante el día, con el ruido y las apariencias. Fíjate en lo que sucede después de las diez de la noche. Cuando los turnos cambian y la casa cree que nadie mira.

Eva sintió un escalofrío que no provenía del fresco creciente.

—La señora Gable llega a las diez.

Los ojos marrones de Alex se encontraron con los suyos, confirmando sin palabras.

—Observa —repitió. Luego, tomó el mango de la carretilla—. Y ten cuidado con las ventanas. Algunos ojos ven mejor en la oscuridad que otros.

Empujó la carretilla por el camino de grava, alejándose hacia el cobertizo de herramientas que se vislumbraba entre los árboles. Eva se quedó inmóvil, el aroma a tierra húmeda repentinamente agudo, casi opresivo. Las palabras de Alex no eran una respuesta, sino un mapa hacia un territorio más oscuro. Y ella, con la jeringa usada pesando en el bolsillo de su chaqueta y la certeza de la conspiración grabada en cada nervio, ya había decidido seguirlo.

Alex empujó la carretilla unos metros más, luego se detuvo junto a un banco de piedra desgastado, casi oculto por un arco de rosales. La luz de una farola de jardín, con el vidrio empañado por insectos muertos, bañaba el asiento en un óvalo amarillento. Dejó caer el mango de la carretilla con un golpe seco.

—Siéntate —indicó, no como una invitación, sino como una instrucción práctica.

Eva vaciló. El banco estaba apartado, rodeado por la fragancia intensa y dulce de las rosas que se abrían en la oscuridad, un aroma que en otro contexto habría sido agradable. Ahora olía a trampa, a algo demasiado bonito para ser verdad. Pero sus piernas temblaban ligeramente, una mezcla de adrenalía residual y la tensión acumulada que le anudaba los hombros. Se dejó caer en la piedra fría.

Alex se sentó a su lado, manteniendo una distancia prudente. Sacó un termo de metal abollado de un bolsillo lateral de su pantalón de trabajo, desenroscó la tapa que servía de taza y la llenó con un líquido humeante que desprendía un aroma a hierbas y miel.

—Toma —dijo, ofreciéndosela.

Eva miró la taza, luego sus ojos marrones, atentos. No había hostilidad allí, solo una vigilancia cansada. Extendió las manos, que estaban heladas, y envolvió la taza de metal. El calor se filtró a través de sus palmas, un alivio inmediato y casi doloroso. Respiró el vapor.

—Gracias.

Bebió un sorbo. El té era fuerte, amargo bajo la miel, y le calentó el pecho. Un silencio incómodo se instaló, solo roto por el crujido ocasional de la grava bajo las botas de Alex y el zumbido lejano de la farola.

—Es un trabajo… intenso —murmuró Eva al fin, mirando el vapor que se elevaba de la taza. No miraba a Alex. Hablaba a la oscuridad entre los rosales—. La vigilancia constante. Los detalles. La sensación de que un solo error…

Dejó la frase colgando. No podía mencionar las jeringas, los frascos, los registros que no cuadraban.

Alex asintió lentamente, sin necesidad de más explicaciones.

—Llevo cinco años viendo pasar enfermeras por esa puerta —dijo, su voz baja y ronca por el trabajo al aire libre—. Algunas duran una semana. Otras, un mes. Las que se quedan… aprenden a no mirar demasiado. A hacer el turno y marcharse.

—¿Y tú? —preguntó Eva, girando finalmente la cabeza hacia él—. ¿Qué has aprendido a ver?

Una esquina de su boca se torció, no exactamente una sonrisa.

—Los ciclos. Las estaciones no solo marcan los jardines. Hay un invierno en esta casa que nunca termina. La señora Blackwood… — Hizo una pausa, eligiendo las palabras con cuidado—. No es cruel. Está atrapada. Como un animal en una jaula que ella misma ayudó a construir.

Eva apretó la taza entre sus manos. El calor ya era casi demasiado.

—Atrapada por qué.

—Por el miedo —respondió Alex, y esta vez su mirada era directa, penetrante—. Un miedo tan viejo y profundo que se ha convertido en parte de los cimientos. Y cuando tienes miedo, haces cosas… ilógicas. Desesperadas. Para mantener el mundo exactamente como está, por horrible que sea, porque el cambio podría ser peor.

Las palabras resonaron dentro de Eva con una claridad aterradora. No hablaba solo de Eleanor. Hablaba de protocolos, de medicación no registrada, de mantener a alguien en un sueño artificial. Hablaba de la elección entre un mal conocido y un horror desconocido.

—¿De qué tiene tanto miedo? —susurró.

Alex negó con la cabeza, una vez.

—Esa es la pregunta que te quemará por dentro si insistes en hacerla aquí. Yo solo cuido el jardín. Observo. Y te repito: observa después de las diez. No a la señora Gable. Ella es solo una pieza del turno, una más que sigue órdenes. Observa lo que llega con ella, o lo que sale antes del amanecer. —Bebió un trago directo del termo,

sin usar taza—. Eleanor no es el monstruo que crees. Pero el miedo… el miedo puede crear monstruos de cualquiera.

Se levantó, los huesos crujiendo levemente. Tomó la taza vacía de las manos de Eva, sus dedos ásperos rozando los suyos por un instante.

—El té ayuda con el frío —dijo, como si acabaran de hablar del tiempo—. Pero no cura lo que está podrido en la raíz.

Empujó la carretilla hacia la oscuridad, dejándola sola en el banco, con el aroma opresivo de las rosas y un nuevo tipo de frío, uno que había nacido en su médula y que ningún té podría disipar.

Eva permaneció en el banco unos momentos más, el peso de las palabras de Alex asentándose en sus huesos. Entonces, como un cortocircuito, la conexión se encendió en su mente. Después de las diez. La enfermera nocturna. La llegada de la señora Gable marcaba un cambio, una ventana.

—¿La llegada? —La pregunta salió de sus labios como un golpe de aire—. ¿Es la pista el momento en que llega?

Alex no se movió. Su silencio era más elocuente que cualquier confirmación. Sus ojos marrones, atentos bajo la tenue luz del jardín, no se apartaron de los suyos. No asintió. No negó. Solo sostuvo su mirada hasta que Eva sintió que el suelo bajo sus pies se volvía inestable, como si toda la estructura de mentiras de la mansión estuviera a punto de colapsar y arrastrarla consigo.

Entonces, con un movimiento fluido que parecía ensayado, Alex deslizó la mano dentro de su chaqueta de trabajo. No sacó un arma ni un documento. Sacó una llave pequeña, oxidada, con el metal desgastado en los bordes. La colocó en la palma abierta de Eva sin decir palabra.

El metal estaba frío contra su piel, con una textura áspera y dentada que se grabó en sus nervios. Pesaba más de lo que su tamaño

sugería. Un objeto tangible, real, en medio de tantos susurros y sombras.

—Abre el cobertizo de herramientas —explicó él, su voz apenas por encima del roce del viento en las hojas—. El que está junto al invernadero viejo, detrás del seto de tejo. Alejado de ojos y oídos. —Hizo una pausa, midiendo su reacción—. Si necesitas un lugar para pensar. O para esconder algo que no debería estar a la vista.

Eva cerró los dedos alrededor de la llave. Los bordes afilados presionaron su carne. Era un acto de fe, pequeño y peligroso. Aceptarlo significaba cruzar una línea, admitir que estaba jugando un juego para el que no conocía las reglas, y que Alex era ahora una pieza en su tablero. O ella en el suyo.

Un sonido lejano cortó la tensión: el runrún grave de un motor subiendo por el camino de grava principal. Ambos giraron la cabeza al unísono. En la distancia, entre los troncos esqueléticos de los robles, un par de faros barrió el follaje, proyectando sombras alargadas y frenéticas que bailaron sobre el suelo como espectros.

Alex se puso en pie de un salto, todo su cuerpo alerta. La carretilla olvidada a su lado.

—Es la señora Gable —dijo, y su tono tenía una urgencia nueva, cortante—. Temprano.

Los faros se detuvieron frente al pórtico de la mansión, bañando la fachada de piedra en un resplandor blanco y antinatural. Una puerta de coche se abrió, luego se cerró con un golpe sordo que viajó por la noche quieta.

—Vete —ordenó Alex, sin mirarla—. Por la parte trasera, por donde viniste. No te dejes ver.

Eva se levantó, las piernas entumecidas por el frío y la inmovilidad. La llave oxidada era un punto de calor concentrado y amenazante en su puño cerrado.

—Y Eva… —Alex se volvió hacia ella por última vez. La luz de la luna le cortaba el rostro a medias, haciendo que sus ojos parecieran pozos de oscuridad—. No confíes en los registros. Confía en lo que ves. En lo que tocas. En lo que huele a podrido.

Luego se dio la vuelta y empujó la carretilla hacia la espesura del jardín, desapareciendo entre las sombras de los arbustos como si nunca hubiera estado allí.

Eva se quedó sola, con el aroma dulzón y opresivo de las rosas nocturnas, el eco del motor apagándose y el peso de una llave que era tanto una oferta de ayuda como una carga nueva. Desde la puerta principal, llegó el sonido de unos pasos sobre la grava, firmes y regulares, acercándose a la casa.

Giró sobre sus talones y se fundió con la oscuridad del sendero trasero, el corazón martillando un ritmo rápido y sordo contra sus costillas. No era solo miedo lo que sentía ahora. Era la claridad afilada de un cuchillo recién afilado. Tenía una llave. Tenía un lugar. Y, por primera vez desde que había llegado a aquella casa de piedra y secretos, tenía algo que se parecía remotamente a un aliado.

# CAPÍTULO 6: ARCHIVOS BLOQUEADOS

El sendero trasero era una herida oscura entre setos de tejo recortados con precisión militar. La grava cedió bajo sus zapatos, un crujido que le pareció ensordecedor en el silencio de la noche. La llave oxidada mordía la palma de su mano, un recordatorio metálico y punzante de la nueva realidad: ahora era cómplice.

El camino de vuelta a la casa fue un borrón de sombras y latidos acelerados. Eva mantuvo la llave oxidada apretada en el puño, la sensación del metal mordiendo su palma un ancla contra la oleada de pánico. ¿Quién había estado ahí observándola con Alex? ¿Eleanor? ¿La señora Gable? Cruzó el umbral de la cocina lateral con el aliento entrecortado, cerrando la puerta con un clic apenas audible. El silencio de la mansión la envolvió, más pesado que antes, cargado ahora con la certeza de ojos invisibles.

Subió las escaleras de servicio, cada crujido de la madera un disparo en la quietud. Al llegar al pasillo principal, una bocanada de aire frío, impregnado del olor químico del desinfectante, le golpeó el rostro. Era el aliento de la habitación de Timothy. Su territorio, su prisión, y ahora, su único punto de referencia en un mapa que se torcía.

Dentro, la escena era idéntica a la que había dejado horas antes. Timothy yacía inmóvil bajo la luz blanca y fría de las tiras LED, su pecho subiendo y bajando al ritmo mecánico del ventilador. El

zumbido constante llenaba el espacio, un sonido que ya no era fondo, sino una presencia. Eva dejó escapar el aire que no sabía que retenía. Su maletín negro seguía junto a la silla de vigilancia. Todo en orden. Demasiado en orden.

Su mirada se desvió hacia la mesa auxiliar, junto al carro de emergencias. Allí estaba la computadora portátil, delgada y plateada, que el doctor Hale usaba durante sus visitas. Un portal cerrado.

Se acercó, deslizando un dedo sobre el touchpad. La pantalla se iluminó, mostrando un protector de pantalla genérico de un fabricante de equipos médicos. Movió el cursor. Un cuadro de inicio de sesión apareció, exigiendo un nombre de usuario y una contraseña de administrador.

Probó lo obvio: *BlackwoodL*, *TimothyS*, variaciones con la fecha del accidente que Eleanor había mencionado. *Acceso denegado*. *Acceso denegado*. Cada mensaje en rojo era un portazo en la cara. Intentó *EleanorS*, *DoctorHale*, incluso *GableN*. Nada. El sistema era un muro liso, impenetrable.

Frustración, aguda y caliente, le subió por la garganta. Se frotó los ojos, sintiendo la arenilla del cansancio. Los registros digitales. Eleanor había dicho que se habían perdido por un fallo de software. Una mentira más. Estaban ahí, bajo llave digital, y alguien se aseguraba de que ella no pudiera tocarlos.

Recordó entonces la carpeta manila. El primer día, sobre esa misma mesa, había visto un archivador de metal gris. Dentro, una carpeta con informes de especialistas, resonancias magnéticas impresas en plástico brillante, evaluaciones neurológicas anteriores al coma. Información física, tangible.

Se arrodilló frente al archivador y tiró del cajón. Este se deslizó con un suave sonido metálico. Dentro, carpetas colgantes de color beige, etiquetadas con letra impersonal: “Facturas”, “Garantías de Equipo”, “Protocolos del Fabricante”. Ordenado, anodino.

Buscó con los dedos, apartando cada separador. La carpeta manila, la que tenía el nombre de Timothy escrito a mano con rotulador negro, había desaparecido. El espacio que debía ocupar era un vacío perfecto entre la "F" y la "G".

Se quedó allí, arrodillada en el suelo frío, la mano aún extendida hacia la nada. No era un descuido. No era un error de archivo. Era una eliminación quirúrgica. Alguien había pasado por allí después de su turno diurno, o quizás durante su encuentro con Alex, y había retirado la evidencia física con la misma eficacia con la que había bloqueado la digital.

El zumbido del ventilador se transformó en su oído, pasando de sonido de fondo a un rumor acusador. El olor a desinfectante ya no le parecía limpio; le olía a encubrimiento, a la limpieza meticulosa de una escena.

Cerró el cajón con un golpe sordo que resonó en la habitación estéril. Al levantarse, el monitor de signos vitales junto a la cama de Timothy emitió un pitido suave, un solo tono que indicaba una fluctuación mínima en la frecuencia cardiaca, algo tan normal como el latir del tiempo. Sus ojos grises se posaron en el rostro del hombre. La piel pálida, la boca entreabierta por el tubo, el cabello rubio oscuro desparramado sobre la almohada como una corona marchita.

Por primera vez, la pregunta que le quemaba los labios cambió de forma. Ya no era solo *¿qué le están haciendo?*. Surgió, fría y afilada desde algún lugar profundo de su desconfianza: *¿Qué hiciste tú para merecer esto?*

La idea, un relámpago en la oscuridad de su mente, la hizo retroceder un paso. Le erizó la piel del antebrazo. Era una traición a su juramento, a la compasión que era el núcleo de su profesión. Pero allí, rodeada de mentiras y puertas cerradas, la semilla de la duda echó raíz. Y supo, con una certeza que heló la sangre, que esa pregunta era la más peligrosa de todas.

Una oleada de impotencia la sacudió entonces, tan familiar que le arrancó un jadeo silencioso. Era la misma sensación de estar atrapada, de ser una espectadora pasiva mientras el mundo se desmoronaba a su alrededor. La misma que había sentido a los catorce años, observando desde la puerta del dormitorio cómo su madre se encogía bajo las sábanas, el dolor devorándola por dentro mientras los médicos hablaban de protocolos y listas de espera. Ella, con sus manos vacías, sin poder hacer nada más que observar. No otra vez. No esta vez. El puño que había cerrado en el bolsillo se tensó hasta doler. La frustración se cocinaba en su interior, transformándose lentamente en algo más duro, más determinado. No iba a quedarse de pie, esperando a que le mostraran migajas de verdad. No iba a ser la última en enterarse otra vez.

El muro estaba erigido. Necesitaba una herramienta. La llave en su bolsillo pesaba como una promesa.

El cobertizo emergió de la penumbra, una estructura baja de madera ennegrecida por la humedad, adosada al costado del invernadero viejo cuyos cristales rotos reflejaban parches de luna como dientes afilados. El aire olía a tierra removida, a aceite rancio y a la dulzón podredumbre de la madera en descomposición.

Eva se detuvo, escuchando. Solo el susurro lejano del viento en las copas de los robles. Introdujo la llave en la cerradura de hierro fundido. Giró con fuerza; el mecanismo cedió con un chasquido seco que resonó en sus oídos.

El interior era una caverna de sombras y herramientas fantasmales. Una bombilla desnuda colgaba de un cable pelado en el centro. Tiró del cordel; la luz parpadeó dos veces antes de encenderse, proyectando sacudidas de claridad amarillenta sobre estantes abarrotados. Azadas, rastrillos, podaderas colgaban de ganchos, limpias pero dispuestas de forma caótica, como si alguien las hubiera usado y devuelto con prisa. No era el desorden de un jardinero descuidado, sino la interrupción de un sistema.

Su mirada recorrió el espacio. En un rincón, un saco de tierra para macetas estaba parcialmente volcado. Algo metálico asomaba por debajo.

Se agachó, apartando el saco con cuidado. Debajo, semioculta, había una caja de herramientas metálica, pequeña, del tamaño de un diccionario grueso. No tenía cerradura convencional, sino una rueda numérica de cuatro dígitos incrustada en la tapa. Estaba limpia, sin una mota de polvo, en marcado contraste con el resto del cobertizo.

El corazón le dio un vuelco. *Confía en lo que ves.*

Sacó la jeringa usada del bolsillo de su pantalón. El cilindro de plástico estaba tibio por el contacto con su cuerpo, el residuo ámbar en su interior parecía moverse con lentitud viscosa bajo la luz titilante. No podía llevarla consigo. No podía dejarla en su habitación.

Sus ojos escudriñaron las paredes de tablones irregulares. En el marco de la única ventana, una rendija estrecha entre dos maderas, justo donde la pintura descascarada formaba un labio. Deslizó la jeringa dentro. Encajó perfectamente, invisible a menos que supieras exactamente dónde buscar.

Al enderezarse, su pie rozó algo duro bajo el banco de trabajo. Una bolsa de lona, arrugada. Dentro, envueltos en un trapo limpio, había un par de guantes de nitrilo negros, delgados, del tipo que no dejan residuos de polvo. Y un pequeño frasco de plástico con tapón de rosca, vacío, sin etiqueta.

No era solo un refugio. Era un arsenal. Un punto de apoyo. Por primera vez desde que había llegado a esa casa, Eva sintió que el suelo bajo sus pies dejaba de moverse. Aquí había algo que ella podía *usar*. No era la pasividad de la hija asustada, ni la obediencia de la enfermera contratada. Era la elección deliberada de quien decide dejar de recibir golpes y empieza a buscar un arma. La indignación por las mentiras, por el juego sucio con la vida de

Timothy, por haberla convertido en un peón sin saberlo, se solidificó en una resolución fría y clara. Ella no iba a huir. Iba a excavar.

Cerró la caja metálica, volvió a colocar el saco de tierra exactamente como estaba. Cada partícula de polvo, cada sombra, ahora parecía cargada de intención. La bombilla parpadeó de nuevo, sumiendo el cobertizo en una oscuridad momentánea antes de recuperar su tenue brillo.

Era hora de irse. Cada segundo aquí aumentaba el riesgo.

Apagó la luz y salió, cerrando la puerta tras de sí con el mismo chasquido definitivo. La llave giró en la cerradura. Al volverse, su aliento se cortó.

Una figura alta y oscura estaba inmóvil junto al arco del invernadero viejo, a unos treinta metros de distancia. No era una silueta reconocible, solo una mancha de negrura más densa recortada contra el cielo nocturno. Pero estaba orientada directamente hacia ella.

Eva se quedó paralizada, la sangre helándose en sus venas. La figura no se movió. No hizo ningún sonido.

Luego, con una fluidez antinatural, se deslizó hacia atrás, fundiéndose con la sombra profunda del muro de ladrillo. Desapareció.

No hubo pasos. No hubo crujido de grava. Solo el vacío repentino donde un instante antes había estado alguien observando.

Eva apretó la llave hasta que los bordes oxidados le marcaron la piel. El cobertizo ya no era un refugio. Era una trampa que acababa de activar. Pero el miedo que sintió no fue paralizante. Fue agudo, claro, un recordatorio de que el riesgo era real. Y en el centro de ese miedo, como un núcleo de acero, estaba la determinación recién forjada. La habían visto. Bien. Que supieran que ella también tenía ojos.

Regresó a la casa con el corazón en la garganta, deslizándose por la cocina lateral y subiendo las escaleras de servicio en la oscuridad total. Al llegar al pasillo principal, una bocanada de aire frío, impregnado del olor químico del desinfectante, le golpeó el rostro. El amanecer aún no había llegado.

El pasillo estaba sumergido en esa luz grisácea que no es noche ni día, cuando las sombras pierden definición y todo parece un negativo fotográfico. El aire olía a cera vieja y a ese perfume a jazmín demasiado dulce que Eleanor llevaba como una segunda piel. Eva apenas había cerrado la puerta de la habitación cuando la figura emergió de la penumbra junto a la ventana del extremo.

Eleanor no parecía haber dormido. Su cabello, todavía recogido en ese chignon impecable, contrastaba con la palidez cerosa de su rostro. Pero eran sus ojos lo que clavó a Eva en el sitio: verdes, inyectados en sangre, con unas ojeras tan profundas que parecían moretones. Sin embargo, su postura era recta, sus manos entrelazadas con una calma estudiada sobre el terciopelo desgastado de su bata.

—¿Problemas con el equipo, Eva? —Su voz era un hilo de seda, demasiado suave para la hora. El chirrido leve de una tabla del suelo bajo sus pies puntuó el silencio.

Eva sintió el golpe de adrenalía en la base de la lengua, un sabor metálico. La mujer no estaba de paso. Había estado esperando. La confrontación directa que había estado evitando había llegado. Y en lugar de encogerse, Eva sintió cómo la nueva determinación dentro de ella se erguía, ocupando el espacio que antes llenaba la incertidumbre.

—Solo revisaba la programación de la bomba de infusión —mintió, forzando una neutralidad profesional en su tono que ahora le salía con una calma sorprendente—. Quería asegurarme de que el ritmo fuera constante para la madrugada.

Los ojos de Eleanor no se apartaron de los suyos. La luz del amanecer naciente, filtrándose por el cristal empañado de la ventana al final del corredor, iluminó de refilón el perfil de la matriarca, acentuando la tensión en su mandíbula.

—Los archivos médicos —dijo Eleanor, como si no hubiera oído la respuesta—. Si necesitas consultar algo específico, algo que no encuentres en la carpeta de la mesilla, puedes decírmelo. Yo tengo acceso a todo.

No era una oferta. Era un perímetro trazado en el aire entre ellas. Un desafío. Eva lo reconoció. Había visto ese mismo tono en las voces de los administradores del hospital cuando querían que una pregunta incómoda se desvaneciera.

—Por ahora, todo está claro —respondió Eva, manteniendo la mirada sin pestañear. Sus dedos, escondidos en los bolsillos de su pantalón de uniforme, no se cerraron en un puño de miedo, sino que se relajaron, listos—. Los protocolos son bastante detallados. Pero si surge algo fuera de lo común, ya sabe dónde estoy.

Un segundo. Dos. El zumbido lejano del ventilador de Timothy se colaba por la puerta, un recordatorio constante.

Finalmente, Eleanor asintió, un movimiento lento y deliberado.

—Bien. La discreción es la virtud más valiosa en esta casa, ¿no crees? —Sus palabras flotaron en el aire cargado de jazmín—. Para todos.

Se dio media vuelta sin añadir nada más. Su figura se desvaneció en la penumbra del pasillo, el susurro de su bata sobre el suelo de madera fue el único sonido hasta que desapareció tras una esquina.

Eva no se movió. El frío que había empezado en el jardín, al recibir la llave de Alex, ahora se había solidificado en su pecho, una losa de hielo que le dificultaba la respiración. Pero no era el frío del pánico. Era el frío de la claridad. La advertencia de Alex sobre el miedo de Eleanor adquiría una nueva y aterradora dimensión. Esto no era solo

ocultar. Era custodiar. Vigilar activamente los límites de la verdad. Y ella acababa de cruzar uno de esos límites. Había dejado de ser una empleada para convertirse en una amenaza en la mente de Eleanor. Y, pensó con una calma que la sorprendió, quizás era hora de empezar a actuar como tal.

Su mano, aún en el bolsillo, se abrió. Sus dedos no buscaron la llave oxidada. Encontraron, en el fondo del tejido, el contorno familiar del pequeño recipiente de cristal ámbar. Vacío. Lavado hacía años. Aquel envase de medicación no autorizada que una enfermera despreocupada le había dado "por si acaso" para su madre. El mismo que ella, a los doce años, había usado para saltarse las reglas por primera vez, para tomar el control cuando el sistema le había fallado. Un viejo hábito de supervivencia.

Lo rodeó con los dedos. El vidrio estaba frío y liso. Un talismán de su propia transgresión. Un recordatorio de que a veces, jugar limpio con quienes hacen trampa es una sentencia de derrota.

Al final del pasillo, la luz gris se teñía de un azul pálido. El amanecer llegaba, indiferente. Eva retiró la mano del bolsillo, la dejó caer a un lado. Cuando alzó la vista, sus ojos grises ya no reflejaban solo alerta o confusión. Reflejaban un cálculo frío y paciente. La transición no había sido un salto impulsivo, sino el resultado inevitable de cada mentira descubierta, cada puerta cerrada, cada recuerdo de impotencia que esta casa había desenterrado. Había llegado como una cuidadora, se había convertido en una rehén de la intriga, y ahora se erguía, por fin, como una investigadora.

El muro estaba erigido. Ahora solo quedaba decidir con qué herramienta derribarlo. Y por primera vez, Eva sentía que tenía varias en sus manos.

# CAPÍTULO 7: UN SABOR EXTRAÑO

El comedor olía a café recién hecho y pan tostado quemado. La luz de la mañana, aún pálida, entraba por los altos ventanales. Eva se sentó en una silla de respaldo alto. El asiento de cuero estaba frío.

Una mujer de uniforme gris colocó una taza de porcelana blanca frente a ella. El café era negro y espeso. Eva no lo había pedido así.

—Buenos días —dijo la voz de Eleanor desde el otro extremo de la mesa.

Eva alzó la vista. Eleanor Blackwood estaba sentada recta, un periódico desplegado ante ella que no parecía leer. Su cabello plateado estaba perfectamente recogido, pero a la luz cruda, las ojeras bajo sus ojos verdes parecían talladas a cincel.

—Buenos días —respondió Eva. Su voz sonó rasposa. Tomó la taza, buscando el calor. El aroma era intenso, casi agresivo.

—¿Durmió bien? —preguntó Eleanor, dando vuelta una página. Su tono era plano.

—Lo suficiente —mintió Eva. Llevó la taza a los labios.

El primer sorbo fue un golpe. Amargo, pero había algo más. Un regusto metálico que se le adhirió a la lengua, un sabor a monedas

viejas. Lo tragó, y la sensación no desapareció. Se arrastró por su garganta, dejando un rastro frío.

—La rutina es fundamental aquí —continuó Eleanor, sin mirarla—. Mantiene el orden.

Eva asintió, incapaz de confiar en su voz. Tomó otro sorbo, más pequeño. El sabor acre se intensificó. Un recuerdo flash: el frasco de cristal ámbar en su mano de doce años, el líquido viscoso, el mismo sabor metálico en el aire de la habitación de su madre justo después.

Su estómago se contrajo. No era náusea; era una alarma primaria, un puño de hielo bajo sus costillas.

—Hoy revisaremos los suministros de nuevo —dijo Eleanor, por fin alzando la mirada—. Juntas. Para asegurar que no haya más… confusiones.

El subtexto flotaba en el aire. Eva intentó sostener esa mirada, pero un ligero mareo la hizo parpadear. El borde de la mesa pareció inclinarse un grado. Una onda de náusea, leve pero persistente, subió desde su vientre.

—Por supuesto —logró decir. Su propia voz le sonó lejana.

Dejó la taza sobre el platillo. El movimiento fue torpe; la porcelana chocó con un tintineo. Observó su propia mano. Los dedos temblaban ligeramente.

Eleanor no dijo nada. Simplemente observaba, la mirada fija ahora en la taza. En el café casi intacto.

El frío en el estómago de Eva se expandió. No era imaginación. El sabor, el mareo súbito, el temblor, las náuseas. Su formación médica enumeraba posibilidades: contaminación, alergia, intoxicación.

O algo deliberado.

Se levantó de golpe. Las piernas le flaquearon por un instante.

—Disculpe —la voz le salió entrecortada—. Un mareo repentino.

Sin esperar respuesta, giró y caminó hacia la puerta. Cada paso era un esfuerzo. Por el rabillo del ojo, vio la silueta inmóvil de Eleanor. No se había movido. Su atención seguía clavada en la taza de café que humeaba suavemente, medio llena.

El pasillo pareció alargarse. Eva se aferró al marco de la primera puerta que encontró, la del baño de invitados. Entró y echó el pestillo.

El frío del mármol del lavabo penetró sus palmas. En el espejo, su rostro era una máscara de cera pálida, los ojos grises demasiado grandes. Un sudor frío perlaba su frente. Su pulso martillaba en las sienes. La náusea ondulaba, un vaivén sordo en sus entrañas.

*Contaminación. Alergia. Intoxicación.*

Abrió el grifo y se salpicó agua fría en la nuca. Luego, abrió su maletín de enfermería. Sus dedos rebuscaron hasta encontrar un pequeño recipiente de plástico con tapa, destinado a muestras.

No pensó. Actuó.

Se inclinó sobre el váter, introdujo dos dedos en la garganta y presionó. Arcadas violentas la doblaron por la cintura. El café, tibio y amargo, subió. Tosió, escupió. Cuando cesaron las arcadas, permaneció un momento agachada, temblando, la náusea remitiendo a un malestar sordo.

Luego, con una precisión que surgía de lo más profundo de su entrenamiento, enjuagó la boca. Usando una espátula estéril de su maletín, recogió una muestra del vómito en el frasco. El líquido marrón y espumoso llenó el recipiente hasta la mitad. Atornilló la tapa con un giro firme. Evidencia.

Se incorporó con esfuerzo, una debilidad profunda anclada en sus huesos. Su mirada se desvió hacia la ventana alta y estrecha del baño. A través del vidrio empañado, vio la figura distante de Alex,

recortada contra el seto de boj. Movía las tijeras de podar con un ritmo constante, ajeno. Un impulso de correr hacia él le quemó la garganta. Lo ahogó. Confiar era un lujo que ya no podía permitirse. No después de esto. No después de sentir ese sabor extraño y saber, con certeza visceral, que su vida también corría peligro.

Guardó el frasco en un compartimento oculto del maletín. Al cerrarlo, sus manos ya no temblaban. El pánico se había solidificado en una determinación fría y afilada, teñida por la certeza de que algo tóxico aún circulaba en su sangre. Ahora tenía dos misterios: lo que le habían hecho a Timothy, y lo que acababan de intentar con ella.

Al salir del baño, el pasillo estaba vacío. Caminó de vuelta hacia el comedor, cada paso medido para compensar el ligero tambaleo que la perseguía. La puerta estaba entreabierta.

Dentro, la mesa larga de caoba relucía bajo la luz matinal, impecable. El platillo de porcelana seguía en su lugar, exacto, centrado frente a su silla.

Pero la taza de café había desaparecido.

El aire en la cocina olía a lejía y zumo de limón, un aroma agresivamente limpio. Eva dejó correr el agua fría del grifo, el chorro golpeando el acero inoxidable.

Su taza estaba allí, en el escurridor. Brillaba, impecable, cada rastro eliminado. El platillo, también. Secos.

No era una limpieza rutinaria. Era una purga.

Dejó el grifo abierto. Con los dedos húmedos, recorrió los estantes. Tarros de especias, latas, paquetes de té. Nada fuera de lugar. Su mirada se deslizó hacia el rincón más profundo, detrás de un tarro de azúcar moreno. Algo captó un tenue destello ámbar.

Estiró el brazo, apartando el tarro. Era un frasco de vidrio pequeño, de boca ancha. Vacío, salvo por un residuo denso y dorado pegado

al fondo, tan viscoso que apenas se movió cuando ella lo tomó. Idéntico al de la jeringa.

El vidrio estaba frío contra su palma. Lo cerró en el puño justo cuando el silencio detrás de ella cambió. No hubo pasos, solo un leve cambio en la presión del aire.

Eva se volvió, metiendo la mano con el frasco en el bolsillo de su pantalón.

Eleanor Blackwood estaba en el umbral, inmóvil. Su pelo plateado parecía una corona de escarcha. Sus ojos verdes no parpadearon.

—¿Se te ha perdido algo en mi cocina, Eva?

La voz era plana, curiosamente educada. Demasiado educada.

—Agua —logró decir Eva, haciendo un gesto vago hacia el grifo que aún corría. —El estómago… no está bien. Pensé que un poco de bicarbonato…

—El bicarbonato está en el armario de la izquierda. El primero. —Eleanor no se movió. Su mirada era un escáner lento, recorriendo la ropa de Eva, sus manos ocultas. —Pero curioseando tanto… uno podría encontrarse con cosas que no busca. O con consecuencias que no desea.

El agua seguía cayendo. El sonido era un tamborileo insoportable.

—Solo era agua —insistió Eva, girando para cerrar el grifo. El movimiento la puso de perfil, protegiendo el bolsillo abultado.

—Claro. —Eleanor dio un paso adelante, imperceptible. —Pero ten cuidado, Eva. En esta casa, a veces los remedios… empeoran los síntomas. Sobre todo si se toman sin entender bien la dosis. O la intención.

Las palabras flotaron en el aire envenenado de lejía. No era una advertencia. Era un diagnóstico.

—Lo tendré en cuenta —murmuró Eva, bajando la mirada.

Eleanor asintió, una inclinación lenta y calculada de la cabeza. Una sonrisa se esbozó en sus labios, una fina línea que no logró alcanzar sus ojos inyectados en sangre.

—Bueno. No dejes que te retrase. Timothy te necesita.

Eva pasó junto a ella, rozando el marco de la puerta. Sintió el peso del pequeño frasco de vidrio ardiendo a través de la tela. No miró atrás. Cada paso por el pasillo fue una marcha sobre una delgada capa de hielo que ya crujía bajo sus pies. La certeza era ahora completa: no solo estaba en medio de un secreto. Ella misma se había convertido en el síntoma que alguien necesitaba erradicar. Y el sabor extraño en su café era la primera advertencia.

# CAPÍTULO 8: LA PRUEBA

El pasillo se extendía ante ella como un túnel de papel pintado desvaído. El frasco de vidrio en su bolsillo del delantal pesaba como una piedra. Cada paso hacia la habitación de Timothy era un acto de voluntad contra el mareo persistente, un sabor a cobre y pólvora aún adherido al paladar.

La puerta estaba entreabierta. La luz fría de las tiras LED se derramaba en un rectángulo pálido sobre la moqueta oscura.

Eva empujó la puerta.

El aire dentro era una mezcla agresiva: desinfectante quirúrgico, alcohol, el dulzón olor de los nutrientes líquidos y, por debajo, el hedor tenue pero inconfundible de un cuerpo inmóvil. El ventilador mecánico emitía su ritmo hipnótico: *shhh-clic… shhh-clic…* Un sonido que marcaba el tiempo robado.

Timothy yacía exactamente como lo había dejado. Cabello rubio oscuro desparramado contra la almohada blanca. Ojos azules vidriosos, fijos en el techo. La piel de su rostro tenía la palidez translúcida de la cera. A su lado, la bomba de infusión emitía un leve zumbido, el suero claro goteando en el tubo transparente que desaparecía bajo la sábana.

—Te necesitan —había dicho Eleanor. Una orden disfrazada de información.

Eva cerró la puerta a su espalda. No la trancó. El ruido habría sido una confesión. Se acercó a la cama, sus zapatos silenciosos sobre el suelo. Sus manos, ahora estables, realizaron el ritual automático: comprobar las sondas, el ajuste del ventilador, los números verdes del monitor de signos. Ritmo cardíaco estable. Saturación de oxígeno en niveles aceptables. Todo un paisaje de estabilidad artificial.

Su mirada se posó en la bolsa de suero. El líquido era transparente como el agua. La etiqueta, pegada con precisión, mostraba el nombre del paciente, la fecha, la composición estándar: solución salina con electrolitos y un sedante de acción prolongada, midazolam, a una concentración específica. La prescripción del doctor Hale.

Pero la bolsa que colgaba no era la nueva que ella había preparado al comienzo de su turno. Era la anterior, la que debía estar casi vacía. El nivel del líquido estaba más bajo de lo que recordaba. Alguien la había cambiado, o había añadido más solución a la existente.

El juramento que había hecho en la habitación de su madre, aquella promesa de nunca quedarse de brazos cruzados, latió en sus sienes como un segundo corazón.

Se inclinó sobre el carro de medicación, abriendo un cajón con un movimiento suave. Entre gasas y apósitos estériles, sus dedos encontraron lo que buscaba: un vial de recogida de muestras de plástico, pequeño, con tapón de goma. Lo palmeó, ocultándolo en su puño.

Volvió junto a la bomba de infusión. Con una mano, simuló ajustar el flujo. Con la otra, guiada por una memoria muscular de años, localizó el puerto de inyección en el tubo del suero, un pequeño tapón de goma diseñado precisamente para esto. Sin mirarlo directamente, presionó la aguja estéril del vial contra el tapón. Un pinchazo sutil, casi silencioso.

El líquido claro comenzó a llenar el pequeño contenedor. Diez mililitros. Quince. El vial se volvió frío en su mano.

—Todo en orden —susurró hacia la figura inmóvil en la cama, un murmullo para los micrófonos que quizá no existían, pero cuya posibilidad ahora daba por sentada. —Solo una revisión rutinaria.

El vial se llenó. Retiró la aguja. Un minúsculo punto húmedo en el tapón de goma se secó al instante. Guardó la prueba en el bolsillo profundo de su pantalón, junto al frasco ámbar. Dos pesos. Dos secretos.

En ese momento, desde el vestíbulo lejano, llegó un sonido nítido a través del silencio de la casa: el crujido metálico, profundo y resonante, de la gran cerradura de la puerta principal al girar. No era el sonido suave de alguien que salía. Era el ruido de una llave entrando desde fuera, de un mecanismo pesado siendo accionado.

Alguien acababa de entrar.

Eva se quedó inmóvil junto a la cama, el vial frío apretado en su puño. Los pasos que resonaron en el vestíbulo eran pesados, seguros. No eran los tacones de Eleanor ni el arrastrar cansado de la señora Gable.

Era alguien más.

El instinto la impulsó a moverse antes de que el pensamiento se formara. Salió de la habitación de Timothy, cerró la puerta sin hacer ruido y se deslizó hacia el baño de invitados más cercano. El pestillo hizo un clic seco y definitivo al cerrarse.

Se apoyó contra la madera, el aliento atrapado en su pecho. El olor a lejía agresiva llenaba el espacio pequeño. La luz de la ventana alta, estrecha y empañada, era una lámina gris que caía sobre el lavabo de mármol, haciendo brillar sus nudillos blancos donde se aferraba al borde frío.

Su maletín de enfermería descansaba junto a sus pies. Las manos le temblaban, un temblor fino y eléctrico. Respiró hondo, forzando el aire a entrar y salir de sus pulmones con un ritmo medido. No podía permitirse el pánico ahora. No con la prueba fría y cilíndrica del vial de suero presionando contra su muslo.

Se arrodilló sobre el suelo de baldosas. Sus dedos encontraron lo que necesitaban: una tira reactiva multiusos y una pequeña lupa con luz LED. También sacó su libreta, abriéndola en la página donde había copiado la prescripción: Midazolam, 5 mg/hora.

Con movimientos precisos a pesar del temblor, rompió el sello del vial. El olor neutro del suero se liberó. Empapó la punta de la tira reactiva. Esperó.

La tira comenzó a cambiar. Un azul pálido al principio, luego un índigo profundo que se extendía por el papel. Eva encendió la luz de la lupa, acercando la tira a sus ojos grises. Comparó el color con la carta de referencia. Índigo intenso.

Su pulso dio un vuelco brusco. Realizó el cálculo mental, rápido, brutal. La concentración del sedante no correspondía a 5 mg/hora. El color indicaba más de 7 mg/hora.

Un cuarenta por ciento más.

El aire se le escapó de los pulmones en un jadeo silencioso. No era una discrepancia. No era un error. Era una diferencia demasiado grande, demasiado precisa. Demasiado letal.

Una certeza helada se extendió desde su estómago hasta la punta de los dedos. Alguien estaba administrando a Timothy una dosis que lo mantenía sumido no en un coma terapéutico, sino en un abismo artificial.

El sabor metálico regresó a su boca. Pero esta vez, era el sabor del engaño. De la traición médica. Una imagen se abrió paso: su madre, en aquella cama estrecha, los ojos vidriosos de dolor, la enfermera

dejando el frasco de cristal ámbar "por si acaso". El primer acto de desobediencia. El juramento susurrado: *Nunca más.*

Aquí estaba. No frente a un error del sistema, sino a su corrupción deliberada.

Con manos que ahora se movían con una calma feroz, guardó la tira reactiva manchada de índigo en un sobre de papel estéril. Anotó la fecha, la hora, el código del vial. Lo selló. El vial de la muestra y el sobre fueron a parar a un compartimento oculto en el forro de su maletín. Dos piezas de evidencia. Dos acusaciones mudas.

En ese momento, tres impactos secos retumbaron en la puerta de madera. No eran golpes de preocupación. Eran afirmaciones de autoridad.

—Eva? —La voz de Eleanor Blackwood traspasó la madera, clara, gélida. —¿Estás bien ahí dentro?

Eva se puso de pie, las rodillas doloridas por el suelo frío. Tomó su maletín. Respiró una vez, profundo.

Abrió la puerta.

El pasillo se extendía ante ella, un túnel de penumbra. Eleanor no se había movido. Permanecía erguida a dos metros de distancia. La luz tenue de una lámpara de pared bañaba su perfil, acentuando la línea tensa de su mandíbula y las ojeras violáceas bajo sus ojos verdes. Esos ojos no parpadearon. Escudriñaron el rostro de Eva con precisión glacial.

—Te escuché… retener. —La voz de Eleanor era plana. —¿Un mareo pasajero, dijiste?

Eva forzó los músculos de su cuello a asentir. Sintió el peso del vial y la llave en su bolsillo.

—Sí. Ya pasó. El aire fresco del baño ayudó.

Una mentira transparente.

Eleanor no sonrió. Sus labios, finos y pálidos, se mantuvieron en una línea recta. Avanzó un paso, imperceptible.

—La salud es lo primero, Eva. Siempre. Un síntoma ignorado puede convertirse en una crisis. —Hizo una pausa deliberada. —Y en esta casa, las crisis requieren… remedios definitivos.

El subtexto era una cuchilla desenvainada.

—No es necesario ningún remedio —logró articular Eva, manteniendo la voz neutra. —Estoy perfectamente capacitada para continuar.

Los ojos verdes de Eleanor se estrecharon un milímetro. Luego, su expresión se suavizó en una calma artificial más inquietante que su frialdad.

—Me alegra oírlo. Justamente venía a buscarte. Necesitamos revisar los horarios de medicación en mi estudio. Ha habido algunos ajustes en el protocolo del doctor Hale. —Giró sobre sus talones. —Acompáñame.

No era una invitación. Era una orden.

Eva calculó las opciones en una fracción de segundo. Desafiar significaba confirmar sus sospechas. Obedecer la llevaría a un espacio controlado. Pero ahora tenía la prueba. La evidencia tangible de la sobredosis. Podía confrontarla. Tenía que hacerlo.

—Antes de eso —dijo Eva, y su voz sonó más firme de lo que esperaba—, hay algo que debemos aclarar. El protocolo actual.

Eleanor se detuvo, su espalda rígida. Se volvió lentamente.

—¿Oh? ¿Y qué sería?

Eva mantuvo su mirada. —Los niveles de midazolam en el suero de Timothy. No coinciden con la prescripción. Son un cuarenta por ciento más altos.

El silencio que siguió fue absoluto. El pasillo pareció absorber todo sonido. Los ojos de Eleanor no se inmutaron, pero algo en la piel tensa alrededor de su boca se endureció.

—Esa es una acusación muy grave, Eva. Basada en… ¿qué, exactamente? ¿Una tira reactiva de juguete?

—Basada en evidencia química —replicó Eva, sin ceder. —Una muestra que he recogido y analizado. No es un error de dosificación. Es deliberado.

Eleanor la estudió durante un largo momento. Luego, una sonrisa delgada y fría se dibujó en sus labios.

—Muy bien. Parece que has estado… ocupada. Entonces sí, debemos hablar. Pero no aquí. En mi estudio. Donde podamos discutir este… malentendido… con la privacidad adecuada. —Su tono no dejaba espacio para la discusión. —Ahora, Eva.

Eva sintió una nueva oleada de frío. Había confrontado, pero Eleanor no se inmutaba. No había confesión, solo una redirección hacia su territorio. Con un nudo de hielo en el estómago, dio un paso adelante. Siguió a la silueta rígida de Eleanor por el pasillo.

Al pasar frente a una ventana alta que daba al jardín lateral, un destello de movimiento capturó su atención. Contra el seto de boj, recortado por la luz grisácea del atardecer, estaba Alex. Inmóvil. Mirando hacia la casa. Hacia ella.

Su corazón dio un vuelco. Alex levantó una mano. Hizo una serie de gestos rápidos y nítidos. Primero, un dedo índice apuntó con fuerza hacia la derecha, en la dirección del cobertizo de herramientas. Luego, la misma mano se llevó al cuello y trazó un corte horizontal, rápido y claro.

El mensaje era inconfundible.

*Peligro. El cobertizo. Algo va mal.*

Eva frenó el paso casi sin darse cuenta. Delante, Eleanor se detuvo también, aunque no se volvió.

—¿Ocurre algo? —preguntó la voz, llegándole por la espalda.

En la ventana, Alex sostenía su mirada. Asintió una vez, grave, y repitió el gesto del corte en la garganta. Luego, señaló hacia Eva, y con la palma de la mano hizo un gesto de alejamiento, urgente.

*No vayas. Escapa.*

Eleanor comenzó a girar, lentamente.

Eva tragó saliva. El vial de evidencia pesaba una tonelada. La llave del cobertizo era un hierro candente. Y Alex, su único posible aliado, le estaba diciendo que la trampa ya se había cerrado.

# CAPÍTULO 9: CONFRONTACIÓN

El estudio de Eleanor olía a cera de abejas rancia y al polvo de papel viejo que se desprendía de los volúmenes encuadernados en piel. El perfume a jazmín, demasiado fuerte, flotaba sobre el hedor a miedo que Eva ya reconocía. La mujer cerró la puerta con un clic suave y definitivo.

—Siéntate, por favor —indicó Eleanor, dirigiéndose hacia un escritorio de caoba monumental. La silla de cuero chirrió al girar para recibirla.

Eva permaneció de pie, justo dentro del umbral. El maletín colgaba de su mano derecha, un peso muerto y revelador. A través de la ventana, el jardín lateral ya estaba vacío. Alex se había ido. La advertencia seguía grabada en su piel: el gesto del corte en la garganta. Pero la evidencia en su bolso era más pesada que el miedo.

Eleanor abrió un cuaderno de tapas duras, sus dedos finos pasando por encima de columnas de horarios escritos con tinta azul.

—Necesitamos ajustar los intervalos de la sonda de alimentación. El doctor Hale sugirió…

—Siete miligramos por hora —cortó Eva. Su propia voz sonó plana, extraña en sus oídos.

Eleanor alzó la vista. Sus ojos verdes, con esas ojeras profundas, se encontraron con los grises de Eva. No hubo sorpresa, solo una evaluación glacial.

—Perdón.

—La concentración de midazolam en el suero de su hijo —continuó Eva, avanzando un paso. El suelo de madera oscura crujió bajo sus zapatos—. Es de siete miligramos por hora. La prescripción del doctor Hale es de cinco.

El silencio que siguió fue denso, cargado con el aroma agrio del papel en descomposición. La pluma que Eleanor sostenía se detuvo sobre la página. Un músculo, justo debajo de su ojo izquierdo, palpitó una vez. Rápido. Casi imperceptible.

—No sé de qué hablas —respondió Eleanor. Pero su voz había perdido una fracción de su firmeza habitual. Un susurro de aire donde antes había mármol.

—Lo sé —insistió Eva, colocando el maletín sobre una mesita auxiliar cubierta de terciopelo descolorido. El gesto era un desafío—. Lo analicé. Hay una sobredosis del cuarenta por ciento. Constante. ¿Por cuánto tiempo?

El rostro de Eleanor se transformó. La máscara de compostura se agrietó, dejando al descubierto algo salvaje y asustado durante un parpadeo. Sus labios, finamente delineados, se entreabrieron. Tragó. Luego, la grieta se selló. La ira llegó, no como un estallido, sino como una helada que avanzaba desde su núcleo.

—¿Analizaste? —repitió, poniéndose de pie. La silla emitió un quejido prolongado—. ¿Con qué autoridad? ¿Con qué… equipo?

—Con el equipo necesario para detectar un envenenamiento —espetó Eva, la palabra colgando en el aire como un vapor tóxico.

Eleanor dio la vuelta al escritorio. Su figura, siempre erguida, parecía vibrar con una tensión contenida. La luz tenue de la lámpara de

bronce acentuaba la palidez cerúlea de su piel, la tirantez alrededor de su boca.

—Esa es una acusación monstruosa —articuló, cada palabra esculpida en hielo—. Una fantasía peligrosa. Y una violación tan grave de la confidencialidad y el protocolo que basta para terminarte.

—Termíneme —retó Eva, sin apartar la mirada—. Luego llame a la policía. Pidamos un análisis forense independiente del suero. Y del contenido de mi estómago, de esta mañana. A ver qué encuentran.

Los ojos de Eleanor se ensancharon. El pánico, esta vez, no fue un destello. Fue una ola que inundó su mirada, arrastrando consigo la ira. Retrocedió medio paso, como si las palabras de Eva fueran físicas. Su mano buscó el borde del escritorio, aferrándose a la madera pulida.

—Estás… enferma —logró decir, pero la voz le falló, convirtiéndose en un hilillo de sonido—. El estrés, la falta de sueño… Te está haciendo ver cosas.

—Veo números —replicó Eva, fría—. Veo resultados químicos. Veo a un hombre siendo mantenido en un abismo artificial. ¿Por qué?

Eleanor sacudió la cabeza, una sacudida brusca, negando algo más que la pregunta. Su respiración se volvió audible, un leve silbido entre sus dientes apretados. Durante un instante, pareció a punto de desmoronarse, de soltar una verdad que la ahogaba.

Pero entonces, inspiró hondo. Enderezó los hombros. La matriarca regresó, más dura, más peligrosa.

—Sal de mi estudio —ordenó, señalando la puerta con un dedo que no temblaba—. Reúne tus cosas. Tu empleo aquí ha terminado.

Eva no se movió. El punto de no retorno no era una línea que se cruzaba; era un abismo en el que ya se estaba cayendo.

—Si me voy —dijo, calmada—, la siguiente enfermera que entre en esta habitación encontrará la evidencia que yo he reunido. Y no estará en mi maletín. Estará donde nadie, excepto yo, pueda borrarla.

Eleanor la miró, y por primera vez, Eva vio algo más que miedo o ira en aquellos ojos verdes. Vio cálculo. Una reevaluación rápida y mortal.

—¿Qué quieres? —preguntó Eleanor, y la pregunta no era una rendición. Era una sondeo para medir la amenaza.

Eva levantó el maletín. El cierre metálico resonó en el silencio opresivo.

—La verdad. Empezando por qué.

El vial de plástico frío pesaba en su palma. Eva lo sostuvo a la altura de los ojos, dejando que la luz mortecina del estudio se filtrara a través del líquido claro, inocente en apariencia. Con la otra mano, extrajo la tira reactiva del sobre estéril. La franja de papel, ahora de un azul índigo profundo, contrastaba brutalmente con el blanco de la carta de referencia que mostraba junto a ella.

No dijo nada. Solo dejó que la evidencia hablara.

El rostro de Eleanor se descompuso en una serie de microespasmos. Los músculos alrededor de su boca se tensaron. Sus ojos verdes, con esas ojeras de insomnio grabadas a fuego, se clavaron en el vial como si pudieran hacerlo desaparecer por voluntad. El aire entre ellas se espesó con el aroma dulzón y rancio del jazmín, mezclado ahora con el olor ácido del miedo que emanaba de los poros de la mujer.

—¿Dónde…? —La voz de Eleanor era un arañazo en la garganta. Tragó con fuerza—. Esa muestra no es tuya.

—Es del paciente bajo mi cuidado —corrigió Eva, manteniendo el tono plano, profesional—. Y contiene aproximadamente siete

miligramos de midazolam por hora. La prescripción del doctor Hale, la que usted misma me mostró ayer, autoriza cinco.

—Los análisis pueden fallar. Las tiras caducan.

—Esta no. —Eva dejó el vial y la tira sobre el escritorio, sobre la superficie de caoba pulida. El pequeño golpe sordo resonó en la habitación—. Y hay más. Una bolsa de suero con un lote de fabricación anterior al accidente. Un frasco de cloruro de potasio con contenido desaparecido. Residuos cristalinos no estándar en los puertos de acceso. —Hizo una pausa, dejando que cada acusación se asentara—. Esto no es un error, señora Blackwood. Es un protocolo.

Eleanor apartó la mirada de la evidencia. Sus dedos, largos y pálidos, se cerraron alrededor del borde del escritorio hasta que los nudillos blanquearon. Por un momento, pareció una estatua de sal, congelada en una agonía silenciosa. Luego, con un movimiento brusco, abrió el cajón superior de su derecha. El roce de la madera fue un crujido agudo.

Sacó un sobre de papel grueso, color crema. No era el contrato de trabajo. Este era más pequeño, más formal.

—Tu historial —dijo Eleanor, y su voz había recuperado una calma metálica, antinatural—. Es fascinante. Una joven promesa, recomendaciones impecables… y un evento formativo. La pérdida de tu madre. Una enfermedad larga, un cuidado domiciliario… y una decisión. Administrar medicación no prescrita.

Eva sintió que el suelo se inclinaba levemente bajo sus pies. No era el mareo residual del café. Era el frío súbito de una trampa que se cerraba desde un ángulo inesperado.

—Eso no tiene nada que ver con Timothy.

—Todo tiene que ver con todo —replicó Eleanor, deslizando un dedo sobre el borde del sobre—. Una enfermera que, en su juventud, ya demostró una… flexibilidad moral preocupante respecto a los

protocolos. Que ahora, bajo estrés, quizás afectada por la atmósfera de esta casa, empieza a ver conspiraciones. A alterar medicación para respaldar sus delirios. A esconder frascos. —Sus ojos verdes captaron los de Eva—. Sería una tragedia. Una carrera destruida. Y nadie, créeme, nadie volvería a contratarte. Ni para cuidar a un gato.

El chantaje no era un rugido. Era un susurro venenoso, preciso, dirigido a la herida más profunda que Eva cargaba. La convirtió de acusadora en sospechosa. De protectora en saboteadora.

—Usted no puede…

—¿Demostrarlo? —Eleanor esbozó una sonrisa fina, sin calor—. Los frascos más comprometedores han sido eliminados. Los que encontraste en la cocina eran viejos, irrelevantes. Los dejé a propósito para que alguien curioso, como tú, perdiera el tiempo con ellos. Los registros que cuestionas se perdieron en un fallo del sistema. Y esa muestra —señaló el vial con un gesto despectivo— podría haber sido contaminada por cualquiera. Por ti, por ejemplo, en un arrebato de paranoia.

Se levantó, sosteniendo el sobre. Dio un paso hacia Eva. El perfume a jazmín se volvió opresivo, una nube dulce que envolvía la amenaza.

—Creo que deberías ir a tu habitación a… reconsiderar tu posición aquí. —Cada palabra era un clavo—. Pasa la noche. Reflexiona sobre lo valioso que es este salario, este techo, para alguien con tu pasado. Por la mañana, podemos hablar como adultas sobre tu renuncia voluntaria y una carta de recomendación que omita ciertos detalles.

Eva no retrocedió. Recogió el vial y la tira, guardándolos en su maletín. El cierre metálico resonó con un clic definitivo.

—Mi habitación está en esta casa —dijo, mirando directamente a aquellos ojos verdes que calculaban su destrucción—. Y mientras

esté aquí, Timothy Blackwood sigue bajo mi cuidado. Y mi observación.

Eleanor sostuvo su mirada. La sonrisa se desvaneció, dejando al descubierto el granito puro de su determinación.

—Esa —susurró— es una elección muy peligrosa.

Eva giró sobre sus talones y salió del estudio, sintiendo la presión de aquella mirada clavada en su espalda hasta que la puerta se cerró a su paso.

El aire del pasillo le golpeó la cara como un bofetón de realidad. La puerta de madera maciza se cerró a sus espaldas con un golpe sordo que resonó en los huesos. Eva se quedó inmóvil, el maletín apretado contra su pecho, escuchando el latido furioso de su propia sangre en los oídos. El perfume a jazmín se aferraba a su ropa, una presencia dulce y venenosa.

Dio un paso. Las piernas le temblaban, no de miedo, sino de la tensión acumulada, del esfuerzo por mantener la fachada de calma mientras su cuerpo gritaba por el mareo residual, por el sabor a metal que aún le cubría la lengua. Respiró hondo, pero el aire era frío y estancado, cargado con el polvo de siglos que flotaba en los rayos de luz que se filtraban por las altas ventanas.

Se apoyó contra la pared de papel pintado desvaído, las yemas de los dedos notando el relieve de las flores marchitas. Cerró los ojos un instante. Había fallado. No había obtenido la confesión, solo había endurecido las defensas. Eleanor no era una matriarca asustada; era una fortaleza, y Eva acababa de anunciar su asedio. El punto de no retorno estaba sellado. No había vuelta atrás.

Un sonido la hizo abrir los ojos.

Voces. Masculinas, elevándose desde el exterior, amortiguadas por los cristales.

Se acercó a la ventana más cercana, una estructura alta y estrecha con marco de plomo. El jardín se extendía abajo, un tapiz de verdes oscuros bajo un cielo plomizo. Y allí, cerca del cobertizo de herramientas, dos figuras.

Alex. Reconoció al instante su postura, los hombros un poco encorvados, el cabello castaño desordenado. Frente a él, un hombre alto con un traje oscuro que parecía fuera de lugar entre los rosales. No era el inspector Croft; este hombre era más ancho, con una corpulencia que hablaba de fuerza física, no de autoridad burocrática.

El hombre del traje gesticulaba con brusquedad, un dedo acusador apuntando primero al cobertizo, luego al rostro de Alex. Eva no podía oír las palabras, pero la tensión en los cuerpos era un lenguaje universal: hombros cuadrados, mandíbulas apretadas, la distancia personal invadida.

Alex retrocedió un paso, y en ese movimiento, su mirada barrió la fachada de la mansión. Se detuvo en su ventana. Sus ojos marrones, incluso a esa distancia, parecieron encontrar los suyos. Durante una fracción de segundo, todo fue quietud.

Entonces, Alex hizo un gesto rápido, casi imperceptible si no hubiera estado mirando fijamente. La palma de su mano derecha, abierta, se movió hacia abajo en un corte seco. *Quédese quieta. Esconderse.*

El hombre del traje siguió su mirada.

Eva se apartó de la ventana, el corazón dando un vuelco contra las costillas. La espalda chocó contra la pared fría. Contuvo la respiración, escuchando. Solo el tictac lejano de un reloj y el zumbido de la sangre en sus sienes.

Desde abajo, llegó el sonido de un forcejeo. Un gruñido ahogado. Pasos rápidos sobre la grava, alejándose.

Se arriesgó a otro vistazo, solo con un ojo.

El hombre del traje tenía agarrado a Alex del brazo, torciéndolo hacia atrás con una facilidad profesional. Lo empujó hacia la parte trasera de la propiedad, hacia la espesura de los arbustos que bordeaban el límite del bosque. Alex no se resistió abiertamente, pero su cuerpo era una línea rígida de resistencia contenida. Desaparecieron detrás del seto de boj. Eva contuvo un grito. Su aliado, su único punto de apoyo tangible, se había esfumado.

Un chirrido metálico sonó a sus espaldas.

Eva se giró. La puerta del estudio de Eleanor estaba abierta. La mujer estaba en el umbral, su silueta recortada contra la luz tenue de la habitación. Su cabello plateado formaba una corona pálida. No se había movido para hacer ruido; simplemente estaba allí, observando, como si hubiera estado esperando este preciso momento.

—¿Todo bien, Eva? —Su voz flotó por el pasillo, suave, casi maternal. No esperaba una respuesta. Era un recordatorio. Una reclamación del territorio.

Eva permaneció junto a la ventana, atrapada entre la amenaza que se cerraba a sus espaldas y el vacío que se abría en el jardín. El maletín pesaba en su mano, lleno de verdades que ahora parecían inútiles. El aire frío le recorrió la nuca.

Eleanor no se movió. Solo esperó, una sonrisa delgada y fría asomando a sus labios.

# CAPÍTULO 10: EL ERROR DE ELEANOR

El tiempo se coaguló en el pasillo. La sonrisa de Eleanor se desvaneció cuando la puerta del estudio se cerró con un golpe seco, dejando a Eva sola con el eco de su propio pulso. Un latido sordo, acelerado, que le martillaba las sienes. La imagen de Alex siendo arrastrado hacia la espesura del bosque se grababa en su retina, un negativo quemado contra la oscuridad creciente.

Los dedos que apretaban el asa del maletín estaban blancos, entumecidos. Un temblor fino, residual del veneno o del miedo, le recorría los antebrazos. Respiró hondo. El aire olía a cera de abejas rancia y al polvo que flotaba en los rayos oblicuos del atardecer, atrapado en la luz que entraba por la ventana del pasillo. Un reloj, en algún lugar profundo de la casa, marcaba el paso de los segundos con un ritmo meticuloso y distante.

*No puedes huir.*

La voz en su cabeza era la suya, pero fría, despojada del pánico inicial. La misma voz que, a los doce años, había mirado el frasco de medicación no autorizada en la mesilla de su madre. La misma que había decidido que las reglas eran para quienes podían permitirse esperar.

Alex había sido arrastrado. Su evidencia era, según las palabras de Eleanor, un arma de doble filo. Quedarse significaba ser despedida,

desacreditada, quizás algo peor. Irse significaba abandonar a Timothy a esa sedación infinita, y dejar que la sombra que había arrastrado a Alex se cerrara sobre ella en la carretera solitaria.

Recordó la advertencia de Alex, susurrada entre rosales: *Observa lo que llega después de las diez. No a la enfermera. Lo que llega con ella, o lo que sale antes del amanecer.*

Eran casi las siete. La señora Gable llegaría en tres horas. Tres horas de una casa que ahora sentía como una trampa consciente, respirando a su alrededor.

El miedo se transformó. No se disipó, sino que se enfrió, se densificó en una determinación peligrosa. No era valentía. Era el cálculo de una presa que decide que su única opción es volverse depredadora. Eleanor tenía un secreto. Un protocolo. Y los secretos, en una casa, dejan huellas físicas.

Su mirada se desplazó desde la ventana vacía hasta la puerta cerrada del estudio. La madera oscura, lisa. No había cerrojo exterior. Si Eleanor había salido… ¿había vuelto a cerrar con llave?

Eva se movió. Sus pies, calzados con zapatillas silenciosas, apenas hicieron ruido sobre la alfombra desgastada del pasillo. Cada paso era una concesión al ruido, una apuesta. El maletín, ahora una carga incriminatoria, lo apretó contra su costado. Llegó a la puerta. Se detuvo, conteniendo la respiración. Escuchó.

Nada. Solo el tictac del reloj y el zumbido lejano de la nevera en alguna cocina.

Extendió la mano libre. Los nudillos rozaron la fría manija de latón. Empujó, con una presión mínima, infinitesimal.

La puerta no cedió. Estaba cerrada.

Eva apretó los labios. Miró hacia ambos extremos del pasillo, vacío. Eleanor había salido de allí hacía apenas un minuto, tras su confrontación. Debía de llevar la llave consigo. Pero había otra

manera. Recordó la primera vez que había entrado al estudio, días atrás, cuando Eleanor le había mostrado los papeles. Había visto, en un jarrón de porcelana sobre una consola cercana, un manojo de llaves sueltas. Llaves de repuesto para las habitaciones interiores.

Retrocedió dos pasos hasta la consola. El jarrón era fino, decorado con pájaros azules. Metió la mano con cuidado entre las llaves frías, evitando hacerlas sonar. Las examinó a tientas: una pequeña y dentada, otra larga y antigua, una tercera moderna de seguridad. La cuarta era pequeña, de latón brillante, del tipo que cerraba las puertas interiores de la casa.

La tomó. Regresó a la puerta del estudio. Introdujo la llave en la cerradura. Giró.

El mecanismo cedió con un clic suave.

Eva se petrificó. El sonido, aunque leve, resonó en el silencio del pasillo. Su corazón se detuvo, luego reanudó su martilleo con fuerza redoblada, bombeando adrenalina pura que le agudizó los sentidos. Olía el perfume a jazmín que se escapaba del interior, mezclado con ese olor a papel viejo y desesperación.

No hubo respuesta. Ningún movimiento desde dentro. Ninguna voz preguntando.

Aguardó cinco latidos. Diez.

Nada.

Empujó la puerta. La madera crujió con un sonido agudo y seco, como el grito de un pájaro en un bosque silencioso. La luz del pasillo se coló dentro, cortando una cuña del suelo de madera oscura y el borde de una pesada alfombra oriental.

Vacío. Silencio.

Eleanor no estaba allí.

Eva inspiró, llenando sus pulmones del aire cargado del estudio, y cruzó el umbral.

El aire del estudio era denso, cargado de cera rancia y ese aroma a jazmín que ahora le recordaba a una trampa. La bombilla desnuda colgaba del centro del techo, proyectando una luz amarillenta que alargaba las sombras de los muebles como dedos deformes. El escritorio de Eleanor dominaba la habitación, un bloque de madera oscura y pulida.

Eva dejó el maletín junto a la puerta, contra la pared, donde había entrado. Sus manos, libres ahora, temblaban ligeramente. No era miedo, sino la tensión acumulada, el residuo químico de la adrenalina y la sospecha confirmada. Se acercó al escritorio.

El cajón superior derecho cedió con un chirrido agudo que le hizo apretar los dientes. Dentro, ordenados con precisión obsesiva, estaban los sobres de papel grueso. El de arriba tenía su nombre. Lo tomó. El peso del papel, la evidencia de su propio pasado usado como arma, le quemó la yema de los dedos. Lo dejó donde estaba. No era lo que buscaba.

Revisó los otros cajones. Facturas, recibos, cartas de abogados con membrete elegante. Nada de medicación. Nada fuera de lo común.

Su mirada se desvió hacia el armario empotrado al fondo de la estancia, una estructura alta de madera que se fundía con el panelado de las paredes. Se acercó, la alfombra oriental amortiguando sus pasos. Las puertas del armario no tenían pomo, solo un pequeño orificio de llave. Probó con un movimiento suave. Estaban cerradas.

Eva retrocedió un paso, escaneando la habitación. Su vista se posó en el tintero de plata sobre el escritorio, junto a la pluma estilográfica. Dentro, mezclados con clips y grapas, había un par de llaves pequeñas y finas.

La segunda llave encajó. El mecanismo giró con un clic sordo.

Al abrir las puertas, una bocanada de aire viciado la golpeó. Olía a lana guardada, a naftalina, y debajo, muy tenue, a algo medicinal y dulzón. El armario estaba abarrotado: abrigos de invierno colgados con fundas, cajas de zapatos apiladas, carpetas de archivo.

Empezó por las cajas, levantando las tapas con cuidado. Documentos de propiedades. Fotografías antiguas. Libros de contabilidad. Nada.

Alcanzó el fondo, donde un estante más alto estaba casi a la altura de sus ojos. Empujó un fardo de suéteres de cachemira hacia un lado. Su mano tocó algo que no era tela.

Era una caja de cartón sin marcar, del tamaño de un libro grueso, escondida detrás de un chal. La bajó.

El cartón estaba ligeramente polvoriento. Al abrirlo, el olor a medicamento se intensificó, agrio y químico.

Dentro, sobre un lecho de papeles de seda arrugados, había varios blísteres de aluminio. Pastillas. Eva tomó uno, inclinándolo hacia la débil luz. Olanzapina. 10 mg. Un antipsicótico potente. Su mente registró el dato automáticamente: usado para esquizofrenia, trastorno bipolar, episodios maníacos. Efectos secundarios: somnolencia severa, aumento de peso, posible diabetes.

Bajo los blísteres, encontró una receta. Papel con membrete del doctor Hale, fechada hacía casi un año. Prescripción de olanzapina. Nombre del paciente: Eleanor Blackwood.

El aire le faltó en los pulmones.

No era para Timothy.

Junto a la receta, había un pequeño diario de tapa de cuero desgastada. Eva lo abrió al azar. La letra de Eleanor, normalmente firme y controlada, aquí era un garabato febril, apretado, que subía y bajaba por la página.

*No puedo dormir. Los pensamientos vuelven. Los gritos. Timothy en la escalera, su mirada… esa mirada que no era de mi hijo. ¿Cuándo se convirtió en ese extraño? El doctor Hale dice que es el estrés, la culpa. Pero yo sé lo que vi.*

*Hoy intentó levantarse de la cama. La sonda se enredó. Gritó algo, una palabra que no entendí, pero su voz… Dios, su voz era puro odio. Como esa noche. Tengo miedo. Miedo de que despierte. Miedo de lo que pueda hacer. Miedo de lo que yo hice.*

Eva pasó páginas. La escritura se volvía más delirante, más desconectada.

*Las pastillas ayudan. Acalman el ruido. Pero a veces veo cosas. Sombras en el jardín. ¿Será él? ¿Vigilándome? No puedo confiar en nadie. La nueva enfermera, la señorita Pasa de Ser… observa demasiado. Sabe demasiado. ¿Será una de ellos?*

Un ruido seco y claro tronó en el silencio del pasillo.

Eva se quedó inmóvil. El diario abierto en sus manos, la caja de olanzapina a sus pies.

Eran pasos. Firmes. Rápidos. Acercándose por el corredor.

Miró hacia la puerta del estudio. La había dejado entreabierta solo unos centímetros. Desde la rendija, una franja de luz del pasillo cortaba la penumbra.

Los pasos se detuvieron justo al otro lado.

La manija de latón comenzó a girar.

La puerta se abrió.

Eleanor Blackwood se quedó en el umbral, su silueta recortada contra la luz del pasillo. No había sorpresa en su rostro, solo un cansancio tan profundo que parecía haber erosionado sus facciones. Sus ojos verdes, con esas ojeras violáceas, se posaron primero en Eva, luego en el diario abierto en sus manos, y finalmente en la caja

de pastillas a sus pies. La luz de la lámpara de escritorio acentuaba el plateado desordenado de su cabello, ahora deshecho del elegante chignon.

El aire se espesó con el olor a cera rancia, a papel viejo y al jazmín agrio de su perfume, que ya no enmascaraba nada.

—Ya veo —dijo Eleanor. Su voz era un hilo de aire, sin fuerza para la ira o la acusación. Cerró la puerta a sus espaldas con un clic suave. No se acercó. Se apoyó contra la madera, como si sus piernas ya no pudieran sostenerla. —Has encontrado lo que buscabas. ¿Y ahora?

Eva no soltó el diario. Las páginas crujieron bajo sus dedos, la letra febril de Eleanor quemando su piel a través del papel. La lógica fría de su investigación, la certeza de haber desenmascarado a una criminal, se agrietó ante la imagen de esa mujer derrumbándose en silencio. No era la matriarca de cálculo helado. Era una ruina.

—Son para usted —afirmó Eva, y su propia voz sonó extraña en la quietud. —No para Timothy.

Eleanor cerró los ojos. Una lágrima escapó, trazando un surco rápido por su mejilla antes de que pudiera detenerla con el dorso de la mano. El gesto era torpe, infantil.

—Para dormir —musitó. —Para no soñar. Para… soportar.

—¿Soportar qué?

Eleanor abrió los ojos. La desesperación en ellos era un pozo sin fondo. —La verdad. Lo que pasó esa noche. Lo que soy capaz de hacer. Lo que él se convirtió.

El sonido llegó entonces, distante pero inconfundible: el motor bajo y ronroneante de un coche que se acercaba por el camino de grava. Eleanor se irguió de golpe, el pánico borrando toda huella de confesión. Los ojos se le abrieron de par en par, vidriosos.

—Dios, no ahora —jadeó, y la voz le quebró. —Tienes que irte. Ahora mismo.

—¿Quién? —Eva dio un paso atrás, instintivamente. El maletín pesaba en su otra mano.

—¡No importa! —Eleanor se abalanzó hacia ella, no con agresión, sino con una urgencia desesperada. Le arrebató el diario de las manos y lo arrojó a un cajón del escritorio, que cerró de un golpe. Agarró a Eva del brazo, sus dedos eran garras frías a través de la tela del uniforme. —Por donde viniste. La puerta trasera. No puede verte aquí.

La arrastró, no hacia el pasillo principal, sino hacia una sección de paneles de madera oscura al lado de la chimenea. Eleanor presionó un punto casi invisible y un panel cedió, revelando una oscuridad absoluta y el olor a humedad y polvo. Un pasadizo de servicio.

—Ve —urgió Eleanor, empujándola hacia la negrura. Su respiración era un silbido corto. —Corre a tu habitación. Enciérrate. No hagas ruido.

Eva tropezó al cruzar el umbral hacia el estrecho pasadizo de servicio. El aire era frío y olía a tierra. Antes de que pudiera volverse, Eleanor cerró el panel. La oscuridad fue total, sofocante.

Pero Eva no corrió.

Quedó inmóvil, la espalda pegada a la madera áspera del panel, el corazón martillándole en el oído. Contuvo la respiración.

Al otro lado de la fina pared, oyó la puerta principal abrirse con un crujido solemne. Pasos firmes, pesados, resonaron en el vestíbulo de mármol. No eran los de un anciano. Eran vigorosos, autoritarios.

Una voz masculina, grave y curtida, atravesó la madera.

—Eleanor. He llegado antes de lo previsto. Tenemos que hablar.

No era el inspector Croft. La familiaridad en el tono no dejaba lugar a dudas: este hombre conocía la casa, conocía a Eleanor. Y esperaba ser recibido.

Eva apretó el maletín contra su pecho, sintiendo el contorno del vial de suero adulterado, del frasco ámbar. La confesión fracturada de Eleanor, su terror genuino, el diario de locura… y ahora esto. Una tercera pieza, moviéndose en el tablero.

Desde el estudio, la voz de Eleanor respondió, forzadamente calmada, el perfecto barniz de anfitriona restaurado en cuestión de segundos.

—Claro. Pasa. Estaba revisando unos papeles.

Los pasos se acercaron, entraron en el estudio. La puerta se cerró.

Eva permaneció en la oscuridad, escuchando el latido de su propia sangre, sabiendo que acababa de asomarse a un abismo mucho más profundo de lo que había imaginado.

# CAPÍTULO 11: ALIANZA NOCTURNA

La oscuridad del pasadizo era un manto de terciopelo húmedo. Eva permaneció inmóvil, la mejilla pegada a la madera fría del panel, el maletín convertido en una extensión de su cuerpo. A través de la pared llegaban las voces, amortiguadas pero nítidas en su urgencia.

—El informe mañana. Las cifras de consumo no cuadran —la voz masculina era un cuchillo afilado, sin espacio para la duda.

Eleanor respondió con un hilo de sonido, un sollozo ahogado que se deshilachaba.

—No puedo más. Lo sabes.

—El protocolo no admite desviaciones. Lo sabías cuando aceptaste.

—No era una aceptación. Era… una rendición.

Un crujido de madera. Un paso pesado. Eva imaginó al hombre acercándose a la mujer derrumbada en su escritorio.

—La enfermera —dijo él, y el tono hizo que los músculos de Eva se tensaran—. ¿Está contenida?

—Sí. Arriba. Dormirá.

—¿Estás segura?

Un silencio cargado. Eva contuvo el aire hasta que le ardieron los pulmones.

—Le di algo —confesó Eleanor, la voz tan baja que Eva casi no la captó—. En el café. Solo para calmarla. Para que no… investigara más.

El hombre gruñó, un sonido de disgusto.

—Eso complica las cosas. No debiste actuar por tu cuenta. El método está establecido.

—¡El método! —el grito de Eleanor fue un estallido ahogado, desgarrado—. Mantener a mi hijo en un abismo. Contar miligramos como si fueran monedas. Esto me está matando.

—Eleanor. —La voz se volvió peligrosamente suave—. Recuerda la alternativa. Recuerda por qué estamos aquí. No es el momento de flaquear.

Hubo un ruido de papel, el chasquido de una cerradura. La conversación descendió a murmullos ininteligibles, cifras, referencias a nombres que Eva no reconoció: "Cerberus", "suministro del jueves", "pabellón de invierno". Cada palabra era un ladrillo más en el muro de una conspiración que superaba con creces la locura privada de una madre.

Finalmente, los pasos se alejaron. La puerta del estudio se abrió y cerró. Silencio.

Eva esperó, contando los latidos en sus sienes. Cien. Doscientos. Cuando la quietud se volvió absoluta, palpó la pared hasta encontrar el borde del panel. Empujó con suavidad, sintiendo cómo cedía hacia el interior de su habitación.

La luz tenue de la luna que entraba por su ventana le pareció cegadora. Soltó el maletín sobre la cama, las manos temblorosas. Los dedos olían a tierra y a polvo del pasadizo. En su boca, el regusto metálico del miedo se mezclaba con el fantasma amargo del

café envenenado. Eleanor le había dado algo. No era solo una sospecha paranoica; era una confesión escuchada a través de una pared.

Miró su reloj. Casi la una de la madrugada. La mansión dormía, pero era un sueño falso, vigilado. La idea de acostarse, de cerrar los ojos en esa habitación que ya no sentía suya, le provocó una náusea física. Recordó la promesa que se había hecho a sí misma junto a la cama de su madre: nunca quedarse de brazos cruzados.

Necesitaba moverse. Necesitaba ver algo que no fueran estas cuatro paredes.

Abrió la puerta de su habitación y se asomó al pasillo. Una larga extensión de oscuridad y sombras danzantes, vacía. El último peldaño de la escalera principal parecía brillar débilmente con la luz de una lámpara de noche, quizás dejada encendida en la cocina.

Sin hacer ruido, con los pies descalzos sobre la madera fría, comenzó a bajar.

La cocina olía a lejía agresiva y a algo más: un tufo terroso a sudor y a ropa húmeda que el limpiador no lograba enmascarar. La luz azulada del display del horno proyectaba sombras fantasmales sobre los tarros de especias alineados. Junto al fregadero de acero, una silueta se enderezó de golpe.

Eva contuvo un grito en la garganta. La figura era alta, desdibujada contra la ventana iluminada por la luna. Un chorro de agua seguía cayendo del grifo abierto, rompiendo el silencio con un sonido obscenamente normal.

—¿Eva?

La voz era ronca, tensa. Reconocible.

Alex se volvió lentamente. La luz azul le recortó el perfil: el cabello castaño claro, siempre desordenado, ahora empapado en las sienes. Un moretón violáceo se extendía desde su pómulo hasta la

mandíbula, hinchando el párpado inferior. Su camisa de trabajo, la misma de tela gruesa, estaba rasgada en el hombro, mostrando una mancha oscura que podía ser tierra o sangre seca. Se apoyaba más sobre una pierna, el peso desplazado.

Eva no se movió. Los azulejos bajo sus pies descalzos estaban helados. El instinto le gritaba que retrocediera, que subiera corriendo a su habitación y cerrara la puerta con llave. Pero sus ojos no se apartaban de la herida en su rostro, de la forma en que su pecho se elevaba con una respiración trabajosa.

—¿Qué te pasó? —logró articular, su propio susurro apenas audible sobre el chorro del agua.

Él cerró el grifo. El silencio que siguió fue más denso.

—Me llevaron al pabellón de invierno —dijo, las palabras saliendo entrecortadas, como si le costara respirar—. Una caseta de herramientas grande, al fondo del bosque. Creí que… —Hizo una pausa, pasándose una mano por la cara. La retiró temblorosa—. Logré escapar. La cerradura era vieja. Me arrastré por la ventana trasera.

Miró hacia la puerta de servicio, luego hacia Eva. Sus ojos marrones, siempre atentos, ahora brillaban con una urgencia febril.

—Tienes que ver el cobertizo. La caja metálica que encontraste. No es solo… no es solo un escondite.

Eva sintió cómo el miedo controlado que la sostenía empezaba a agrietarse. Aquí estaba, delante de ella, la prueba viviente de que sus peores temores eran ciertos. Alex no era un cómplice. Era otro prisionero. Respiró hondo, el aire frío de la cocina llenándole los pulmones. La decisión se tomó sola, impulsada por el moretón en su cara y por el juramento que había hecho en otra habitación, años atrás.

—Timothy recibe siete miligramos de midazolam por hora —dijo, las palabras saliendo en un torrente bajo—. La prescripción es de cinco.

Es una sobredosis constante. Lo confirmé.

Alex no pareció sorprenderse. Asintió lentamente, una mueca de dolor o de amargura torciendo su boca.

—Y Eleanor —continuó Eva, avanzando un paso, el frío del suelo subiéndole por las piernas—. Las pastillas que encontré… olanzapina. Son para ella. Está… enferma. Tiene alucinaciones. Miedo.

—Lo sé —murmuró él—. La he visto en el jardín, hablando con sombras. Pero eso no es lo peor.

Se acercó cojeando, reduciendo la distancia entre ellos. Eva pudo oler la humedad de su ropa, el aroma acre del miedo.

—Hay un protocolo —dijo Alex, su voz bajando aún más—. Un hombre viene. Revisa cifras. Consumo. Como si Timothy fuera una… una cuenta que mantener en números rojos. Eleanor le tiene pánico.

—Lo oí —confesó Eva, el recuerdo de la voz autoritaria atravesándola de nuevo—. Esta noche. Llegó antes de lo esperado. Eleanor me escondió.

Los ojos de Alex se abrieron un poco más. Por primera vez, algo que no era resignación o dolor cruzó su mirada: un destello de esperanza furtiva.

—Entonces tú también lo oíste. No estoy…

Un crujido nítido y metódico cortó el aire. Provenía del pasillo de servicio, el mismo que conectaba con las zonas internas de la mansión. No era el sonido vago de una casa vieja. Era el ruido deliberado de un pie pisando una tabla suelta. Y se acercaba.

Alex se movió antes de que Eva pudiera reaccionar. Su mano, callosa y fuerte, cerró su muñeca con una presión que no dejaba espacio para el debate. La arrastró hacia la sombra profunda entre la nevera y la alacena, un hueco estrecho apenas visible. El contacto fue

eléctrico, una mezcla de alarma y de un alivio terrible: no estaba sola.

El crujido se repitió, más cerca. Justo al otro lado de la puerta de la cocina.

La mano de Alex se tensó alrededor de su muñeca. Un tirón seco, hacia la izquierda. Eva tropezó contra el marco de una puerta que no había visto, oculta en la sombra de la alacena. Él la empujó dentro y se coló tras ella, cerrando el panel con un clic apenas audible.

Oscuridad absoluta. Un espacio tan estrecho que los hombros de ambos rozaban tarros de cristal alineados en estantes. El aire olía a pimienta negra, a orégano seco y al metal frío de las latas. El calor del cuerpo de Alex era una brasa a su lado, el jadeo de su respiración un susurro áspero en su oído.

Afuera, el interruptor de la luz principal chasqueó.

Una línea de luz amarillenta se coló por la rendija inferior de la puerta, iluminando sus pies. Pasos firmes, pesados, resonaron en el suelo de baldosas. Eva contuvo el aire. El latido en sus sienes era un tambor ahogado, tan fuerte que temió que pudiera oírse a través de la madera.

Las piernas de un hombre aparecieron en su campo de visión limitado. Pantalones de traje oscuro, de un tejido fino, con un plisado perfecto. Zapatos de cuero negro, pulidos hasta brillar bajo la luz fluorescente. No eran los zapatos de trabajo de Alex. Tampoco los delicados zapatos de Eleanor.

El hombre se detuvo frente a la nevera. Eva vio sus manos, grandes y de nudillos prominentes, abrir el cajón de las verduras. Hubo un sonido de plástico al moverse, un leve crujido de lechuga. Luego lo cerró. Los pasos se dirigieron al fregadero. Una pausa. El leve tintineo de cubiertos en el escurridor. Parecía estar revisando, inspeccionando, no buscando algo para comer.

Alex, inmóvil a su lado, había inclinado la cabeza hacia la rendija. Su perfil era una línea tensa contra la tenue luz. Eva podía sentir la vibración de su cuerpo, un cable de acero a punto de romperse.

Los pasos se alejaron. El interruptor chasqueó de nuevo. La línea de luz bajo la puerta desapareció, sumiéndolos de nuevo en una oscuridad más densa, cargada ahora con el eco de la presencia que se retiraba. Los pasos se perdieron por el pasillo de servicio, y luego, silencio.

Ninguno de los dos se movió durante una eternidad medida en latidos. El olor a especias se volvió sofocante. El roce del hombro de Alex contra el suyo ya no era una invasión, sino un ancla.

Él fue el primero en romper el estatismo. Su cabeza giró lentamente hacia ella. En la penumbra, sus ojos marrones captaron un tenue reflejo de alguna fuente lejana, brillando con una intensidad febril. No dijo nada. Solo asintió, una vez, un movimiento lento y grave.

Eva asintió de vuelta. La garganta se le había cerrado. No hacían falta palabras. El miedo compartido, el peligro eludido por centímetros, había tejido entre ellos un entendimiento más sólido que cualquier juramento. La alianza no necesitó ser declarada; nació en la oscuridad de la despensa, forjada por la evidencia compartida y la persecución inminente.

Alex deslizó la mano, no para agarrarla, sino para abrirla. Ella sintió la frialdad del metal contra su palma antes de reconocer la forma. Pequeña, oxidada, con mellas. La llave del cobertizo.

—Amanecer —su voz era un soplo, apenas un movimiento de aire contra su mejilla—. En el cobertizo. Trae todo.

Sus dedos se cerraron alrededor de la llave. El óxido mordió su piel, una sensación áspera y real. Asintió de nuevo, con más fuerza.

Él empujó la puerta de la despensa, que cedió sin ruido. Un resquicio de luz de luna entraba por la ventana de la cocina, plateando el polvo en el aire. Alex se deslizó fuera, una sombra que

se fundía con las demás. En el umbral de la puerta de servicio, se volvió una última vez. Su mirada fue una promesa y una advertencia. Luego desapareció.

Eva se quedó junto a los tarros de conservas, la llave clavándosele en la carne del puño. La cocina estaba vacía, pero la sensación de vigilancia permanecía, impregnando el aire frío. Su alianza estaba sellada en la oscuridad, un pacto tácito forjado a un paso de ser descubiertos. Ya no estaba sola. Y eso, comprendió mientras el metal se calentaba en su mano cerrada, lo cambiaba todo.

# CAPÍTULO 12: EL CUARTO PROHIBIDO

La llave giró con un chasquido seco que resonó en el silencio del amanecer. Eva empujó la puerta del cobertizo, la madera chirrió contra el suelo de tierra apisonada. El aire dentro era denso, cargado de humedad y el aroma terroso del abono. La luz grisácea de la madrugada se filtraba por las rendijas de las tablas, iluminando motas de polvo que danzaban como partículas de un secreto suspendido.

Alex estaba sentado en un banco de trabajo, apoyado contra la pared. A la luz tenue, sus heridas parecían más profundas. El moretón alrededor de su ojo izquierdo había madurado a un tono violáceo y amarillento, y una costra oscura le cruzaba la ceja. Se movió con una rigidez que delataba el dolor en la pierna.

—Cierra —indicó, su voz ronca por la falta de sueño.

Eva obedeció. El interior del cobertizo se sumió en una penumbra acogedora y opresiva. Herramientas colgaban de ganchos en las paredes, perfiles negros contra la madera ennegrecida. Reconoció la bolsa de lona bajo el banco, el saco de tierra volcado.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó, sin acercarse.

Alex sacó un reloj de pulsera barato de su bolsillo. La esfera brilló débilmente.

—Treinta y cuatro minutos. Eleanor sale a las seis y media en punto a recoger el correo en la puerta principal. Tarda exactamente siete minutos en bajar el camino, revisar el buzón y volver. Es un ritual. Como el tictac de un reloj.

—¿Y el otro? ¿El hombre del traje?

—Se fue antes del alba. En un sedán negro, sin placas. —Alex se frotó la mejilla magullada, un gesto que parecía más un tic nervioso que de dolor—. La casa tiene ciclos. Como un organismo. A esta hora, está dormida. Es el único momento en que ciertas puertas… respiran.

Eva sintió la llave oxidada en su bolsillo, junto al frasco de vidrio con el residuo dorado. Trajo su maletín, que ahora pesaba como un ataúd pequeño.

—¿Qué puertas?

Alex la miró directamente. Sus ojos marrones, siempre atentos, ahora brillaban con una urgencia febril.

—En el ala oeste. Una habitación que siempre está cerrada con llave. Era el estudio de Timothy. Antes.

La palabra flotó entre ellos. *Antes*. Antes del accidente. Antes del coma. Antes de que el caparazón de ese hombre ocupara la habitación de enfermo.

—¿Qué hay allí?

—No lo sé. Nadie entra desde hace ocho meses. Pero la cerradura es vieja, de las de ganzúa. Y yo… —hizo una pausa, evaluándola— tengo cierta práctica.

El corazón de Eva aceleró su ritmo. No era miedo, sino esa certeza helada que la había sostenido frente a Eleanor. La lógica era impecable. Si existía un protocolo, si había cifras que revisar y suministros que controlar, los rastros no estarían solo en la

habitación del enfermo. Estarían en el lugar donde Timothy Blackwood había sido una persona, no un paciente.

—¿Y si nos descubre?

—Entonces confirmaremos lo que ya sospecha —respondió Alex, su tono era plano, factual—. Pero no nos descubrirá. Conozco los crujidos del suelo, los ángulos ciegos de las cámaras. Hay un pasillo de servicio que llega hasta allí, paralelo al principal. Lo usan para el mantenimiento.

Eva observó sus manos. Habían temblado en la cocina, sosteniendo la llave. Ahora estaban quietas. La desconfianza, esa vieja compañera, se retiraba como la marea, dejando al descubierto un lecho de necesidad compartida. Él había vuelto. Estaba herido, y había vuelto.

—De acuerdo.

La aceptación no fue un susurro dramático, sino una declaración simple. Alex asintió, una vez. Se levantó del banco, agarrándose del borde para no poner peso completo en la pierna lesionada. Cojeó hasta la puerta y colocó la mano en el pomo, sin abrirla aún.

Afuera, un pájaro comenzó a trinar, una nota clara y solitaria en el aire frío.

Alex abrió la puerta un centímetro. Ajustó el ojo a la rendija, su perfil recortado contra la línea de luz.

—Ahora —murmuró, la voz tan baja que Eva casi la sintió más que la oyó—. Ella acaba de salir.

El pasillo lateral olía a naftalina y a madera húmeda, como un armario olvidado. Habían salido del cobertizo y ahora avanzaban por este corredor lateral. Alex se movía delante de ella con una economía de movimiento que desmentía su cojera, apoyándose más en la pared que en la pierna lesionada. La alfombra, un desvaído terciopelo burdeos, tragaba sus pasos, pero cada crujido de la

estructura antigua bajo sus pies era un latigazo en los nervios de Eva.

Él levantó una mano, puño cerrado. Se detuvieron.

Al frente, una esquina. Más allá, el corredor principal donde la luz del amanecer empezaba a filtrarse por un ventanal alto, iluminando motas de polvo en suspensión. Alex asomó la cabeza un instante y la retiró. Su perfil, recortado contra la luz tenue, mostraba la mandíbula apretada. Con un gesto rápido, señaló una puerta estrecha, casi invisible en el empapelado oscuro, a su izquierda.

—Servicio —murmuró, el sonido apenas un roce de aire.

La abrió. Dentro, una escalera de caracol ascendía en la penumbra, los peldaños de hierro pintado de negro, fríos al tacto. Subieron. El aire se volvió más frío, cargado con el olor metálico del óxido y la tierra de las macetas almacenadas en algún lugar cercano. Eva contuvo un estornudo, la nariz irritada por el polvo.

En el rellano superior, Alex la tomó del brazo, su agarre firme a través de la manga de su blusa. Sus ojos marrones, intensos en la oscuridad, la miraron fijamente.

—El pasillo de la ala oeste —articuló sin sonido, solo moviendo los labios—. Cincuenta pasos. Silencio absoluto.

Ella asintió. La presión de sus dedos era un ancla.

Salieron a otro corredor, pero este era diferente. El papel pintado, una vez rico, estaba descolorido y se despegaba en las esquinas. No había alfombra, solo tablones de roble oscuro que gemían bajo su peso por más cuidado que pusieran. Las puertas, altas y macizas, estaban todas cerradas. Al final del túnel de madera y sombras, una puerta se destacaba.

Era de una madera más oscura, casi negra, con herrajes pesados y oxidados. Pero en el centro, brillando con una crudeza moderna,

había una cerradura de cilindro cromado, nueva, incongruente con la antigüedad del marco.

Alex se acercó, Eva pegada a su espalda. Él sacó un llavero del bolsillo del pantalón, un manojo de llaves viejas y melladas de jardinero. La primera no entró. La segunda giró con un chirrido áspero, pero no cedió. La tensión se materializó en el aire, espesa como la humedad. Eva podía oír su propia sangre zumbando en los oídos, un contrapunto al tenue tictac de un reloj lejano.

Abajo, muy por debajo de ellos, retumbó un portazo.

El sonido viajó por los huesos de la casa, una vibración sorda que hizo estremecerse el polvo en el suelo. Eleanor. Había vuelto.

Los ojos de Alex se encontraron con los de Eva. No hubo pánico en ellos, solo una evaluación fría y rápida. Descartó el llavero. Sin una palabra, se giró hacia la puerta, evaluando la cerradura con una mirada profesional. Luego, con un movimiento que fue pura desesperación contenida, se apoyó en su pierna buena y golpeó el pomo con el ángulo del hombro, justo al lado de la cerradura.

El impacto fue un golpe sordo, cargado de toda la fuerza que su cuerpo magullado podía reunir.

La puerta no se abrió de par en par. Cediò con un crujido seco y astillado, como un hueso roto, abriéndose apenas unos centímetros. Un soplo de aire salió de la rendija, cargado con un olor que le hizo a Eva arrugar la nariz: papel viejo, cuero rancio y algo más, dulzón y medicinal, que se le clavó en la garganta.

El aire que escapaba de la rendija olía a tiempo detenido. Polvo, cuero agrietado y ese dulzor medicinal que se adhería al paladar. Alex empujó con el hombro, un segundo esfuerzo que hizo crujir la madera. La puerta cedió lo justo para deslizarse dentro.

Eva pasó tras él, el corazón golpeándole las costillas. Alex cerró la puerta con cuidado, apoyando la espalda contra ella. El chasquido del pestillo al caer fue un clic sordo y definitivo.

La habitación era una fotografía de un instante violento congelado. La luz del amanecer, filtrada por unas persianas de madera cerradas, cortaba el espacio en franjas grises donde danzaban partículas suspendidas. Una silla de respaldo alto yacía volcada junto al escritorio, como si alguien la hubiera lanzado. Libros yacían esparcidos en el suelo, sus páginas abiertas y arrugadas. En la pared, junto a la chimenea de mármol negro, una mancha oscura se extendía desde el rodapié hacia arriba, irregular, casi como la sombra de una salpicadura.

—No ha entrado nadie en meses —susurró Alex, su voz ronca por el esfuerzo y la tensión—. Pero mira.

Señaló con la barbilla hacia el suelo. En la alfombra persa, descolorida por el sol, un camino había sido trazado a través del polvo, desde la puerta hasta el escritorio. Huellas recientes, nítidas.

Eva avanzó, sus zapatos sin hacer ruido sobre la lana gruesa. El aire era denso, cargado del aroma rancio de tabaco de pipa y algo metálico, como monedas viejas. Se detuvo frente al escritorio de caoba maciza. La superficie estaba vacía, salvo por una capa uniforme de gris. Pero en el centro, un rectángulo limpio del tamaño de un bloc de notas indicaba que algo había estado allí, y lo habían retirado hace poco.

—El cajón superior —dijo Alex, acercándose cojeando. Su respiración era un silbido entrecortado—. Siempre cerrado con llave. Pero la cerradura está rota. Mira.

Se inclinó, con una mueca de dolor por el movimiento de la pierna, y tiró del tirador de latón. El cajón se deslizó con un chirrido que hizo estremecer a Eva. No había resistencia.

Dentro, no había papeles de negocios, ni facturas, ni agendas. Solo un montón desordenado de fotografías cuadradas, con los bordes blancos característicos de una Polaroid. Eva extendió una mano, los dedos temblando ligeramente, y tomó la de encima.

La imagen mostraba un petirrojo. No posado en una rama, sino atrapado en una jaula de alambre demasiado pequeña, las alas desplegadas de forma antinatural contra los barrotes. El enfoque era nítido, profesional. La siguiente: un gato joven, atado con una cuerda demasiado apretada alrededor del cuello, los ojos vidriosos y la boca entreabierta. No había sangre, solo una composición cruel, estudiada.

—Dios mío —la palabra se le escapó a Eva en un soplo.

Revolvió las fotos con más brusquedad. Más animales. Un erizo pinzado con unas tenazas. Un ratón de campo… Eva dejó caer la imagen como si le hubiera quemado. No era un ratón. Era algo más. Algo con una herida precisa, quirúrgica, en el abdomen.

El horror le subió por la garganta, ácido y frío. No era la rabia descontrolada de un enfermo. Esto era meticuloso. Esto era disfrute.

Alex había girado y examinaba la mancha en la alfombra, en la esquina más alejada de la ventana. Se arrodilló, con dificultad, y pasó los dedos por la tela. Se los llevó a la nariz.

—No es vino —murmuró—. Es demasiado oscura. Demasiado… seca.

Eva levantó la vista del cajón de las pesadillas. Su mirada recorrió la habitación con nuevos ojos. La silla volcada no era un accidente. Era el epicentro de una lucha. La mancha en la pared no era humedad. Y esa alfombra…

—No estaba cerrado con llave —dijo, la voz extrañamente plana—. La cerradura nueva en el exterior. Pero por dentro… —Miró hacia la puerta por la que habían entrado. No había pestillo, solo el pomo. Los daños en la madera alrededor del marco eran visibles desde este lado también, confirmando la violencia del intento exterior. Lo atrancaron desde fuera. Lo encerraron aquí.

Alex se puso de pie, apoyándose en el escritorio. Sus ojos marrones, siempre atentos, ahora reflejaban la misma revelación nauseabunda que consumía a Eva.

—No era la víctima —dijo él, las palabras cayendo como piedras en el silencio sepulcral—. Era la razón de todo.

Eva sostuvo otra Polaroid. Esta no mostraba un animal. Era un primer plano de una mano femenina, elegante, con un anillo de perlas. En el dorso, una larga y fina herida roja, reciente, brillaba bajo el flash. La mano estaba apoyada sobre una encimera de mármol que Eva reconoció al instante. La cocina de la mansión.

El aire se le heló en los pulmones. La percepción del mundo, de los últimos días, de su propia misión, se quebró con un crujido casi audible. Había estado cuidando, protegiendo, investigando para salvar a un monstruo. Y había estado juzgando, acusando, a una mujer aterrorizada que quizás solo había intentado sobrevivir.

Alex se irguió de golpe. Todo su cuerpo se tensó.

—Escucha.

Eva contuvo la respiración. Al principio, solo oyó el zumbido en sus propios oídos. Luego, distinguió el sonido. Abajo, en el vestíbulo, pero ascendiendo ahora. Pasos lentos, pesados, decididos. Subiendo las escaleras de la ala oeste. No eran los tacones rápidos y nerviosos de Eleanor. Eran pisadas masculinas, que resonaban con una calma aterradora sobre la madera, acercándose directamente al pasillo que conducía a la puerta tras la que estaban escondidos.

# CAPÍTULO 13: RASTROS DE FURIA

Los pasos se detuvieron justo al otro lado de la madera.

Eva sintió el brazo de Alex cerrarse alrededor de su muñeca. Un tirón brusco, silencioso. La arrastró hacia atrás, hacia un cortinaje pesado de terciopelo granate que colgaba junto a la chimenea de mármol negro. El tejido olía a humedad y polvo acumulado. Se apretaron contra la pared fría, el espacio tan estrecho que el aliento de Alex le calentaba la nuca. Él se inclinó, compensando el peso de la pierna lesionada, y Eva notó la tensión de su cuerpo convertida en una línea rígida de dolor contenido.

Un chasquido metálico, nítido en el silencio sepulcral. La cerradura girando.

La puerta se abrió con un gemido bajo de los goznes.

La luz del pasillo, pálida y grisácea con el amanecer, se proyectó en un haz oblicuo sobre la alfombra persa, iluminando el polvo suspendido. Una silueta alta y ancha llenó el marco. Botas de cuero negro, bien lustradas, pisaron el suelo de madera con un crujido deliberado.

Eva contuvo la respiración hasta que le ardieron los pulmones. A través de una rendija en el terciopelo, vio el haz blanco y concentrado de una linterna barrer la habitación. Recorrió los estantes vacíos, la silla volcada, se detuvo un instante en la mancha

oscura de la pared. El haz descendió, escudriñando el suelo alrededor del escritorio. El hombre se agachó con un gruñido sordo. El cuero de su traje crujió. Su mano, enguantada de negro, apareció en el campo de visión de Eva y recogió algo pequeño y metálico del suelo, cerca de la pata de la mesa. Un destello plateado bajo la linterna. Un alfiler, quizás. O una llave.

El hombre se enderezó. La linterna barrió de nuevo, pasando por delante del cortinaje. Eva cerró los ojos, sintiendo el latido de su corazón como un tambor atrapado en la garganta. La luz blanquecina filtrándose a través de sus párpados. El olor a cuero rancio y tabaco frío se intensificó cuando el hombre pasó a un metro de ellos, su sombra enorme oscureciendo la rendija.

Se detuvo. Respiró hondo, como olfateando el aire.

Eva apretó los dientes. Notó la mano de Alex, aún alrededor de su muñeca, apretando con una fuerza que hablaba de puro instinto. Su pulgar trazó un círculo rápido, dos veces, sobre su piel: *Quietos*.

El hombre emitió un sonido, un resoplido casi inaudible. Sus botas giraron sobre los talones. Los pasos comenzaron a alejarse, crujiendo de nuevo sobre las tablas. La puerta se cerró con un clic suave, pero no con el sonido seco del pestillo al cerrar. Quedó entreabierta.

El silencio regresó, cargado ahora de una nueva cualidad: el eco de una presencia reciente.

Alex exhaló, un susurro áspero que salió más como un jadeo. Su cuerpo se relajó una fracción, apoyándose más en la pared.

—Es el de la cocina —murmuró, su voz un roce de papel de lija justo contra su oído—. El mismo.

Desde el pasillo, a través del hueco de la puerta, llegó el sonido amortiguado de una voz grave, hablando con tono profesional y plano.

—Sí. La habitación del ala oeste. Revisaré las cámaras del pasillo de servicio. Nadie debería estar aquí a esta hora.

Una pausa. El crujido de un paso.

—No, la señora Blackwood está recogiendo el correo. Tiene siete minutos. Confirmaré que no haya… irregularidades.

Los pasos se alejaron, descendiendo por las escaleras.

El eco de los pasos se desvaneció escaleras abajo, dejando un vacío cargado de electricidad. La presión de los dedos de Alex alrededor de su muñeca se aflojó, pero el contacto permaneció, un punto de calor anclado en la piel fría de Eva.

Él fue el primero en moverse, deslizándose del armario con una torpeza silenciosa que delataba la rigidez de su pierna. Se apoyó en el marco de la puerta, escuchando, su perfil tenso contra la luz grisácea que entraba por la rendija. Eva salió tras él, sus propios músculos protestando por la inmovilidad forzada. El aire del estudio le pareció más denso ahora, el olor a cuero rancio mezclado con el aroma metálico de su propio miedo.

—No volverá —murmuró Alex, su voz aún un roce áspero—. No hasta que termine la ronda. Tenemos… cuatro minutos, quizás.

Eva asintió, aunque él no la veía. Su mirada ya barría la habitación, buscando más allá del caos inicial. El horror de las fotografías había cristalizado en una certeza nauseabunda, pero necesitaba ver el resto. Necesitaba entender la extensión.

Se acercó al escritorio volcado. No lo tocó. Sus ojos se posaron en el borde frontal de la madera de caoba, justo donde la pata se había astillado al caer. Allí, en la superficie pulida, había marcas. No eran rasguños accidentales. Eran surcos paralelos, profundos y deliberados, espaciados como los dedos de una mano. Se agachó, resistiendo el impulso de pasar los dedos por ellos. La madera estaba levantada en crestas ásperas. Alguien había arañado la

superficie una y otra vez, con una fuerza que hablaba de pánico o de furia contenida.

—Mira —su voz sonó extraña en el silencio.

Alex se acercó cojeando. Siguió su mirada. Su mandíbula se tensó, el moretón violáceo alrededor de su ojo pareció oscurecerse.

—Uñas —dijo, sin inflexión—. Humanas.

Eva se levantó, su pulso acelerándose. Su atención saltó a los estantes. Los libros no estaban simplemente desordenados; muchos yacían abiertos en el suelo, sus páginas arrancadas y esparcidas como confeti blanco sobre la alfombra persa descolorida. Otros permanecían en su sitio, pero sus lomos revelaban títulos que no cuadraban con la imagen del heredero ocioso: *Psicopatía: Estructura y Proceso*, *Anatomía Forense para Investigadores*, *Trastornos del Control de los Impulsos*.

Alex tomó uno de los que quedaba en pie. Lo abrió por una página marcada con una nota al margen. La letra era angulosa, furiosa, tinta negra que casi perforaba el papel. *'La respuesta autonómica al dolor ajeno es deficiente. Interesante.'*

—No leía por placer —dijo Alex, cerrando el libro con un golpe seco —. Estudiaba.

Un escalofrío le recorrió a Eva la columna vertebral. Se volvió hacia el escritorio, hacia los cajones que aún no habían revisado. El superior izquierdo estaba atascado. Tiró con fuerza, y cedió con un crujido de madera seca. Dentro, no había papeles.

Había instrumentos.

Un juego de escalpelos quirúrgicos antiguos, con mangos de ébano y hojas de acero ahora opacas. Unas pinzas de disección de punta fina. Un pequeño martillo reflexológico. Todos cuidadosamente dispuestos sobre un paño de fieltro gris, pero el paño estaba manchado con salpicaduras de un color marrón oscuro, casi negro,

que se había impregnado en las fibras. Un olor débil pero persistente emanaba del cajón: un dulzor metálico, rancio, que se le clavó en la parte posterior de la garganta.

—Dios mío —la palabra le salió en un susurro ahogado.

Alex estaba a su lado, mirando el contenido. Su respiración se volvió audible, un ritmo controlado pero forzado. Extendió una mano, pero se detuvo antes de tocar nada. Su mirada, aquellos ojos marrones que siempre parecían estar evaluando, ahora estaban fijos, duros como piedra de río.

—No era solo animales —articuló, cada palabra cargada de una ira gélida—. Practicaba.

La conexión se hizo en la mente de Eva con un chasquido casi físico. Las fotografías de los animales, dispuestas con precisión macabra. Los libros de texto. Estos instrumentos manchados. No era coleccionismo mórbido. Era un currículum. Un registro de progresión.

—Por eso —dijo, y su voz sonó extrañamente calmada para el torbellino que sentía dentro—. Por eso ella lo mantiene dormido. No es un protocolo financiero. No es solo venganza. Es una cuarentena.

Alex asintió, una vez, bruscamente. Su mirada escudriñó el escritorio, luego se posó en un libro más grueso que los demás, encuadernado en cuero falso verde, apartado en un rincón del estante superior. Parecía un pesado volumen de contabilidad. Pero cuando Alex lo alcanzó y lo abrió, las páginas interiores habían sido recortadas, creando un hueco rectangular perfecto.

Dentro del hueco, descansando como un feto en un ataúd de papel, había un diario de tapa negra, sin inscripciones.

Eva lo tomó. El cuero estaba frío. Lo abrió por la primera página. Una fecha, escrita con la misma letra angulosa de los márgenes de los libros. El corazón le dio un vuelco: era la fecha del accidente de Timothy. Ocho meses atrás.

Debajo, una sola línea, subrayada dos veces con tanta fuerza que el papel se había desgarrado en los extremos del trazo:

*'Eleanor cree que puede controlarme. Hoy le enseñaré lo que es el miedo verdadero. La escalera está lista.'*

El diario cayó de las manos de Eva y golpeó el suelo con un golpe sordo. El eco de esas palabras, la amenaza escrita con tanta furia, resonó en el aire cargado de polvo.

Los pasos en el pasillo se detuvieron justo al otro lado de la puerta.

Alex se movió antes de que ella pudiera respirar. Su mano se cerró alrededor de su muñeca con una presión que prometía moretones. La arrastró hacia la pared opuesta, lejos de la entrada. Sus ojos marrones, desprovistos de todo excepto de una urgencia animal, escanearon la habitación. Se posaron en una ventana alta y estrecha, casi oculta tras un pesado cortinaje de terciopelo descolorido.

—Ahí —jadeó, señalando con la barbilla.

Era una abertura estrecha, con marco de madera podrida y cristales sucios, que daba a un tejado plano de un ala contigua. No parecía una salida. Parecía una trampa.

Un ruido metálico, el sonido de una llave buscando una cerradura, les heló la sangre.

Alex soltó a Eva y se lanzó hacia la ventana. Sus dedos buscaron el pestillo oxidado. Tiró. Nada. Apretó los dientes, los músculos de su espalda tensándose bajo la camisa sudada, y tiró de nuevo. Un chirrido estridente, como el grito de un animal herido, rasgó el aire. El marco cedió unos centímetros. Una ráfaga de aire frío de la mañana se coló dentro, cargada del olor a tierra húmeda y musgo de los tejados.

Desde abajo, en el jardín, un grito agudo y desgarrado atravesó la distancia.

—¡Alguien está en la casa!

Una voz de hombre, estridente, no la de Eleanor. El hombre del traje oscuro, quizás, dando la alarma. O alguien más.

Alex se subió al alfézar, su cuerpo bloqueando la luz grisácea. Su pierna herida se dobló bajo el esfuerzo. Una mueca de dolor le torció el rostro. Intentó impulsarse, empujando con el pie sano, pero la ventana era demasiado alta, el marco demasiado estrecho. Resbaló, cayendo de nuevo al suelo de madera con un golpe sordo.

—No puedo —gruñó, la voz cargada de frustración y dolor. Apoyó una mano en la pared, respirando con dificultad.

Eva no lo pensó. La puerta a sus espaldas tembló bajo un impacto. Alguien estaba forcejeando con ella, quizás porque la cerradura, dañada por dentro, no cedía del todo.

Se colocó detrás de Alex, sus manos planas contra su espalda. La tela de su camisa estaba húmeda de sudor.

—Ahora —ordenó, y empujó con todo su peso.

Alex gruñó, un sonido gutural de esfuerzo, y se impulsó de nuevo. Esta vez, sus manos encontraron el borde exterior del tejado. Se aferró. Eva empujó, sus pies resbalando en el suelo polvoriento, hasta que sintió que sus brazos se alargaban, que ya no podía ejercer más fuerza.

—¡Tira! —le gritó.

Desde arriba, Alex se contorsionó, arrastrando el torso fuera. Por un momento, solo sus piernas colgaron, pataleando en el vacío. Luego, con un último esfuerzo que pareció arrancarse de las entrañas, desapareció por la abertura.

Su rostro, pálido y tenso, apareció de nuevo en el hueco. Extendió un brazo hacia ella.

—¡Eva, date prisa!

Los golpes en la puerta se volvieron más violentos. Un crujido de madera astillándose.

Ella saltó, sus dedos buscando el alfézar. Sus uñas se clavaron en la madera podrida. Alex agarró su antebrazo, su agarre era férreo, anclado en el dolor y la desesperación. La izó.

El mundo se inclinó. Polvo. Aire frío. La textura áspera de las tejas bajo sus rodillas. Estaba fuera, arrastrándose sobre un tejado plano y cubierto de liquen, el cielo plomizo extendiéndose sobre ellos.

Justo cuando Alex empezaba a retirar su mano para ayudarla a ponerse de pie, un estruendo final retumbó dentro del estudio.

La puerta se abrió de golpe contra la pared.

Eva se volvió, aún de rodillas en el borde del tejado.

El hombre del traje oscuro llenaba el marco de la puerta. Alto, corpulento, con una linterna potente en una mano. Su haz de luz blanca y cegadora barrió la habitación vacía, se posó en el diario abandonado en el suelo, y luego ascendió, encontrando a Eva a través de la ventana abierta.

Su expresión no era de sorpresa. Era la calma calculada de un cazador que ha acorralado a su presa. Una esquina de su boca se curvó ligeramente.

Su otra mano, que hasta entonces había estado oculta a su lado, se alzó. Sostenía un dispositivo compacto de plástico negro, con dos protuberancias metálicas en un extremo. Un zumbido eléctrico, bajo y amenazante, llenó el súbito silencio.

—Quedaos donde estáis —ordenó. Su voz era grave, plana, sin emoción. El arma paralizante apuntaba directamente al pecho de Eva.

# CAPÍTULO 14: LA CAJA DE HOJALATA

El zumbido eléctrico del arma paralizante cortó el aire frío del amanecer. Eva sintió el peso de la mirada del hombre a través de la ventana, sus ojos marrones, atentos, calculando la distancia. El dispositivo negro apuntaba directamente a su centro de masa.

Alex se movió antes de que ella pudiera pensar.

Con un gruñido ahogado, se interpusó entre ella y la ventana, su cuerpo cojeando pero decidido. Se apoyó contra la pared de la buhardilla, los nudillos blancos donde agarraba la piedra. Su respiración era un silbido entrecortado.

—No dispare —dijo Alex, la voz tensa pero firme.

El hombre en el marco de la puerta no bajó el arma. Su expresión permaneció impasible, como tallada en granito.

—El protocolo es claro para intrusos —respondió, la voz grave y plana. El haz de la linterna iluminó el moretón violáceo alrededor del ojo de Alex. —Retroceded hacia la ventana. Ahora.

Eva escaneó el tejado a sus espaldas. Tejas sueltas, musgo verde grisáceo, el borde a unos tres metros. No había salida. El olor a tierra húmeda y óxido metálico le llenó la nariz. Su corazón

martilleaba contra las costillas, un ritmo frenético que resonaba en sus oídos.

El hombre avanzó un paso dentro del estudio, el arma nunca desviándose. La luz de la linterna bailó sobre el diario negro en el suelo.

—Eleanor ya está alertada —añadió, como si leyera su desesperación. —No hay prisa.

Alex hizo un movimiento leve, un cambio de peso hacia su pierna buena. Un gesto casi imperceptible, pero Eva lo captó. Estaba preparándose para algo.

El instinto la atravesó como una descarga. No era pensamiento. Era pura reacción.

Su mano derecha se cerró alrededor del borde de una teja suelta a su lado. La arcilla estaba fría y áspera, con líquen que se desprendió bajo sus dedos. Sin aliento, sin plan, arrancó el fragmento y lo lanzó.

No apuntó al hombre. Apuntó a la mano que sostenía el arma.

La teja giró en el aire, un disco oscuro y torpe. El hombre la vio venir, un destello de sorpresa finalmente cruzando su rostro. Giró el brazo instintivamente para esquivarla.

No fue suficiente.

El borde afilado de la teja golpeó el dorso de su mano con un chasquido seco. El hombre soltó un jadeo de dolor, los dedos se abrieron por un instante. El arma paralizante se torció en su agarre.

Se disparó.

Un clic seco, seguido de un zumbido agudo. Un dardo metálico con una punta brillante salió disparado y se clavó en el marco de madera podrida de la ventana, a centímetros del hombro de Alex. Un olor a ozono quemado llenó el espacio entre ellos.

—¡Ahora! —gritó Alex.

Empujó a Eva hacia un lado y cargó.

Fue un movimiento torpe, arrastrando la pierna lesionada, pero lleno de una fuerza bruta y desesperada. Se lanzó a través del hueco de la ventana, directamente contra el torso del hombre.

El guardia, aún recuperándose del impacto en la mano, no pudo esquivarlo. El cuerpo de Alex lo golpeó de lleno en el pecho. Ambos hombres retrocedieron tambaleándose, un enredo de brazos y maldiciones ahogadas. La linterna salió volando y rodó por el suelo del estudio, proyectando sombras locas y alargadas.

Eva se puso de pie, las rodillas temblorosas. Vio cómo Alex aferraba al hombre, forcejeando, usando su peso para arrastrarlo hacia atrás, hacia el borde del tejado contiguo que estaba al mismo nivel que el suelo del estudio.

—¡Corre, Eva! —rugió Alex, la voz distorsionada por el esfuerzo.

Pero no podía. No podía dejarlo.

El guardia recuperó el equilibrio. Con un movimiento experto, se liberó del agarre de Alex y le propinó un codazo en el costado. Alex se dobló con un grito ahogado, el dolor de su pierna haciéndolo vacilar. El hombre aprovechó para agarrarlo por la chaqueta y empujarlo hacia atrás, hacia la abertura de la ventana y el vacío del tejado más abajo.

Alex se aferró al marco de la ventana, los dedos buscando purchase en la madera podrida. Sus pies patinaron en el borde del tejado, desprendiendo guijarros y polvo que cayeron en la oscuridad.

El guardia recuperó el equilibrio y empujó a Alex hacia el vacío.

Eva no pensó. Su cuerpo reaccionó antes que su mente. Se lanzó hacia adelante, agarró la chaqueta de Alex con ambas manos y tiró hacia atrás con todo su peso. La tela se estiró, las costuras crujieron. Alex se aferró al marco de la ventana, los nudillos blancos, los pies buscando desesperadamente un apoyo en la teja inclinada.

El guardia, sorprendido por la intervención de Eva, vaciló un instante. Fue suficiente.

Con un último esfuerzo que le arrancó un gemido gutural, Eva logró arrastrar a Alex hacia dentro. Ambos cayeron al suelo del estudio, un amasijo de jadeos y dolor. El guardia, al otro lado de la ventana, se enderezó. Su rostro era una máscara de furia contenida. Levantó el arma paralizante de nuevo, apuntando directamente a ellos.

Pero no disparó.

En lugar de eso, dio un paso atrás, fundiéndose con la penumbra gris del amanecer en el tejado. Desapareció.

El silencio que dejó fue más aterrador que cualquier amenaza.

—No… no nos sigue —jadeó Alex, retorciéndose para sentarse. Una mano se aferraba a su costado, donde el codazo había impactado.

—¿Por qué? —Eva se incorporó, los ojos clavados en la ventana vacía.

—Porque sabe que estamos atrapados. La única salida es por esa puerta, y él controla el pasillo. O… —Alex hizo una mueca de dolor al intentar ponerse de pie— tiene órdenes de no entrar aquí.

La habitación parecía respirar con ellos, el polvo flotando en los primeros rayos de luz que se filtraban por la ventana sucia. El caos congelado adquiría ahora un significado distinto, más siniestro. No era el desorden de una víctima, sino la guarida de un depredador interrumpido.

—Tenemos que irnos —susurró Eva, acercándose a la puerta. Puso el oído contra la madera. Nada.

—Un minuto —la voz de Alex era urgente, febril. Se arrastró hacia el escritorio, arrastrando la pierna lesionada. Cada movimiento era una lucha visible, los músculos de su mandíbula tensos por el esfuerzo. —Antes de que vuelva con refuerzos. Hay algo que necesito ver.

Había abierto el cajón superior izquierdo, el de los instrumentos quirúrgicos manchados. Con dedos que apenas obedecían, palpó el fondo de madera. Buscó en una esquina, presionó.

Un clic seco, casi imperceptible.

Un pequeño panel de madera cedió. Alex introdujo los dedos y extrajo una caja de hojalata, rectangular y oxidada, del tamaño de un libro grueso. El metal crujió bajo su tacto, desprendiendo un olor a papel viejo y óxido.

—¿Qué es eso?

—La prueba —dijo Alex, colocando la caja sobre el escritorio, entre los libros destrozados. La abrió.

Dentro, un fajo de cartas atadas con una cinta descolorida. Eva tomó la de arriba. El papel era fino, de calidad, pero la escritura lo destrozaba: letras angulosas, furiosas, que arañaban la superficie. Iba dirigida a «Clara».

«…tu silencio es un insulto. Piensas que puedes ignorarme, desaparecer. Te equivocas. Yo te veo. Siempre. Y pronto entenderás el precio de la desobediencia…»

Eva pasó a la siguiente. Y a otra. Acusaciones paranoicas. Amenazas veladas que se volvían explícitas. Referencias a «lecciones» y «castigos». Una firma siempre igual: Timothy.

—Clara Hargrove —dijo Alex, su voz plana, gastada—. Fue su novia durante casi un año. Desapareció de la ciudad hace catorce meses. Se fue de viaje, según su familia. Nunca volvió. Nadie preguntó demasiado. Los Blackwood tienen… influencia.

Bajo las cartas, un documento oficial doblado en cuatro. Eva lo desplegó con cuidado. El papel tenía el tacto áspero y quebradizo de lo archivado durante mucho tiempo. Era un informe policial. Fecha: hace dieciocho meses. Denuncia por agresión presentada por Clara Hargrove contra Timothy Blackwood. Descripción: «El agresor, en un

acceso de ira, golpeó a la denunciante en el brazo con un objeto contundente (posiblemente un pisapapeles de metal), causando hematoma severo y sospecha de fractura». En la parte inferior, un sello de tinta roja: «ARCHIVADO». Y debajo, una nota manuscrita con letra burocrática: «Caso cerrado por falta de pruebas. Se sugiere influencia familiar ejerció presión para desestimar».

La luz grisácea del amanecer caía sobre las palabras, haciéndolas palpitar. Eva sintió el papel como si estuviera caliente.

—No eran sospechas —murmuró, más para sí misma que para Alex —. Era esto. Era real.

Alex no respondió. Su mirada estaba fija en el fondo de la caja de hojalata. Allí, bajo el informe, descansaba un pequeño estuche de cuero negro, no más grande que una mano.

Lo tomó y lo abrió.

Sobre un forro de terciopelo descolorido, de un azul apagado, descansaba un escalpelo quirúrgico. El acero brillaba con una luz fría y perfecta, el filo tan afilado que parecía cortar la mirada. El mango era de ébano, pulido por el uso. Y grabado con una finísima elegancia, casi invisible si no daba la luz justa, había dos iniciales:

**A.T.**

—No son las iniciales de Timothy —dijo Eva, el hallazgo clavándose en su mente como una astilla.

Alex cerró el estuche de un golpe seco. —No. Y eso es aún más peligroso. —Guardó el estuche del escalpelo en el bolsillo interior de su chaqueta, luego empujó la caja de hojalata hacia Eva. —Toma todo esto. Guárdalo. Yo llevo el diario. Si nos separan, tú debes conservar las pruebas físicas.

Eva asintió, tomando la caja. La metió dentro de su chaqueta, sintiendo el frío del metal contra su costado. Alex recogió el diario negro del suelo y lo guardó en su bolsillo.

—Ahora, vámonos —dijo Alex, su voz tensa.

La puerta del estudio cedió con un crujido sordo. El pasillo estaba vacío, bañado en la misma luz azulada y enfermiza. El aire olía a naftalina y a la humedad profunda de las paredes de piedra. Desde abajo, por el hueco de la escalera de caracol, subía un eco de voces distorsionadas por la distancia y la furia. La de Eleanor, aguda y desgarrada, se enredaba con la grave y plana del hombre del traje. Palabras sueltas ascendían como esquirlas: "…registro completo…", "…imposible…", "…encuentren…"

Alex se arrastró hacia adelante, su cuerpo tensándose con cada movimiento. La cojera era más pronunciada ahora, un arrastre doloroso de la pierna lesionada que hacía crujir la vieja alfombra burdeña. Eva lo siguió, pegada a la pared, cada uno de sus sentidos afinado hasta el límite. La luz de la mañana, un azul pálido y sucio, se filtraba por una ventana alta y estrecha cubierta de telarañas y polvo, iluminando motas de polvo que danzaban como ceniza.

Llegaron al rellano de la escalera de servicio. El hierro pintado de negro de los peldaños descendía en una espiral oscura hacia las profundidades de la casa. Alex señaló hacia abajo, luego hacia una puerta lateral entreabierta que, según sus gestos mudos, conducía a los jardines traseros. La ruta de escape.

Pero entonces, un motor.

El sonido creció desde el camino de entrada, un ronroneo bajo que se detuvo justo frente a la casa. Un portazo seco. Eva se acercó a la ventana sucia, limpiando un círculo en el cristal con la manga.

Un sedán discreto, color gris perla. De él bajó un hombre. Cano, de postura erguida, con un abrigo sencillo. Su porte no era el de un guardia de seguridad; era una autoridad de otro tipo. Metódico. Observador. El hombre sacó una cartera del bolsillo interior y la abrió, mostrando algo plateado a la luz del amanecer.

Eleanor apareció en el marco de la puerta principal. Ya no gritaba. Se había recom puesto, el pelo plateado recogido de nuevo en un

intento de orden, pero su palidez era cadavérica. Asintió, mecánicamente, y dio paso al recién llegado.

—Es Croft —la voz de Alex era un soplo áspero junto a su oído—. Inspector.

La palabra cayó en el silencio del pasillo con el peso de un candado que se cierra. El sistema. La ley. Todo aquello en lo que Eva ya no podía confiar, ahora estaba en el vestíbulo.

Croft habló brevemente con Eleanor. Luego, mientras ella miraba al suelo, él giró la cabeza. Sus ojos, avellanados e inquisitivos, recorrieron la fachada de piedra de la mansión con la minuciosidad de un forense. Subieron por la pared, pasando por las ventanas ciegas del primer piso… y se detuvieron.

No en su ventana, no exactamente. En la zona de sombra donde ella y Alex estaban agazapados. Era imposible que los viera a través del cristal sucio y la penumbra del pasillo. Pero la mirada fue deliberada, escrutadora. Una punzada de frío recorrió la columna vertebral de Eva, un instinto animal de presa avistada.

En ese preciso instante, desde las entrañas de la casa, llegó el sonido que temían.

No eran voces. Eran pasos. Firmes, decididos, subiendo la escalera de servicio de hierro hacia ellos. No con la urgencia de quien busca, sino con la certeza de quien sabe adónde va. *Clang. Clang. Clang.* Cada impacto metálico resonaba en el estrecho espacio, acercándose.

Alex la miró. En sus ojos marrones, atentos, no había pánico, sólo una evaluación gélida y rápida de opciones que se evaporaban. La salida al jardín estaba ahí, tras la puerta lateral. Pero los jardines, ahora, estarían vigilados. Y esos pasos, que ya estaban a medio camino, cortaban la retirada hacia el tejado.

Las paredes, literalmente, se estaban cerrando.

# CAPÍTULO 15: EL ESCALPELO

El sonido de las botas en la escalera de hierro era un latido metálico y monstruoso. Clang. Clang. Clang. Cada golpe vibraba en el aire cargado de polvo y óxido del pasillo lateral. Ya no subían; estaban allí, a solo un tramo de distancia, ascendiendo con la implacabilidad de una guillotina.

Alex se movió antes de que Eva pudiera procesarlo. Su cuerpo, rígido por el dolor de la pierna, se torció hacia la pared opuesta a la puerta de la escalera. Con dedos que temblaban apenas perceptiblemente, agarró el borde de la alfombra burdeos, desvaída y polvorienta, y la arrancó hacia arriba. No era un tirón suave; fue un gesto desesperado que levantó una nube de partículas doradas a la débil luz del amanecer.

Bajo la alfombra, apenas visible entre las sombras del zócalo de madera podrida, había una placa rectangular de metal, más oscura que el resto de la pared. Un panel de acceso para tuberías o cableado, de no más de medio metro de alto y treinta centímetros de ancho. No tenía pomo, solo una ranura fina en un borde.

Los pasos alcanzaron el descansillo inmediatamente inferior. Un crujido de grava bajo una suela. Una pausa infinitesimal.

Alex miró a Eva. No con pánico, sino con una urgencia cristalina, cortante. Sus ojos marrones, siempre atentos, le transmitieron una

orden silenciosa, absoluta. Con la mano libre, señaló el panel y luego a ella. Su otra mano se aferraba al diario negro de Timothy, apretándolo contra su costado magullado. El moretón violáceo alrededor de su ojo parecía latir al ritmo de su respiración entrecortada.

—No —logró articular Eva, un suspiro apenas audible. No lo dejaría. No otra vez.

Pero Alex ya estaba en movimiento. Se agachó —una mueca de dolor le distorsionó la boca— y hundió los dedos en la ranura del panel. Los músculos de su antebrazo se tensaron bajo la piel. El metal cedió con un chirrido sordo, revelando una oscuridad densa y un olor a tierra seca, a piedra vieja y a vacío. El hueco era estrecho, apenas un respiradero vertical entre la estructura interna de la mansión.

*Clang.* El último peldaño.

Alex empujó a Eva hacia la abertura. No fue una sugerencia. Fue una imposición física, sus manos en sus hombros, dirigiendo su cuerpo con una fuerza que no admitía discusión. El borde frío del marco de metal le golpeó las costillas. La oscuridad de dentro era tangible, como un muro sólido.

—Entra —su voz fue un ronquero apremiante, cargado de un significado que iba más allá de la palabra.

Eva resistió un instante, sus pies buscando tracción en la alfombra suelta. Miró su rostro, la costra oscura en su ceja, la determinación feroz que borraba el dolor. Él no iba a caber ahí con su lesión. Y si lo hacía, no podrían cerrar el panel a tiempo. Estaba calculando, sacrificando su salida por la suya, por la evidencia que ella llevaba escondida bajo la ropa.

La puerta de la escalera, al final del corto pasillo, emitió un chasquido seco. El pomo giraba.

La decisión se tomó por ella. Su cuerpo, entrenado por años de urgencias médicas donde un segundo era la diferencia, reaccionó. Se giró de lado, contorsionándose para introducir primero un hombro, luego la cabeza, en la estrecha garganta de piedra y madera. El estuche de cuero del escalpelo, oculto bajo su suéter, presionó contra su esternón con un borde duro. La caja de hojalata, en su otro bolsillo, raspó contra el marco.

Alex empujó el panel hacia ella, cerrándole el mundo exterior. La última imagen que Eva atrapó a través de la rendija que se estrechaba fue la de él, enderezándose con dificultad frente a la puerta que ahora se abría, su espalda ancha bloqueando la vista hacia el hueco de servicio. Su rostro se componía en una máscara neutra, preparada para el encuentro.

La oscuridad la envolvió por completo. El panel encajó con un golpe sordo, ahogando la entrada de la primera palabra pronunciada en el pasillo: una voz grave, autoritaria, que no pertenecía al inspector Croft.

—Ahí estás —dijo la voz, y Eva, en su tumba de piedra, contuvo el aliento hasta que le ardieron los pulmones.

El aire que colaba por la rendija del panel traía consigo un olor acre: sudor masculino, mezclado con el tenue rastro de ozono quemado que Eva ya reconocía. El hombre del traje oscuro llenaba el espacio del rellano con su sola presencia, una silueta recortada contra la luz mortecina del pasillo. No llevaba el arma paralizante a la vista, pero sus manos, grandes y con nudillos blanquecinos, colgaban a los lados como dos pesos muertos.

Alex se había enderezado lo mejor que pudo, apoyando una palma contra la pared para disimular el temblor de su pierna lesionada. Su respiración, a través de la rendija, sonaba como un susurro áspero y controlado.

El hombre no se molestó en saludar. Su voz, la misma grave y autoritaria que había pronunciado las primeras palabras, cortó el aire

cargado.

—¿Dónde está la enfermera?

La pregunta era un cuchillo frío. Eva apretó los dientes, notando cómo el borde del estuche de cuero le clavaba una presión sorda en el pecho.

Alex movió la cabeza, un gesto lento y deliberado de negación. No habló.

El hombre dio un paso adelante, reduciendo la distancia a menos de un brazo. La luz de la bombilla del techo le iluminó la mandíbula, apretada, y una cicatriz pálida que le surcaba la sien izquierda. Su traje, de un negro azabache, parecía absorber la claridad del entorno.

—No me hagas perder el tiempo —dijo, y esta vez las palabras eran más bajas, más peligrosas—. La escuché subir. La vi en el tejado. Está aquí.

De nuevo, Alex negó. Esta vez acompañó el gesto con un encogimiento de hombros que pretendía ser indiferente, pero Eva vio cómo los músculos de su cuello se tensaban como cables.

El hombre no esperó más. Se abalanzó.

Fue rápido, a pesar de su corpulencia. Una mano se cerró alrededor del cuello de la chaqueta de trabajo de Alex, empujándolo contra la pared con un golpe seco que hizo vibrar el panel frente al rostro de Eva. El otro brazo rodeó el torso de Alex, registrándolo con movimientos bruscos y expertos. La tela de la chaqueta crujió bajo la presión.

Eva contuvo un grito, convertido en un jadeo silencioso que se le atascó en la garganta. Observó, impotente, cómo las manos del hombre palparon los costados, los bolsillos delanteros, la espalda. Alex forcejeó, un movimiento torpe y lastimero, su pierna mala

cediendo bajo el peso. Su rostro, vuelto de perfil hacia la rendija, mostraba una mueca de dolor puro, los ojos entrecerrados.

La mano del hombre encontró el bulto en el interior de la chaqueta. Se detuvo. Con un tirón brusco, abrió la cremallera y arrancó el diario negro de Timothy. Lo sostuvo frente a la luz, la tapa lisa y sin inscripciones reflejando un destecho mortecino.

—Esto no te pertenece —murmuró el hombre, y su tono era casi de satisfacción.

Al guardar el diario dentro de su propia chaqueta, su codo golpeó el costado de Alex. Este se dobló, un gemido ahogado escapándosele de los labios, y al hacerlo, algo pequeño y oscuro se deslizó de su bolsillo interior. Cayó al suelo de madera con un golpecito apagado, rodó un par de veces y se detuvo a escasos centímetros de la base del panel donde Eva se escondía.

El estuche de cuero negro del escalpelo.

El hombre no lo vio. Su atención estaba puesta en Alex, a quien ahora sujetaba por el brazo con un agarre de hierro.

—Vamos. Tienes una cita en el pabellón de invierno. Ya hablaremos de lo que sabes y de lo que no.

Arrastró a Alex hacia la escalera. Los pasos de este, arrastrados y desiguales, resonaron en los peldaños de hierro. El hombre no miró atrás. No revisó el suelo. El pequeño estuche de cuero yacía junto al zócalo, una mancha oscura contra la madera más clara, ignorada.

Eva no respiró hasta que el sonido de los pasos descendentes se fundió con el silencio de la casa. Entonces, con movimientos lentos, temblorosos, extendió la mano a través de la estrecha rendija inferior del panel. Sus dedos rozaron el cuero frío, lo asieron, lo arrastraron hacia dentro de su oscuridad.

Lo sostuvo contra su pecho, junto al otro bulto, la caja de hojalata. Afuera, el pasillo estaba vacío. Alex se había ido. El diario, la prueba

de la amenaza de Timothy, se había ido con su captor. Pero en sus manos, escondido en la oscuridad de un hueco de servicio, quedaba el escalpelo con las iniciales de un extraño. Un misterio por un precio terrible. La captura de Alex no era solo un revés; era un cambio de reglas. Ahora ella estaba sola, y el hombre del traje sabía que alguien más había estado allí arriba. Su búsqueda no terminaría con Alex.

El silencio se instaló en el pasillo, un vacío denso que pesaba más que el griterío anterior. Eva permaneció inmóvil en la oscuridad del hueco, el olor a polvo y madera vieja atrapado en su garganta. Escuchó. Solo el tictac lejano de un reloj, el crujido casi imperceptible de la casa respirando. Los pasos habían desaparecido, llevándose a Alex consigo.

Empujó el panel hacia fuera con una lentitud agonizante. La madera cedió sin ruido. El corredor estaba desierto, bañado en la luz grisácea y fría que se filtraba por una ventana alta al final. La alfombra burdeos mostraba las marcas arrastradas de los zapatos de Alex.

Se arrodilló, las rodillas crujiendo contra el suelo de madera. El estuche de cuero yacía donde lo había arrastrado, una mancha oscura y prometedora. Lo recogió. Era más pesado de lo que parecía, la superficie lisa y fría al tacto. Con dedos que no querían obedecer, buscó el cierre. Un broche de latón, oxidado en los bordes. Lo abrió.

El interior estaba forrado de un terciopelo azul descolorido, gastado en el centro por la forma del objeto que contenía. Y allí, anclado en su nicho de tela, descansaba el escalpelo.

No era una herramienta moderna de acero inoxidable. Este era antiguo, de una elegancia siniestra. La hoja, larga y delgada como una uña afilada, brillaba con un filo perfecto que atrapaba la tenue luz. El mango, sin embargo, era lo que robaba el aliento: ébano pulido hasta un negro profundo y aterciopelado, con un peso significativo, diseñado para un agarre preciso. Eva lo giró con

cuidado. Allí, grabado con una finura casi joyera cerca de la base del mango, estaban las iniciales: **A.T.**

Las letras no eran toscas. Eran cursivas, fluidas, la T cruzada con un trazo decidido. No pertenecían a Timothy Blackwood. Tampoco a ningún equipo médico que hubiera visto en la casa; esto era personal, costoso, casi una reliquia. Un objeto extraño, fuera de lugar, cuya sola presencia en el escondite de Timothy planteaba más preguntas de las que respondía.

Una voz masculina, formal y clara, subió desde el vestíbulo, atravesando la quietud de la casa.

—…necesito hablar con todos los presentes, señora Blackwood. Es un procedimiento estándar.

El inspector Croft. Abajo, en la puerta principal.

Eva cerró el estuche con un chasquido suave. Su mirada cayó sobre la caja de hojalata que aún presionaba contra su abdomen. Dos piezas de evidencia. Una la incriminaba a ella por posesión de pruebas robadas. La otra… la otra no significaba nada todavía. Solo preguntas. Pero eran sus preguntas ahora. La pérdida de Alex y del diario convertía este escalpelo en una ventaja crucial, un hilo del que tirar en la oscuridad.

No podía bajar con ellas.

Con movimientos rápidos y mecánicos, abrió su chaqueta de enfermería y deslizó el estuche dentro, metiéndolo en el interior del pantalón, contra la piel de su cadera. El frío del metal la traspasó la tela, un contacto glacial que le erizó el vello de los brazos. La caja de hojalata siguió el mismo camino, su borde afilado mordiendo su costado. Se ajustó la ropa. Los bultos eran visibles si alguien miraba con atención, pero bajo la tela holgada del uniforme, podían pasar por… nada. Solo una enfermera con las manos temblorosas.

Se levantó. Enderezó la espalda. Una calma extraña, fría como el acero que llevaba escondido, comenzó a extenderse por sus venas,

ahogando el pánico residual. Alex estaba capturado. El diario, perdido. Pero esto, el escalpelo y su misterio, era suyo. Un fragmento de verdad que ni Eleanor, ni el hombre del traje, ni siquiera el inspector, conocían. Su captura no sería en vano. Este objeto sería la clave para entender por qué Timothy lo escondía, y tal vez, para encontrar a Alex.

No era solo una prueba. Al sostenerlo contra su piel, sintiendo su peso y su filo potencial a través de las capas de tela, se transformó en algo más. Un compromiso. Una herramienta. Un símbolo de que, aunque hubieran arrancado a su aliado, no se llevarían todo. La próxima jugada sería suya.

—Bajaré en un momento —oyó decir a Eleanor, su voz tensa pero controlada, desde abajo.

Eva inhaló profundamente. El aire olía a cera de pisos y a la humedad perpetua de la mansión. Luego, con pasos que intentaban sonar normales sobre la alfombra desvaída, comenzó a descender por la escalera de servicio, cada peldaño de hierro resonando con un eco hueco en el silencio. Llevaba consigo el peso de un secreto ajeno y el frío prometedor de un misterio que ahora, por decisión propia, era solo suyo. Y también llevaba la determinación de que la captura de Alex no sería el final, sino el comienzo de algo más peligroso.

# CAPÍTULO 16: LA LLAMADA DE MAYA

El último peldaño de la escalera de servicio cedió con un crujido seco bajo su peso. Eva emergió al vestíbulo principal justo cuando la primera luz del amanecer, pálida y acuosa, atravesaba el vitral sobre la puerta principal. Los rayos diagonales iluminaban motas de polvo flotando en el aire quieto y se estrellaban contra el suelo de mármol negro, creando un rectángulo de claridad fantasmal en la penumbra.

En el centro de ese rectángulo, de espaldas a ella, estaba el inspector Croft.

Su silueta era recortada y sólida contra la luz. Llevaba un abrigo de gabardina abierto sobre un traje oscuro, las manos metidas en los bolsillos. Frente a él, con el rostro iluminado de lleno, Eleanor Blackwood parecía una figura de cera. Su cabello plateado, normalmente recogido en un impecable chignon, caía en mechones sueltos alrededor de una cara que era puro hueso y sombra. Sus ojos verdes, con esas ojeras profundas e inmutables, no parpadeaban.

—…una investigación rutinaria sobre una persona desaparecida —decía el inspector, su voz grave resonando en la amplitud del vestíbulo—. Clara Hargrove. El nombre le resulta familiar, señora Blackwood.

Eleanor no respondió. Su mirada se desvió por una fracción de segundo, captando la presencia de Eva en el borde de la luz. Algo se tensó en su mandíbula, un músculo que saltó bajo la piel translúcida.

Croft giró la cabeza, siguiendo su mirada.

Sus ojos avellanados, inquisitivos, se posaron en Eva. Los escrutó, recorriendo su figura desde los zapatos prácticos hasta el moño castaño, deshecho por la noche de fuga y confinamiento. Eva sintió el borde metálico de la caja de hojalata presionando contra su costado, bajo la tela del uniforme. El estuche con el escalpelo estaba dentro. Respiró, llenando los pulmones del aire encerado y frío del vestíbulo, y caminó hacia ellos. Sus pasos hicieron eco, cada uno un latido medido en el silencio.

—Buenos días —dijo Croft, con una inclinación de cabeza que no era un saludo, sino un reconocimiento de testigo.

—Inspector —respondió Eva. Su propia voz le sonó extrañamente serena, un tono profesional que surgía de algún lugar profundo y automatizado—. Soy Eva, la enfermera del señor Blackwood.

—Lo sé. Su empleadora me ha informado. —Croft extrajo una libreta de bolsillo del abrigo, pero no la abrió. La sostenía como un objeto de autoridad—. Estaba preguntando por otro miembro del personal. Alex, el jardinero. ¿Lo ha visto esta mañana?

El peso contra su costado pareció aumentar. Eva mantuvo la mirada en los ojos del inspector, evitando la presencia silenciosa y cargada de Eleanor.

—Anoche, durante mi ronda final, lo vi recogiendo herramientas en el cobertizo —dijo, eligiendo cada palabra como si fuera un instrumento quirúrgico—. Era tarde, después de las diez. No lo he visto desde entonces.

—¿Era habitual que trabajara a esas horas?

—No lo sé. Llevo pocos días aquí.

Croft asintió, lentamente. Su mirada bajó a sus manos, a la libreta, y luego volvió a subir.

—La señora Hargrove fue novia de Timothy Blackwood. Desapareció hace catorce meses. —Hizo una pausa, dejando que las palabras se asentaran en el aire frío—. En su denuncia, antes de desaparecer, alegó amenazas y agresión por parte de su hijo. La denuncia fue archivada.

Eleanor emitió un sonido, apenas un suspiro ronco. No dijo nada.

—¿Alex alguna vez le mencionó algo sobre esto? —preguntó Croft, clavando sus ojos en los de Eva—. ¿Sobre el pasado de Timothy? ¿Sobre personas que pudieran… guardarle rencor?

El escalpelo. Las iniciales A.T. La caja con las cartas amenazantes. Eva sintió el impulso de tocarse el costado, de asegurarse de que las pruebas seguían ocultas. En su lugar, cruzó los brazos con naturalidad, como si tuviera frío.

—No —mintió, y la palabra salió clara y firme—. Nuestras conversaciones fueron estrictamente profesionales. Sobre el jardín, el clima. Nada más.

El inspector la observó durante tres segundos exactos. El tictac del reloj de péndulo en la pared sonaba como un metrónomo en el vacío.

—Entiendo —dijo finalmente, guardando la libreta—. Si ve a Alex, o recuerda algo, por mínimo que sea, tiene mi tarjeta. —No era una pregunta. Era una orden. Su mirada pasó de Eva a Eleanor, y en ese intercambio silencioso hubo una evaluación, una conclusión provisional—. Volveré si hay novedades.

Sin otra palabra, giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta principal. Sus pasos fueron absorbidos por la alfombra persa. La abrió, dejando entrar una bocanada de aire matutino, frío y cargado de humedad de bosque, y luego se cerró con un clic suave y definitivo.

El rectángulo de luz en el mármol pareció vibrar.

Eva y Eleanor se quedaron solas en el vestíbulo silencioso. El olor a lejía y cera de pisos se intensificó. Eva bajó los brazos, sintiendo la humedad de sus propias palmas.

Eleanor no se movió. Sus ojos verdes, ahora opacos como vidrio viejo, estaban fijos en Eva. No había gratitud en ellos, ni alivio. Solo una evaluación profunda, calculadora, y algo más: una curiosidad casi clínica.

—Has mentido bien —dijo al fin, su voz un hilo de aire.

—No he mentido —replicó Eva, sosteniendo esa mirada—. Dije la verdad. No sé dónde está Alex ahora.

Un espasmo, rápido como el aleteo de un pájaro muerto, recorrió el rostro de Eleanor. Asintió, una vez.

En el bolsillo del pantalón de Eva, el teléfono comenzó a vibrar. No era un timbre, sino una pulsación sorda y persistente contra su muslo, una llamada que se negaba a ser ignorada. La vibración recorrió todo su cuerpo, un zumbido eléctrico que chocaba con el frío del metal escondido contra su piel.

Eleanor lo oyó. Sus ojos bajaron hacia el bolsillo de Eva, luego volvieron a su rostro.

—Parece que te buscan —murmuró.

La vibración continuó, insistente, marcando un ritmo de urgencia en el silencio cargado del vestíbulo.

La puerta de su habitación se cerró con un clic suave. Eva giró la llave en la cerradura, el metal frío mordiendo su pulgar. Se apoyó contra la madera, la frente pegada a la superficie lisa, y dejó escapar un aliento que temblaba en el aire quieto.

La luz del amanecer se filtraba por la ventana alta, bañando la habitación en un gris pálido y líquido. Iluminaba el polvo danzante y

el vacío de la cama sin deshacer. Su maletín de enfermería yacía abierto sobre la colcha, el contenido ordenado con una precisión que ahora le parecía absurda, de otro tiempo.

La vibración en su bolsillo había cesado. El silencio que dejó era más agudo.

Con movimientos mecánicos, sacó el estuche de cuero negro y la caja de hojalata oxidada. Los colocó sobre la mesilla de noche, junto al teléfono inerte. El olor a tierra seca y metal viejo se elevó, una fragancia de secretos desenterrados.

Se sentó en el borde de la cama. Las yemas de sus dedos recorrieron la tapa del estuche, sintiendo el grano del cuero gastado. Lo abrió.

El escalpelo yacía sobre el terciopelo azul descolorido, su filo de acero capturando la luz de la mañana en un destello frío y ciego. Eva lo tomó con cuidado. El mango de ébano era suave, casi cálido al tacto, un contraste con el metal que parecía chupar el frío de la habitación.

Lo giró. Las iniciales.

A.T.

Las letras estaban grabadas con una elegancia minuciosa, las curvas fluidas, los remates afilados. No era una marca tosca, no un graffiti de propiedad. Era una firma. Una identidad.

¿Quién era A.T.? ¿Un cómplice de Timothy? ¿Una víctima cuyo instrumento de tortura fue robado como trofeo? ¿O algo más? Alex no lo había sabido. El diario que podría haberlo explicado ahora estaba en manos del hombre del traje, camino al pabellón de invierno con Alex como prisionero.

Un nudo de frustración se le apretó en la garganta. Tenía las piezas, pero el cuadro seguía roto. Y cada fragmento nuevo la alejaba más de la mujer que había sido al cruzar el portón de hierro días atrás.

El teléfono volvió a vibrar sobre la madera de la mesilla. Un zumbido sordo y persistente que hizo saltar el polvo. La pantalla se iluminó con una foto: Maya, con sus rizos negros alborotados por el viento, sonriendo con los ojos entrecerrados contra el sol. La vida de antes. La normalidad.

Eva dejó el escalpelo sobre el terciopelo. Observó el teléfono como si fuera un artefacto ajeno, una ventana a un mundo que se desvanecía a gran velocidad. Sabía lo que Maya diría. Su voz sería cálida, preocupada, llena de preguntas sencillas sobre turnos y descansos y si había conocido a alguien interesante. Preguntas para las que Eva solo tenía mentiras preparadas.

Mentirle a Eleanor había sido un acto de supervivencia. Mentirle a Maya sería una traición de otra clase.

La vibración cesó. Un segundo de paz. Luego comenzó de nuevo, implacable.

Eva cerró los ojos. Respiró el aire cargado de polvo y secretos. Sintió el peso del metal contra su cadera, la evidencia oculta que quemaba a través de la tela. Allí afuera, en los pasillos silenciosos de la mansión, Eleanor evaluaba su siguiente movimiento. En algún lugar de los terrenos, Alex estaba encerrado, herido. Y ella estaba aquí, con un escalpelo anónimo en la mano y la única persona que aún la anclaba a la luz llamando sin descanso.

Con un suspiro que le vació los pulmones, extendió la mano. Sus dedos encontraron el teléfono, húmedos por el sudor de su palma. Lo levantó. La foto de Maya sonriendo brilló contra su rostro pálido reflejado en la ventana.

Deslizó el dedo por la pantalla y se lo llevó a la oreja.

No dijo nada. Solo esperó, escuchando el silencio eléctrico de la línea abierta, preparándose para la primera grieta.

—¿Eva? —La voz de Maya atravesó el auricular, cálida y teñida de una preocupación que se desbordaba en cada sílaba—. Dios, por fin.

Llevo tres días llamándote. ¿Estás bien?

Eva apretó el teléfono contra su oreja. Al otro lado de la línea, el rumor constante de la ciudad: un autobús frenando, voces lejanas, el zumbido de la vida normal. Un mundo que ahora parecía tan remoto como un planeta visto a través de un telescopio.

—Sí. Sí, estoy bien. Perdona, es que… los turnos son intensos. Se me agota la batería.

La mentira salió de su boca con una fluidez que la asqueó. Era plana, sin matices, como si la hubiera leído de un guión. Observó el escalpelo sobre la cama. La luz del amanecer que entraba por la ventana alta se reflejaba en el filo, dibujando una línea de fuego frío sobre el terciopelo azul.

—¿Intensos? Eva, tu voz suena… rara. ¿Seguro que estás bien? ¿No te ha pasado nada?

—Nada. Todo va según lo previsto. El paciente está estable. La señora Blackwood es exigente, pero correcta.

Silencio. Un silencio cargado, en el que Eva podía casi ver la expresión de Maya al otro lado: el ceño fruncido, esos rizos negros que se escapaban de su coleta mientras movía la cabeza, incrédula.

—¿Correcta? —La palabra sonó como un examen—. La última vez que hablamos, dijiste que te daba mala espina. Que la casa era… opresiva.

—Me adapté. Es parte del trabajo.

Otro silencio, más largo. Eva sintió un nudo de alambre de púas apretándose en su esternón. Respiró, pero el aire no llegaba a lo hondo. Olía a polvo viejo y a la cera del piso, a encierro.

—¿Y Alex? —preguntó Maya, cambiando de ángulo con la perspicacia de quien la conocía desde la adolescencia—. ¿Ese jardinero del que me hablaste? ¿Sigues viéndolo?

El nombre, en boca de Maya, sonó ajeno y peligroso. Eva recordó la mirada de Alex, marrón y atenta, llena de advertencias mudas. El moretón violáceo alrededor de su ojo. La rigidez de su pierna al arrastrarse. Ahora estaba encerrado en algún cobertizo oscuro, y ella estaba aquí, mintiéndole a la única persona que le quedaba.

—No mucho. Cumple su horario. No es asunto mío.

—Eva. —La voz de Maya bajó, se volvió suave, la que usaba con sus pacientes más resistentes—. Por favor. Háblame. Esto no eres tú. Suenas como si estuvieras leyendo un parte meteorológico desde el polo norte. ¿Qué pasa?

Eva cerró los ojos. La presión detrás de ellos era física, como si dos dedos de piedra le oprimieran los globos oculares. Quería soltarlo. Quería decir: *Maya, he encontrado fotos de animales torturados. He robado un escalpelo que podría ser de un asesino. He visto cómo capturan a un hombre y no he hecho nada. Creo que voy a tener que hacer algo mucho peor.* Las palabras se amontonaban en su garganta, ácidas y calientes.

Pero al otro lado de la línea estaba la vida de Maya. Su apartamento lleno de plantas, su trabajo ayudando a gente a recuperar movimientos sencillos, su risa fácil. Meterla en esto sería manchar esa luz con la misma oscuridad que ahora se pegaba a la piel de Eva como una segunda sombra.

—No pasa nada —dijo, y su propia voz le sonó metálica, distante—. Solo estoy cansada. El aislamiento aquí es real. La señal es mala. Se me acaban las conversaciones.

El golpe de esa última frase fue casi audible. Eva sintió cómo la grieta se abría, ancha y profunda, en el espacio entre ellas.

Maya no respondió de inmediato. Solo se oyó su respiración, un poco entrecortada. Cuando habló de nuevo, el tono cálido se había agrietado también, dejando al descubierto una decepción dolorida.

—Vale. Si eso es lo que quieres decirme… Vale.

—Maya, no es…

—Me están llamando para una sesión —interrumpió Maya, y era mentira, ambas lo sabían—. Hablamos luego, ¿vale? Cuídate.

La llamada se cortó con un clic seco.

Eva dejó el teléfono a un lado, lentamente, como si fuera de cristal. La pantalla se oscureció, y por un instante mostró el reflejo fantasmagórico de su propio rostro: pálido, los ojos grises como ceniza, la boca una línea tensa. Luego se encendió una notificación. Un mensaje de Maya.

*Por favor, cuídate. Te quiero.*

Las palabras brillaron contra el fondo negro, un faro diminuto y agonizante desde la otra orilla. Eva extendió la mano, pero no tocó la pantalla. Sus dedos se desviaron, encontraron en su lugar el mango de ébano del escalpelo. La madera estaba fría y lisa, perfectamente adaptada a la curva de su palma. Las iniciales grabadas, *A.T.*, mordieron su piel con un relieve familiar.

Apretó el mango. La hoja de acero relució, indiferente.

Afuera, en el pasillo, resonaron unos pasos medidos que se acercaban. No eran los de Eleanor. Eran más pesados, masculinos. Se detuvieron frente a su puerta.

Eva no movió un músculo. Solo respiró, una inhalación silenciosa que llenó sus pulmones del aire cargado de la habitación. Sus ojos no se apartaron del escalpelo. Del instrumento. De la promesa.

Los pasos siguieron de largo, bajando por la escalera de servicio.

Ella seguía sentada al borde de la cama, sosteniendo la evidencia de un crimen y el peso del silencio que acababa de cavar entre ella y el mundo. La grieta ya no era una posibilidad. Era un abismo. Y ella estaba del otro lado.

# CAPÍTULO 17: EL TESTIMONIO

El chasquido sordo de la cerradura cediendo fue apenas audible sobre el zumbido en los oídos de Eva. La puerta se abrió unos centímetros, dejando pasar una corriente de aire frío que olía a tierra húmeda, a sudor y a algo más: a hierro, a sangre seca.

Alex se deslizó dentro y cerró el panel tras de sí con un movimiento rápido. Se apoyó contra la madera, jadeando. La luz del atardecer que entraba por la ventana iluminaba su perfil: el moretón alrededor de su ojo izquierdo había madurado a un violeta sucio, la costra en la ceja era una costra oscura y rugosa. Pero lo peor era la postura: se sostenía sobre una sola pierna, la otra apenas rozaba el suelo, y un brazo cruzado sobre el costado como si le costara respirar.

—Tienes diez minutos —su voz era un susurro rasposo, cargado de urgencia—. Quizá menos.

Eva no se había movido de la cama. Sus dedos seguían cerrados alrededor del mango del escalpelo, oculto entre los pliegues de su falda. Observó cómo Alex escrutaba la habitación, sus ojos marrones recorriendo cada rincón con la intensidad de un animal acorralado.

—¿Cómo…?

—La cerradura es vieja —cortó él, sin mirarla directamente. Se frotó la mejilla magullada con el dorso de la mano—. Y tengo cierta práctica. No importa. Escucha.

Avanzó cojeando, arrastrando la pierna lesionada. Cada paso le arrancaba una mueca que tensaba los músculos de su mandíbula. Se detuvo frente a ella, tan cerca que Eva pudo ver las motas de barro secas en sus pantalones, el desgarro en la pernera donde la tela había cedido.

—Hay una mujer —dijo, bajando aún más la voz—. Antigua ama de llaves de los Blackwood. Se jubiló hace años, vive en el pueblo. Sabe cosas. Cosas sobre Timothy.

El aire en la habitación pareció espesarse. Eva sintió un hormigueo en la nuca.

—¿Qué cosas?

—Lo que hizo. Lo que era. —Alex inclinó el torso hacia adelante, apoyando las manos en sus rodillas para aliviar el peso de la pierna herida. Su respiración era superficial, entrecortada—. Ella lo vio. Estuvo aquí. Y está dispuesta a hablar.

—¿Por qué ahora?

—Porque yo le pedí que lo hiciera hace meses. Y porque ahora hay una enfermera preguntando. Tú. —Finalmente la miró. Su mirada era un filo—. Es nuestra única ventana, Eva. El hombre del traje… el que me llevó al pabellón… está revisando los suministros con Eleanor. Cuando termine, vendrá por ti. Para "ajustar el protocolo".

Las palabras flotaron entre ellos, cargadas de un significado que ambos entendían. Ajustar el protocolo. Silenciar desviaciones.

Eva soltó el escalpelo. El metal golpeó el colchón con un ruido sordo. Se levantó, las piernas temblorosas después de horas de inmovilidad.

—¿Dónde?

—A veinte minutos en coche. Tengo una moto escondida tras el seto del límite este. —Alex señaló con la cabeza hacia la ventana—. Pero

tenemos que ir ya. Antes de que anochezca del todo. Antes de que completen la ronda.

Eva asintió, el movimiento mecánico. Su mente ya estaba procesando: el maletín de enfermería, sobre la silla. Dentro, la caja de hojalata, el frasco con la muestra de suero, las tiras reactivas. La evidencia. Lo agarró, sintiendo el peso familiar de las herramientas y los secretos.

Alex se acercó a la ventana, miró hacia el jardín que se oscurecía. Su espalda se tensó.

—Vienen.

Un golpe seco retumbó en los pisos inferiores, tan fuerte que la lámpara de la mesilla vibró. Luego, una voz grave, recortada por la distancia pero inconfundiblemente autoritaria, ascendió por el hueco de la escalera.

—Señora Blackwood. Revisaremos todas las habitaciones. Ahora.

Eva contuvo la respiración. Los ojos de Alex se encontraron con los suyos en el reflejo del cristal.

—Se acabó el tiempo —murmuró.

Ella cerró la cremallera del maletín. El chasquido final sonó como el cierre de una tumba.

Alex agarró el marco de la ventana y tiró hacia un lado con un esfuerzo que le tensó los músculos del cuello. El panel de madera, que parecía parte del revestimiento de la pared, cedió con un crujido seco, revelando una oscuridad densa y un chorro de aire frío que olía a tierra húmeda y piedra vieja.

—Aquí —jadeó, apoyándose en el quicio—. Es estrecho.

Eva se asomó. El pasadizo era un hueco vertical apenas más ancho que sus hombros, con peldaños de hierro oxidado incrustados en la

pared de piedra que descendían hacia la negrura. No había barandilla.

—¿Adónde lleva?

—A los cimientos. Sale cerca de la vieja bodega, en el jardín trasero. —Alex se volvió, su rostro era una máscara de dolor concentrado—. Tú primero. Yo cerraré.

Ella dudó, mirando su pierna. Él captó la mirada.

—Puedo hacerlo. Date prisa.

Eva metió el maletín primero, dejándolo caer. El golpe contra el suelo de tierra resonó hueco y lejano. Luego, de espaldas al vacío, buscó el primer peldaño con el pie. El hierro estaba frío y áspero bajo la suela de su zapato. Comenzó a descender, la espalda rozando la piedra húmeda, las manos aferrándose a los salientes metálicos. El aire se volvió más denso, cargado con el olor a moho y metal oxidado. Arriba, el crujido del panel al encajarse de nuevo fue un sonido definitivo, seguido por el gemido ahogado de Alex al comenzar él el descenso.

La oscuridad era absoluta. Eva bajaba a ciegas, cada peldaño una incertidumbre. El sonido de la respiración entrecortada de Alex, mezclado con un quejido contenido cada vez que su pierna herida tomaba peso, era la única brújula. El pasadizo parecía no tener fin. Sus dedos empezaron a entumecerse con el frío del hierro.

—Para —la voz de Alex, justo encima de ella, sonó tensa—. El último peldaño está roto. Salta.

Ella extendió una pierna, encontrando solo vacío. Se soltó y cayó, aterrizando con un golpe sordo sobre tierra compacta. Un dolor agudo le subió por los tobillos. Un instante después, Alex aterrizó pesadamente a su lado, con un gruñido que se convirtió en un jadeo forzado. Se quedó quieto un momento, respirando con dificultad.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió él, la voz ronca—. Adelante. Toca la pared. Sigue recto.

Eva extendió las manos, encontrando una superficie de piedra rugosa y húmeda. Comenzó a avanzar a tientas por el túnel, que ahora era horizontal y tan bajo que tenía que agacharse. El maletín, arrastrado de una mano, golpeaba contra sus piernas. Detrás, el arrastre de los pies de Alex y el sonido de su respiración trabajosa llenaban el espacio cerrado.

Un haz de luz pálida apareció de pronto a la izquierda, filtrándose por una rejilla de ventilación oxidada. Eva se acercó. A través de los barrotes torcidos, vio un trozo de jardín nocturno bañado por la luna, y más allá, la silueta imponente de la mansión. Una figura alta cruzó el campo de visión, la luz de una linterna barriendo el césped en arcos metódicos.

—Es él —susurró Alex, pegado a su espalda.

Permanecieron inmóviles, conteniendo el aliento. La luz pasó de largo, alejándose hacia el invernadero viejo. El corazón de Eva martilleaba contra las costillas.

—La salida está al final —indicó Alex, su aliento caliente en su oreja —. Una rejilla. Empuja hacia fuera.

Avanzaron los últimos metros. Eva encontró la rejilla, un marco de hierro pesado y carcomido sujeto con bisagras oxidadas. Empujó con las palmas. No se movió. Alex se colocó a su lado, y juntos, con un esfuerzo silencioso y desesperado, presionaron. Las bisagras emitieron un chirrido agónico, un sonido que a Eva le pareció ensordecedor en el silencio de la noche. La rejilla cedió de golpe, abriéndose hacia el exterior.

El aire fresco de la noche, cargado con el aroma de hierba húmeda y tierra liberada por la lluvia reciente, los recibió como una bendición. Eva salió arrastrándose, seguida por Alex, que salió renqueando y se dejó caer contra el muro de piedra de los cimientos, con los ojos cerrados y el rostro pálido a la luz de la luna.

Estaban en un rincón oculto del jardín trasero, amparados por un seto de boj descuidado y la sombra profunda de la mansión. A unos cincuenta metros, entre los árboles, Eva distinguió la forma oscura de una motocicleta, medio oculta bajo una lona.

—Allí —señaló Alex, sin abrir los ojos—. La moto.

Ella no discutió. Agarró el maletín y, agachada, comenzó a cruzar el tramo abierto de césped, usando las sombras de los arbustos como cobertura. Cada crujido bajo sus pies le parecía un disparo. Alcanzó la moto, retiró la lona. Era una máquina vieja pero robusta. Alex llegó cojeando a su lado, su respiración un silbido entre los dientes.

—Tú conduces —dijo él, entregándole una llave—. Yo no puedo cambiar de marcha con esta pierna.

Eva asintió, montó y puso el contacto. El motor arrancó con un rugido contenido. Alex se subió con dificultad detrás, rodeándola con los brazos para sujetarse. El calor de su cuerpo contra su espalda era una presencia sólida en medio del miedo.

—Ve hacia el camino de servicio —indicó al oído—. Gira a la izquierda al salir.

Eva soltó el embrague y la moto se deslizó hacia adelante, manteniéndose en la sombra del seto. Alcanzaron el camino de tierra, giraron y aceleraron. El viento de la noche le azotó el rostro, limpiando por un momento el olor a moho y miedo.

Veinte minutos después, se detuvieron frente a una casa baja de piedra con tejas musgosas y una veranda que se hundía por un costado. Una única bombilla desnuda colgaba sobre la puerta, atrayendo un enjambre de insectos nocturnos. El aire olía a tierra húmeda y a leña quemada.

Alex se bajó con un gemido ahogado.

—Espera aquí —murmuró, arrastrándose hacia la puerta.

Eva lo observó. Golpeó con los nudillos, un patrón: dos golpes, una pausa, tres golpes. La cortina de una ventana cercana se movió. Un ojo pálido los escrutó desde la oscuridad.

La puerta se abrió unos centímetros, asegurada por una cadena oxidada. Una mujer mayor, envuelta en una bata de felpa descolorida, los miró. Su rostro era un mapa de arrugas profundas, sus ojos, de un azul desvaído, se posaron en Alex y se ensancharon.

—Tú —susurró, la voz ronca por el sueño o el miedo.

—Señora Clemens. Necesitamos unos minutos.

La cadena resonó al deslizarse. La mujer retrocedió, haciendo un gesto apresurado con la mano. —Entrad, rápido.

El interior era una cápsula de tiempo. El aire estaba cargado con el aroma dulzón del té fuerte y el polvo de décadas. Muebles de madera oscura, cubiertos con manteles de encaje amarillento, abarrotaban una salita diminuta. Fotografías en marcos de plata deslustrada mostraban rostros sonrientes de otra era. En una repisa, un reloj de cuco marcaba el paso de los segundos con un tic-tac metódulo y obsesivo.

La señora Clemens no se sentó. Se quedó de pie, frotándose los brazos a través de la bata, como si tuviera frío. Sus manos, nudillos abultados por la artritis, temblaban de forma constante, un leve pero incesante temblor.

—¿Quién es ella? —preguntó, mirando a Eva con desconfianza.

—Una amiga. Alguien que necesita escuchar la verdad.

La anciana cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, había una resignación antigua en ellos. —El té. Debo preparar té.

Se dirigió a una cocinilla de gas en un rincón. El ritual de calentar la tetera, de sacar dos tazas con flores descoloridas, parecía calmarla, aunque el temblor de sus manos hacía que el agua se derramara sobre el plástico de la encimera.

—Usted trabajó para los Blackwood —dijo Eva, su voz sonando extrañamente alta en el silencio cargado.

La señora Clemens asintió, sin girarse. —Diez años. Desde que el señor Timothy tenía doce hasta… hasta que ya no pude más.

Volvió con las tazas. Las colocó sobre la mesa con un suave chasquido de porcelana. No se sentó. Se quedó allí, mirando la superficie de la madera, sus dedos arañando la tela de su bata.

—Era un niño hermoso. Rubio. Con esos ojos azules que parecían de porcelana. —Hizo una pausa. El tic-tac del reloj llenó el vacío. —Pero vacíos. No había… calidez. Como mirar a un pozo en un día de invierno.

Eva sintió un frío que nada tenía que ver con la temperatura de la habitación.

—Empezó con los pájaros —continuó la mujer, su voz plana, como si recitara algo aprendido hace mucho. —Los atrapaba con redes. Los traía a la cocina de servicio. Decía que quería estudiar cómo volaban. Yo… encontré plumas. Y sangre. En el fregadero de piedra. Después fueron los gatos del jardín. La señora Eleanor le compró un telescopio, pensando que era interés por las estrellas. —Un espasmo le recorrió el rostro. —Él lo usaba para observar los nidos. Para planear.

—¿Y ella? ¿La señora Blackwood? —preguntó Eva, casi sin aliento.

—Vivía con miedo. Un miedo que se le pegaba a la piel, como un perfume rancio. Él la llamaba por su nombre de pila, nunca 'madre'. Y cuando pensaba que nadie los veía… su voz cambiaba. Era baja, venenosa. La amenazaba. Una vez, en el estudio del señor… la oí gritar. Bajo. Un grito ahogado. Cuando entré, él sostenía su brazo, torciéndolo hacia atrás. Ella tenía la cara blanca como la cera, los ojos llenos de lágrimas que no se atrevía a derramar. Él me sonrió. Me dijo: 'La señora Eleanor se ha tropezado. ¿Verdad, madre?'.

La señora Clemens extendió su mano izquierda, volviendo la palma hacia arriba. Una cicatriz delgada y pálida, de unos cinco centímetros, cruzaba la base de su pulgar.

—Intenté apartarlo. Solo quería que la soltara. Él tenía una de sus herramientas… unas tijeras quirúrgicas, largas y finas. Las usaba para disecar los pájaros. Me miró a los ojos y me dijo: 'No meta sus sucias manos donde no le llaman'. Y me cortó. —Su dedo índice recorrió la línea de la cicatriz. —No grité. El miedo era demasiado grande. Sangré sobre la alfombra persa. Él me dijo que limpiara. Y yo limpié.

Eva miró a Alex. Él tenía la mandíbula apretada, sus ojos marrones fijos en la anciana. Ya lo sabía. Todo esto ya lo sabía. Pero verlo confirmado en la carne temblorosa de otra víctima era diferente.

—¿Por qué se fue? —preguntó Eva.

La señora Clemens alzó la vista, y por primera vez, sus ojos se llenaron de lágrimas que no se derramaron. —La noche de su accidente. Hace ocho meses. El teléfono sonó cerca de la medianoche. Era ella. La señora Eleanor. No lloraba. Hablaba con una voz… plana. Muerta. Dijo: 'Se acabó, Margaret. Por fin se acabó'. Y colgó. —La anciana tragó saliva. —Al día siguiente, metí mis cosas en una maleta y me fui. Nunca volví. Nunca quise volver a oír ese nombre.

—¿Y el hermano? —preguntó Alex, su voz baja pero clara—. Oliver. ¿Qué sabe de él?

La anciana parpadeó, como si la pregunta la sacara de un trance. —El pequeño… —susurró—. Era su sombra. O más bien, su blanco favorito. Timothy lo llamaba su 'proyecto'. Lo encerraba durante horas en el armario del ático si lloraba. Una vez… una vez le puso una rata muerta en la cama. Dijo que era para que aprendiera a no tener miedo. —Su temblor se intensificó—. La señora Eleanor intentaba protegerlo, pero… era como intentar parar una tormenta

con las manos desnudas. Cuando Oliver cumplió dieciséis, se fue. Se escapó. Nunca más volvió a la casa.

Eva sintió que el suelo se inclinaba bajo sus pies. Cada palabra era una pieza más de un mosaico monstruoso. No era solo confirmación; era un mapa de los daños, una línea directa que conectaba el pasado de Timothy con el presente de terror.

—¿Y Clara? —preguntó Eva, recordando el nombre de la novia desaparecida—. ¿Conoció a Clara Hargrove?

La señora Clemens palideció. Sus dedos se aferraron a la bata. —La vio una vez. Vino a cenar. Era… luminosa. Demasiado luminosa para ese lugar. Timothy la miraba como miraba a los pájaros antes de… —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza—. No quiero saber qué le pasó. No quiero.

El testimonio ya no era solo un infodump; era un arma. Eva lo sentía, un peso tangible en el aire. Tenían algo ahora, algo más que sospechas. Tenían un testigo.

—Señora Clemens —dijo Alex, su tono cambiando a uno urgente—. ¿Estaría dispuesta a hablar con la policía? A contar todo esto.

La anciana retrocedió un paso, el miedo regresando a sus ojos como una marea. —No… no puedo. Él… él tiene gente. Incluso ahora. Me lo hizo prometer.

—Él está en coma —insistió Eva.

—¡Y puede despertar! —la anciana casi gritó, y luego se llevó una mano temblorosa a la boca—. O los que lo protegen pueden venir. Ustedes no entienden. Su maldad… es contagiosa. Infecta a todo lo que toca.

Un haz de luz barrió la cortina de la ventana frontal, iluminando brevemente el patrón de flores desvaídas. Alex se puso rígido, girando la cabeza hacia el exterior.

El motor de un vehículo se apagó fuera. No era el rugido de un sedán negro, sino el ronroneo bajo y oficial de un motor diésel.

—No es el de antes —murmuró Alex, acercándose a la rendija de la cortina. Su espalda se tensó—. Es un coche patrulla. Croft.

—¿La policía? —preguntó la señora Clemens, su voz un hilo de terror.

—Tenemos que irnos —dijo Alex, mirando a Eva—. Ahora.

Pero Eva no se movió. Miró a la anciana, a sus ojos llenos de un pánico antiguo. Este testimonio no podía quedarse aquí, enterrado bajo el miedo. Tenía consecuencias. Cambiaba todo.

—Venga con nosotros —dijo Eva, la voz más firme de lo que se sentía—. Podemos protegerla.

La anciana negó con la cabeza, una y otra vez, retrocediendo hacia la cocina como un animal herido. —No. Nunca. Váyanse. Por favor, váyanse.

Los golpes en la puerta resonaron, fuertes y oficiales. —¡Policía! ¡Abra!

Alex agarró el brazo de Eva. —Eva, ahora.

La arrastró hacia la puerta trasera de la cocina, que daba a un pequeño patio. El aire frío de la noche los golpeó. Detrás de ellos, oyeron el sonido de la cadena deslizándose, la voz temblorosa de la señora Clemens abriendo la puerta principal.

No habían obtenido solo confirmación. Habían obtenido una responsabilidad. Y ahora el inspector Croft estaba a solo una puerta de distancia.

# CAPÍTULO 18: LA VERDAD SOBRE ALEX

El timbre de la puerto principal sonó como un chillido metálico que atravesó la salita. La señora Clemens dio un respingo, sus dedos huesudos se aferraron al borde de la mesa de té. El sonido era estridente, oficial, una intrusión violenta en el aire cargado de secretos.

Alex ya estaba en movimiento, un gruñido ahogado escapando de sus labios al empujarse de la silla. Su pierna cedió un instante y tuvo que agarrarse al respaldo. Los ojos marrones, atentos, se clavaron en Eva.

—Salida trasera —susurró la anciana, su voz un hilo de aire. Apuntó con un dedo tembloroso hacia un arco oscuro que daba a la cocina. —Por la cocina. Pasillo lateral. Da al callejón.

Eva recogió su maletín del suelo, los dedos encontrando el asa gastada con la seguridad de un ritual. El peso de la evidencia dentro —el frasco de suero, las tiras reactivas, la caja de hojalata— era un ancla y un lastre. Cruzó la habitación en tres pasos y se colocó bajo el hombro de Alex sin preguntar. Él olía a sudor, a tierra del jardín y al tenue aroma metálico del dolor.

—Apóyate —ordenó, y su propia voz le sorprendió por su firmeza.

Él lo hizo, su peso desplazándose sobre ella. La presión era considerable, pero Eva ajustó su postura, distribuyendo la carga. El

instinto de enfermera tomó el mando: evaluar la lesión, compensar la debilidad, mover al paciente. El instinto de fugitiva gritaba para que corrieran.

Atravesaron el arco. La cocina era diminuta, dominada por una cocinilla de gas antigua que despedía un tenue olor a azufre y a té olvidado hervido demasiado tiempo. La señora Clemens les siguió, arrastrando los pies sobre linóleo desgastado.

—Allí —jadeó, señalando una puerta estrecha, pintada de un verde apagado, al fondo.

El timbre sonó de nuevo, más largo, más insistente.

Alex empujó la puerta. La bisagra oxidada lanzó un chirrido agudo que les hizo encogerse a los tres. Más allá se extendía un pasillo lateral, tan estrecho que los hombros de Alex rozaban ambas paredes de piedra áspera y fría. Un callejón de tierra se vislumbraba al final, bañado por la luz grisácea de la mañana.

—Vayan con Dios —murmuró la señora Clemens, y sus palabras sonaron a despedida definitiva.

Eva guió a Alex por el túnel de piedra. Él respiraba entrecortadamente, cada exhalación un pequeño gemido contenido. Su brazo alrededor de sus hombros estaba tenso como un cable. El pasillo parecía alargarse, interminable.

Detrás de ellos, en la casa, oyeron el sonido sordo de la puerta principal al abrirse, seguido por la voz grave y metódica del inspector Croft, demasiado baja para distinguir las palabras.

—No mires atrás —jadeó Alex, su aliento caliente en la oreja de Eva. —Sigue.

Salieron al callejón. El aire frío de la mañana les golpeó el rostro, cargado con el olor a tierra húmeda y a leña quemada de alguna chimenea cercana. Eva orientó a Alex hacia la izquierda, lejos de la

calle principal. Caminaban lo más rápido que la pierna herida de Alex permitía, un arrastre torpe y ruidoso sobre la grava suelta.

A mitad del callejón, Eva no pudo evitarlo. Giró la cabeza.

A través de la ventana empañada de la cocina de la señora Clemens, recortada contra el rectángulo de luz amarillenta, distinguió una silueta alta y ancha de hombros. La figura del inspector Daniel Croft estaba de pie, de espaldas a ella, hablando con la anciana. Pero justo cuando Eva miraba, la silueta giró la cabeza ligeramente. No hacia ella, sino hacia la ventana misma, como si sintiera el peso de una mirada desde la oscuridad del callejón.

Eva apartó la vista y apretó el paso, arrastrando a Alex consigo hacia la esquina que los ocultaría. El latido de su corazón resonaba en sus oídos, tan fuerte que casi ahogaba el sonido de sus propios pasos apresurados sobre la tierra.

Alex condujo su coche antiguo con un temblor que recorría el volante y se clavaba en sus palmas. Conducía sin ver, las curvas del camino forestal pasando como manchas verdes y grises en los bordes de su visión. La imagen del inspector Croft girando la cabeza hacia la ventana se repetía en un bucle detrás de sus párpados.

En el asiento del pasajero, Eva respiraba con un sonido áspero y entrecortado. Se había desplomado contra la puerta, una mano aferrada al maletín sobre su regazo, los nudillos blancos. El olor a tierra húmeda, a sudor frío y a miedo llenaba el espacio cerrado del vehículo.

Alex giró el volante bruscamente, desviándose por una pista de tierra apenas marcada entre los árboles. Las ramas rasparon los laterales del coche con un chirrido agudo. Quinientos metros más adelante, la pista desembocó en un claro pequeño, un parche de hierba mustia rodeado de pinos altos. Apagó el motor.

El silencio que cayó fue absoluto y pesado. Solo el tictac lento del intermitente, que había olvidado apagar, marcaba el paso de los segundos. *Tic. Tac. Tic.* La luz grisácea de la mañana se filtraba

entre las copas de los árboles, iluminando las motas de polvo que danzaban en el aire entre ellos.

Eva no miraba a Alex. Miraba sus propias manos, aferradas al maletín sobre sus rodillas. Veía el temblor fino, casi imperceptible, que recorría sus dedos. Pero su mente no estaba en sus manos. Estaba en las inconsistencias que ahora, bajo la fría luz de la huida, se alineaban con una claridad brutal. El jardinero que conocía demasiado sobre los pasadizos de la mansión. El hombre que siempre parecía estar en el lugar correcto para escuchar lo incorrecto. Su evasiva sobre su pasado cuando, en un raro momento de calma días atrás, ella había preguntado de dónde venía. "Por aquí y por allá", había dicho, con una sonrisa que no llegaba a los ojos. Y la forma en que, anoche, había mencionado a Oliver Blackwood con una familiaridad que iba más allá del chisme de pueblo.

—¿Quién eres?

Su propia voz sonó extraña en el silencio, áspera y plana.

Alex no respondió de inmediato. Un gemido sofocado escapó de sus labios mientras intentaba cambiar de postura, estirando la pierna lesionada con una lentitud agonizante. El moretón violáceo alrededor de su ojo parecía más oscuro a la luz pálida. Cuando habló, fue con la resignación de quien sabe que la mentira ha llegado a su fin.

—Eva…

—No. —Ella se volvió por fin, y el movimiento fue brusco, como el de un animal acorralado. Sus ojos grises, aquellos mismos ojos observadores, lo escrutaron sin piedad. —Dime quién eres realmente. Ahora.

Alex sostuvo su mirada. El dolor en sus ojos marrones no era solo físico. Había algo más allí, una fatiga profunda, el peso de meses de vigilancia y mentiras.

—Mi nombre es Alex Rojas. Eso es real. —Hizo una pausa, buscando las palabras. —Pero no vine a este pueblo por trabajo. Vine por una

persona.

—¿Por quién?

—Por Oliver Blackwood. —El nombre cayó entre ellos como una piedra. —Soy… un investigador privado. Él me contrató.

El aire dentro del coche pareció volverse más denso. Eva no respiraba. Las piezas, aquellas que había ignorado por comodidad o por necesidad, encajaban ahora con un golpe seco.

—¿Cuándo?

—Hace ocho meses. Justo después del accidente de Timothy. —Alex apoyó la cabeza en el reposacabezas, mirando al techo del coche. —Oliver vive en Zurich. Recibió la llamada de Eleanor y… no se lo creyó. No el cómo, ni el por qué. Sabía cómo era Timothy. Sabía lo que Timothy le había hecho a su madre. Pensó que, si Timothy había caído por esas escaleras, no fue un accidente. Y temió que Eleanor estuviera involucrada. O que estuviera en peligro. Me contrató para que me infiltrara, para que averiguara la verdad.

—¿Y el jardín? ¿Los cinco años en el pueblo?

—Una cobertura. Oliver tiene contactos. Consiguió los papeles, la historia. —Alex se frotó la cara con las manos. —Mi trabajo era vigilar. Informar. Nunca… nunca debí involucrarme. Pero cuando llegaste tú, cuando empezaste a hacer preguntas… No pude dejarte sola. Porque Oliver también me habló de Clara Hargrove. De su desaparición. Y supe que, si Timothy estaba involucrado en eso, y si tú seguías husmeando…

—¿Qué? —La voz de Eva era un hilo tenso a punto de romperse. —¿Qué sabías?

—Que no estabas a salvo. —Se volvió hacia ella, y en sus ojos había una certeza dolorosa, forjada en meses de sombras y silencios. —Anoche, cuando ese hombre del traje llegó, lo escuché. Escuché a Eleanor confesar que le dio algo en el café para calmarte. La

escuché hablar de un ‘protocolo’, de ‘cifras de consumo’. —Su respiración se entrecortó. —No es una asesina a sangre fría, Eva. Es una mujer aterrorizada que está siguiendo órdenes. Órdenes para mantener a un monstruo en coma.

El mundo se inclinó. Eva buscó algo a qué aferrarse, pero solo tenía el maletín frío bajo sus dedos. Toda su furia, su sentido de traición, se topó de frente con esa nueva imagen: Eleanor no como verdugo, sino como otra víctima. Otra prisionera.

—¿Por qué? —logró articular. —¿Por qué mantenerlo vivo, entonces? ¿Por qué todo este… teatro?

Con un gesto que le arrancó una mueca de dolor, Alex hundió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta de trabajo, manchada de tierra y hierba. Sacó algo: una fotografía arrugada, los bordes desgastados por el manejo. La sostuvo un momento entre sus dedos, como si dudara en soltar el último secreto.

—Por esto —dijo por fin, tendiéndosela.

Eva la tomó. La imagen era de hace años, a juzgar por la ropa y la calidad. Mostraba a un Timothy Blackwood más joven, quizás a finales de sus veinte, sonriendo con una brillantez que no llegaba a sus ojos azules. Tenía el brazo alrededor de los hombros de un adolescente pálido, de cabello castaño claro y una expresión que heló la sangre de Eva. No era timidez. Era terror puro. Los ojos del chico, muy abiertos, miraban a la cámara como un animal atrapado en los faros de un coche.

—Oliver —susurró Alex, su voz cargada de una pena antigua. —Tenía catorce años en esa foto. Timothy le rompió dos costillas esa misma noche, después de la cena familiar, por ‘haberse reído de él’. No hubo denuncia. Los Blackwood arreglaban todo. —Hizo una pausa, dejando que el peso de las palabras se asentara. —Oliver me contrató, sí. Pero yo acepté porque, cuando me mostró esto, supe qué clase de hombre era Timothy Blackwood. Y supe que, si Eleanor

lo empujó por esas escaleras… quizás solo estaba tratando de sobrevivir. Como todos los que han estado cerca de él.

La fotografía temblaba entre sus dedos. El adolescente en la imagen, Oliver, tenía la mirada fija de quien ya ha visto el abismo. Eva devolvió la foto a Alex, que la guardó con un cuidado que contrastaba con la crudeza de su contenido.

—¿Y la madre de Oliver? —preguntó Eva, su mente buscando conexiones. —¿La primera esposa de Blackwood?

Alex cerró los ojos un instante. —Murió. Oficialmente, un accidente de equitación en la finca, cuando Oliver tenía diez años. Oliver siempre creyó que Timothy tuvo algo que ver. Que la asustó hasta hacerla caer. —Abrió los ojos, y en ellos ardía una fría determinación. —Por eso acepté este trabajo. No para proteger a Eleanor de una acusación, sino para proteger a cualquiera que pudiera estar en su camino si Timothy despertaba. Incluyéndote a ti. Oliver sabía lo que su hermano era capaz de hacer. Y temía que, si había sobrevivido, nadie a su alrededor estaría a salvo.

El teléfono de Alex en el bolsillo de su chaqueta vibró. Un zumbido sordo. Lo sacó, la pantalla iluminando su rostro con un brillo fantasmal. Lo abrió. Las palabras parecieron quemar la retina de Eva cuando las leyó sobre su hombro.

*‘Croft está en la mansión. Preguntó por ti. Dijo que eras una "persona de interés" en una investigación por desaparición. EVA, ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO?’*

Un hormigueo frío le subió por la nuca hasta el cuero cabelludo. No era solo miedo. Era algo más definitivo: la sensación de una puerta cerrándose a sus espaldas. El mundo normal, el de Maya, el de las reglas y las excusas plausibles, acababa de expulsarla.

Alex guardó el teléfono. No hubo sorpresa en su rostro, solo una confirmación amarga.

—Ya lo sabía —dijo, su voz baja y plana. —Croft no es tonto. Tiene un expediente archivado sobre Clara Hargrove y ahora una enfermera nueva merodeando por la escena. Conecta los puntos.

—¿Y ahora? —preguntó Eva. El peso del maletín con las pruebas, apoyado contra su muslo, parecía duplicarse.

—Ahora volvemos —Alex clavó la mirada en el camino que conducía de vuelta hacia la mansión. —Confrontamos a Eleanor. Es la única que tiene las respuestas. Y es la única que, tal vez, tenga razones para no entregarnos a Croft.

—¿Crees que nos ayudará?

—No. Pero creo que le tiene más miedo a lo que Timothy podría hacer si despierta que a nosotros. Y le tiene más miedo a lo que Oliver podría revelar si ella cae. Eso es una ventaja.

Habían pasado horas en el claro del bosque, esperando a que cayera la noche. Ahora estaban agazapados en la linde, a unos cincuenta metros del muro de piedra que delimitaba los jardines de la mansión Blackwood. La estructura gris se recortaba contra el cielo crepuscular, un coloso silencioso con ventanas como pupilas ciegas.

El aire olía a tierra húmeda, a agujas de pino descompuestas y a la promesa de escarcha nocturna. Eva sentía el frío del suelo filtrarse a través de la tela de sus pantalones. A su lado, Alex respiraba con una cadencia entrecortada, cada inhalación un recordatorio de las costillas magulladas. Se apoyaba más en el tronco de un roble que en su propia pierna.

—Allí —murmuró Alex, inclinando la cabeza.

Una luz se encendió en una ventana del segundo piso, la del estudio de Eleanor. Un rectángulo amarillo y cálido en la fachada sombría. Minutos después, otra figura emergió en los jardines: alta, corpulosa, moviéndose con la precisión metronómica de un reloj. El hombre del traje oscuro. Inició una ronda lenta, escaneando la

oscuridad con una linterna cuyo haz cortaba la penumbra como un cuchillo.

Un crujido seco, como el de una rama quebrada bajo un pie, les hizo volver la cabeza hacia la mansión. La puerta principal se había abierto.

Eleanor Blackwood apareció en el umbral, envuelta en un chal de lana oscura. No llevaba nada en las manos. No se dirigió al buzón. Simplemente se quedó allí, inmóvil, mirando hacia el bosque.

Directamente hacia la mancha de oscuridad donde ellos estaban agazapados.

Eva sintió que cada músculo de su cuerpo se tensaba hasta doler. Contuvo la respiración, como si el más mínimo vapor pudiera delatarlos. A su lado, Alex se había convertido en una estatua, solo el leve temblor de su mano al aferrarse al árbol delataba el esfuerzo.

Los segundos se estiraron en una eternidad de silencio punzante. La figura de Eleanor era una silueta recortada contra la luz del vestíbulo. No hizo ningún gesto. No llamó. Solo observó.

Luego, con una lentitud deliberada, dio media vuelta y volvió a entrar. La pesada puerta de roble se cerró tras ella con un golpe sordo que resonó en la quietud del atardecer. La luz del vestíbulo se apagó, sumiendo la entrada en la oscuridad.

Solo quedó encendida esa única ventana en el segundo piso, el estudio. Un faro solitario en la fachada ahora negra.

—¿Nos vio? —susurró Eva, la voz apenas un hilillo de aire.

Alex no respondió de inmediato. Sus ojos, atentos, escudriñaban la mansión oscura.

—No importa —dijo al fin, con una fatiga que iba más allá del dolor físico. —Ya estamos dentro. Desde el momento en que Oliver me contrató, desde el momento en que tú decidiste quedarte… ya estábamos dentro.

Empujándose del árbol con un gruñido ahogado, se enderezó. Su silueta se recortó contra el último resplandor violáceo del horizonte.

—Y ahora solo hay una salida: atravesarla.

# CAPÍTULO 19: LA CONFESIÓN A MEDIAS

La oscuridad se había vuelto absoluta. Solo el brillo pálido de la luna, desgarrado por las ramas de los pinos, iluminaba el camino de tierra que separaba el bosque del muro de piedra. Eva sintió la humedad del suelo empapando las rodillas de sus pantalones. El aire olía a tierra removida, a resina de pino y, de forma fantasmal, al dulzor enfermizo de las rosas nocturnas que llegaba desde los jardines.

Alex se movió primero, un arrastre torpe y silencioso. Su mano, callosa y fría, encontró la de Eva en la oscuridad y la apretó una vez. Un pulso de confirmación. Luego, con un gesto del mentón, señaló un punto en la negrura del muro, unos veinte metros a la izquierda. Eva asintió, aunque él no podía verla. Su boca estaba seca, el sabor a miedo metálico y familiar.

Se desplazaron como sombras, pegados al límite del bosque. Cada crujido de una rama bajo sus pies sonaba como un disparo en el silencio opresivo. Alex cojeaba visiblemente, apoyándose en los troncos de los árboles, conteniendo el jadeo que le subía por la garganta cada vez que su pierna derecha recibía el peso del cuerpo. Eva iba tras él, su mirada gris escudriñando la fachada oscura de la mansión. La única luz seguía siendo esa ventana en el segundo piso, un rectángulo amarillento que parecía vigilarlos.

Llegaron al muro. La piedra era áspera y fría al tacto. Alex palmeó una sección, sus dedos encontraron el borde irregular de una losa que sobresalía unos centímetros.

—Aquí —su voz era un susurro ronco, apenas audible—. Hay un hueco detrás de los rododendros. Lleva al jardín trasero, cerca de la vieja bodega. Punto ciego de la cámara del ala este.

Eva miró la masa oscura de la vegetación. Las hojas eran frías y húmedas cuando las apartó, desprendiendo un olor a tierra podrida. El hueco era estrecho, apenas suficiente para que pasara una persona de lado. Alex la miró, su moretón violáceo alrededor del ojo izquierdo apenas visible en la penumbra.

—Tú primero. Yo te cubro.

Eva no discutió. Se deslizó por la abertura, la piedra rasgando la manga de su chaqueta. Del otro lado, el aire era aún más frío, cargado con el aroma intenso y dulce de las flores. El jardín trasero se extendía ante ella, un mar de sombras recortadas por los macizos de arbustos y los senderos de grava. A lo lejos, la silueta negra del cobertizo de herramientas.

Un ruido la hizo helarse. Pasos. Metódicos, pesados, crujiendo sobre la grava. Venían del flanco derecho, avanzando con una regularidad aterradora. La ronda.

Se aplastó contra el muro, conteniendo la respiración. Los pasos se acercaron, se detuvieron a unos diez metros. Eva vio la forma alta y ancha del hombre del traje oscuro recortarse contra el cielo menos negro. Permaneció inmóvil, escaneando la oscuridad. Luego, con la misma calma, giró y continuó su camino, alejándose.

Solo cuando el sonido de sus pasos se desvaneció por completo, Eva dejó escapar el aire en un hilillo tembloroso. Alex emergió del hueco con un esfuerzo visible, apretando los dientes para no gemir al forzar la pierna herida. Cayó de rodillas junto a ella, jadeando.

—Vamos —urgió Eva, ayudándole a levantarse—. Antes de que complete el circuito.

Él asintió, sudor frío en la frente. Conocía el terreno como las líneas de su propia mano. La guió entre macizos de boj, evitando los parches de grava que crujían, esquivando la tenue luz de las farolas de jardín cuyo vidrio empañado creaba halos difusos. Llegaron a la pared posterior de la mansión, a una puerta baja y desgastada, casi invisible entre la hiedra.

Alex se agachó, sacando algo del bolsillo de su pantalón de trabajo. En la oscuridad, Eva distinguió el destello metálico de unas llaves inglesas pequeñas y un gancho delgado. Sus manos, a pesar del temblor por el dolor y el esfuerzo, trabajaron con rapidez experta en la cerradura antigua. Un clic seco, casi inaudible.

La puerta cedió hacia dentro, revelando un pasillo de servicio angosto y oscuro. Olía a naftalina, a madera húmeda y al polvo de décadas. El aire en su interior era varios grados más frío.

Alex hizo una seña para que entrara. Eva dio un paso al umbral, su corazón martilleando contra las costillas. Fue entonces cuando una luz se encendió al final del corredor.

No era la tenue iluminación de una bombilla desnuda. Era el haz blanco y cegador de una linterna potente, que barrió el pasillo y se clavó directamente en ellos, iluminando el polvo que flotaba en el aire como partículas de plata.

Detrás de la luz, la figura alta e inmóvil del hombre del traje oscuro. No había sorpresa en su postura. Solo una expectativa tranquila y mortal.

—Pensé que vendrían por aquí —dijo una voz grave, sin emoción—. La señora Blackwood está esperando.

La luz blanca los clavó contra la pared. Eva levantó un brazo para protegerse los ojos, cegada. La silueta del hombre del traje oscuro

llenaba el extremo del pasillo, inmóvil como un poste telefónico. El haz de la linterna no temblaba.

Alex se movió primero. Un empujón seco contra el hombro de Eva, enviándola de lado hacia la sombra de un armario alto y polvoriento.

—Corre —su voz era un rasguño apenas audible—. El estudio. Ahora.

Eva vaciló. Sus pies parecían enraizados en la alfombra burdeos. Alex ya se había vuelto, plantándose en medio del corredor, su cuerpo cojo y magullado interponiéndose entre la luz y ella. La linterna se desplazó, iluminando el moretón violáceo que le cerraba medio ojo, la costra oscura en la ceja.

El hombre del traje avanzó. No con prisa. Sus zapatos negros no hacían ruido sobre el terciopelo desvaído. Eva vio la amplitud de sus hombros, la manera en que el traje se tensaba sobre los músculos. No era un guardia de seguridad cualquiera. Era contención profesional.

Alex se agachó, un movimiento torpe y doloroso que le arrancó un jadeo. Recogió algo del suelo —un trozo de moldura de madera podrida que se había desprendido de la pared— y lo blandió como un garrote improvisado.

El hombre se detuvo a dos metros. La linterna bajó, iluminando las manos vacías de Alex, luego volvió a su rostro.

—No hace falta que sea difícil —dijo la voz grave, plana como una losa.

—Ya lo es —replicó Alex. Y cargó.

Fue una embestida desesperada, renqueante. El hombre esquivó el golpe de madera con un ligero movimiento de cabeza. Una mano enguantada de negro atrapó la muñeca de Alex con un chasquido seco. Alex gritó —un sonido ahogado, de dolor puro— y la madera cayó al suelo.

Eva sintió un puño de hielo apretándosele en el estómago. Su cuerpo reaccionó antes que su mente. Giró sobre sus talones y echó a correr por el pasillo en la dirección opuesta, alejándose de la luz, de la lucha, de Alex. La alfombra amortiguaba sus pasos. El olor a naftalina y humedad le llenó la nariz, agrio y antiguo.

Detrás, el sonido de un forcejeo breve y brutal. Un golpe sordo, carne contra pared. Un gruñido sofocado. Luego, silencio.

No miró atrás. No podía. Sus pulmones ardían. El pasillo se bifurcaba; a la derecha, una escalera de caracol de hierro que subía hacia la oscuridad. A la izquierda, una puerta de madera oscura con un pomo de latón opaco. El estudio de Eleanor.

Agarró el pomo. Estaba frío. Lo giró.

La puerta cedió sin ruido, bien engrasada. Eva se coló dentro y la cerró a su espalda, apoyando la espalda contra la madera sólida. La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por el resplandor anaranjado de un fuego bajo en la chimenea y una lámpara de escritorio con pantalla verde. El aire olía a cera de abejas, a papel viejo y a un tenue aroma medicinal.

Solo entonces, a través de la madera, llegó el sonido. Un arrastre lento, pesado, sobre la alfombra del pasillo. Unos pasos firmes y medidos que se alejaban.

Eva apretó los párpados. Contó hasta tres. Abrió la puerta un centímetro, solo lo suficiente para mirar por la rendija.

Al final del pasillo, bajo la tenue luz de una bombilla desnuda, la figura alta del hombre del traje oscuro se alejaba. Sobre su hombro, colgando inerte como un saco, el cuerpo de Alex. Una mano moreteada rozaba el suelo. No se movía.

El hombre dio la vuelta a la esquina y desapareció, llevándose consigo el último jadeo de la lucha, el último destello de la linterna. El pasillo quedó sumido en un silencio gris y polvoriento, roto solo por el latido salvaje que retumbaba en los oídos de Eva.

El latido en sus sienes era un tambor de guerra. Eva se apartó de la puerta, dejando atrás la imagen de Alex colgando inerte. El aire del estudio era denso, cargado de cera de abejas y el dulzón aroma de la naftalina que emanaba de los abrigos en el armario empotrado. La luz de la lámpara de mesa, con su pantalla verde, dibujaba sombras alargadas y temblorosas sobre el papel pintado floreado.

Eleanor Blackwood no estaba sentada en el sillón de cuero. Estaba de pie junto a la chimenea de mármol negro, de perfil, mirando las brasas anaranjadas que crepitaban bajas. Su figura, siempre erguida, parecía haber encogido. Su cabello plateado, normalmente peinado con impecable elegancia, caía en mechones sueltos sobre el cuello de su bata de seda color champán. No se volvió.

—Sabía que vendrías —dijo su voz, un hilo de sonido ronco que apenas superó el tictac metódico del reloj de la repisa—. Después de lo de esta noche… después de lo que oíste.

Eva avanzó hasta el centro de la habitación, la alfombra persa amortiguando sus pasos. El maletín pesaba como un ladrillo en su mano.

—¿Dónde se lo ha llevado? —La pregunta salió cortante, un cuchillo.

Eleanor hizo un leve movimiento con la cabeza, como espantando una mosca.

—Al pabellón de invierno. Donde estuvo antes. Donde estará, hasta que… —Se interrumpió, apretando los brazos contra su cuerpo—. No le harán daño. No más del que ya tiene.

—¿Y eso me tiene que tranquilizar? —Eva soltó el maletín sobre el escritorio con un golpe seco. El estrépito hizo que Eleanor se estremeciera—. Su nombre es Alex. No es jardinero. Es un investigador privado contratado por Oliver.

Esta vez, Eleanor se volvió. La luz de la lámpara le iluminó la cara de lleno. Sus ojos verdes, siempre calculadores, estaban velados por una película de humedad, las ojeras como manchas de tinta morada

sobre la palidez de cera. No había sorpresa en ellos. Solo un cansancio infinito.

—Lo sé —susurró—. Lo supe casi desde el principio. Oliver… mi pobre Oliver. Él también tenía miedo. Tiene miedo.

—De Timothy —afirmó Eva, sin dejar espacio a la duda—. De su propio hermano. El psicópata. El que torturaba animales y coleccionaba escalpelos. El que amenazaba a su novia hasta hacerla desaparecer. El que te aterrorizaba a ti, Eleanor. ¿Cuántas costillas le rompió a Oliver? ¿Catorce años, dijeron?

Cada palabra era un martillazo. Eleanor retrocedió un paso, como si el aire se hubiera vuelto sólido y la golpeara. Su mano buscó el frío mármol de la repisa para sostenerse. La respiración se le quebró en un jadeo corto, ahogado.

—No… no sabes…

—¡Sí que lo sé! —La voz de Eva estalló en el silencio opresivo—. La señora Clemens me lo contó todo. Las tijeras quirúrgicas. Las amenazas en mitad de la noche. El miedo que olía a sudor frío en esta casa. Timothy no era una víctima. Era el verdugo. Y tú… —Eva dio un paso adelante, clavando la mirada en la mujer que se desmoronaba—. Tú lo mantienes en ese coma. Le das un cuarenta por ciento más de midazolam del prescrito. ¿Para qué? ¿Para proteger a los demás? ¿O para protegerte a ti?

El sonido que salió de Eleanor no fue un llanto. Fue algo más primitivo: un gemido largo y rasgado que parecía salir de las entrañas. Sus hombros se sacudieron. Se cubrió la cara con las manos, los dedos largos y pálidos temblando violentamente.

—Era un monstruo —logró articular entre los dedos, la voz destrozada, irreconocible—. Un monstruo desde que era un niño. Y cada día… cada día era peor. No podías razonar. No podías suplicar. Solo podías… obedecer. O sufrir.

Eva sintió una punzada fría en el pecho, una empatía traicionera que intentó ahogar. No podía ceder. No ahora.

—¿Y el accidente, Eleanor? ¿Qué pasó realmente en esa escalera hace ocho meses?

La mujer bajó las manos. Las lágrimas habían trazado caminos brillantes por sus mejillas, pero su expresión se había vuelto de una desesperación feroz.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza con fuerza—. Eso no. No puedo. No importa.

—¡Claro que importa! —Eva golpeó la palma de la mano sobre el escritorio—. Es la pieza que falta. ¿Lo empujaste? ¿Fue defensa propia?

—¡Fue él o nosotros! —El grito de Eleanor cortó el aire como un cristal roto. Se llevó el puño a la boca, mordiéndoselo para callar otro gemido. Cuando volvió a hablar, era un susurro desgarrado, cargado de un horror que aún la poseía—. ¿Entiendes? Fue él… o nosotros. No había otra salida. No la hay nunca, con alguien como él.

En el pasillo, fuera de la puerta cerrada, un sonido nuevo atravesó el silencio. No eran los pasos pesados y medidos del hombre del traje. Estos eran más rápidos, firmes, con el eco metálico de tacones sobre el suelo de mármol del vestíbulo. Se acercaban. Directos hacia el estudio.

El pánico borró instantáneamente la desesperación del rostro de Eleanor. Sus ojos verdes se abrieron desmesuradamente, fijos en la puerta.

—Es el agente de Cerberus —masculló, la voz convertida en un hilillo de terror—. El que maneja la contención. —Su mirada saltó hacia Eva, llena de un urgente, frenético mandato—. Tienes que irte. Ahora. Por el pasadizo.

# CAPÍTULO 20: LA NOCHE DEL 'ACCIDENTE'

La puerta del estudio se abrió de golpe, sin llamar.

El hombre que entró no era el guardia corpulento. Era más alto, delgado, con un traje gris oscuro que parecía absorber la tenue luz de la lámpara. Su rostro era anguloso, cincelado, con una calma que no era tranquilidad, sino el control absoluto de un depredador que sabe que el terreno es suyo. Sus ojos escudriñaron la habitación en un barrido metódico: a Eva, de pie junto al escritorio con los puños apretados; a Eleanor, hundiéndose en el sillón como si quisiera desaparecer dentro del terciopelo desgastado.

El crujido de sus botas sobre la madera antigua fue el único sonido. Traía consigo un olor a aire nocturno frío y a algo limpio y químico, como alcohol de hospital.

—Señora Blackwood —dijo. Su voz era grave, educada, pero con una arista de acero pulido que no admitía réplica.

Eleanor hizo un movimiento convulsivo con la mano. Solo un temblor leve en los dedos.

El hombre desvió su atención hacia Eva. La evaluó de arriba abajo.

—Usted —articuló, la palabra cortante—. Identifíquese.

—Soy Eva. La enfermera de Timothy —respondió, manteniendo la voz plana.

—El turno de la señora Gable comenzó hace cuarenta minutos. Usted no está en el horario.

—Tenía que hablar con la señora Blackwood. Asuntos del paciente.

—Los asuntos del paciente se canalizan a través del protocolo establecido. —Su mirada volvió a Eleanor—. ¿Por qué hay una intrusa en su estudio, señora Blackwood? ¿Ha hablado con ella?

Eleanor abrió la boca. Solo salió un sonido seco.

—No… no es una intrusa. Es la enfermera. —Las palabras sonaron frágiles.

—Su presencia aquí, a esta hora, contraviene las normas de seguridad. Especialmente tras el incidente en el jardín. —El hombre no apartó los ojos de Eleanor. Su mano derecha se deslizó ligeramente hacia el costado, donde el borde de la chaqueta dejaba ver un cinturón de cuero negro. Eva distinguió la forma rectangular de un dispositivo compacto, de un negro mate.

El "incidente en el jardín". Alex.

—¿Qué incidente? —preguntó Eva.

El hombre la miró directamente. Curiosidad clínica.

—Usted no hace preguntas —declaró. Luego, a Eleanor—: Le repito la pregunta. ¿Qué le ha contado?

Eleanor miró a Eva. Sus ojos verdes, acuosos y con profundas ojeras, reflejaban un torbellino de terror y algo desesperado. Luego volvió la vista hacia el hombre. Su máscara se deshizo por completo.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Todo —susurró—. Le he contado todo.

El silencio que siguió fue denso y cargado. Eleanor se desplomó en el sillón. El hombre no se movió. Su expresión permaneció inalterada.

—Esa noche —comenzó Eleanor, su voz un hilo roto—. Hacía meses que la rabia de Timothy era… insoportable. Oliver había venido a visitar. Timothy lo olió.

Hablaba hacia la chimenea apagada. Su cuerpo temblaba.

—Estábamos en el vestíbulo. Yo le rogaba que se calmara. Él… — Una sacudida la recorrió—. Me cogió del cuello. Me levantó contra la barandilla. Solo veía sus ojos. No eran humanos.

Eva sintió un nudo de hielo en la garganta.

—Oliver abrió la puerta —continuó Eleanor—. Lo vi en el umbral. Tenía diecinueve años. Vi el terror en su cara. Y luego… la determinación.

Hizo una pausa, tragando saliva.

—Había un candelabro en la consola. Oliver lo cogió. No gritó. Solo se acercó y… —Cerró los ojos con fuerza—. Sonó como… como cuando se parte una rama verde, pero por dentro.

—Timothy se desplomó. Soltó mi cuello y cayó hacia atrás, rodando por los escalones. Fue un sonido… diferente.

Eleanor abrió los ojos, vidriosos.

—Corrimos hacia él. Sangraba por la oreja. Respiraba, pero… esa respiración ya no era suya. Oliver estaba blanco como la pared. 'Lo he matado', decía. Pero no estaba muerto. Y yo… yo supe que si despertaba, nos mataría a los dos. Llamé al doctor Hale. Él vino. Dijo que podía inducir un coma, darnos tiempo. Un protocolo médico. — Una risa amarga le salió de los labios—. El tiempo se convirtió en días. Los días, en semanas. Y el protocolo… se convirtió en esto.

Alzó la mirada hacia el hombre de la puerta. Rendición total.

—Oliver no podía quedarse. Se fue a Zurich. Para olvidar. Y para vigilarme —su voz se tornó áspera—. Fue él quien contrató a Alex. Para asegurarse de que la 'solución' no me consumiera.

Eva sintió que el suelo de sus certezas se inclinaba. La revelación sobre Alex era un golpe lateral que no había visto venir.

—¿Y usted? —preguntó Eva al hombre, su tono desafiante—. ¿Quién es?

El hombre la miró, evaluando.

—Mi nombre no es relevante. Represento a los intereses de la familia Blackwood en asuntos de discreción. El doctor Hale solicitó asistencia logística tras el incidente. Mi función es asegurar que la situación médica permanezca estable y privada.

—¿Cerberus Security? —preguntó Eva, recordando el nombre del guardia.

Una ceja del hombre se levantó levemente.

—Esa es una de nuestras divisiones. La contención física es solo una parte del servicio.

Su atención volvió a Eleanor, como si Eva fuera una distracción menor.

—Ha cometido un error grave, señora Blackwood. La confesión complica el protocolo.

—Ya está hecho —murmuró Eleanor, sin fuerza.

—Así es. Y ahora tenemos dos problemas que resolver. —Su mirada se posó de nuevo en Eva—. Usted es uno. El intruso capturado en el jardín es el otro.

—¿Alex? ¿Qué le han hecho?

—Está siendo retenido. Su evaluación determinará el siguiente paso. —El hombre posó su mano sobre el dispositivo negro—. En cuanto a usted, tiene dos opciones. La primera: la entrego al inspector Croft. Él ya la busca. Con los recursos de la familia, sería una condena larga por allanamiento y obstrucción.

Eleanor dio un paso débil.

—Ella no…

—La segunda —la interrumpió el hombre— es más silenciosa. Se va. Como las otras enfermeras. Un despido discreto, un acuerdo de confidencialidad.

—¿'Se va'? —La voz de Eva sonó ronca—. ¿Como Clara Hargrove?

Una chispa de irritación cruzó la mirada del hombre. Eleanor palideció.

—No haga suposiciones. La oferta es simple. Usted se marcha ahora mismo, y el jardinero es liberado con una advertencia. Si no… ambos se convierten en un problema de contención.

El corazón de Eva martillaba contra su esternón. Jugó su única carta.

—Mi maletín de enfermería está escondido. Contiene una muestra del suero adulterado, las cartas de Timothy a Clara Hargrove, el informe policial archivado. Si me pasa algo, si Alex desaparece, ese maletín será enviado al inspector Croft. Y a varios periódicos.

Era un farol. Pero el hombre no lo sabía.

Por primera vez, su expresión se agrietó. Sus ojos se estrecharon.

—¿Una amenaza?

—Una póliza de seguro.

El hombre emitió un sonido breve, casi un suspiro.

—Muy bien. Un ajuste. Usted sale por la puerta principal ahora. Conduzca lejos. Mañana, por correo certificado, recibirá una prueba de que Alex ha sido liberado ileso. Si no recibe esa prueba, o si cualquier información sale a la luz, la encontraremos. Tenemos su historial completo.

Eva lo miró fijamente. Silencio perpetuo a cambio de una vida.

Estaba abriendo la boca para negarse cuando el sonido llegó desde abajo.

Un *crac* seco, cristalino, seguido del tintineo distinto de vidrios rotos.

El hombre se volvió hacia la puerta. Una maldición siseó entre sus dientes.

—Quédate aquí —ordenó, señalando a Eva.

Sacó el dispositivo negro. Emitía un zumbido bajo. Salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí.

Sus pasos rápidos se alejaron hacia la escalera.

Eva y Eleanor se quedaron solas. El reloj de la repisa marcó un tictac ensordecedor.

Eva miró a la matriarca. Los ojos verdes, hundidos, estaban llenos de pánico y alivio. Eleanor había dicho su verdad. Ahora estaba vacía.

Eva miró hacia la puerta. Luego, hacia la chimenea, hacia el panel casi invisible. El pasadizo.

Los pasos del hombre ya no se oían.

Era su única oportunidad.

Sin una palabra, cruzó la habitación. Sus dedos encontraron el borde del panel. Presionó. Con un susurro, una sección de la pared cedió, revelando oscuridad y un aire frío que olía a tierra.

Echó un último vistazo. Eleanor no la miraba. Tenía la vista fija en sus propias manos.

Eva se deslizó dentro del pasadizo y empujó el panel para cerrarlo. La oscuridad la envolvió. Solo el sonido de su propia respiración y el latido furioso de su corazón.

# CAPÍTULO 21: UN CALLEJÓN SIN SALIDA LEGAL

La oscuridad era absoluta. Un manto de terciopelo negro que se metía en los ojos, en la garganta. Eva se quedó inmóvil, la espalda pegada a la piedra fría y húmeda del pasadizo, conteniendo el aire en sus pulmones.

Desde el otro lado del panel, las voces llegaban apagadas, distorsionadas por la madera y el yeso.

—¿Dónde está?

La voz del hombre, grave y cortante como un cuchillo. No había zumbido eléctrico. Aún no.

—No… no lo sé —era Eleanor, un hilo de sonido, quebrado—. Se desvaneció.

Un golpe seco. Madera contra madera. El escritorio, quizás.

—No me mienta. Usted abrió ese pasadizo. Es parte del protocolo. ¿Adónde fue?

—Te lo juro… —Un sollozo ahogado, real—. No la vi salir. Solo… el ruido. Los cristales. Tú te fuiste.

Un silencio cargado. Eva podía imaginarlo: el hombre escudriñando la habitación, sus ojos calculando ángulos, posibilidades. Evaluando la amenaza de una enfermera fugitiva con un maletín lleno de verdades.

—Revisaré los jardines —dijo él al fin, el tono plano, profesional—. Si la encuentra, el protocolo cambia. Usted lo sabe.

Pasos firmes se alejaron. Una puerta se cerró de golpe.

Luego, solo el llanto de Eleanor. Un sonido bajo, animal, de derrota total.

Eva soltó el aire que guardaba. Le salió en un jadeo ronco que reverberó en el estrecho túnel. Tenía que moverse. *Ahora*.

Avanzó a tientas, las palmas extendidas, rozando la pared áspera. La piedra estaba fría y viscosa, cubierta de una película de humedad y siglos de polvo compactado. El aire olía a raíces muertas y a la sal mineral de la roca. Cada paso susurraba contra el suelo de tierra apisonada. El roce de su ropa—la blusa de algodón, los pantalones de enfermera—sonaba como un estruendo en el silencio sepulcral.

El pasadizo descendía en una suave pendiente. La oscuridad era tan densa que empezaba a tomar forma: manchas violetas y verdes bailaban en sus retinas, fantasmas de la falta de luz. Sus dedos encontraron una esquina. Giró. Una rendija de luz grisácea se filtraba desde arriba, delineando el contorno irregular de una rejilla de ventilación o una trampilla.

Se detuvo. Escuchó.

Nada desde el estudio. Solo su propio corazón, un tambor desbocado en sus oídos, y el leve silbido de su respiración por la nariz. Por la rendija entraba aire fresco, cargado con el aroma húmedo de la noche y el perfume agrio de los rododendros.

Era una salida.

Empujó hacia arriba. La rejilla, una losa de hierro forjado y oxidado, cedió con un chirrido que le heló la sangre. Se congeló, esperando gritos, pasos corriendo.

Solo el susurro del viento en las hojas.

Con un último esfuerzo, levantó la pesada losa lo suficiente para deslizarse por la abertura. El borde de hierro mellado le arañó el costado, desgarrando la tela. Emergió en un macizo de arbustos espesos cuyas ramas le azotaron la cara. El aire nocturno le golpeó la piel, un alivio agudo después del hedor a encierro.

Se arrodilló entre la maleza, jadeando, escaneando los alrededores. Estaba en los jardines traseros, a la sombra de la imponente silueta de la mansión. Las ventanas del estudio de Eleanor, dos pisos más arriba, brillaban con una luz amarillenta.

Y allí, a unos cincuenta metros, recortado contra la negrura del bosque, estaba el pabellón de invierno.

Una figura alta y ancha—el hombre del traje oscuro—salía justo entonces de la caseta. Se detuvo en el umbral, encendió una linterna. El haz barrió los jardines, pasando a centímetros de donde Eva se agazapaba. Ella contuvo la respiración, hundiéndose entre las hojas.

El hombre apagó la linterna. Con paso decidido, comenzó a caminar hacia la mansión, alejándose del pabellón.

La puerta de la caseta quedó entreabierta. Un rectángulo de oscuridad más profunda.

Alex estaba allí.

Eva esperó hasta que la figura se fundió con las sombras de la casa. Luego, sin permitirse pensar, sin permitirse dudar, se levantó y cruzó el espacio abierto hacia el pabellón, moviéndose como una sombra más bajo la luna oculta.

La puerta cedió con un crujido de madera podrida. Eva se deslizó dentro, el aire frío y denso del interior golpeándole la cara como una bofetada. Olía a sudor rancio, a sangre seca, a tierra húmeda y a algo más: el aroma dulzón y metálico del miedo.

Una linterna colgaba de un gancho en una viga, su haz amarillento y parpadeante proyectaba sombras danzantes sobre las paredes de tablones. En el centro del espacio, atado con una cuerda gruesa a una tubería de hierro oxidada, estaba Alex.

Estaba sentado en el suelo de tierra, la cabeza caída sobre el pecho. El moretón alrededor de su ojo izquierdo había crecido, una mancha violácea e hinchada que le cerraba casi por completo el párpado. Una costra oscura y seca le cruzaba la ceja. Su respiración era un sonido rasposo y entrecortado; un brazo lo mantenía doblado sobre el costado, protegiéndolo.

Eva se arrodilló a su lado. Sus dedos, entumecidos por el frío, forcejearon con los nudos de la cuerda. La yema se le clavó bajo una uña, un pinchazo agudo que apenas registró.

—Alex.

Su nombre salió como un susurro ronco.

Los dedos de él se movieron, un leve espasmo. Sus pestañas, pegajosas, se abrieron. Los ojos marrones, atentos incluso en la confusión, la enfocaron con dificultad. Hubo un destello de reconocimiento, luego de alivio, seguido inmediatamente por una urgencia febril.

—Eva… —La voz era un jadeo roto. Intentó incorporarse y una mueca de dolor le retorció el rostro. Cayó de nuevo contra la tubería con un golpe sordo.

—Quieto.

Ella trabajó más rápido, deshaciendo el último nudo. La cuerda cayó al suelo. Alex se frotó la muñeca, donde la piel estaba en carne viva

y roja.

—El guardia… —tragó saliva, haciendo una pausa para recuperar el aliento—. Me dejó aquí después de una orden por radio. Dijo… que si la chica se iba tranquila, me soltarían al amanecer.

Eva asintió, sus ojos escaneando la única ventana sucia. Le contó, en frases cortas y apresuradas, lo esencial. La confesión de Eleanor. Timothy atacándola. Oliver con el candelabro. El coma inducido. Cerberus.

Alex cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, había en ellos una amargura resignada.

—Ya lo sospechaba. La parte de Oliver… no. Pero el resto… —Hizo un gesto con la cabeza, como si intentara sacudirse una mosca—. Tenemos que irnos. Ahora. Antes de que…

Intentó levantarse, apoyando las manos en el suelo. Los músculos de sus brazos temblaron bajo el esfuerzo. Logró ponerse de rodillas, pero cuando trató de cargar el peso sobre la pierna herida, esta cedió. Cayó hacia un lado, atrapándose contra la pared con un gruñido ahogado.

Eva se movió antes de pensarlo. Se deslizó bajo su brazo, colocándoselo sobre sus hombros. Su cuerpo era una masa pesada y caliente, temblorosa por el dolor y el agotamiento.

—Apóyate en mí.

Él lo hizo, con reluctancia. Su aliento, caliente y entrecortado, le rozó la oreja. Juntos, en un equilibrio precario, se pusieron de pie. Alex cojeaba visiblemente, arrastrando la pierna. Cada paso hacia la puerta era una batalla silenciosa, un cálculo de peso y resistencia.

Alcanzaron el umbral. La noche los recibió, más fría y vasta que antes. Eva escudriñó los jardines, la silueta oscura de la mansión. Todo parecía quieto.

Fue entonces cuando un haz de luz blanca y dura barrió la grava del camino, procedente de la puerta trasera de la casa. No era la linterna titilante del hombre del traje. Era más ancho, más profesional.

Dos figuras salieron al jardín. La primera, alta y ancha, era el guardia. La segunda, más delgada, sostenía la linterna potente. Hablaban en voces bajas, indistinguibles, pero el haz comenzó a moverse de forma metódica, explorando los macizos, los senderos.

Barriendo en dirección al pabellón.

Eva contuvo un jadeo. Tiró de Alex hacia atrás, alejándose de la puerta entreabierta, arrastrándolo hacia la sombra densa de unos arbustos de boj que bordeaban la caseta. Se agacharon, hundiéndose en la oscuridad. Las ramas les arañaron las caras y los brazos.

La luz pasó por encima de sus cabezas, iluminando la puerta del pabellón. Se detuvo allí. Eva podía oír el latido de su propia sangre, un tambor frenético en sus oídos. Alex, a su lado, había dejado de respirar.

Desde su escondite, vieron cómo la figura delgada señalaba hacia la caseta. El guardia asintió y comenzó a caminar hacia ella, paso a paso, mientras el haz de luz lo seguía, fijándose en la puerta que ellos acababan de abandonar.

Eva no pensó. Tiró de Alex, forzándolo a moverse, arrastrándolo hacia atrás, alejándose del círculo de luz que se cerraba sobre la puerta. Se metieron entre los arbustos más espesos, las ramas azotándoles las piernas. Oyeron la puerta abrirse de golpe, el crujido de madera. Voces, ahora claras.

—Está suelto.

Era el guardia. Luego, la otra voz, más fría, con una autoridad que no admitía discusión:

—Encuéntrenlos. Antes del amanecer. Y recuerda el mensaje para la enfermera si la atrapas: su madre en el asilo de Maple Creek tiene una visita programada mañana. Nos aseguraremos de que sea… memorable. Para que entienda el coste de hablar.

El frío que recorrió a Eva no fue el de la noche. Fue un hielo antiguo, que le paralizó la sangre. *Maple Creek*. El nombre resonó en su cráneo como un golpe. Su madre, vulnerable, indefensa. Era una línea que nunca había imaginado que cruzarían. No era solo una amenaza a ella; era una promesa de daño contra alguien que ni siquiera estaba en el juego. Una demostración de que las reglas no existían para ellos.

Se arrastraron más lejos, el cuerpo de Alex pesando como plomo, hasta que la caseta quedó fuera de la vista. Cruzaron el límite del jardín cultivado y se adentraron en la espesura del bosque. Los pinos los recibieron con su oscuridad protectora. Avanzaron quizás doscientos metros, tropezando, cayendo, levantándose, hasta que Alex finalmente colapsó contra un tronco caído, sin aliento.

La luz de la luna se filtraba entre las ramas, dibujando un mosaico de plata y sombras sobre la tierra húmeda. Eva se arrodilló en la alfombra de agujas secas, sus manos temblando mientras lo inspeccionaba a la débil luz. Él se había desplomado, la espalda hundida en la corteza áspera. Su respiración era un silbido entrecortado, cada inhalación un esfuerzo visible que le levantaba el pecho y le crispaba la mandíbula.

El moretón alrededor de su ojo izquierdo había oscurecido a un violáceo intenso. Pero era la pierna lo que más le preocupaba. Alex había intentado estirarla, pero un espasmo de dolor le hizo retraerla de inmediato, apretando los dientes.

—No puedo —logró articular, la voz ronca por el esfuerzo—. No puedo seguir.

Eva asintió, un movimiento mecánico. El olor a tierra húmeda y resina de pino llenaba sus fosas nasales, pero no podía sacar de su

cabeza las palabras: *Maple Creek… memorable*. Un escalofrío persistente le recorría la columna. No era miedo por sí misma. Era la certeza de haber arrastrado a su madre a la línea de fuego. El juramento de *no hacer daño* se retorció en su interior, confrontado por una amenaza que usaba el cuidado como arma.

—Tenemos que decidir qué hacemos —dijo, y las palabras sonaron huecas en el silencio del bosque.

Alex cerró los ojos, dejando escapar un largo suspiro que se convirtió en un quejido. Cuando volvió a abrirlos, sus pupilas reflejaban el cansancio de meses.

—Ya lo hemos decidido. No hay nada que hacer.

—Podríamos ir a la policía —insistió Eva, pero la proposición ya nacía débil, envenenada por la amenaza reciente—. Tenemos la confesión de Eleanor. Las pruebas…

—¿Y qué crees que pasaría? —La interrupción de Alex fue pesada—. ¿Crees que esa amenaza sobre tu madre era un farol? Cerberus tiene contratos con departamentos de policía de tres condados. Tienen abogados que hacen que testimonios incómodos desaparezcan. Si caminas a una comisaría, lo primero que harán es verificar tu denuncia con la seguridad de la propiedad. Y esa llamada irá directa a ellos. Para cuando un agente serio mire el caso, tu madre ya habría tenido su 'visita'. Y nosotros estaríamos detenidos por allanamiento y robo de evidencia médica. La palabra de Eleanor, medicada, contra la de una corporación con papeles en regla. No es una batalla legal, Eva. Es una sentencia anticipada.

Eva apretó los puños. Las uñas le clavaron medias lunas en las palmas. No era solo frustración; era un nauseabundo reconocimiento. Recordó los últimos meses de su madre, la burocracia fría del hospital, las decisiones tomadas por administradores lejanos sobre la calidad de una vida que se extinguía. Había luchado dentro del sistema, con formularios y apelaciones, y el sistema había seguido su curso, indiferente. Ahora,

el sistema protegía a Timothy Blackwood con la misma eficacia burocrática: papeles, procedimientos, influencia. La ley era un mecanismo, y podía ser dirigido por quien controlara los mandos.

—Pero es la verdad —protestó, y la frustración le subió como un ácido por la garganta—. Timothy era un monstruo. Lo que Oliver hizo fue defensa.

—La ley verá un hombre rico en coma por un golpe en la cabeza —dijo Alex, su voz débil pero clara—. Verá a una familia que ocultó un crimen. Procesará eso. Y Timothy Blackwood, el verdadero criminal, saldrá limpio. Su legado será el de un filántropo, una víctima. La justicia del sistema no sirve aquí, Eva. Está hecha para procesar delitos, no para desentrañar esta clase de podredumbre. Y ahora, ni siquiera es una opción. Han hecho que no lo sea.

El viento susurró en las copas altas, un sonido largo y solitario. Eva miró hacia la oscuridad donde intuía la mansión. Pensó en Timothy, tumbado en aquella habitación estéril. Un monumento a la impunidad, mantenido con vida por el mismo sistema que debería haberlo juzgado. Pensó en su madre, en la vulnerabilidad absoluta que Cerberus había tocado con tanta precisión. Una enfermera luchaba por la vida, pero ¿qué hacías cuando el acto de luchar ponía en peligro la vida de los inocentes? Su deber siempre había sido claro: aliviar el sufrimiento. Pero ¿dónde estaba el deber cuando el sufrimiento era perpetuado por una maquinaria de encubrimiento y poder? El juramento no hablaba de esto. No hablaba de elegir entre la justicia abstracta y la seguridad concreta de los que amabas.

—Croft ya te busca —continuó Alex, su voz un hilacho de sonido—. 'Persona de interés'. Si vamos a la policía, somos nosotros los que acabaremos entre rejas. Cerberus tiene la influencia para asegurarse. Lo acabas de oír. No es una teoría. Es una orden.

Eva sintió cómo algo se solidificaba en su estómago, frío y pesado. No era rabia, aunque la rabia estaba ahí. Era una comprensión lúcida y despiadada que se abría paso a través del shock. No se trataba solo de que la ley no funcionara. Se trataba de que la ley había sido

secuestrada, convertida en el primer instrumento de su persecución si intentaban usarla. La opción legal no era un camino hacia la justicia; era una trampa perfecta, con cebos que incluían a su propia madre. La decisión no era entre lo correcto y lo incorrecto, sino entre dos tipos de fracaso: fracasar en conseguir justicia, o fracasar en proteger a los inocentes. Y en ese cálculo desgarrador, el instinto de cuidadora, profundamente arraigado, se inclinó hacia la protección. Era una rendición, pero no una derrota pasiva. Era la elección activa de un terreno donde las reglas eran diferentes, donde el único juramento que quedaba era el de no permitir que el mal ganara por default.

—Así que él gana —murmuró, más para sí misma—. Incluso así. Incluso muerto.

—No está muerto —corrigió Alex, con amargura—. Ese es el punto. Su cuerpo sigue ahí, y su nombre, su reputación, su dinero… todo eso sigue teniendo poder. Un poder que la ley está diseñada para proteger, no para desmantelar.

Calló, jadeando. Una gota de sudor le recorrió la sien.

—El sistema —añadió, con el tono de quien repite una verdad amarga— está hecho para encajar pruebas en categorías, para seguir procedimientos. No para hacer justicia. Menos contra gente que puede comprar procedimientos distintos. Y que amenaza a las familias de quienes intentan exponerlos.

El silencio que cayó entonces no fue vacío. Estaba cargado del sonido de la respiración de Alex, del crujido lejano de una rama, del latido de la sangre en los oídos de Eva. Miró sus propias manos, pálidas a la luz de la luna. Las manos que habían prometido cuidar. Extendió el brazo y hundió los dedos en la tierra a su lado. Sintió la textura granulosa, las piedrecillas, la humedad que se le colaba entre los nudillos. Apretó más fuerte, hasta que los músculos de su antebrazo se tensaron. La tierra era real, tangible. Las amenazas eran reales. Las fallas del sistema eran reales. Su madre era real.

Cuando habló, su voz no tembló. Era plana, clara, y cortó el susurro del bosque como un cristal. No había euforia en la revelación, solo el vacío solemne que sigue a una pérdida necesaria.

—Entonces la ley no sirve.

No era una pregunta. No había incredulidad en ella. Era una constatación. La aceptación de un terreno nuevo, yermo, donde las reglas que ella siempre había creído inquebrantables se desvanecían como humo, dejando al descubierto la roca desnuda de la elección: proteger o perseguir. Y ella había elegido. El camino de la justicia extrajudicial no se presentó como una venganza gloriosa, sino como la única puerta que no tenía a su madre sentada en el umbral como rehén. Era un camino que la aterraba, que manchaba el uniforme que llevaba en su alma, pero era el único que no entregaba a los inocentes al mecanismo.

Alex la observaba desde su postura contra el árbol. No asintió. No dijo nada. Solo la miró, y en sus ojos marrones, agotados, Eva vio reflejada su propia transformación: el último umbral convencional acababa de cerrarse a sus espaldas con un portazo silencioso. No había vuelta atrás. Solo un frío callejón sin salida legal, y la oscuridad más allá, que ahora tendría que iluminar ella misma.

# CAPÍTULO 22: EL FANTASMA DEL PASADO

El haz de luz cortó la oscuridad entre los troncos de los pinos, un brazo amarillento que barrió el suelo cubierto de agujas secas. Eva apretó el cuerpo contra las raíces retorcidas del árbol enorme, sintiendo la corteza áspera a través de la tela de su blusa. A su lado, Alex se había convertido en una estatua de dolor contenido. Cada inhalación suya era un sonido rasposo y entrecortado, como si el aire tuviera púas.

Los pasos eran metódicos, pesados. Crujían las agujas de pino bajo botas que no tenían prisa. El hombre del traje oscuro estaba barriendo el área en un patrón de cuadrícula, como un cazador que sabe que la presa está herida y cerca.

Alex movió la mano lentamente, con el gesto rígido de quien lucha contra un espasmo muscular. Señaló hacia la izquierda, donde el terreno descendía en una pendiente empinada hacia un barranco tapizado de helechos. Su rostro, iluminado por fragmentos de luna que se filtraban entre las ramas, tenía el moretón del ojo tan inflamado que el párpado era solo un pliegue violáceo.

Eva asintió. Se despegó de las raíces, el movimiento lento y deliberado. Extendió el brazo para ayudar a Alex a levantarse. Sus dedos encontraron los suyos, fríos y cubiertos de una fina capa de tierra húmeda.

Él intentó apoyar el peso en su pierna buena, empujándose con la otra mano contra el tronco. Los músculos de su cuello se cordaron, las venas sobresaliendo bajo la piel pálida. Consiguió ponerse de rodillas. Luego, con un esfuerzo que le arrancó un jadeo sordo, se puso de pie.

La pierna herida cedió en el mismo instante.

No fue un colapso total, sino un fallo brusco, como si la articulación hubiera decidido negarse. Alex se desplomó hacia adelante, y solo el agarre desesperado de Eva en su brazo evitó que cayera de bruces. Pero el gemido ahogado que le salió de los labios fue suficiente.

Allá afuera, entre los árboles, el haz de la linterna se detuvo en seco.

El círculo de luz amarilla dejó de barrer. Se quedó inmóvil, apuntando a un punto indeterminado a unos veinte metros de ellos. Luego, con una lentitud que heló la sangre de Eva, comenzó a girar. Se movió centímetro a centímetro, recorriendo el arco que los separaba de su descubrimiento.

Eva se quedó paralizada, el brazo de Alex aún agarrado con fuerza. Podía oler el sudor frío que le impregnaba la ropa, el tenue aroma metálico de la sangre seca en sus heridas, mezclado con el perfume terroso y agrio del miedo.

El haz de luz se acercó. Iluminó el tronco de un roble joven, luego un montón de piedras musgosas. Avanzaba directo hacia su escondrijo entre las raíces.

Alex se liberó de su agarre. Su movimiento fue torpe pero decidido. Con la mano que le quedaba funcional, escarbó en la tierra a sus pies, apretando un puñado de tierra suelta y piedrecillas. Su respiración, antes entrecortada, se volvió un silbido plano y resignado. No miró a Eva. Sus ojos marrones, el único que podía abrir por completo, estaban fijos en la luz que se aproximaba, calculando.

—Cuando se acerque —musitó, la voz tan baja que era casi un movimiento de labios—, tú corres hacia el barranco. Te dejas caer. No mires atrás.

Eva negó con la cabeza, un gesto brusco. Las palabras se le amontonaron en la garganta, pero antes de que pudieran salir, Alex empujó su hombro con fuerza, obligándola a desplazarse hacia un lado, fuera del refugio inmediato de las raíces.

La linterna iluminó el borde de la raíz más grande. La luz bañó un trozo de tela oscura—la pernera del pantalón de Alex— con una claridad brutal.

El paso de las botas se reanudó, ahora directo, sin disimulo. Un crujido. Otro. A diez metros.

Alex apretó el puño lleno de tierra hasta que los nudillos blanquearon. Se inclinó ligeramente hacia adelante, preparándose para el impulso, para el último acto de distracción. En su perfil, Eva vio la línea tensa de su mandíbula, la aceptación de lo inevitable.

El haz de luz trepó por las raíces, cegador, bañando la pernera del pantalón de Alex con una claridad que dejaba ver cada hilo de la tela rasgada. Eva sintió el cuerpo de Alex tensarse como un resorte a punto de soltarse, sus nudillos blancos alrededor del puñado de tierra.

Entonces, el haz se desvió.

Un crujido seco y lejano, como una rama quebrada, sonó a unos treinta metros a su izquierda. La linterna giró de inmediato, barriendo la espesura con rapidez. Las botas se alejaron, pisando fuerte sobre las agujas de pino.

Alex exhaló un jadeo ahogado y dejó caer la tierra. Su cuerpo se relajó contra el tronco, una sacudida de alivio que le recorrió el torso y le arrancó una mueca de dolor. Eva no supo si el ruido había sido suerte o algo que él había provocado; no importaba. El peligro se

alejaba, pero la adrenalina seguía latiendo en sus sienes, un tambor sordo y persistente.

Los minutos se arrastraron. El bosque recuperó su silencio húmedo, roto solo por el susurro del viento en las copas altas. La tensión, sostenida durante horas, comenzó a ceder, y con ella llegó una fatiga que pesaba como plomo en los huesos. Los párpados de Eva se cerraron a medias. El olor a tierra húmeda y resina se mezcló, en su mente exhausta, con otro aroma, antiguo y agrio: a desinfectante barato y a enfermedad estancada.

Ya no estaba entre las raíces del roble.

Estaba en la habitación de su madre. La luz era la de una lámpara de mesilla, tenue y amarillenta, que dejaba largas sombras en las paredes desnudas. El aire era denso, cargado con el olor dulzón de la fiebre y el cloro rancio. Su madre yacía en la cama de hierro, la respiración un sonido ronco y entrecortado que llenaba cada rincón.

Eva tenía doce años. El frasco de cristal ámbar era frío en su mano pequeña. Las instrucciones de la enfermera resonaban en su cabeza: *"Por si el dolor es demasiado. Solo unas gotas."* Pero el dolor no era solo de su madre; era una presencia palpable en la habitación, un animal oscuro que respiraba con ella.

En el sueño, su madre abrió los ojos. No con la vidriosidad de la fiebre, sino con una lucidez desgarradora. Su mirada encontró la de Eva, clavada en el frasco.

—No era por prolongar el dolor, Eva —dijo, y su voz no era el susurro quebrado del recuerdo, sino claro, aunque desgastado hasta el filo—. Era por acabar con él. Tú lo sabías.

La mano de Eva, la de niña, temblaba. Las lágrimas le nublaban la visión, pero vio cómo el rostro de su madre se transformaba, la piel se alisaba, el cabello se oscurecía y se despeinaba contra una almohada que ya no era de algodón, sino de lino blanco y tieso. Los ojos azules, vidriosos, la miraban ahora sin ver. Era Timothy. Era su madre. Era lo mismo.

—Permitir una muerte justa también es cuidar —susurró la voz, que ya no sabía a quién pertenecía.

Un sonido la arrancó del sueño: su propio jadeo, ahogado y brusco. Abrió los ojos. La oscuridad del bosque la envolvió, fría y real. El último susurro onírico aún zumbaba en sus oídos, mezclado con el sonido real, cercano, de una respiración trabajosa.

Alex estaba desplomado a su lado, la cabeza inclinada contra el tronco. Había perdido el conocimiento, su cuerpo rendido al dolor y al agotamiento. En la penumbra, su perfil parecía tallado en piedra pálida.

Eva se incorporó lentamente, cada músculo protestando. Afuera de su escondite, no había rastro del haz de la linterna. Solo la silueta negra de la mansión recortándose contra un cielo que comenzaba a palidecer, anunciando un amanecer que aún tardaría en llegar.

La claridad que traía del sueño no era un alivio. Era un peso frío y preciso que se asentaba en su pecho. Miró a Alex, indefenso. Miró hacia la mansión, donde un hombre seguía vegetando en una cama, donde una mujer vivía atrapada en su miedo, donde un sistema podrido protegía a un monstruo.

Su madre no le había pedido que salvara una vida. Le había mostrado que, a veces, salvar significaba saber cuándo soltar.

Permaneció inmóvil, apoyada contra la corteza áspera del pino, mientras el cielo cambiaba de negro a un gris plomizo. El aire olía a tierra húmeda y a resina. Un pájaro cantó, una nota clara y absurda en la quietud. Ella contó los segundos entre el canto y el siguiente. Uno. Dos. Tres. Cuatro. La respiración de Alex era un sonido entrecortado, un motor roto que intentaba arrancar.

Cuando el primer filo de luz verdadera cortó el horizonte, tiñendo de plata las copas de los árboles, él se movió.

Un gemido ronco, nacido de lo más hondo. Su cuerpo se tensó, los músculos de la mandíbula se marcaron bajo la piel pálida. Los

párpados, hinchados y amoratados, se abrieron a medias. Sus ojos marrones, atentos incluso en la desorientación, buscaron a tientas el entorno antes de posarse en ella.

—Eva.

Su nombre salió como una exhalación rota.

Ella no respondió de inmediato. Observó cómo la conciencia regresaba a él, arrastrando consigo el dolor. Vio el momento exacto en que recordó dónde estaban, por qué, y el precio que había pagado. Una mueca le torció la boca cuando intentó cambiar de postura, y la mano sana se apretó contra el costado.

—No te muevas —dijo ella. Su voz sonó extraña en sus propios oídos. Plana. Clara.

—¿Cuánto…?

—Un par de horas. Amanece.

Alex cerró los ojos un instante, respirando con dificultad. Cuando los abrió de nuevo, su mirada era más aguda, más presente.

—Tenemos que irnos. Lejos. Antes de que… —Una tos seca le cortó la frase. Se llevó el dorso de la mano a los labios.

Eva no dijo nada. Se incorporó, alejándose del árbol. Sus piernas temblaron levemente, pero se mantuvo firme. El maletín de enfermería estaba a sus pies, un rectángulo oscuro contra la hierba mustia. Lo miró, no como un objeto, sino como una herramienta cuyo propósito acababa de redefinirse.

—No me voy a ir —dijo finalmente.

—Estás en shock. No sabes lo que dices. Esa gente… Cerberus… te van a…

—¿A qué? —Ella giró hacia él. La luz gris del amanecer le iluminaba la mitad del rostro, acentuando la dureza de su línea de la mandíbula. —¿A desacreditarme? Ya lo han hecho. ¿A entregarme a

la policía? Croft ya me busca. ¿A hacerme desaparecer? —Un destello de algo parecido al desprecio cruzó sus ojos grises. —Eso ya lo intentaron. Lo único que les impidió conseguirlo anoche fue que creyeron que tenía pruebas. Y las tengo.

Señaló el maletín con un movimiento de cabeza.

—El suero adulterado. Las cartas de Timothy. El informe archivado. Es una póliza de seguro, pero no para negociar mi salida. —Hizo una pausa, dejando que las palabras se asentaran en el aire frío. —Es para asegurarme de que, cuando esto termine, nadie pueda decir que no sabía con qué clase de hombre trataba.

Alex intentó empujarse con el brazo bueno para sentarse. El esfuerzo le arrancó un jadeo, y cayó de nuevo contra el tronco, el rostro contraído.

—¿Qué vas a hacer, Eva? —Su voz era un hilo tenso, cargado de un temor que iba más allá del peligro físico.

Eva se acercó y se arrodilló frente a él, no para ayudarlo, sino para estar a su altura y que la viera bien.

—Mi deber como enfermera —dijo, articulando cada palabra con una calma aterradora— no es mantener con vida un caparazón vacío. No es perpetuar un horror porque el sistema es demasiado cobarde o está demasiado podrido para enfrentarlo. Timothy Blackwood murió hace ocho meses, Alex. Lo que queda en esa cama es el resultado de una violencia monstruosa, sí, pero también es la garantía de que esa violencia nunca rindió cuentas. Eleanor vive atada a él. Oliver vive exiliado por él. Clara Hargrove… —La nombró, y el nombre resonó como una campana fúnebre. —Y todas las que vinieron antes que yo, y todas las que vendrían después si esto sigue igual.

Calló. La resolución que había brotado del sueño era clara, pero aún frágil, una hoja de cristal sobre un abismo. Necesitaba tiempo para que se solidificara, para que dejara de ser una reacción y se convirtiera en una elección. Miró sus propias manos, las que habían

sostenido el frasco de su madre, las que habían cuidado a Timothy. ¿Podrían hacer lo otro? ¿Tenían derecho?

—El cuidado verdadero a veces no es prolongar —continuó, más para sí misma que para él, explorando el terreno de la idea. —A veces es permitir que termine. Pero… ¿quién decide cuándo es eso? ¿Quién tiene ese derecho?

—Nadie —susurró Alex, su mirada fija en ella. —Por eso existen las leyes, los tribunales. Por imperfectos que sean.

—¿Y si los tribunales están comprados? —preguntó Eva, sin desafío, con genuina perplejidad. —¿Y si la ley es solo otro brazo del poder que protege? ¿Entonces qué? ¿Dejamos que el horror continúe porque el mecanismo para detenerlo está roto?

Alex palideció aún más. Su mirada recorrió el rostro de Eva, buscando rastros de histeria, de la fiebre de la adrenalina, y no encontró nada. Solo una lucha profunda, una terrible claridad que se abría paso a través de capas de dolor antiguo.

—No —murmuró. —No digas eso. No lo pienses siquiera. Es una línea que no se cruza. Te destruirás a ti misma.

—Ya me destruí —replicó ella, sin alterarse. —Hace años, en la habitación de mi madre, cuando entendí que las reglas estaban hechas para proteger a los que hacen las reglas, no a los que se están muriendo. Lo que hago ahora… no sé lo que es. No es venganza. No creo que sea justicia, porque la justicia debería ser algo limpio, ¿no? Esto… esto se siente sucio. Pero necesario.

Se puso de pie. Recogió el maletín. El gesto fue más lento, menos definitivo que antes. La duda, ahora expuesta, había creado un espacio, un valle de tiempo entre la revelación y la acción.

—Tengo que regresar —dijo, y su voz era un susurro cargado de cansancio y de una pregunta sin respuesta. —Tengo que enfrentar a Eleanor. Recuperar lo que es mío. Y verlo. Verlo a los ojos. Necesito… necesito saber.

—¿Saber qué? —preguntó Alex, su súplica aún latente en el aire.

—Si lo que queda en esa cama es todavía un hombre —susurró Eva. —O si es solo el fantasma de su propio crimen, un monumento a la impunidad. Y si es lo segundo… necesito saber si tengo el valor de derribar un monumento.

Permaneció de pie, inmóvil, durante un largo minuto. El amanecer avanzaba, tiñendo el mundo de un gris más cálido. En ese silencio, la idea que había nacido en el sueño dejó de ser un relámpago aterrador y se convirtió en una posibilidad concreta, con peso, con ramificaciones. No era una decisión tomada; era una pregunta puesta sobre la mesa, y el mero hecho de formularla la cambiaba a ella.

Finalmente, abrió la cremallera del maletín. No sacó los viales de evidencia ni los papeles. Metió la mano en el interior, entre el instrumental básico y las gasas, y extrajo el estuche de cuero negro, largo y delgado.

Alex contuvo la respiración al reconocerlo.

Eva abrió el estuche. El escalpelo quirúrgico reposaba en su lecho de seda descolorida, el acero opaco en la luz grisácea. El mango de ébano, suave y cálido contra sus dedos fríos. Las iniciales 'A.T.' grabadas con elegancia minuciosa.

No era la evidencia que pensaba usar. Era otra cosa. Un símbolo. Un recordatorio de que la violencia de Timothy tenía raíces, cómplices, un legado. Y tal vez, también, una herramienta, si la necesidad se presentaba. Si, después de mirarlo a los ojos, la respuesta a su pregunta era la que ya temía. La posibilidad, ahora consciente y examinada, se instaló en su mente no como una sombra fría, sino como una opción última en un callejón sin salida.

Lo cerró y se lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. El peso contra su costilla fue insignificante y, al mismo tiempo, inmenso.

—No puedo dejarte aquí solo —dijo, mirando su pierna herida. —Te ayudaré a llegar al límite del bosque, donde puedas esconderte mejor. Luego… luego yo debo continuar.

—Eva, por favor —la voz de Alex era un hilo desgastado. —No vayas. Es una trampa.

—Toda mi vida ha sido una trampa —respondió ella, ayudándolo a ponerse de pie con un esfuerzo que les arrancó un gemido a ambos. —Pero esta vez, yo sé dónde están los mecanismos. Y tengo una pregunta que hacerle.

Lo sostuvo, paso a paso lento y agonizante, alejándose del claro, buscando un refugio más profundo entre la espesura, donde un tronco caído y un matorral espeso ofrecían mejor cobertura. Lo depositó con cuidado contra la madera húmeda.

—Espera aquí. Si no regreso… —No terminó la frase. No podía.

—Te buscaré —dijo Alex, su mirada fija en la de ella, una promesa hecha a través del dolor.

Eva asintió, una sola vez. No hubo más palabras.

Dio media vuelta y dio el primer paso fuera del nuevo escondite, alejándose del refugio de los pinos, dirigiéndose hacia la silueta negra y amenazante de la mansión que se recortaba contra el cielo que se iba aclarando. No caminaba como una fugitiva. Caminaba con la firmeza vacilante de quien avanza hacia un abismo, no sabiendo si lo que hará al borde será saltar o retroceder, pero sabiendo que debe llegar hasta allí para decidir.

Alex, clavado en el suelo por el dolor y el horror, la vio desaparecer entre los troncos. No gritó. No pudo. Solo observó, con los ojos muy abiertos, sabiendo, en lo más profundo de su ser de investigador acostumbrado a prever desenlaces, que acababa de presenciar un punto de inflexión. Que la mujer que se adentraba en la niebla del amanecer ya no era la enfermera que había conocido, pero que aún

no era algo nuevo. Era un fantasma del pasado, caminando hacia una confrontación cuyo resultado ni siquiera ella podía predecir.

Y que nada, absolutamente nada, volvería a ser igual.

# CAPÍTULO 23: LA PEQUEÑA MENTIRA

La puerta principal de la mansión cedió bajo la presión de su mano sin hacer ruido. Un centímetro, otro. El olor a cera de pisos y aire encerrado se mezcló con el aroma a tierra húmeda y resina que Eva traía pegada a la ropa. El vestíbulo estaba bañado en la luz grisácea y líquida del amanecer, que atravesaba el vitral y dibujaba manchas pálidas sobre el mármol negro.

Eleanor Blackwood estaba de pie en el centro exacto de ese tablero de ajedrez.

No se había movido. Su figura esbelta, envuelta en un vestido de seda color humo, parecía una columna de ceniza. El cabello plateado, recogido en su impecable chignon, brillaba con un tono metálico bajo la luz tenue. Pero eran sus ojos verdes, aquellos mismos ojos con profundas ojeras, los que detuvieron a Eva en el umbral. No mostraban la desesperación derrotada de horas antes. Ardían con una furia fría y cristalina, como hielo que quema.

A sus pies, sobre el mármol pulido, yacía el maletín de enfermería de Eva.

El golpe seco con que debió haberlo arrojado resonaba aún en el silencio.

Eva cerró la puerta a su espalda. El clic de la cerradura fue un punto final demasiado definitivo. Las gotas de rocío que le perlaban la

chaqueta de mezclilla empezaron a caer, formando pequeños círculos oscuros a sus pies. El barro de sus botas dejó huellas sobre la perfección inmaculada del suelo.

Eleanor no parpadeó.

—Has vuelto —dijo. Su voz no era más que un hilo de aire, pero cortaba como alambre de púas—. Pensé que habrías tenido más sentido común.

Eva no respondió. Su mirada calculó la distancia entre ella y el maletín, entre ella y la escalera, entre ella y la mujer que bloqueaba cualquier camino hacia la habitación de Timothy. El peso del estuche de escalpelo en su bolsillo interior pareció aumentar, un recordatorio tangible de su propósito.

—¿Nada que decir? —Eleanor dio un paso adelante. El roce de su vestido contra sus piernas produjo un susurro de seda que sonó obscenamente íntimo en aquel espacio vacío—. Después de todo lo que te ofrecí. Después de la confianza que deposité en ti.

—La confianza —repitió Eva, por fin encontrando su voz. Sonaba ronca, cargada de la noche al aire libre—. ¿Eso es lo que llamas a envenenar mi café? ¿A chantajearme con mi pasado?

Un espasmo cruzó el rostro de Eleanor, pero no fue de culpa. Fue de irritación, como si Eva hubiera interrumpido un monólogo cuidadosamente preparado.

—Eso era protección. Para las dos. Tú no entendías… —hizo una pausa, respirando hondo. Cuando volvió a hablar, el tono había cambiado, afilándose—. Pero hablas de confianza. Mírame. Mírame y dime que no la traicionaste.

Su mano, pálida y finamente venosa, señaló el maletín.

—Lo encontré escondido entre los rododendros, cerca de la salida del pasadizo del jardín. Muy ingenioso. Pensar que podrías recuperarlo más tarde, ¿verdad? Con todas tus… pruebas.

Eva sintió cómo el aire se le helaba en los pulmones. El maletín. La muestra de suero. Las cartas. El informe. Su póliza de seguro.

—No es lo que piensas —logró decir, pero la frase sonó débil, infantil.

—¡Claro que sé lo que es! —la voz de Eleanor estalló, rompiendo el control glacial. Avanzó otro paso, y ahora Eva podía ver el temblor en sus manos, la tensión en la línea de su mandíbula—. Sé que anoche no estabas sola. Sé que mi jardinero, mi espía, te ayudó a escapar. Lo vi, Eva. Desde la ventana del estudio, mientras ese hombre me interrogaba, vi las sombras moviéndose junto al pabellón. Dos figuras, no una.

Se detuvo, tragando saliva. Su pecho se elevaba con una respiración agitada.

—Has estado con él. Te metiste en mi casa, en mis secretos, y luego te aliaste con el hombre que mi hijo contrató para vigilarme. —Su voz bajó de nuevo, hasta convertirse en un susurro cargado de un odio que Eva no le había conocido—. ¿Crees que no duele? ¿Crees que no es una puñalada, después de todo lo que te conté?

—Eleanor, escucha…

—¡No! —el grito fue un latigazo. Eleanor cerró la distancia restante de un golpe, plantándose a apenas un metro de Eva. El perfume a lirios de su piel se mezclaba con el olor a tierra de la ropa de Eva, creando una disonancia nauseabunda—. Tú escucha. Tengo tu maletín. Tengo tu historial. Y ahora tengo esto.

De un bolsillo oculto en los pliegues de su vestido, sacó un teléfono móvil. No era el suyo. Era uno básico, de plástico negro. El de Alex.

—Lo encontraron en el bosque, cerca del lugar donde capturaron a tu cómplice —dijo Eleanor, y por primera vez, una lágrima asomó en el borde de sus ojos verdes, pero no de tristeza. Era de rabia pura—. Así que no solo conspiraste. Lo ayudaste a escapar. Allanamiento de

morada. Obstaculización a una investigación. Colaboración con un intruso.

Apretó el teléfono con tanta fuerza que los nudillos se pusieron blancos.

—El inspector Croft estaría muy interesado. Y esta vez, no habrá oferta de silencio. Esta vez, te pudrirás en una celda.

El eco de las últimas palabras de Eleanor se perdió en la altura del techo abovedado, dejando un vacío helado en su estela. El tictac del reloj de pared sonaba como una cuenta regresiva.

Eva sintió el peso del mármol negro a través de las suelas de sus zapatos, un frío que ascendía por sus piernas y se anclaba en el estómago. Su plan, esa resolución de acero forjada en el bosque, se agrietaba bajo la presión legal, concreta y aplastante.

—No tienes pruebas —logró articular, pero las palabras sonaron huecas, flotando en el aire quieto entre ellas.

Eleanor esbozó una sonrisa delgada, carente de calor. Sacó algo más del bolsillo oculto de su vestido: una bolsita de plástico transparente. Dentro, Eva reconoció el vial de plástico con la muestra de suero adulterado que había extraído de la bomba de infusión de Timothy. Su propia evidencia, ahora en manos de su acusadora.

—Huellas —dijo Eleanor, con la precisión de un cirujano—. En el vial. En la jeringa que dejaste en el marco de la ventana del cobertizo. En la cerradura del estudio de Timothy, que fue forzada. —Hizo una pausa, dejando que cada acusación se asentara—. El personal de Cerberus está dispuesto a declarar que te encontraron merodeando por zonas restringidas después del toque de queda. Que te vieron intercambiando objetos con el intruso Alex.

—Eso es mentira.

—Es testimonio. Contra el tuyo. —Eleanor dio un paso hacia la consola de madera oscura junto a la pared. Sobre ella, un teléfono

antiguo de disco descansaba como un artefacto de otra época—. ¿Quién crees que creerá un tribunal? ¿Una familia respetable, dueña de media la región, con abogados que llevan tres generaciones sirviéndonos? ¿O una enfermera itinerante, sin referencias sólidas, que fue sorprendida robando muestras médicas y ayudando a un fugitivo?

La lógica era una jaula cuyos barrotes se cerraban alrededor de Eva. Vio el movimiento de Eleanor: la mano extendiéndose hacia el auricular del teléfono. El gesto era lento, deliberado, diseñado para infligir la máxima agonía.

—El inspector Croft dejó su tarjeta —murmuró Eleanor, tomando el auricular con dedos que no temblaban—. Dijo que estaría disponible día y noche para este caso en particular.

El clic del disco al ser girado para marcar el primer dígito sonó como el martillo de una pistola al ser amartillado. Eva vio el número cero girar lentamente hacia su tope.

Un sudor frío le empapó la nuca. La imagen de una celda, de años perdidos, de la verdad de Timothy enterrada para siempre bajo montañas de procedimientos y poder, se abalanzó sobre ella. Su juramento, la promesa hecha a la sombra de su madre, se desvanecía en el aire encerado del vestíbulo.

El disco giró de nuevo. Segundo dígito.

No podía huir. No podía luchar. La amenaza física había sido reemplazada por una maquinaria burocrática imparable.

—Espera.

Su propia voz le sonó extraña, ahogada por la desesperación. Eleanor detuvo el giro del disco, pero no bajó el auricular. Sus ojos verdes, ahora secos y duros como gemas, se clavaron en Eva.

—¿Tienes algo que añadir? Algo que no sea otra mentira.

Eva respiró hondo. El aire olía a cera de pisos y a la humedad antigua de la piedra. En su boca, el sabor amargo de la rendición. Pero no era rendición. Era otra cosa. Un riesgo calculado, una apuesta desesperada en el único terreno que le quedaba.

—No puedes denunciarme —dijo, y esta vez su voz no tembló. Tenía una calma plana, mortal—. Porque si lo haces, tendrás que explicar por qué mantuviste a tu hijo en coma artificial durante ocho meses. Tendrás que mostrar al tribunal la muestra de suero que tengo escondida en otro lugar, con la sobredosis documentada. Tu testimonio contra el mío, con la evidencia química que prueba la sedación excesiva.

El silencio que siguió fue tan absoluto que el tictac del reloj pareció detenerse. La mano de Eleanor, que sostenía el auricular, descendió unos centímetros.

—¿Qué?

—Tengo copias —continuó Eva, cada palabra un clavo que martillaba en la armadura de Eleanor—. De la muestra. De las cartas de Timothy a Clara Hargrove. Del informe policial archivado. No están en ese maletín. Están en un lugar seguro. Si me entregas, si me acusas, todo saldrá a la luz de todos modos. Tu testimonio contra el mío, y contra el papel que prueba lo que Timothy era. Lo que tú permitiste que siguiera siendo, incluso después de su accidente.

Eleanor la observó, buscando el engaño en su rostro. Encontró solo la verdad desnuda y desesperada.

—Estás mintiendo para ganar tiempo.

—¿Lo estoy? —Eva no apartó la mirada—. Llama a la policía. Cuando lleguen, les diré dónde buscar. Les daré las coordenadas del lugar donde enterré las pruebas duplicadas. Tu palabra contra la evidencia física que muestra que Timothy Blackwood era un monstruo, y que tú elegiste mantener su caparazón con vida en lugar de enfrentar la verdad.

El auricular cayó sobre la consola con un golpe sordo. El cordón se enroscó sobre sí mismo como una serpiente moribunda.

Eleanor se quedó inmóvil, procesando. La furia en sus ojos comenzó a mezclarse con algo más: un cálculo rápido, frío. Si Eva tenía copias de la evidencia, cualquier juicio se convertiría en un circo mediático. La verdad sobre Timothy saldría a la luz. El nombre Blackwood quedaría destruido. Y ella, Eleanor, sería vista no como una víctima, sino como una cómplice que encubrió los crímenes de su hijo.

—Eres una estúpida —susurró Eleanor, pero la convicción había abandonado su voz—. Una estúpida temeraria.

—Sí —admitió Eva, y un alivio perverso la inundó. Había igualado el campo de juego. Ahora ambas tenían un arma apuntando a la cabeza de la otra—. Pero soy la estúpida que sabe dónde están enterrados todos los cadáveres. Los de Timothy. Y los tuyos.

Eleanor parpadeó, lenta, como si su cerebro se negara a procesar la información. Su mirada recorrió a Eva de arriba abajo, escrutando el uniforme de enfermera, las manos que habían cuidado a su hijo.

—Estás mintiendo —la voz de Eleanor era apenas un suspiro, pero cargada de una esperanza desesperada—. Es otra táctica.

—¿Lo es? —Un temblor leve, incontrolable, le recorrió los brazos. No era miedo, era la tensión del filo sobre el que caminaba—. Prueba. Llama. Pero cuando lo hagas, recuerda que no solo perderás a Timothy. Perderás el control de la narrativa. Perderás la protección de Cerberus, porque no protegen escándalos públicos. Perderás todo.

El silencio que siguió no era vacío. Estaba lleno del zumbido de la electricidad en los cables antiguos, del crujido lejano de la madera de la mansión ajustándose, del sonido de la respiración de Eva, que intentaba mantenerse pareja y fallaba en cada exhalación.

Eleanor retrocedió un paso. El tacón de su zapato resonó en el mármol. Sus ojos verdes, ahora secos y duros como gemas, ya no

mostraban furia. Mostraban un cálculo rápido y frío, las piezas reorganizándose en un tablero que acababa de volverse del revés.

Si Eva tenía evidencia duplicada, cualquier movimiento legal era un suicidio. Pero también significaba que Eleanor estaba atrapada. No podía deshacerse de Eva sin destruirse a sí misma.

—Eres una insensata —murmuró Eleanor, pero las palabras carecían de fuerza, de convicción. Se le quebraron al final—. Una temeraria sin remedio.

—Sí —admitió Eva. Y, contra toda lógica, una oleada de alivio perverso la atravesó, limpiando por un instante la niebla del agotamiento. Había arrojado su arma más pesada al centro de la habitación. Ahora ambas estaban desnudas—. Pero soy la insensata que sabe dónde están enterrados todos los cadáveres. Los de Timothy. —Hizo una pausa, dejando que el significado se asentara en el aire quieto—. Y los tuyos.

Eleanor se llevó una mano al pecho, los dedos arrugando la seda de su blusa. La miró no como a una enemiga, sino como a un fenómeno incomprensible, un error de la naturaleza que había irrumpido en su mundo ordenado.

—Dios mío —exhaló, sin aliento.

Eva no apartó la mirada. Sus ojos grises, observadores, no cedieron ni un milímetro.

—Si me entregas a la policía —continuó, y ahora su voz era serena, casi clínica—, tendrás que explicar por qué mantuviste a un paciente en sobredosis constante. Tendrás que justificar tu criterio. Tu capacidad para gestionar este… protocolo tan delicado. ¿Qué confianza inspirará eso en tus socios de Cerberus? ¿En el inspector Croft, que ya husmea por aquí?

El poder, intangible y pesado, se deslizó por el suelo de mármol entre ellas. Ya no estaba en el teléfono, ni en las amenazas. Estaba

en el equilibrio precario de sus secretos, uno contra el otro, sosteniéndose mutuamente en el aire.

Eleanor abrió la boca, pero no salió sonido. Solo un leve tremor en el labio inferior. El reloj siguió marcando el tiempo, indiferente, en el silencio cargado del vestíbulo.

—¿Qué quieres? —La pregunta salió finalmente, un hilo de voz gastado.

—Quiero entrar a la habitación de Timothy —dijo Eva sin vacilar—. Ahora. Sin interferencias.

—¿Para qué? ¿Para terminar lo que empezaste? ¿Para jugar a ser Dios?

—Para cumplir con mi deber.

—Tu deber —escupió Eleanor, un destello de la vieja ira regresando —. No tienes ni idea de lo que es el deber. El deber es cargar con esto durante ocho meses. El deber es proteger a tu hijo vivo, aunque lo que quede sea solo un caparazón. El deber es no rendirse, incluso cuando cada día es una tortura.

—Tu deber terminó la noche que Oliver lo golpeó con el candelabro —replicó Eva, y vio cómo Eleanor se encogía como si la hubiera golpeado—. Desde entonces, solo has estado protegiendo una mentira. Protegiéndote a ti misma.

Eleanor cerró los ojos. Cuando los abrió, la furia se había disuelto, dejando solo un agotamiento infinito. Pero también algo más: un destello de astucia, el instinto de una depredadora acorralada que busca un nuevo ángulo.

—¿Y tu deber, Eva? —preguntó, su voz recuperando un hilo de fuerza—. ¿Qué te califica para juzgar? ¿Para decidir qué es justicia? —Su mirada recorrió el uniforme de enfermera, deteniéndose en la insignia—. ¿Qué credenciales tienes, realmente, para estar aquí?

El cambio de tono fue sutil, pero Eva lo sintió como un escalofrío. Eleanor ya no estaba a la defensiva. Estaba escudriñando, buscando una grieta.

—Tengo las credenciales necesarias para hacer mi trabajo —respondió Eva, manteniendo la voz firme.

—¿Las tienes? —Eleanor dio un paso adelante, su agotamiento momentáneamente olvidado—. Porque he estado pensando. Tus referencias… llegaron por correo electrónico, de una agencia de la que nunca había oído hablar. Tu contrato fue… inusualmente rápido. Y tu historial, aunque impecable en papel, carece de detalles. De rostros. De personas reales que puedan corroborarlo.

Eva sintió que el suelo de mármol se inclinaba ligeramente bajo sus pies. Eleanor no estaba adivinando. Estaba reconstruyendo.

—¿Qué estás insinuando?

—Estoy insinuando que quizás tu secreto no es solo lo que has encontrado aquí —dijo Eleanor, y ahora había una chispa de triunfo en sus ojos cansados—. Quizás tu secreto empezó mucho antes. Quizás toda esta farsa de la enfermera devota, la cuidadora comprometida… es solo eso. Una farsa.

El aire en el vestíbulo se espesó. Eva podía oír el latido de su propio corazón, golpeando contra sus costillas. Eleanor había encontrado el punto débil. No por evidencia, sino por instinto.

—No tienes pruebas de eso —dijo Eva, pero su voz sonó más tensa de lo que hubiera querido.

—No las necesito —replicó Eleanor, recuperando terreno—. Solo necesito sembrar la duda. En un tribunal, en la policía… ¿quién creerá la palabra de una impostora? Una mujer que mintió para entrar aquí. Que falsificó documentos. Que se hizo pasar por algo que no es. Tu credibilidad se desmoronaría. Y con ella, cualquier acusación que hagas contra mí.

Era un jaque mate en potencia. Eleanor había comprendido que podía neutralizar la amenaza de Eva desacreditándola por completo. Si Eva era una fraudulenta, nada de lo que dijera tendría peso.

Eva respiró hondo, sintiendo el frío del estuche de escalpelo a través de la tela de su bolsillo. La confrontación había llegado a un punto muerto. Dos amenazas mutuas, equilibradas en una balanza. Pero el poder de Eleanor era institucional, social. El de Eva era frágil, basado en secretos y pruebas ocultas.

Tenía que cambiar las reglas del juego. Tenía que hacer que su mentira fuera tan peligrosa para Eleanor como la verdad.

Miró directamente a los ojos verdes y calculadores frente a ella.

—Tienes razón —dijo, y la admisión resonó en el silencio como una campanada.

Eleanor parpadeó, sorprendida por la capitulación.

—Soy una impostora.

Las palabras cayeron entre ellas como piedras en un estanque quieto.

—¿Qué?

—No soy una enfermera titulada —aclaró Eva, manteniendo la voz firme y clara, una confesión estratégica, no una admisión derrotada —. Nunca terminé la carrera. Las referencias eran falsas. El contrato no tiene validez legal. No tengo credenciales.

Eleanor la observó, sus ojos verdes escaneando su rostro en busca de una trampa, de otra capa de mentira. No encontró ninguna. Solo la verdad desnuda y peligrosa.

—Estás… ¿estás diciendo que eres una fraudulenta? ¿Que todo ha sido un engaño?

—Estoy diciendo que no puedes denunciarme por robo de muestras médicas o allanamiento sin admitir que contrataste a una persona

sin cualificaciones para cuidar a tu hijo en estado crítico —explicó Eva, la lógica de su posición cristalizando con cada palabra, transformando su vulnerabilidad en un arma—. Sería negligencia criminal. Serías tan culpable como yo. Más. Porque tú tenías el deber de verificar. Y no lo hiciste. Preferiste la discreción a la diligencia.

Eleanor dio un paso atrás, tambaleándose. Su mano buscó el respaldo de la consola para sostenerse.

—Dios mío —susurró—. Todo este tiempo… ¿y Alex? ¿Él lo sabía?

—No —dijo Eva—. Nadie lo sabe. Hasta ahora.

Una risa seca, amarga, escapó de los labios de Eleanor. Sonó como el crujido de hojas secas.

—Así que esto es lo que somos —dijo, mirando a Eva con una mezcla de horror y un respeto macabro—. Dos criminales. Dos mentirosas. Dos mujeres que han cruzado líneas que no deberían cruzarse.

—Sí —asintió Eva—. Y ahora estamos atrapadas la una con la otra. No puedes deshacerte de mí sin destruirte. Yo no puedo exponerte sin exponerme. Es un punto muerto.

Eleanor bajó la mirada hacia el maletín que yacía a sus pies. Luego hacia el teléfono de Alex que aún sostenía en su mano. Finalmente, hacia el auricular colgando inútilmente del cordón.

—¿Y ahora qué? —preguntó, y su voz era la de una mujer derrotada, vacía de toda emoción—. ¿Nos quedamos aquí para siempre, vigilándonos mutuamente?

—No —dijo Eva, y avanzó un paso. El sonido de sus botas sobre el mármol resonó en el vestíbulo—. Ahora voy a subir a ver a Timothy. Y tú vas a quedarte aquí. No vas a llamar a nadie. No vas a seguirme.

—¿Y si lo hago?

—Entonces revelaré todo —dijo Eva, deteniéndose a un metro de distancia—. Las copias de la evidencia. Mi falta de credenciales. Tu papel en todo esto. Será un incendio que consumirá a los Blackwood hasta los cimientos. Y tú serás la primera en arder.

Sus ojos se encontraron y mantuvieron la mirada. El tictac del reloj marcaba los segundos que pasaban.

Eleanor fue la primera en apartar la vista. Su mirada se posó en el suelo, en las huellas de barro que Eva había traído consigo. Un símbolo de la suciedad del mundo exterior que había invadido su santuario ordenado.

—Ve —dijo finalmente, sin levantar la vista—. Haz lo que tengas que hacer.

Eva no se movió de inmediato. Observó a la mujer frente a ella, a la matriarca que se había reducido a una sombra de sí misma. No sintió triunfo. Solo un vacío frío y determinado.

Se agachó y recogió su maletín del suelo. El peso familiar en su mano fue un pequeño consuelo. Luego, sin decir otra palabra, pasó junto a Eleanor y comenzó a subir la escalera de madera oscura.

No miró atrás. Escuchó el sonido de su propia respiración, el crujido de los peldaños bajo sus pies, el distante tictac del reloj que seguía marcando el tiempo en el vestíbulo de abajo.

Cuando llegó al rellano, se detuvo. Desde allí, podía ver la puerta cerrada de la habitación de Timothy al final del pasillo. La luz del amanecer filtraba por la ventana del extremo, iluminando el camino con un resplandor pálido y fantasmal.

Apretó el maletín contra su costado. El estuche de escalpelo en su bolsillo presionaba contra su muslo, un recordatorio constante de lo que venía después.

Respiró hondo.

Luego avanzó por el pasillo, hacia la habitación, hacia el hombre que ya no era un hombre, hacia la decisión que cambiaría todo.

# CAPÍTULO 24: UN FRÁGIL EQUILIBRIO

El zumbido del ventilador mecánico llenaba la habitación, un ronroneo artificial que marcaba el ritmo de una vida suspendida. Eva dejó su maletín sobre la silla junto a la cama y abrió la cremallera con movimientos precisos. El aire acondicionado médico soplaba frío contra su nuca. El olor agrio a desinfectante y enfermedad crónica se le pegaba a la garganta.

En el fondo del maletín, envuelto en un paño de limpieza, estaba el estuche de cuero negro. Lo sacó. Las iniciales 'A.T.' grabadas en el mango de ébano parecían absorber la luz grisácea del amanecer que se filtraba por las persianas. Abrió el cierre. El escalpelo de acero relució, una línea fina y mortal contra el terciopelo gastado.

No miró a Timothy de inmediato. Escuchó el crujido del suelo detrás de ella.

Eleanor estaba en el umbral. No había llamado, no había hecho ruido. Simplemente había aparecido, como una extensión más de las sombras del pasillo. Su pelo plateado, todavía recogido en el chignon, parecía deshilachado en los bordes. Sus ojos verdes, con esas ojeras profundas, no se apartaban del instrumento en la mano de Eva.

—No puedes —dijo la voz de Eleanor. No era una orden. Era una observación plana, cargada de una fatiga que iba más allá del

agotamiento físico.

Eva no cerró el estuche. Dejó que el metal siguiera brillando.

—¿No?

—No sin destruirte a ti misma. Y a mí. Y todo lo que queda. —Eleanor avanzó un paso dentro de la habitación. Su vestido oscuro se confundía con la penumbra—. Es un punto muerto. Lo sabes.

El ventilador aspiró, exhaló. El pecho de Timothy se elevó y descendió al compás, un movimiento perfecto y vacío.

—Tú tienes mi historial —continuó Eleanor—. Yo tengo las pruebas de tu allanamiento y tu mentira. Si una cae, caemos las dos. No es una amenaza. Es aritmética.

Eva por fin giró la cabeza hacia la cama. Timothy yacía igual que siempre: pelo rubio oscuro desparramado contra la almohada, ojos azules vidriosos bajo los párpados entreabiertos. Un caparazón. Pero dentro de ese caparazón había vivido un monstruo, y el protocolo que lo mantenía aquí era la prueba de un crimen mayor. El suero adulterado en su maletín, las cartas, el informe policial archivado… eran munición, pero también una cadena que la ataba a este lugar.

—No me voy a ir —declaró Eva, sin apartar la vista de Timothy—. Y no voy a callar.

—Yo no te estoy pidiendo que te vayas —respondió Eleanor. Su voz adquirió un tono áspero, de rabia contenida—. Te estoy ofreciendo un alto el fuego. Una… tregua. Tú sigues aquí, cuidando de esto. —Un gesto despreciativo hacia la cama—. Yo sigo administrando la casa. Nadie llama a la policía. Nadie desentierra fantasmas.

—¿Y él? —preguntó Eva, por fin mirándola—. ¿Sigue así para siempre? ¿Mantenido en este abismo porque a ti te conviene?

Un espasmo de dolor genuino, rápido y feroz, cruzó el rostro de Eleanor.

—No te atrevas —susurró, y la furia en su voz era tan fría que casi condensaba el aire—. No te atrevas a juzgar lo que me conviene. Tú no has vivido con esto. No has dormido con un ojo abierto esperando que… —Cerró los ojos, respiró hondo. Cuando los abrió, la furia se había solidificado en algo más duro y práctico—. El procedimiento se mantiene. Es la única manera de que todo no se desmorone. Es la única manera de que Oliver esté a salvo. De que yo… —Se interrumpió.

Eva estudió su rostro. La mujer estaba destrozada por dentro, pero su voluntad, forjada a base de miedo y culpa, era de acero. No estaba mintiendo. Creía cada palabra.

—Acepto la tregua —dijo Eva, lentamente—. Con una condición.

Eleanor la observó, expectante.

—Quiero acceso. A todo. Los registros médicos reales, no los falsificados. Los informes del doctor Hale. Las órdenes de Cerberus. Quiero saber exactamente qué le están dando y por qué. Quiero ser parte del protocolo, no solo la tapadera.

Eleanor permaneció inmóvil durante lo que pareció una eternidad. El zumbido del ventilador llenó el silencio. Luego, con un movimiento casi imperceptible, asintió.

—De acuerdo.

Se volvió para salir, pero se detuvo junto a la mesilla de noche. De su bolsillo sacó una llave pequeña y antigua, de metal oscuro y desgastado. La dejó caer sobre la superficie de madera con un clic sordo.

—El archivador del estudio —dijo, sin mirar a Eva—. La cerradura de abajo a la derecha. Ahí está lo que queda de la verdad.

Y salió, desapareciendo en el pasillo tan silenciosamente como había llegado.

Eva miró la llave. Luego miró el escalpelo, todavía abierto en su mano. La luz del amanecer había ganado intensidad, bañando la habitación en un resplandor pálido que no aportaba calor alguno.

Cerró el estuche con un chasquido suave y lo guardó en su bolsillo. La tregua estaba sellada. Un frágil equilibrio entre dos mujeres que se tenían de rehenes.

Ahora tocaba averiguar qué hacer con él.

La llave permaneció sobre la mesilla durante casi una hora, un objeto oscuro que absorbía la luz grisácea del amanecer. Eva la recogió solo cuando el último eco de los pasos de Eleanor se desvaneció en los pasillos inferiores. El metal estaba frío y liso contra su palma.

El estudio de Eleanor olía a lana vieja, naftalina y al tenue aroma medicinal que siempre la rodeaba. La lámpara de escritorio, con su pantalla de seda amarillenta, creaba un círculo de luz ámbar que dejaba el resto de la habitación en una penumbra profunda. Eva se detuvo en el centro, escuchando. Solo el tictac exageradamente lento del reloj de pared marcaba el tiempo, cada golpe un latido pesado en el silencio.

El cuadro que Eleanor había mencionado era un paisaje acuoso y sombrío, colgado junto a la chimenea. Eva lo descolgó con cuidado. La pared detrás era lisa, pero una inspección más cercana reveló los contornos casi imperceptibles de un panel. No había cerradura visible. Recordó la llave en su mano, sus mellas gastadas. Se arrodilló, palpando la moldura inferior hasta que sus dedos encontraron una ranura delgada, vertical, disimulada en la sombra. La llave encajó con un roce suave. Giró con un clic que resonó en la quietud.

El panel cedió hacia adentro unos centímetros. Detrás no había un archivador, sino una caja fuerte empotrada, pequeña y antigua. Eva tiró de la pesada puerta. El interior exhaló un aliento frío que olía a papel envejecido y tinta seca.

La carpeta era gruesa, de cartón manila descolorido por los bordes. No tenía etiqueta. Eva la sacó y la llevó al escritorio, bajo la luz de la lámpara. Al abrirla, el primer documento fue un informe del doctor Hale, fechado el día después del accidente. La letra era pulcra, profesional, pero las palabras eran un puñal: *'Traumatismo craneoencefálico grave secundario a impacto contundente. Pronóstico neurológico: extremadamente reservado. Probabilidad de recuperación cognitiva significativa: inferior al 3%. Recomendación médica inicial: mantener sedación profunda para control de presión intracraneal.'*

Más abajo, una nota manuscrita en el margen, en una letra diferente, más angulosa: *'Protocolo A-7 autorizado. Mantener parámetros.'*

Eva pasó las páginas. Gráficos de signos vitales meticulosamente trazados, registros de medicación que duplicaban las dosis oficiales. Una hoja suelta detallaba los suministros de Cerberus: fechas, cantidades, firmas con iniciales ilegibles. Encontró lo que buscaba: una columna paralela de cifras, escrita con lápiz, que registraba las infusiones reales de midazolam. 7 mg/hora. 7.5. En un pico, 8. Siempre por encima del umbral de consciencia.

—Algunas puertas —dijo una voz desde el umbral—, una vez abiertas, no pueden cerrarse.

Eleanor estaba apoyada en el marco, envuelta en la penumbra del pasillo. Sus ojos verdes captaban un destecho de la lámpara, como los de un animal nocturno.

—¿Es esto todo? —preguntó Eva sin levantar la vista.

—Todo lo que queda en papel. La verdad completa… esa está enterrada en otras partes.

Eva continuó pasando páginas. Su dedo se detuvo en una nota adjunta a un informe de laboratorio reciente. Era una lista de parámetros críticos: presión arterial, frecuencia cardíaca, niveles de

oxigenación. Y al margen, en la misma letra angulosa de la primera anotación, una frase: *'Umbral de no retorno: 48h. Vigilar.'*

La fecha del informe era de hace tres días.

Un escalofrío, frío y preciso, le recorrió la columna vertebral. No era miedo. Era la claridad gélida de ver el mecanismo completo, los engranajes del encubrimiento expuestos con una meticulosidad que daba asco.

Dobló la hoja con la nota en cuatro partes iguales y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

En ese momento, un sonido lejano atravesó el silencio de la mansión: el crujido de grava bajo ruedas. Un motor, bajo y constante, que se acercaba por el camino principal.

Eleanor se irguió de golpe, su silueta tensándose contra la luz del pasillo.

—Es la señora Gable —murmuró, pero su voz carecía de convicción. El reloj de pared marcaba las diez y cinco de la noche. Era su horario.

Eva cerró la carpeta. El crujido del cartón fue estridente en la habitación. Miró a Eleanor, luego la caja fuerte abierta, y por último la llave que aún sostenía entre los dedos.

El equilibrio era tan frágil como el papel que acababa de doblar. Y alguien, desde fuera, acababa de alterarlo.

El motor se apagó frente a la casa. El chirrido de la puerta del coche, el golpe seco al cerrarse. Pasos sobre la grava, firmes y regulares, acercándose al porche.

Eva dejó la llave sobre el escritorio, junto a la carpeta cerrada. El sonido metálico hizo que Eleanor girara la cabeza hacia ella, pero no dijo nada. Sus ojos verdes, hundidos en ojeras oscuras, parecían fijarse en un punto entre ambas, en el frágil hilo que ahora las unía.

—Será mejor que baje —dijo Eva, su voz neutra, profesional.

Pasó junto a la mujer sin tocarla. El aire en el pasillo olía a cera de pisos y a la humedad que ascendía del jardín con la noche. Las sombras se alargaban como dedos oscuros a lo largo del corredor desierto. Al final, la puerta principal se abrió con un crujido de madera vieja.

La señora Gable entró sacudiendo ligeramente las gotas de un chubasco repentino de su impermeable azul marino. Llevaba su maletín negro de enfermería en una mano y un termo en la otra. Al ver a Eva en el pie de la escalera, se detuvo, su rostro ancho y amable mostrando una curiosidad inmediata.

—Buenas noches, Eva. ¿Tan tarde te quedas?

—Terminando el turno —respondió Eva, haciendo un esfuerzo por sonar normal. Notó cómo la mirada de la otra mujer recorría su ropa, el barro seco en los bajos de sus pantalones, la tensión que debía ser palpable en sus hombros.

—Ah. El señor Blackwood… ¿estable? —preguntó la señora Gable, pero su tono era demasiado ligero, como si la respuesta no le importara realmente. Sus ojos, pequeños y brillantes, no se despegaban del rostro de Eva.

—Los parámetros están dentro de lo esperado. La hoja de registro está actualizada.

—Bien, bien. —La mujer asintió, pero no se movió para subir. Su sonrisa era una curva fija. —Eleanor me comentó que has estado… muy dedicada. Investigando un poco.

El aire en el vestíbulo pareció enfriarse varios grados. Eva mantuvo la expresión impasible. —Es mi trabajo.

—Claro. Solo que… a veces es mejor no revolver demasiado el fondo, ¿no crees? Para que no se enturbie el agua. —La sonrisa no llegaba a sus ojos. Dio un paso adelante, reduciendo la distancia. El

aroma a jabón de hospital y a café barato flotaba alrededor de ella.
—Algunas enfermeras anteriores se obsesionaron. No les sentó bien.

La advertencia era clara, envuelta en cordialidad profesional. Eva sintió un nudo de alambre de púas apretándose en su estómago.

—Gracias por el consejo —dijo, y su voz sonó más cortante de lo que pretendía.

Pasó junto a la mujer, dirigiéndose hacia la puerta que llevaba a la cocina y a su habitación. Sintió la mirada de la señora Gable clavada en su espalda hasta que desapareció en el recodo del pasillo.

No fue a su cuarto. Se desvió hacia una ventana estrecha que daba al jardín trasero. La lluvia fina empañaba los cristales, difuminando las luces del jardín. Apretó la frente contra el vidrio frío.

Y lo vio.

Una figura alta y delgada, vestida de oscuro, cruzaba el jardín a paso rápido, la lluvia oscureciendo la tela de sus hombros. No llevaba linterna. No la necesitaba. Su trayectoria era directa, desde la arboleda densa hacia la puerta de servicio de la cocina.

Eva retrocedió de la ventana, el corazón acelerándose contra sus costillas. El frágil equilibrio. Eleanor había dicho que el hombre se había ido, que el procedimiento seguía su curso. Pero ahí estaba, regresando, y la señora Gable acababa de llegar.

No era una coincidencia.

Con movimientos silenciosos, Eva cruzó el pasillo hacia la escalera principal. Al oír los pasos del hombre acercándose por el jardín, se deslizó en un nicho oscuro junto a la escalera de servicio, donde una cortina pesada de terciopelo desvaído ocultaba un espacio para guardar escobas. El aire olía a polvo y a humedad de piedra. Desde allí, a través de un pliegue de la tela, tenía una vista clara pero angosta del vestíbulo principal.

Los pasos del hombre resonaron en el suelo de mármol. Firmes, livianos, sin prisa pero con intención. Apareció en su campo de visión, su silueta alta y delgada bloqueando parte de la luz de la lámpara del vestíbulo. La lluvia había pegado mechones de su cabello oscuro a la frente.

Eleanor ya estaba allí, esperándolo. No pareció sorprendida. Asintió una vez, un movimiento breve y sumiso.

El hombre habló, su voz un murmullo grave e ininteligible desde la distancia. Pero Eva vio cómo Eleanor volvía a asentir, más rápido esta vez. Cómo sus manos, entrelazadas frente a su cuerpo, se apretaban hasta que los nudillos blanquearon.

Luego, el hombre giró la cabeza.

No hacia Eleanor. No hacia la escalera principal.

Directamente hacia el nicho oscuro donde Eva se escondía.

Sus ojos, imposibles de distinguir a esa distancia y con esa luz, parecieron fijarse exactamente en el pliegue de la cortina. No fue un barrido casual. Fue una pausa deliberada, una atención total dirigida hacia su escondite.

Eva contuvo el aliento. El sabor a cobre llenó su boca. No se movió. Ni un músculo.

El hombre sostuvo la mirada durante tres segundos interminables. Luego, volvió a hablar con Eleanor, como si nada. Dio media vuelta y se dirigió hacia el estudio, sus pasos alejándose.

Eleanor se quedó sola en el vestíbulo, inmóvil. Luego, lentamente, alzó una mano y se la llevó a la frente, un gesto de fatiga abismal.

En la oscuridad del nicho, Eva dejó escapar el aire de sus pulmones en un susurro silencioso. El papel doblado en su bolsillo, la nota con el "Umbral de no retorno: 48h", parecía arder contra su muslo.

La ventana para actuar no solo se estaba cerrando.

Alguien había comenzado a contar.

# CAPÍTULO 25: PROCEDIMIENTO ESTÁNDAR

La luz amarillenta de la lámpara de mesilla dibujaba un círculo perfecto sobre la colcha. Fuera de él, la habitación se hundía en sombras grises. Dentro, los papeles se amontonaban como hojas caídas.

Eva estaba sentada en el borde de la cama, la espalda recta, los dedos fríos. Había esparcido los documentos del archivador secreto alrededor de sus rodillas. El informe del doctor Hale, con su letra clínica y distante. Las notas mecanografiadas del "Protocolo A-7". La hoja suelta con la advertencia escrita a mano: *Umbral de no retorno: 48h*. La fecha, hace tres días. El tictac del reloj de pared marcaba cada segundo de las setenta y dos horas que ya habían pasado.

No leyó. Escaneó. Su mente, afilada por años de turnos nocturnos y decisiones bajo presión, buscaba patrones, discrepancias, puntos de presión.

El informe de Hale mencionaba, casi de pasada, una anomalía en el electrocardiograma de ingreso de Timothy. *Intervalo QT ligeramente prolongado (480 ms). Monitorizar.* No era un diagnóstico. Era una nota al margen, enterrada entre parámetros de presión intracraneal y niveles de sedación. Un detalle que, en un paciente estable, solo requería observación.

Eva levantó la vista. Su mirada gris se perdió en la oscuridad más allá del círculo de luz, pero no vio la habitación. Vio el frasco de cristal ámbar del cloruro de potasio suplementario. El que había revisado esa primera mañana. El que mostraba una reducción de contenido sin registro.

El potasio. Un electrolito esencial. Un regulador del ritmo cardíaco.

En un paciente con un intervalo QT largo, un desequilibrio electrolítico—específicamente, un nivel de potasio demasiado alto o demasiado bajo—podía desestabilizar el sistema eléctrico del corazón. Podía convertir un latido regular en un caos espasmódico. En una torsade de pointes. En una parada.

Su respiración se hizo más lenta, más deliberada. Los dedos, que antes estaban fríos, ahora notaban el calor de su propio pulso en las yemas.

Cruzó datos. La dosis estándar de cloruro de potasio en el suero de Timothy. La ventana de administración. Los horarios de la enfermera Gable. Los momentos en que la habitación estaba sola, solo con el zumbido del ventilador y el latido fantasmal en el monitor.

No necesitaba añadir nada extraño. No necesitaba un veneno exótico. Solo un ajuste. Una modificación sutil en la concentración de un suplemento ya prescrito. Un pequeño aumento en la infusión, administrado justo después de que los niveles basales hubieran sido alterados por un error deliberado en la preparación del suero principal.

Sería rápido. Silencioso. Plausible.

Un "evento cardíaco inesperado" en un paciente con daño cerebral severo y una predisposición no destacada en sus informes más recientes. Una tragedia médica, no un crimen. El doctor Hale, ausente, firmaría las condolencias. Eleanor… Eleanor respiraría aliviada por primera vez en ocho meses.

El escalofrío que le recorrió la espina dorsal no era de miedo. Era de confirmación. La certeza encajaba en su mente con un clic frío y metálico, como el cierre de un estuche. Había identificado el método.

Su mano se desplazó por la colcha, apartando informes, hasta tocar el borde de cuero desgastado. El estuche del escalpelo. No lo abrió. Solo posó la yema del índice sobre las iniciales grabadas: 'A.T.'. La textura del ébano era suave como la piel.

Un ruido nítido y seco cortó el silencio desde el pasillo.

No eran pasos. Era el sonido de un cerrojo metálico al ser probado, justo frente a su puerta.

La luz tenue que se filtraba por la rendija inferior se oscureció de repente, bloqueada por una silueta que se detenía al otro lado.

El cerrojo giró con un chasquido seco y metálico.

Eva no se movió. Su mano permaneció sobre el estuche, los dedos inmóviles. La respiración artificial de Timothy llenó el vacío, un suspiro mecánico que marcaba el tiempo. La silueta al otro lado de la puerta no avanzó. No llamó. Solo estaba allí, bloqueando la rendija de luz.

Eva contó hasta cinco. Los latidos en sus sienes eran más fuertes que el pitido del monitor.

La sombra se alejó. Los pasos, pesados y deliberados, continuaron por el pasillo hacia la escalera principal. No eran los de la señora Gable. Tampoco los de Eleanor. Estos eran más lentos, más pesados. Masculinos.

Esa certeza le tensó los músculos del cuello. El hombre no identificado. Había regresado.

Esperó hasta que el sonido se desvaneció. Luego, con un movimiento fluido, se levantó y se acercó a la cabecera de la cama.

El plan ya no era una abstracción. Era una secuencia de acciones físicas. Necesitaba verificar el mecanismo.

La luz azulada de los monitores bañaba el rostro de Timothy. Sus ojos azules, vidriosos y abiertos bajo los párpados entornados, reflejaban los LEDs verdes sin ver nada. El rubio oscuro de su cabello estaba aplastado contra la almohada blanca. Eva no vio a un hombre. Vio un sistema de tubos, bombas y fluidos. Un conjunto de variables.

Su mirada se posó en la bomba de infusión secundaria, la que administraba la solución de electrolitos. Un modelo estándar con pantalla digital y un compartimento de carga transparente. El líquido dentro era claro como el agua. El cloruro de potasio.

Se inclinó. El olor a antiséptico le picó en la nariz, mezclado con el tenue dulzor químico del midazolam. Con dedos expertos, presionó el botón de menú de la bomba. La pantalla iluminó sus yemas. Historial de administración. Último reinicio: hace 72 horas. Programación actual: 20 mEq/L, infusión continua.

Podría cambiarlo. Un ajuste en la concentración programada, no en el volumen. Subirlo a 40, quizás 50 mEq/L. Demasiado rápido para que su corazón debilitado lo compensara. Hiperpotasemia aguda. Paro cardíaco en minutos.

Pero la pantalla guardaría el cambio. Un registro digital.

Su atención bajó al compartimento de carga. Tenía una tapa de goma, un puerto de inyección estéril diseñado para añadir medicación adicional sin detener la infusión. Un procedimiento de enfermería rutinario.

Ahí estaba el punto ciego.

No necesitaba alterar la programación. Podía inyectar una dosis concentrada directamente en el depósito. El líquido claro la ocultaría. La bomba seguiría administrando la solución normal, pero con un pico letal mezclado en su interior. Cuando el evento ocurriera, el

historial digital mostraría solo la programación correcta. El error parecería humano, una contaminación accidental en la preparación del suero en farmacia. Algo imposible de rastrear hasta una jeringa usada y desechada.

El método estaba claro. Ahora solo necesitaba el momento.

Su mano derecha buscó el bolsillo de su delantal. No por el escalpelo. Por el bolígrafo que siempre llevaba. Lo sacó, un objeto ordinario de plástico azul. Con la uña, hizo girar la pequeña rueda del pulsador. El clic era minúsculo, ahogado por el zumbido del ventilador.

Miró a Timothy. A la boca entreabierta por el tubo. A las pestañas rubias sobre las mejillas pálidas.

Una imagen intrusiva la atravesó: no la de su madre, sino la Polaroid del gato blanco en el estudio de Timothy. Los ojos vidriosos. La precisión de las heridas.

El frío que sintió entonces no era repulsión. Era identificación. Estaba a punto de operar con la misma frialdad metódica que él había aplicado. La misma desconexión entre la mano y la consecuencia.

Apretó el bolígrafo hasta que el plástico crujió. Luego lo guardó.

Los pasos regresaban por el pasillo. Más lentos esta vez. Casi arrastrados. Se detuvieron de nuevo, pero no frente a su puerta. Unos metros más allá. Donde estaba la habitación de Eleanor.

Oyó el golpe sordo de unos nudillos contra la madera. Dos toques. Espera. Tres toques más, insistentes.

No hubo respuesta. Solo el crujido de una perilla al girar, y el sonido de una puerta que se abría hacia la oscuridad.

El chirrido de los goznes fue un grito metálico en el silencio del pasillo. Eva no tuvo tiempo de reaccionar, de esconderse, ni siquiera de dar un paso atrás. El marco de la puerta se llenó con la figura del hombre no identificado.

No era corpulento como el del traje oscuro del bosque. Este era alto, de constitución delgada pero sólida, como un alambre de acero. Llevaba un abrigo negro sobre ropa oscura. Su rostro, iluminado por la tenue luz del pasillo, era una máscara de ángulos afilados y piel pálida. Sus ojos la escudriñaron sin parpadear, recorrieron la habitación por encima de su hombro, registraron la cama, el ventilador, la bomba de infusión. El proceso duró menos de tres segundos.

—Acompáñeme —ordenó. Su voz era plana, sin inflexión, como una grabación. No preguntó qué hacía allí a esas horas. No mostró sorpresa. Solo una evaluación terminada. —Verificación de protocolo. El estudio de la señora Blackwood.

Eva sintió que el aire se espesaba en sus pulmones. Asintió, una sola vez, mecánica. Su mano izquierda, aún en el bolsillo del delantal, soltó el bolígrafo. Los dedos rozaron el frío del escalpelo en su estuche. No. No ahora.

Cruzó el umbral. El hombre se hizo a un lado con un movimiento económico, dejándole pasar primero. Su proximidad desprendía un olor a limpio, a alcohol y a cuero nuevo. Eva caminó por el pasillo alfombrado, sintiendo su presencia a escasos centímetros detrás. Los latidos de su corazón martillaban en sus oídos, un ritmo acelerado que parecía delatarla.

Pasaron frente a una puerta angosta, pintada del mismo color que el panel de madera, casi invisible. La puerta de servicio a las escaleras traseras. Estaba entreabierta un par de centímetros, una rendija de oscuridad.

Eva no pensó. Su cuerpo actuó.

Giró sobre sí misma, un movimiento brusco y torpe impulsado por el pánico canalizado. Empujó al hombre con ambas manos contra el quicio de la puerta principal, no con fuerza para derribarlo, sino para desequilibrarlo, para ganar una fracción de segundo. Un sonido gutural, más de sorpresa que de dolor, escapó de él.

Ella ya se había deslizado por la rendija de la puerta de servicio, metiéndose en la negrura. Sus dedos encontraron el pomo frío al otro lado, tiraron con todas sus fuerzas. La puerta chirrió al cerrarse de golpe. No había cerrojo, solo un pestillo simple. Lo corrió. El clic de metal sonó como un disparo en la estrechez.

Giró. Oscuridad absoluta. El aire era frío, húmedo, cargado con el olor metálico del óxido y la tierra de macetas viejas. Extendió las manos, palpando. Encontró la barandilla de hierro, helada al tacto. Los peldaños de la escalera de caracol comenzaban justo ahí.

Abajo.

Empezó a bajar, tanteando cada peldaño con la punta del pie antes de apoyar el peso. El hierro crujía bajo sus botas, cada sonido una explosión en el silencio sepulcral.

Detrás, en la puerta, un golpe seco. Uno. Dos. Luego un impacto más fuerte, un hombro o una bota contra la madera. El pestillo cedió con un chasquido de madera astillada.

La puerta se abrió de par en par, proyectando un rectángulo de luz tenue que iluminó la espiral descendente. Eva miró hacia atrás, hacia arriba. La silueta del hombre recortada en el marco, inmóvil por un instante. Luego comenzó a bajar.

Sus pasos en los peldaños de hierro no eran sigilosos. Eran pesados, resonantes, un martilleo constante que se aceleraba. Él no gritaba, no la llamaba. Solo perseguía, metódico, implacable.

Eva bajó más rápido, tropezando, agarrándose a la barandilla que le quemaba la palma con el frío. La escalera giraba y giraba, una espiral interminable que conducía a las entrañas de la mansión. El olor a humedad y podrido se intensificaba.

Finalmente, sus pies encontraron suelo firme. Un rellano de piedra. A su alrededor, tres pasillos bajos y angostos se abrían en la oscuridad, como venas de la casa. A la izquierda, un resquicio de aire frío y el tenue brillo de la luna filtrada a través de una rejilla

alta: una salida a los jardines traseros. Al frente y a la derecha, tinieblas profundas que olían a polvo y naftalina: los pasillos de servicio, el laberinto interno que conducía hacia las cocinas y la bodega.

Arriba, los pasos resonaban cada vez más cerca, más rápidos. El crujido del hierro era un eco que bajaba por la espiral, envolviéndola.

Jardín o laberinto. Huir al exterior, donde el hombre del traje oscuro podía estar patrullando, o adentrarse en las tripas de la casa, donde quizás, solo quizás, pudiera encontrar el pasadizo secreto que llevaba a su habitación, o a cualquier lugar que no fuera este.

No tenía segundos. Tenía ahora.

# CAPÍTULO 26: LA DECISIÓN DE ALEX

Jardín o laberinto.

Eva eligió el laberinto.

Se lanzó hacia el pasillo de la derecha, el que olía más intensamente a polvo y cerrado, a madera vieja y telarañas. La oscuridad la engulló como un manto húmedo. Avanzó a tientas, las manos extendidas, palmeando las paredes de piedra áspera y fría. Sus dedos encontraron esquinas, estantes vacíos, el borde afilado de una tubería oxidada. El eco de sus propios jadeos rebotaba frente a ella, un sonido que delataba su posición.

Arriba, en el rellano, los pasos cesaron. Una pausa calculadora.

Eva se detuvo, contuvo la respiración. El silencio que siguió era peor que la persecución. Era la calma del depredador que escucha, que huele el miedo. Un crujido metálico, amortiguado. El hombre bajaba con más cautela ahora, sin prisa. Sabía que ella estaba atrapada.

Siguió avanzando, arrastrando los pies para no tropezar. El pasillo se curvaba, descendía ligeramente. Un resquicio de luz grisácea apareció a lo lejos, no de luna, sino del tenue reflejo de una bombilla de servicio en algún cruce distante. Se dirigió hacia ella, pero un sonido la paralizó: un portazo metálico, procedente del pasillo que había dejado atrás. Había cerrado la salida al rellano. La estaba acorralando.

El pánico, un líquido helado, le subió por la garganta. Lo ahogó con un pensamiento frío, quirúrgico: *No pienses. Actúa.* Su mano derecha encontró un hueco en la pared, una abertura baja y estrecha. Se agachó. Era una especie de nicho de servicio, quizás para tuberías antiguas. Se encogió dentro, pegando la espalda a la piedra. El espacio apestaba a moho y orín de rata.

Los pasos se reanudaron, ahora en el pasillo. Lentos, medidos. *Tac. Tac. Tac.* La suela de un zapato profesional sobre piedra. Se acercaban.

Eva cerró los ojos, inútil en la oscuridad, pero el gesto era instintivo. Concentró toda su atención en el oído. El sonido pasó frente a su escondite. No se detuvo. Continuó alejándose, hacia la fuente de luz lejana.

Esperó. Contó hasta treinta, cada número un latido acelerado contra sus costillas. Cuando el sonido de los pasos se desvaneció por completo, se deslizó fuera del nicho. No podía volver atrás. Solo adelante.

Avanzó hacia la luz, que resultó ser una bombilla desnuda colgando de un cable pelado en una encrucijada de tres pasillos. Aquí el olor cambiaba: menos humedad, más aceite rancio y lejía débil. Cocinas. Estaba cerca de las áreas de servicio.

A su izquierda, una puerta de madera pesada, entreabierta. La empujó con cuidado. Más oscuridad, pero un flujo de aire fresco, cargado con el aroma húmedo de la tierra nocturna, le dio en la cara. Al fondo del cuarto —un almacén de limpieza con cubos y fregonas— una alta rejilla de hierro forjado, oxidada, dejaba entrar franjas de luz lunar. Daba a los jardines traseros.

Corrió hacia ella. La rejilla estaba atornillada al muro de piedra, pero la corrosión había hecho su trabajo. Agarró los barrotes con ambas manos y tiró con todo su peso, los músculos de sus brazos tensándose hasta doler. Un gemido metálico, un crujido de óxido desprendiéndose. Uno de los tornillos superiores cedió con un sonido

de metal fatigado. Cambió el ángulo, apoyó la planta del pie contra el muro de piedra y tiró de nuevo, usando todo su cuerpo como palanca. Con un chasquido seco y definitivo, la rejilla se abrió como una puerta torcida, lo suficiente para que pasara un cuerpo delgado.

Se coló por la abertura, rasgándose la manga de la bata en un borde afilado. El aire libre, frío y dulce con el aroma de la noche, fue un golpe de lucidez. Estaba en un macizo de arbustos espesos, probablemente rododendros, en la parte trasera de la mansión. A su izquierda, la masa oscura de la casa se elevaba; a su derecha, la negrura del bosque.

Se arrastró fuera de los arbustos, incorporándose. Tenía que llegar al claro, a Alex. Dio un paso hacia la arboleda.

—No por ahí.

La voz surgió de su derecha, clara y plana, a no más de diez metros. El hombre del traje oscuro emergió de la sombra de un ciprés alto. No corría. Caminaba hacia ella con una calma aterradora, cortándole el camino al bosque. En su mano derecha, el dispositivo negro relucía bajo la luna.

Eva giró sobre sus talones y echó a correr en la única dirección posible: hacia el frente de la mansión, hacia el camino de entrada, hacia la carretera y la imposible esperanza de que pasara un coche a esa hora.

El bosque se tragó el sonido de sus pasos. Eva corrió sin dirección, guiada solo por el pánico y la memoria muscular que trazaba el camino hacia el claro. Las ramas de pino le azotaron los brazos, desgarrando la bata ya rasgada. El aire frío le quemaba los pulmones, cada bocanada un cuchillo de hielo. Detrás, no había ruido de persecución. Eso era peor.

Llegó jadeando al parche de hierba mustia. La luna, ahora más alta, bañaba el claro en una luz de mercurio quebrada por las sombras de las copas. Lo vio de inmediato: una forma oscura y encogida entre

las raíces retorcidas de un pino caído, como un animal herido buscando refugio.

—Alex.

La forma se movió. Un gemido ahogado, más de esfuerzo que de reconocimiento. Eva se acercó, arrodillándose en la tierra húmeda. El olor a resina agria y tierra podrida llenó sus fosas nasales.

Él estaba recostado contra el tronco, la cabeza inclinada hacia un hombro. En la penumbra, la hinchazón alrededor de su ojo izquierdo era una mancha violácea y densa. La herida en la ceja había rezumado de nuevo, un hilo oscuro que serpenteaba por su sien. Su respiración era un silbido irregular, entrecortado por pausas que hacían que Eva contara los segundos.

—Te encontraron —dijo él. La voz era un susurro áspero, desprovisto de sorpresa.

—Uno de ellos. En el jardín. Me cortó el paso al bosque.

Alex asintió, un movimiento lento y doloroso. Intentó enderezarse, apoyando una mano en la tierra. Los músculos de su brazo temblaron bajo el esfuerzo. Falló, resbalando de nuevo contra la corteza áspera. Un jadeo escapó de sus labios.

—La pierna —explicó, sin que ella preguntara. —Cede. No aguanta peso.

Eva miró hacia la densa arboleda detrás de ellos, luego de nuevo a él. No había tiempo para compasiones, ni para cuidados. El reloj que llevaba dentro, el que había empezado a marcar en el instante en que leyó «Umbral de no retorno», avanzaba implacable.

—Tengo que hacerlo —declaró, las palabras saliendo antes de que pudiera medirlas. —A Timothy. Esta noche.

Los ojos marrones de Alex, atentos incluso en medio del dolor, se fijaron en ella. No preguntó qué. Esperó.

—Potasio —continuó Eva, la voz tomando un tono clínico, frío, el mismo que usaba para dictar signos vitales. —Tiene una anomalía cardíaca. Intervalo QT prolongado. Una sobredosis, incluso moderada, induciría una arritmia fatal. Parecería un error en la preparación del suero electrolítico. Algo que… podría pasarle a una enfermera con credenciales falsas, bajo estrés.

El silencio que siguió fue más denso que la oscuridad del bosque. Alex la observó, su rostro inmóvil excepto por un tic en la mandíbula apretada.

—Estás hablando de asesinato —articuló finalmente. No era una pregunta.

—Estoy hablando de acelerar un proceso que ya está en marcha —replicó Eva, y su propia frialdad la asustó. —Ellos lo mantienen en un abismo artificial. Yo… le daré una salida. Una real.

—¿Y qué te convierte a ti en juez? —La pregunta no sonó acusadora, sino exhausta. Como si ya conociera la respuesta y temiera escucharla.

El recuerdo llegó sin permiso: el olor a desinfectante barato y enfermedad en la habitación de su madre. La sensación del frasco de cristal ámbar en su mano de doce años. La paz en el rostro de su madre después, un alivio robado al sistema que la había abandonado.

—Alguien tiene que serlo —dijo Eva, y su voz perdió la frialdad, dejando al descubierto la grieta por donde se filtraba el dolor. —Porque el sistema que debería juzgar está roto. Protege a monstruos y entierra a sus víctimas en vida. Él ya está muerto, Alex. Solo queda el caparazón. Y ese caparazón está destruyendo a todo lo que toca. A Eleanor. A Oliver. A las Claras que desaparecen. A las enfermeras que se van calladas.

Alex cerró los ojos. Un escalofrío lo recorrió, tan violento que hizo temblar sus hombros. No era del frío.

—Si lo haces… no hay vuelta atrás. Te conviertes en una de las sombras que persigues.

—Ya lo soy —susurró Eva. —Lo he sido desde que tenía doce años. Solo que ahora… lo acepto.

Él abrió los ojos. En la luz quebrada, Eva vio algo quebrarse dentro de esa mirada marrón y atenta. No era horror, no exactamente. Era la rendición ante una verdad demasiado pesada para cargar.

—No puedo ayudarte —dijo, cada palabra un peso. —No puedo… participar en eso.

—No te lo pido.

—Pero no… —Tragó saliva, con dificultad. —No te detendré.

Fue lo más cercano a una bendición que jamás recibiría. Un silencio cómplice, tallado en el dolor y la desesperación compartida. Alex apartó la mirada, fijándola en la pared de pinos que los ocultaba del mundo.

—Vete —murmuró. —Antes de que ese hombre rastree el claro. Antes de que… cambies de idea.

Eva se puso de pie. Las rodillas le crujieron. El aire nocturno le pareció de repente más frío, más delgado, como si hubiera cruzado un umbral y el oxígeno aquí fuera distinto.

—¿Y tú?

—Me quedaré aquí. Hasta que la pierna responda. O hasta que me encuentren. —Una sonrisa torcida, amarga, le deformó los labios. —No soy tu responsabilidad.

Eva dio un paso atrás, luego otro. Su sombra se alargó sobre la hierba mustia, tocando la suya. Por un instante, fueron una sola mancha oscura en el claro plateado.

—Gracias —dijo, y la palabra sonó ridículamente pequeña para todo lo que contenía.

Alex no respondió. Solo inclinó la cabeza contra el árbol, los ojos cerrados de nuevo, entregado al dolor y a la decisión que acababa de tomar. Eva giró sobre sus talones y se adentró en el bosque, dejando atrás al único aliado que tenía y cargando con el peso de lo que ahora debía hacer, completamente sola.

La primera luz del amanecer no llegó como una explosión de color, sino como un lento desangrado de la oscuridad. El gris se filtró entre las copas de los pinos, transformando las sombras en formas reconocibles: el tronco nudoso, la raíz retorcida, la figura de Alex apoyada contra ella, inmóvil salvo por el leve temblor de sus manos sobre la rodilla lesionada.

Eva no se había ido. Había pasado las horas sentada en la tierra húmeda, la espalda contra otro árbol, observando cómo la noche se deshilachaba en silencio. No hubo sueño. Solo el frío que se le colaba por la ropa, el sabor a resina y tierra húmeda en la boca, y el peso del estuche de cuero en su bolsillo del delantal, un pequeño rectángulo duro que presionaba contra su muslo.

Alex abrió los ojos cuando un pájaro solitario emitió un trino agudo, un sonido que cortó el aire quieto como un cristal. Sus pupilas marrones encontraron las de ella a través de la penumbra grisácea.

—No has cambiado de idea —dijo. No era una pregunta. Su voz sonaba ronca, desgastada por el dolor y las horas de silencio.

Eva negó con la cabeza. El movimiento le hizo crujir las vértebras del cuello. El rocío había empapado los hombros de su uniforme, dejando manchas oscuras sobre el azul pálido.

—No puedo —respondió. Las palabras salieron planas, sin énfasis. —Dejarlo ahí, en ese abismo artificial… dejar que Eleanor siga desmoronándose para mantenerlo… dejar que ese hombre y los que vengan después sigan usando su cuerpo como un secreto que guardar. No es compasión, Alex. Es pragmatismo.

Él cerró los ojos de nuevo. Un músculo le tembló en la mandíbula.

—Hablas como si ya lo hubieras hecho.

—He estado en esa habitación. He visto lo que queda. No es una persona. Es un protocolo. Un problema logístico. —Eva sacó el estuche del bolsillo, no lo abrió, solo lo sostuvo entre sus manos. El cuero estaba frío. —Y esto… las iniciales 'A.T.'. No eran de Timothy. Alguien más estaba involucrado en lo que hacía. ¿Cuántas Claras más hubo? ¿Cuántas desaparecieron en el silencio que su dinero podía comprar?

Alex giró la cabeza hacia ella. La inflamación alrededor de su ojo derecho había bajado un poco, pero la piel seguía violácea y tensa. La luz del amanecer acentuaba la palidez de su rostro, las líneas de dolor alrededor de la boca.

—¿Y después? —preguntó, y esta vez había algo más que fatiga en su tono. Algo cercano a la pena. —¿Qué serás tú después de esto, Eva? ¿Una justiciera? ¿Una asesina que se convence a sí misma de que es una enfermera?

El aire que entró en sus pulmones le quemó. Eva miró el estuche en sus manos, los dedos entrelazados sobre él.

—Seré alguien que actuó —dijo, y por primera vez esa noche, su voz tembló. No por miedo, sino por una rabia antigua, profunda, que subía desde un lugar que creía sepultado. —Mi madre murió sola, con dolor, porque nadie se atrevió a saltarse un protocolo estúpido. Porque era más fácil dejarla ir que luchar. Timothy Blackwood merece morir. Sus víctimas merecen que su muerte signifique algo más que un expediente médico cerrado en un cajón secreto.

Un largo, tembloroso suspiro escapó de los labios de Alex. No era un sonido de derrota, sino de rendición ante una matemática moral imposible. Dejó caer la cabeza hacia atrás contra la corteza del árbol, exponiendo la línea tensa de su garganta a la luz gris.

—No puedo ayudarte —repitió, como si las palabras tuvieran un sabor amargo que necesitara escupir. —No puedo mirarte a los ojos después y ver… lo que veré.

—No te lo pido —susurró Eva.

—Pero no te detendré.

El silencio que siguió fue distinto a todos los anteriores. No estaba cargado de tensión ni de desacuerdo. Era un vacío amplio y frío, un espacio abierto donde la decisión de Eva podía existir sin oposición. Un permiso por omisión.

Alex giró la cara hacia la espesura, rompiendo el contacto visual. Un gesto pequeño, casi insignificante, que significaba todo. La conversación había terminado. El debate, muerto. Lo que quedaba era acción.

Eva se puso de pie. Las articulaciones le protestaron, frías y rígidas. Metió el estuche de nuevo en su bolsillo, el cuero ahora tibio por el contacto de sus manos.

—¿Y tú? —preguntó, mirando su pierna extendida, la postura de derrota física.

—Me quedaré —murmuró él, sin volverse. —Hasta que la pierna responda. O hasta que me encuentren. No soy tu responsabilidad.

Era cierto. Y era un lujo que ella no tenía. Dar un paso atrás, luego otro. Sus botas aplastaron la hierba mustia, ya plateada por el rocío matinal. Por un instante, su sombra se alargó y tocó la de él, fundiéndose en una sola mancha alargada sobre el suelo del claro.

No dijo gracias otra vez. Las palabras ya no servían para nada.

Giró sobre sus talones y se adentró entre los árboles, alejándose del claro, de la figura inmóvil contra el árbol, del único testigo de lo que estaba a punto de convertirse. El bosque la tragó rápidamente, sus ramas bajas rozando sus hombros mojados, como advertencias susurrantes. No miró atrás. El amanecer, pálido y frío, iluminaba ahora el camino de regreso a la mansión, a la habitación del ala oeste, a la bomba de infusión y al frasco de cloruro de potasio. Cargaba con el peso de la decisión, pero ya no con la duda. Solo con

la fría y clara resolución de lo que debía hacerse antes de que anocheciera de nuevo.

# CAPÍTULO 27: LA BALANZA

El aire del vestíbulo golpeó a Eva como una bofetada de realidad: cera de pisos, desinfectante y el frío estancado de la piedra. La luz del amanecer, aún débil y gris, se filtraba por el vitral sobre la puerta principal, tiñendo las baldosas de mármol negro de un tono plomizo. Se detuvo en el umbral, la ropa aún húmeda de rocío, el corte en su antebrazo latiendo con un dolor sordo y persistente.

Eleanor Blackwood emergió de la penumbra del pasillo lateral como una aparición. Su chignon plateado era impecable, pero la tensión en sus hombros era visible, una línea rígida bajo el fino suéter de cachemira.

—¿Dónde ha estado?

La voz no era un grito. Era más peligrosa: un filo de acero envuelto en cortesía helada. Sus ojos verdes, hundidos en ojeras profundas, escrutaron a Eva de arriba abajo, deteniéndose en el barro en los bajos de sus pantalones, en la mancha oscura y húmeda en la manga de su chaqueta.

Eva inspiró, sintiendo el aire frío llenarle los pulmones. El olor a tierra del bosque aún le impregnaba la ropa.

—No podía dormir. Di un paseo por los jardines —dijo, manteniendo la voz plana, profesional. Las palabras salieron con una naturalidad ensayada. —El aire fresco ayuda a despejar la mente antes de un turno largo.

Eleanor no se movió. Su mirada era un escáner, buscando grietas en la fachada.

—A las cinco de la mañana. Con la niebla baja y el rocío helando el césped. Un paseo muy… enérgico.

Un crujido seco, como un hueso quebrado, resonó desde lo alto de la escalera principal. Ambas mujeres alzaron la vista.

La señora Gable estaba en el rellano del primer piso, inmóvil, una silueta recortada contra la luz tenue de la galería. No bajaba. Solo observaba, sus manos apoyadas en la barandilla de madera oscura. El ruido había sido el suelo de roble cediendo bajo su peso.

—La enfermera Gable finalizó su turno nocturno hace veinte minutos —dijo Eleanor, sin apartar los ojos de Eva. —Estaba a punto de retirarse a sus aposentos. Parece que su… paseo coincidió con el cambio de guardia.

Eva sintió el peso de aquella doble mirada: la de Eleanor, cargada de sospecha y control, y la de la mujer en la escalera, quieta como un buitre posado. La enfermera de noche descendió un escalón, luego otro, sin prisa. El crujido de la madera la precedía, un anuncio ominoso.

—El señor Blackwood tuvo una noche estable —dijo la señora Gable al llegar al vestíbulo. Su voz era áspera, como papel de lija. Sus ojos, pequeños y oscuros, se posaron en el corte de la manga de Eva. —Aunque la humedad de la madrugada suele afectar a los equipos. Convendría revisar los filtros del humidificador.

No era una sugerencia. Era un marcador, una señal de que había notado algo fuera de lugar.

—Lo haré —asintió Eva, desviando la mirada hacia Eleanor. —Si me disculpa, debería preparar la medicación de las ocho.

Eleanor no cedió el paso. Se acercó un poco más, lo suficiente para que Eva percibiera el tenue aroma a perfume caro y a algo más: a

cansancio rancio, a miedo contenido.

—Cerberus realizó una auditoría de suministros anoche —dijo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro que solo Eva podía oír. —Hay discrepancias. Pequeñas, pero las hay. Y cuando hay discrepancias, suelen mandar a alguien a… aclararlas en persona.

El mensaje era claro. El hombre de la noche anterior. Su persecución. No había sido solo por encontrarla fuera de la habitación.

—Entiendo —murmuró Eva.

—No, no lo entiende —la interrumpió Eleanor, y por un instante, detrás de la máscara de la matriarca controlada, asomó un destello de pánico genuino. —Pero lo hará. Hoy. Después de sus rondas, vendrá a mi estudio. Tenemos que revisar los registros de administración. Todos. Al detalle.

Se dio la vuelta, su figura esbelta y recta alejándose por el pasillo hacia el ala este. Sus pasos no hicieron ruido sobre la alfombra.

Eva se quedó sola bajo la mirada de la señora Gable. La mujer había bajado el último escalón y ahora estaba a menos de tres metros, sus manos entrelazadas delante del delantal blanco impecable.

—Los paseos matutinos son arriesgados —comentó, sin ningún tono en particular. —El rocío enaltece los olores. Hace que hasta las cosas más limpias huelan a tierra mojada.

Sus ojos, por un segundo, se encontraron con los de Eva. No había amenaza en ellos. Solo una advertencia antigua, el conocimiento de quien ha visto pasar muchas cosas y ha aprendido a no preguntar.

Luego, con un movimiento pausado, la señora Gable se ajustó el bolsillo de su delantal y se dirigió hacia la puerta de servicio, desapareciendo en la penumbra del corredor trasero. Su ausencia dejó el vestíbulo en un silencio aún más denso, roto solo por el tictac lejano del reloj de la biblioteca.

Eva exhaló. El corte en su brazo ardía. El olor a tierra del bosque, el que la señora Gable había mencionado, parecía pegado a su piel, un recordatorio de la decisión tomada entre los árboles. Miró hacia la amplia escalera que conducía a la planta superior, a la habitación del ala oeste. Allí estaba la bomba de infusión. El frasco de cloruro de potasio. El umbral de no retorno.

Cerberus estaba auditando. El tiempo, de repente, parecía haberse comprimido, transformándose en una cuenta regresiva tangible que latía al unísono con el dolor de su herida.

La habitación de Timothy Blackwood olía a clorhexidina y a la quietud de los cuerpos que ya no se mueven. Eva entró con la bandeja de la mañana, el metal frío contra sus palmas. El ventilador mecánico marcaba el ritmo de la habitación: un zumbido bajo, constante, un suspiro artificial cada cuatro segundos. Inspiración. Pausa. Espiración.

Ella trabajó con las manos, no con la mente. Las manos sabían el procedimiento. Cambiar la bolsa de nutrición parenteral, verificar el flujo, limpiar el puerto de la sonda con una torunda de alcohol que dejaba un círculo pálido en la piel cetrina. Sus dedos registraban la temperatura, la turgencia, los signos vitales que aparecían en pantallas verdes. Todo dentro de parámetros. Todo perfectamente muerto.

Su mente estaba en otra parte. En las fotografías Polaroid de animales mutilados, dispuestas como un álbum macabro. En la letra angulosa del diario negro: *'Hoy le enseñaré lo que es el miedo verdadero.'* En la caligrafía temblorosa de las cartas a Clara Hargrove, promesas de dolor disfrazadas de amor. Cada memoria era un peso que colocaba en un platillo invisible de una balanza.

El otro platillo contenía un juramento hecho a los doce años, en una habitación que olía a enfermedad y a desesperanza. *'Nunca me quedaré de brazos cruzados.'* Lo había susurrado al oído de su madre, ya inconsciente. Lo había cumplido con un frasco de medicación no autorizada y las consecuencias eternas que trajo.

Ahora los dos platillos oscilaban frente al cuerpo inmóvil en la cama.

Timothy Blackwood respiraba por voluntad de una máquina. Sus ojos azules, vidriosos y abiertos, miraban hacia el techo sin ver. La luz de la mañana, pálida y líquida, se colaba por la ventana alta y se deslizaba por la sábana, iluminando la delgada línea de saliva en la comisura de su boca. Eva la limpió con un paño. El gesto era clínico, desprovisto de asco. El asco lo reservaba para lo que había dentro del cráneo, para la mente que había habitado ese cuerpo. No para el caparazón vacío.

Pasaron las horas. El sol trepó, se estancó en el cenit, y comenzó a caer, tiñendo las paredes de un naranja enfermizo. Eva no se sentó. Realizó rondas de presión, de saturación, de limpieza de las vías. Cada contacto con los tubos, con las llaves de paso, con los botones de la bomba de infusión, era un ensayo. Sus dedos memorizaban la resistencia de las perillas, el clic sordo de los ajustes, el peso del frasco de electrolitos en su soporte.

El frasco de cloruro de potasio. Solución al 10%. Transparente e inocente en su bolsa de plástico. La bomba lo administraba a un ritmo lento, constante, para corregir una deficiencia ficticia. Junto al monitor de ECG, una línea mostraba el intervalo QT prolongado, la anomalía silenciosa que convertía este suplemento rutinario en una llave.

Eva se detuvo frente a la bomba. La luz del atardecer caía directamente sobre la pantalla digital, donde parpadeaba el caudal programado: 5 ml/hora. Sus dedos, por propia voluntad, se posaron sobre la cubierta de plástico que protegía los botones de programación. No la abrió. Solo sintió el borde, la promesa del mecanismo.

Un pensamiento fugaz, una imagen de la policía, del inspector Croft, cruzó su mente. Podría ir. Podría mostrar las pruebas, el diario, las fotos. Podría intentar la ley. Pero la imagen se desvaneció tan rápido como había llegado, ahogada por el recuerdo de la influencia de Cerberus en cada institución, de la advertencia de Eleanor sobre las

auditorías. No había un sistema al que acudir que no estuviera ya contaminado por el mismo poder que protegía a Timothy. La ley era un laberinto cuyo centro ya estaba ocupado por el monstruo. Ir allí sería entregarse, y con ella, enterrar para siempre la verdad sobre Clara y todas las demás.

El verdadero terror no era la acción, sino su consecuencia moral. No era si podía hacerlo, sino en qué se convertiría al hacerlo. Miró sus propias manos, las mismas que una vez sostuvieron medicación para salvar una vida. ¿Se volverían irreconocibles? ¿Se convertiría, en el acto de detener a un monstruo, en otra clase de monstruo ella misma? La sombra de Timothy parecía alargarse, amenazando con envolverla, con hacerla parte de su misma oscuridad.

Dentro de su cabeza, la ecuación encontró su solución no con un golpe, sino con un hundimiento lento y frío.

No fue un estallido de furia, ni un acceso de piedad. Fue la quietud de un veredicto alcanzado en la más profunda desesperación. El peso de Clara Hargrove, desaparecida. El peso de Oliver, con las costillas rotas a los catorce años. El peso de Eleanor, con el miedo grabado a fuego en sus ojos verdes. El peso de todos los animales sin nombre en aquellas fotos. Superó al peso único del juramento a su madre, porque ese juramento no era para proteger monstruos, sino para detenerlos, incluso si el costo era manchar su propia alma. Aceptó ese costo. Lo aceptó con una amargura que le secó la boca.

El zumbido del ventilador llenó el silencio. Inspiración. Pausa. Espiración.

Eva retiró la mano. No era el momento. Pero el momento tenía ahora una forma, un lugar y un método. Estaba aquí, en esta habitación, en esta máquina, en este frasco transparente. Y ella tenía el precio a pagar grabado en el pecho: la pérdida de la persona que creía ser.

Al salir, al cerrar la puerta con un clic suave, no miró atrás. La decisión ya no habitaba en el ámbito del pensamiento. Había

descendido a los músculos, a los nervios, a la memoria de sus dedos. Era una cosa física, pesada y amarga, esperando su turno en la oscuridad que se avecinaba.

El corredor, ahora sumido en la penumbra vespertina, la envolvió en un silencio de cripta. La puerta de la habitación de Timothy se cerró a su espalda con un clic que resonó como un disparo amortiguado. Eva se dejó caer contra la pared, la espalda pegada a la piedra fría que atravesaba la tela del uniforme. El aire que expulsó de sus pulmones tembló.

No había más zumbidos. No había más luces parpadeantes. Solo la oscuridad del pasillo y el latido de su propia sangre en las sienes, un tambor sordo y urgente.

Entonces, sin permiso, el recuerdo llegó. No fue una imagen. Fue un sonido. El último jadeo de su madre, un arrastre áspero de aire a través de pulmones colapsados, seguido de un silencio que se extendió hasta llenar el universo. Eva, de doce años, con el frasco de medicación no autorizada aún caliente en su mano, comprendiendo que había sido demasiado poco, demasiado tarde. La desesperación no tenía sabor a sal, tenía textura de algodón seco en la garganta y peso de plomo en el pecho.

Ese sonido se enredó con otro, uno que nunca había escuchado pero que ahora imaginaba con una claridad aterradora: el susurro de Clara Hargrove, perdido en algún lugar hace catorce meses. No una palabra, solo la sensación de una voz apagada, de un final anticipado y no registrado.

La balanza, que había estado oscilando durante horas, se detuvo.

No hubo dramática caída de un platillo. Solo la quietud absoluta de una verdad aceptada. El juramento de los doce años —proteger, aliviar, nunca quedarse de brazos cruzados— no se quebró. Se transformó, torciéndose en algo nuevo y terrible. Se volvió hacia el monstruo inmóvil en la cama y dictó su veredicto. Cuidar a veces no significaba prolongar. A veces significaba permitir que la justicia,

torcida, silenciosa y personal, encontrara su camino, y cargar para siempre con la culpa de haber sido su instrumento.

Un portazo lejano, en otra ala de la mansión, hizo eco en el vacío del corredor. Eva no se inmutó. El sabor a cobre de la adrenalina le cubrió la lengua, agrio y familiar.

Empujó su cuerpo, separándolo de la pared fría. Los músculos de sus piernas respondieron con una firmeza nueva, como si hubieran estado esperando esta orden. Sus ojos, aquellos ojos grises y observadores, ya no escudriñaban. Ahora fijaban un punto en la penumbra, hacia el extremo del pasillo donde una escalera descendía hacia las entrañas de la casa, hacia la cocina, hacia el armario de la farmacia privada.

No miró hacia la puerta cerrada de Timothy Blackwood.

Giró sobre sus talones. El primer paso resonó en el suelo de madera antigua, un sonido seco y definitivo. Luego el segundo. No caminaba hacia algo. Se alejaba de la enfermera que había sido, dejándola atrás, fundida con la sombra del pasillo. Lo que avanzaba por el corredor era otra cosa. Algo decidido, desesperado y, quizás, irreversiblemente manchado.

El punto de no retorno no era una línea que cruzara. Era un umbral que dejaba atrás, cerrando la puerta a sus espaldas sin necesidad de mirar.

# CAPÍTULO 28: PREPARACIÓN

El zumbido bajo del ventilador mecánico la siguió por el corredor como un latido fantasma, un eco de la habitación que acababa de dejar. Eva descendió la escalera de servicio, sus pasos silenciosos sobre los peldaños de hierro frío. El aroma a lejía y tierra húmeda se intensificó a medida que bajaba hacia las entrañas de la casa.

La cocina estaba en penumbra, iluminada solo por la luz de la luna que se filtraba por la ventana alta sobre el fregadero. El aire olía a cera de limón y metal limpio. Se dirigió directamente al armario alto junto a la nevera industrial, el que Eleanor le había mostrado el primer día como la farmacia privada. La cerradura era simple, una llave antigua que giraba con un chasquido seco.

Dentro, los estantes estaban ordenados con precisión militar. Frascos de cristal ámbar con etiquetas mecanografiadas, cajas de guantes estériles, paquetes de agujas y jeringas en sus envoltorios de plástico. Su mano, la izquierda, pasó por encima de los viales hasta encontrar el que buscaba: cloruro de potasio al 10%, solución transparente e inocente en su bolsa de plástico flexible. El mismo frasco que había junto a la bomba de infusión de Timothy.

Lo sacó. El plástico era frío y flexible entre sus dedos.

Sobre la encimera de acero inoxidable, extrajo de su bolsillo del delantal una jeringa estéril de 20 ml, aún en su envoltorio. Lo rasgó con los dientes, el sonido del plástico desgarrado anormalmente alto en el silencio. Sacó la jeringa, tiró el envoltorio a la papelera bajo el fregadero.

Con movimientos que habían sido músculo y memoria durante años, conectó una aguja estéril al extremo de la jeringa. El chasquido del encaje resonó en sus oídos. Luego, con la punta de la aguja, perforó el puerto de goma del frasco de potasio. Invirtió el frasco, sosteniéndolo con la mano izquierda mientras con la derecha, la herida, tiraba suavemente del émbolo.

El líquido claro ascendió por el cilindro de plástico. Diez mililitros. Quince. Se detuvo en los veinte. La dosis letal. La que, inyectada en su línea central, detendría su corazón en minutos, aprovechando esa anomalía silenciosa, ese intervalo QT prolongado que nadie había destacado en los informes.

Sus dedos temblaron.

No era miedo. Era la memoria física del corte en su antebrazo derecho, un dolor punzante que le recordaba cada movimiento. Apretó los dientes, forzando la estabilidad. El frasco casi se le resbaló de la mano izquierda; lo sujetó con más fuerza, los nudillos blanqueando contra el plástico transparente.

Retiró la aguja. Unas gotas del líquido claro cayeron sobre la encimera, formando pequeñas perlas que captaron la tenue luz lunar. Las observó un instante. Inocentes. Mortales.

Expulsó el aire de sus pulmones en un suspiro controlado. *Solo un ajuste en el protocolo*, pensó, pero la frase sonó hueca incluso en su mente. No había protocolo para esto. Solo había cálculo, y la evidencia apilada en su maletín, y el sonido del último jadeo de su madre que ahora se mezclaba con el zumbido constante del ventilador.

Con cuidado, cubrió la aguja con su capuchón de plástico. Introdujo la jeringa llena en el bolsillo profundo de su delantal, donde reposó contra su muslo, un peso frío y definitivo.

Al cerrar el armario de la farmacia, el pestillo emitió un clic suave.

En ese preciso instante, un crujido agudo y seco—como un paso sobre una tabla suelta del suelo—resonó justo al otro lado de la puerta cerrada que conducía al pasillo principal.

Eva se congeló. La mano aún dentro del bolsillo, los dedos cerrados alrededor del cilindro de plástico lleno de muerte líquida.

No hubo un segundo crujido. Solo el silencio cargado que seguía, más elocuente que cualquier sonido.

La bombilla desnuda del almacén de limpieza parpadeaba con un ritmo errático, proyectando sombras que saltaban sobre cubos de metal y estantes cargados de productos de limpieza. El aire olía a lejía agresiva mezclada con el dulzón tufo del moho que crecía en las juntas de las baldosas. Eva se apoyó contra la rejilla oxidada, el hierro frío mordiendo su espalda a través de la tela del delantal.

Sacó la jeringa cargada del bolsillo. El cilindro de plástico estaba fresco al tacto. Con la otra mano, extrajo del bolsillo interior de su ropa un segundo instrumento estéril, aún en su envoltorio sellado. Lo rasgó con los dientes, el sonido del papel rasgándose anormalmente alto en el silencio.

Sus dedos trabajaron con una precisión robótica, ignorando el dolor sordo que latía en su antebrazo derecho. Colocó el frasco de cloruro de potasio al 10% sobre un cubo volcado, una superficie estable. Pinchó el sello de goma con la aguja nueva, aspiró diez mililitros del líquido claro. La columna ascendió en la cámara de medición, una línea exacta. *QT prolongado. Cuatrocientos ochenta milisegundos. El corazón ya está al borde.*

Transferir el contenido fue un ballet de mínimos movimientos. Conectó las dos puntas de plástico, empujó el émbolo. El potasio

concentrado se mezcló con la solución ya preparada, invisible, letal. Un cóctel para un monstruo.

Un parpadeo más prolongado de la bombilla sumió la estancia en una oscuridad casi total durante un segundo. En ese instante de tiniebla, una imagen se impuso detrás de sus párpados: no la de Timothy, sino la de su propia mano, doce años más joven y temblorosa, sosteniendo otro frasco de cristal ámbar. Medicación no autorizada. El sabor a miel y desesperación en la boca de su madre. El mismo acto. Una transgresión diferente.

La luz regresó con un zumbido eléctrico. Eva terminó la transferencia. Separó las jeringas, tapó la aguja usada, la guardó en el envoltorio arrugado. La jeringa final, la herramienta, pesaba ahora un poco más. La introdujo en el bolsillo profundo del delantal, donde había cosido un forro doble de tela resistente la semana anterior, previniendo este momento sin saberlo del todo.

Se limpió las yemas de los dedos con un paño de algodón que encontró en un estante. Al doblarlo para guardarlo, una mancha oscura y húmeda llamó su atención. Su propia sangre, del corte que se había reabierto al forzar la rejilla. La observó, esa marca marrón contra el blanco desvaído. Una firma.

Fue entonces cuando las voces llegaron, filtradas por la puerta de madera maciza del almacén. No eran claras, pero reconocibles: el tono tenso y controlado de Eleanor Blackwood y las respuestas más graves, cautelosas, de la enfermera Gable. Se acercaban por el pasillo de servicio.

—…revisión completa de los horarios de administración —decía Eleanor, su voz cada vez más nítida—. La auditoría requiere precisión absoluta. Nada puede quedar fuera del registro esta noche.

Eva no respiró. Su mano se cerró sobre el borde de la rejilla, los dedos encontrando las rugosidades del óxido. Las sombras de las dos mujeres se distorsionaron bajo la puerta, alargándose en la franja de luz tenue.

Se quedó inmóvil, convertida en otra sombra entre las sombras, esperando a que pasaran. El peso en su bolsillo era ahora una certeza física, un péndulo que marcaba el compás de lo que vendría.

Las sombras de las dos mujeres se deslizaron más allá de la puerta del almacén, sus voces atenuándose hacia la escalera de servicio. Eva contó hasta treinta, el pulso golpeando en sus sienes con un ritmo sordo. El aire frío del cuarto de limpieza le mordía la piel húmeda del cuello.

Abrió la puerta con un centímetro de espacio, suficiente para escanear el corredor. Vacío. El farol de pared en la encrucijada proyectaba un círculo amarillento y mortecino sobre las piedras. El aroma a jazmín barato y nerviosidad flotaba aún en el aire, mezclado con el olor a humedad y tierra de macetas.

Dio un paso hacia la luz, y Eleanor Blackwood emergió de la penumbra a su derecha, como si se hubiera materializado de la pared misma.

La mujer estaba pálida, la piel de su rostro tensa sobre los pómulos. Sus ojos verdes, con esas ojeras profundas que parecían talladas a cuchillo, escudriñaron a Eva de arriba abajo. Su cabello plateado, corto y elegante, estaba impecable, pero una fina vena latía en su sien.

—Parece que no dejas de ensuciarte, querida —dijo Eleanor. Su voz era un susurro de seda rasgada—. Primero el barro del jardín al amanecer. Ahora esto.

Eva no se movió. La textura áspera de la pared de piedra a su espalda era un ancla. Sintió el peso compacto y cilíndrico en el bolsillo profundo de su delantal, presionando contra su muslo.

—Los procedimientos a veces son desordenados —respondió. Mantuvo el tono plano, profesional—. Revisaba los suministros de limpieza. La señora Gable mencionó que faltaba lejía.

Eleanor no apartó la mirada. Su atención se desplazó al brazo derecho de Eva, pegado al cuerpo, y luego al bolsillo del delantal, donde la tela formaba una ligera protuberancia apenas visible.

—Los registros ajustados que debías revisar —dijo, extendiendo una mano vacía, la palma hacia arriba, como esperando un tributo—. Los necesito ahora. La auditoría de Cerberus no admite demoras.

—Los tengo en mi habitación —mintió Eva, sin pestañear—. Terminaré aquí y los traeré a su estudio.

Un tictac lejano, probablemente del reloj de cuco en la cocina, resonó en el silencio del pasillo. Cada golpe marcaba un latido de tiempo robado.

Eleanor no retiró la mano. Sus dedos, largos y finos, temblaron ligeramente. No era ira lo que tensaba su mandíbula, sino algo más agudo: una sospecha cristalizada en pánico.

—¿Qué es esa protuberancia? —preguntó, y su voz perdió por un instante su control habitual, agudizándose—. En tu bolsillo.

Eva no tuvo tiempo de responder. La mano de Eleanor se disparó hacia adelante, no para golpear, sino para agarrar, los dedos buscando la forma bajo la tela.

El reflejo fue instantáneo, pura memoria muscular. La mano de Eva atrapó la muñeca de Eleanor en el aire, deteniéndola a centímetros de su costado. La presión de sus dedos fue firme, implacable. La piel bajo su agarre era fría, casi helada, los huesos frágiles como ramitas secas.

Eleanor parpadeó, sorprendida por la fuerza de la reacción. Sus ojos verdes se abrieron, y en su profundidad asomó no la indignación de una matriarca desafiada, sino un destello de terror reconocible, primitivo. Era el mismo miedo animal que Eva había visto en las fotografías de los conejos de Timothy, el mismo que debió brillar en los ojos de Clara Hargrove. El miedo a la mano que se cierra, a la voluntad ajena que anula la propia.

El contacto se mantuvo durante tres segundos que se estiraron como goma. Eva podía sentir el pulso acelerado de Eleanor latiendo contra su pulgar, un tamborileo frenético y desesperado.

—No toque mi uniforme —dijo Eva, y su voz sonó extraña, metálica, como si saliera de otra persona—. Es una violación del protocolo de esterilidad.

Retiró la mano, liberando la muñeca. Eleanor retrocedió un paso, frotándose la piel donde los dedos de Eva habían dejado marcas blancas que se tornaban rojas. Su respiración era superficial, entrecortada.

Miró a Eva, realmente la miró, más allá del delantal y el moño práctico. Vio la frialdad en esos ojos grises, la determinación tallada en cada línea de su rostro. Y en ese instante, Eleanor Blackwood comprendió que la tregua, ese frágil equilibrio de amenazas mutuas, se había evaporado en el aire cargado del pasillo.

Algo había cambiado. Algo se había roto.

Eva no esperó a que Eleanor encontrara palabras. Dio un paso al lado, esquivando su silueta inmóvil, y se dirigió hacia la escalera de servicio. Cada paso resonaba sobre las piedras, eco de una cuenta regresiva que solo ella podía oír.

# CAPÍTULO 29: ADMINISTRACIÓN

Los pasos de Eva resonaron contra las piedras del pasillo de servicio, un eco precipitado que se desvanecía en la oscuridad. No miró atrás. No necesitaba hacerlo; la imagen del terror cristalizado en los ojos verdes de Eleanor, la sensación de su pulso acelerado bajo su pulgar, ya estaba grabada en sus nervios. Era combustible.

El farol de la pared proyectaba un círculo amarillento y mortecino justo antes de la escalera de caracol. Alcanzó el primer peldaño de hierro, frío a través de la suela de sus zapatos. Desde algún lugar detrás, en la penumbra del corredor que acababa de abandonar, un grito rasgó el silencio.

—¡Gable! ¡Alguien!

La voz de Eleanor, aguda, desgarrada, no por ira sino por pánico puro. No eran palabras articuladas, sino un sonido animal de alarma.

Eva no se detuvo. Subió los peldaños con una cadencia rápida y silenciosa, el peso de la jeringa en el bolsillo profundo de su delantal golpeteando contra su muslo con cada movimiento ascendente. El corte en su antebrazo derecho punzaba, una línea de fuego que recordaba la rejilla oxidada, la huida, la decisión tomada entre las raíces del bosque. El dolor era un recordatorio, no un impedimento.

En el rellano superior, el aire cambiaba. Olía a naftalina y madera vieja, a la parte de la mansión que fingía normalidad. A su izquierda, el pasillo principal, amplio y con alfombra, conducía hacia el vestíbulo y las habitaciones de los huéspedes. A la derecha, un corredor más estrecho, el que Alex le había descrito una vez entre susurros junto a los rosales: la ruta de servicio hacia el ala oeste.

Optó por la derecha. Sus pies apenas hicieron ruido sobre la moqueta desvaída. La luz era escasa, procedente de apliques de pared espaciados que dejaban charcos de sombra entre ellos. En cada uno de esos charcos, se detenía un instante, aguzando el oído.

Los sonidos llegaban amortiguados, filtrados por la estructura de la casa: una puerta que se abría de golpe en algún piso inferior, pasos apresurados —más de un par— subiendo por la escalera principal. La señora Gable había respondido al llamado. O alguien más.

Su respiración se mantenía controlada, un ritmo medido que forzaba a sus pulmones a obedecer mientras su corazón martilleaba contra las costillas. Calculó distancias. Desde el pasillo de servicio hasta la habitación de Timothy había aproximadamente cuarenta metros, dos giros, una puerta que nunca estaba cerrada con llave. El tiempo se contraía, se volvía un líquido espeso que debía atravesar.

Al doblar la segunda esquina, una rendija de luz brilló bajo la puerta de una habitación de servicio. Se pegó a la pared opuesta, deslizándose como una sombra más. Desde dentro llegó el tintineo de cristal, el runrún bajo de una radio. No era una amenaza, solo otro testigo potencial.

Los últimos diez metros fueron un sprint silencioso. El corredor desembocaba en una pequeña antesala con una mesa de caoba y un jarrón vacío. Y allí, a la izquierda, la puerta maciza de la habitación de Timothy Blackwood.

La manija de latón brilló bajo la tenue luz del pasillo. Eva extendió la mano, los dedos a centímetros del metal frío.

Entonces los oyó.

Pasos firmes, decididos, resonando con claridad desde el extremo opuesto del corredor principal, el que había rechazado. No eran los pasos vacilantes de Eleanor ni el andar cansado de la señora Gable. Eran rápidos, pesados, y se acercaban a un ritmo que no dejaba lugar a dudas: alguien venía directamente hacia la antesala, y lo hacía con propósito.

Eva contuvo el aliento. Su mano se cerró sobre el pomo, pero no lo giró. No aún. Los pasos se detuvieron justo al otro lado de la esquina, en el umbral del pasillo que ella acababa de recorrer.

Los pasos se alejaron. No hacia la antesala, sino hacia el ala opuesta, disminuyendo hasta perderse en el silencio de la casa.

Eva giró el pomo. El mecanismo cedió con un clic seco que resonó en sus oídos como un disparo. Empujó la puerta, se deslizó dentro y la cerró a su espalda sin hacer ruido, apoyando la espalda contra la madera maciza. El aire frío y cargado de la habitación la envolvió.

La lámpara de cabecera proyectaba un círculo amarillento sobre la cama. Timothy yacía inmóvil, el pecho subiendo y bajando al compás mecánico del ventilador. *Whoosh-click. Whoosh-click.* El sonido era el latido de la habitación, un metrónomo de vida artificial. Su piel tenía el tono cerúleo de la mala perfusión, casi translúcido bajo la luz tenue. El cabello rubio oscuro, despeinado contra la almohada, formaba una aureola desordenada. Sus ojos azules, entreabiertos y vidriosos, reflejaban el vacío absoluto.

Eva se separó de la puerta. Sus movimientos eran económicos, precisos. Cruzó los escasos metros hasta el equipo de infusión. La bomba digital emitía un tenue resplandor verde, mostrando el caudal constante: 5 ml/hora. A su lado, colgando de un gancho de acero, la bolsa de suero transparente estaba casi vacía. El líquido restante goteaba con lentitud glacial en la cámara de goteo.

No había tiempo para rituales. Sacó del bolsillo profundo de su delantal la jeringa preparada. El cilindro de plástico estaba frío

contra sus dedos, el émbolo firme bajo su pulgar. Veinte mililitros de cloruro de potasio al 10%, una solución clara e inocente. Letal.

Con la mano izquierda, localizó el puerto de inyección en la línea de suero, un tapón de goma gris cerca de la conexión con el catéter. Con la derecha, retiró la cubierta protectora de la aguja. Un destello plateado bajo la luz. La punta se hundió en el tapón de goma con una resistencia mínima, un chasquido sordo.

Su pulso era una percusión constante en sus sienes, pero sus manos no temblaban. Apretó el émbolo. Lentamente. El líquido claro desapareció en el sistema, mezclándose con el suero que aún goteaba. Observó cómo la burbuja de aire que había dejado deliberadamente en la jeringa viajaba por el tubo transparente, una pequeña esfera plateada que avanzaba hacia el cuerpo de Timothy. Un marcador de su decisión.

Cuando el cilindro estuvo vacío, retiró la aguja. Guardó la jeringa usada en el mismo bolsillo, envuelta en un paño de algodón. Sus acciones eran las de una enfermera al final de un turno rutinario: limpieza, orden, eficiencia.

Se acercó a la cabecera de la cama. Sus ojos grises escudriñaron el monitor cardíaco. La línea verde trazaba picos y valles regulares, un ritmo sinusal artificialmente mantenido. La frecuencia: 68 lpm. La saturación de oxígeno: 98%. Todo dentro de parámetros estables. El potasio tardaría minutos en circular, en alcanzar el corazón. El intervalo QT prolongado haría el resto: la despolarización se volvería caótica, incontrolable. Fibrilación ventricular. Paro cardíaco.

No sintió nada. No hubo oleada de triunfo, ni punzada de culpa. Solo una frialdad expansiva que le llenaba el pecho, sólida y quieta. Era la certeza del cirujano tras un corte perfecto. La justicia, impartida no con furia, sino con la precisión de una dosis calculada.

El ventilador siguió su ciclo. *Whoosh-click.*

Entonces, un cambio. Un ligero temblor en la línea del monitor. Un pico más alto, seguido de un valle más profundo. El ritmo se volvió

irregular, como un tambor que pierde el compás.

Eva no apartó la mirada. Contempló el cuerpo que había custodiado, el monstruo que había estudiado, el veredicto que había ejecutado. Su respiración se sincronizó con el ritmo mecánico.

*Whoosh—*

El sonido se cortó. La puerta de la habitación se abrió de golpe a sus espaldas.

El leve tintineo de los viales en la bandeza de metal fue lo primero que percibió. Un sonido ordenado, profesional, que se acercaba desde el pasillo.

Eva se giró, colocando su cuerpo entre la cama y la puerta. Su mano izquierda, por puro instinto, se posó sobre el bolsillo profundo de su delantal, donde la jeringa vacía yacía envuelta en tela.

La señora Gable se detuvo en el umbral. Su uniforme de enfermera, de un blanco inmaculado, parecía absorber la tenue luz de la habitación. Sostenía una bandeja de acero con frascos de medicación y una jeringa nueva. Sus ojos, de un color indeterminado en la penumbra, recorrieron la escena: a Eva, la bomba de infusión, el monitor cardíaco donde la línea verde comenzaba a mostrar sutiles irregularidades.

—Terminando la ronda —afirmó Eva. Su voz era plana, el tono de quien informa un hecho rutinario.

La mujer mayor asintió una vez, lenta. No avanzó hacia Timothy. Su mirada se posó en el rostro de Eva, luego descendió hacia el bolsillo del delantal. La protuberancia era mínima, casi imperceptible. Casi.

—La señora Blackwood me pidió que subiera —comentó Gable, sin mover un músculo—. Parece… agitada. Hizo una llamada.

El aire se cargó con el aroma a lavanda de su jabón y el agudo olor a alcohol isopropílico. Un contraste limpio contra el hedor medicinal de la habitación.

—Ya he terminado —repitió Eva, dando un paso lateral hacia la puerta. Un movimiento que la alejaba de la cabecera pero mantenía su bloqueo visual sobre la línea de suero.

Gable no cedió terreno. Sus dedos, largos y huesudos, se ajustaron alrededor del borde de la bandeja.

—A veces, las cosas que terminamos dejan un rastro —murmuró, casi para sí misma. Su respiración era tranquila, medida, el ritmo de alguien que ha visto demasiadas crisis para alterarse—. Un frasco fuera de lugar. Un registro sin firmar. Cosas pequeñas.

—El protocolo está cumplido —respondió Eva, manteniendo la mirada.

—¿El protocolo? —La enfermera emitió un sonido seco, casi un suspiro—. Hay muchos protocolos en esta casa, niña. Algunos están escritos. Otros… se entienden. Y romper uno suele significar activar otro.

En el monitor, un pico anormalmente alto en el ECG. Un latido prematuro. *Ta-pum.* Un pequeño tropiezo en el ritmo artificial.

La señora Gable no miró hacia allí. Sus ojos permanecieron clavados en Eva, como si pudiera leer la verdad en la tensión de sus hombros, en la manera en que su mandíbula se apretaba.

—Cerberus vendrá —añadió, su voz baja pero clara—. Cuando la señora Blackwood llama, ellos vienen. Y revisan todo. No solo los papeles.

Eva sintió el peso del cilindro de plástico en su bolsillo. Un objeto inerte que ahora era una evidencia condenatoria.

—Entonces será mejor que todo esté en orden —dijo, y esta vez fue una advertencia. Un filo de hielo en sus palabras.

Por un instante que se extendió entre el *whoosh* y el *click* del ventilador, nadie se movió. La línea verde del monitor trazó otro valle

profundo, luego se recuperó, pero el ritmo ya no era el metrónomo perfecto de antes. Era un corazón tambaleándose hacia el borde.

Finalmente, la señora Gable asintió de nuevo. Un movimiento lento, de resignación o de cálculo. Se hizo a un lado, justo lo suficiente para que Eva pudiera pasar por la puerta.

—Que descanse —murmuró la enfermera, pero sus palabras no iban dirigidas a Timothy.

Eva cruzó el umbral. No miró atrás. Sintió la mirada de la mujer grabada en su espalda, un peso tangible entre sus omóplatos, mientras caminaba por el corredor iluminado por faroles tenues. Sus pasos eran firmes, medidos, los de una profesional que concluye su turno.

Detrás, en el silencio de la habitación, la señora Gable no se acercó a la cama. Permaneció en la puerta, observando la figura que se alejaba. Luego, muy lentamente, volvió la cabeza hacia el monitor. Sus ojos estrechos captaron el zigzag errático de la línea verde, los picos que se agrupaban, los valles que se hacían más profundos.

Afuera, en el pasillo, Eva ya no oía el ventilador. En sus oídos, primero como un susurro lejano y luego con una claridad brutal, resonaba otro sonido: el jadeo final de su madre, un sonido áspero, desgarrado, que se apagaba en la quietud de una habitación a oscuras. Ese sonido se mezcló con el ritmo de sus propios pasos, con el latido acelerado que ahora sentía en sus sienes, y se fundió en una sola corriente de ruido blanco y memoria.

No se detuvo. No miró atrás. Siguió caminando, alejándose de la habitación donde la justicia, fría y química, ya circulaba por las venas de un monstruo.

# CAPÍTULO 30: FALLO SISTÉMICO

Un pitido agudo atravesó la puerta de la habitación como un cuchillo de cristal.

Eva se detuvo en medio del corredor, el sonido del jadeo de su madre desvaneciéndose de sus oídos para ser reemplazado por esa alarma aguda, monótona, que conocía demasiado bien. No había llegado lejos. Solo había bajado la escalera principal, sus pasos todavía resonando con la firmeza impostada de quien termina un turno. Ahora esa fachada se resquebrajó.

Giró sobre sus talones. El corte en su antebrazo derecho palpitaba con cada latido, un recordatorio punzante de su encuentro en el jardín. La puerta de la habitación de Timothy estaba entreabierta, un rectángulo de luz tenue que proyectaba una franja amarillenta sobre la alfombra oscura.

Dentro, la señora Gable ya estaba junto a la cama. No se movía. Su espalda recta, su uniforme impecable, parecía una estatua observando el monitor. La pantalla mostraba el caos: la línea verde, antes un zigzag errático, ahora serpenteaba en picos salvajes y valles abruptos. El pitido era continuo, un latigazo sonoro que llenaba la habitación y se colaba por los poros.

Eva entró, su respiración controlada a pesar del sprint. El aire olía a ozono, a equipo eléctrico recalentado, y por debajo, el tenue aroma

medicinal a antiséptico y plástico estéril que ya empezaba a mezclarse con algo más terrenal, más dulzón.

—Distrés respiratorio —dijo Gable sin volverse. Su voz era plana, un diagnóstico clínico arrojado al aire.

Eva se acercó al otro lado de la cama. Su mente se dividió en dos canales perfectos. Uno, el profesional: sus ojos escudriñaron a Timothy. Su piel, antes pálida, tomaba un tono grisáceo, como cera vieja. Un leve temblor recorría sus extremidades, una fibrilación fina bajo la superficie. El otro canal, el observador silencioso, registraba cada detalle: la forma en que la luz de la lámpara de cabecera acentuaba las cuencas de sus ojos, la boca entreabierta del tubo endotraqueal, el pecho que el ventilador mecánico intentaba inflar con un ritmo que ya no se sincronizaba con el corazón desbocado.

Sus manos actuaron antes de que su cerebro consciente lo ordenara. Agarró el estetoscopio colgado del cabecero. El metal frío contra sus dedos. Se inclinó, colocó la campana sobre el pecho de Timothy. A través del diafragma, el sonido no era el *lub-dub* mecánico del ventilador, sino un chapoteo caótico, como piedras cayendo en agua fangosa. Fibrilación ventricular. El potasio había hecho su trabajo.

—Parámetros —exigió Eva, su voz ahora era la de la enfermera de turno, firme y clara.

Gable recitó números sin consultar el monitor, como si los llevara grabados. —Frecuencia cardíaca: dos-veinte, irregular. Saturación: ochenta y cayendo. Presión: sesenta sobre treinta.

Eva dejó el estetoscopio. Sus dedos buscaron el puerto de la línea de suero, la misma que había usado media hora antes. Lo desconectó con un chasquido seco. El líquido claro dejó de gotear.

—Necesitamos desfibrilador y adrenalina —dijo, y esta vez miró directamente a Gable.

La mujer mayor por fin giró la cabeza. Sus ojos, estrechos y calculadores, se encontraron con los grises de Eva. No había pánico

en ellos. Solo una evaluación fría, una pregunta suspendida en el aire cargado de la habitación.

—El doctor Hale está en Zurich —murmuró Gable, como si comentara el clima.

—Llama al teléfono de emergencia. Ahora.

Gable sostuvo su mirada un segundo más. Un segundo en el que el pitido estridente pareció intensificarse, en el que el cuerpo de Timothy se arqueó en una convulsión sorda contra las sábanas. Luego, asintió. Un movimiento breve, casi imperceptible.

—Como ordene.

Se dio la vuelta y salió de la habitación con pasos silenciosos. No corrió. Su ausencia dejó un vacío repentino, lleno solo por el sonido de la máquina que gritaba y el crujido de la cama bajo los espasmos del hombre moribundo.

Eva se quedó sola junto a la cama. Sus manos, ahora quietas, se cerraron en puños a los costados. Observó la línea verde enloquecida en el monitor, el espectáculo de la muerte que ella había coreografiado con precisión química. En su bolsillo, la jeringa usada pesaba como un ladrillo.

Las manos de Eva se posaron sobre el esternón de Timothy, los dedos entrelazados como dictaba el protocolo. Empujó. Un crujido sordo y hueco retumbó bajo sus palmas, el sonido de cartílago y hueso cediendo bajo presión mecánica. El cuerpo no respondió más que con un leve rebote inerte.

Uno. Dos. Tres.

Contó en silencio, el ritmo de un metrónomo interno ahogando todo lo demás. El sudor frío le perlaba la nuca. A su derecha, el desfibrilador portátil parpadeaba con luz ámbar, listo. Había tardado menos de un minuto en traerlo del carro de emergencia del pasillo.

Veintiocho. Veintinueve. Treinta.

—Vía aérea despejada —murmuró para sí misma, inclinándose para dar dos respiraciones de rescate. El pecho de Timothy se elevó, artificial, y volvió a hundirse. El monitor seguía gritando, la línea verde serpenteando en una danza caótica de picos y valles cada vez más bajos.

Reanudó las compresiones. Cada empuje enviaba un escalofrío de repulsión por sus brazos, una sensación de violación íntima. Estaba destrozando la jaula torácica de un hombre ya muerto, interpretando una farsa para una audiencia que aún no había llegado.

La puerta se abrió de golpe.

Eleanor Blackwood irrumpió en la estancia como un ave herida. Su pelo plateado, siempre recogido en ese impecable chignon, caía en mechones desordenados sobre sus hombros. El vestido de seda estaba arrugado, uno de los hombros torcido. Sus ojos verdes, aquellos mismos ojos con profundas ojeras, estaban desorbitados, escaneando la escena con un pánico animal que parecía querer desgarrar la realidad.

—¿Qué… qué está pasando? —Su voz era un jadeo ronco, apenas audible sobre la alarma.

Eva no interrumpió el ritmo. —Distress cardíaco. Señora Gable ha ido a llamar al equipo de respuesta —informó, las palabras saliendo planas, técnicas. Un informe, no una explicación.

Eleanor se acercó tambaleándose, una mano extendida hacia la cama. —No… no puede ser…

—Por favor, manténgase atrás —ordenó Eva, sin mirarla. Desconectó las compresiones y agarró las palas del desfibrilador. Aplicó gel conductor sobre el pecho pálido de Timothy con movimientos rápidos. —Cargando. Doscientos julios. Alejarse.

Un zumbido agudo llenó el aire. Eleanor retrocedió un paso, llevándose las manos a la boca.

—Descarga.

El cuerpo de Timothy se arqueó en un espasmo violento, separándose de la cama por un instante antes de desplomarse de nuevo. Un olor tenue a ozono y piel chamuscada se mezcló con el aroma antiséptico de la habitación. Eva miró el monitor. La línea verde dio un brinco convulso, luego se aplanó aún más.

—Sin respuesta —declaró. Su propia voz le sonó ajena, como si saliera de un altavoz lejano. —Continuamos RCP. Adrenalina, un miligramo, por favor.

Señaló con la cabeza hacia el carro de emergencia. Eleanor no se movió. Estaba congelada, mirando el rostro inexpresivo de su hijo, la boca entreabierta alrededor del tubo del ventilador que ahora parecía un accesorio grotesco.

—Eleanor —la llamó Eva, esta vez con más fuerza. —La adrenalina. Ahora.

El nombre, usado sin título, pareció atravesarla. Eleanor parpadeó, y por un segundo su mirada se encontró con la de Eva. No había cálculo, ni amenaza, ni la fría autoridad de la matriarca. Solo un horror desnudo y desgarrado, un pozo de culpa y terror tan profundo que Eva sintió un estremecimiento en la base de su espina dorsal.

Luego, Eleanor se movió. Torpemente, como si sus extremidades no le obedecieran, buscó en el carro, sus dedos temblorosos encontrando el vial y la jeringa. Se lo pasó a Eva sin mirarla.

Eva aspiró el líquido claro, expulsó el aire. Encontró el puerto de la vía intravenosa, inyectó. Cada acción era un ladrillo más en el muro de la narrativa médica. *Fallo sistémico. Complicación imprevisible. Hicimos todo lo posible.*

Reanudó las compresiones. El crujido bajo sus manos era más profundo ahora, las costillas fracturadas moviéndose como tablas sueltas. Un sonido húmedo y repulsivo.

—Timothy… —susurró Eleanor. No era un grito. Era un sollozo seco, roto, que parecía salirle de las entrañas. Se desplomó contra el marco de la puerta, deslizándose hasta quedar medio sentada en el suelo, la mirada fija en el pecho que subía y bajaba por la fuerza bruta de las manos de Eva. —Por favor… no…

Eva contó. Veinte. Veinticinco. Treinta.

Dejó de comprimir. Observó el monitor. La línea era plana, un trazo verde infinito y sin vida cortando la pantalla. El pitido estridente se convirtió en un tono continuo, largo, la nota única de la muerte clínica.

Dejó caer los brazos a los costados. La respiración le quemaba los pulmones. Giró lentamente la cabeza hacia el reloj de pared.

—Hora de la muerte —dijo, y su voz resonó con una claridad glacial en el silencio repentino. —Veintitrés diecisiete.

Eleanor emitió un sonido, un gemido ahogado que se convirtió en un jadeo entrecortado. Tapó su boca con ambas manos, los hombros sacudidos por temblores silenciosos. No lloraba. Parecía estar ahogándose en seco.

Fuera, en el corredor, se oyeron por fin otros sonidos: pasos rápidos y firmes, varios pares, acercándose a ritmo de carrera. Voces graves intercambiando órdenes cortas. El equipo de Cerberus, o tal vez una ambulancia. Llegaban demasiado tarde, exactamente como estaba planeado.

Eva se quedó de pie junto a la cama, las manos entumecidas y pegajosas de gel, observando cómo la devastación real de Eleanor se desplegaba ante ella. Era la cobertura perfecta. Y por primera vez desde que empujó el émbolo, sintió el peso frío y metálico de lo que había hecho asentarse en el fondo de su estómago, inmutable como una losa.

El tono continuo de la alarma fue reemplazado por un silencio denso, cargado del olor acre a gel conductor y a limpieza agresiva

que alguien había rociado en el aire. Eva permaneció junto a la cama, las palmas entumecidas y brillantes, observando cómo la devastación en Eleanor se solidificaba en algo quieto y desolado. La mujer se había deslizado por completo al suelo, la espalda contra la pared, los ojos verdes y hundidos clavados en la sábana que ya no se movía.

Los pasos en el corredor cesaron justo fuera del umbral.

Un hombre llenó el marco de la puerta. Alto, delgado pero con una solidez de alambre de acero, vestía un traje oscuro y funcional. Sus ojos, de un gris tan pálido que rayaba en el color del metal, barrieron la estancia con una eficiencia glacial: el cuerpo de Timothy, el equipo apagado, a Eleanor hecha un ovillo, a Eva erguida junto al lecho con el delantal manchado de gel y nada más. No era el mismo hombre del traje oscuro del jardín; este tenía una presencia más afilada, más administrativa en su amenaza.

—Informe verbal. Inmediato —dijo. Su voz era plana, sin inflexión, como si leyera un protocolo.

Eva inhaló. El aire le quemó los pulmones. Giró hacia él, adoptando la postura ligeramente encorvada del profesional agotado, las manos a los costados en vez de cruzadas, mostrando la suciedad del esfuerzo.

—Paciente masculino, estado vegetativo persistente, dependiente de ventilación mecánica —empezó, las palabras saliendo con una cadencia clínica y monótona. —A las veintitrés cero cinco, monitor mostró taquicardia ventricular que degeneró en fibrilación. Se inició RCP básica y avanzada de inmediato. Se administró adrenalina, sin respuesta. El ritmo no recuperable. Se declaró muerte clínica a las veintitrés diecisiete.

El hombre de gris no apartó la mirada de ella. —Causa presumible.

—Complicación electrolítica aguda —respondió Eva sin pestañear. —Presentaba un intervalo QT prolongado documentado. En pacientes con esa condición, un desequilibrio de potasio, incluso mínimo,

puede desencadenar una arritmia fatal. Es una tragedia médica, pero una posibilidad conocida.

Su mentira era impecable, tejida con hechos verdaderos. En el suelo, Eleanor emitió un sonido ahogado, un jadeo que se convirtió en un sollozo reprimido. Tapó su boca con más fuerza.

El hombre desvió por fin su escrutinio hacia ella. —Señora Blackwood. ¿Corrobora la secuencia de eventos?

Eleanor tardó un instante en despegar la vista de Timothy. Sus ojos, verdes y profundamente ojerosos, se encontraron con los de Eva por un segundo. En ellos no había acusación, sino un reconocimiento aterrado, la certeza de estar ante la mano que había girado la llave. Asintió, una sola vez, convulsiva.

—Sí —logró decir, la voz rota. —Era… era lo que dijo.

El hombre de gris asintió, aparentemente satisfecho. Su mirada volvió a Timothy, luego al monitor apagado, calculando. —Un médico forense de nuestro equipo estará aquí al amanecer para el certificado —anunció. —Nos encargaremos de la discreción con las autoridades sanitarias. La cobertura será completa.

Sus palabras no eran un consuelo, sino una instrucción. Luego, sus ojos plateados regresaron a Eva, posándose en ella un segundo más de lo necesario. Un escaneo final.

—Usted se quedará, por supuesto —dijo, y no era una pregunta. —El inspector Croft de la policía local ha sido notificado. Querrá una declaración de la última persona en ver al paciente con vida.

Eva sostuvo su mirada. Asintió con una leve inclinación de cabeza, la de una profesional resignada a un trámite más. —Por supuesto.

La cobertura era perfecta. Pero al pronunciar el nombre de Croft, la red invisible que ella misma había ayudado a tejer se cerró con un clic casi audible, atrapándola en el centro exacto de la escena del crimen.

# CAPÍTULO 31: EL INSPECTOR CROFT

La primera luz del amanecer teñía de gris pálido el vitral del vestíbulo, proyectando un mosaico de sombras aguadas sobre el mármol negro. El aire, quieto y encerrado, olía a cera de pisos y al tenue regusto metálico del ozono, un vestigio de los equipos médicos ya apagados en la planta superior. Eva permanecía inmóvil en el rellano de la escalera principal, los nudillos blancos sobre la fría barandilla de madera oscura.

Abajo, el hombre de Cerberus —traje gris impecable, ojos del color del acero nublado— esperaba junto a la puerta principal. No miraba el reloj. Su paciencia era la de una máquina en modo de espera.

Los faros de un vehículo cortaron la penumbra del camino de entrada, barriendo las paredes de piedra. Un portazo seco, luego otro. Pasos firmes sobre la grava que se acercaban, se detenían, recomenzaban sobre los escalones de la entrada.

El timbre sonó, un zumbido breve y eléctrico que reverberó en el silencio sepulcral de la mansión.

El hombre de gris abrió la puerta antes de que el sonido se extinguiera. En el umbral, recortado contra la luz grisácea del exterior, estaba el inspector Daniel Croft. Llevaba un abrigo de paño oscuro, abierto. No había agentes uniformados tras él; venía solo.

Croft mostró su placa, un destello de metal mate, pero el hombre de Cerberus apenas desvió la mirada hacia ella.

—Inspector —saludó el hombre, su voz un susurro profesional y sin calor—. Pase.

Croft entró, sus zapatos resonando con un eco preciso sobre el mármol. Sus ojos, avellanados e inquisitivos bajo el cabello cano y corto, realizaron un barrido inmediato del vestíbulo: la escalera, las puertas cerradas, la altura del techo, la ausencia de cualquier otro sonido que no fuera la respiración contenida. Su mirada pasó por el hombre de gris como si evaluara un mueble más.

—Daniel Croft —dijo—. Recibimos aviso de una muerte bajo cuidados médicos. Timothy Blackwood.

—Así es —confirmó el otro—. El fallecimiento ocurrió anoche, a las veintitrés diecisiete. Complicación electrolítica aguda en un paciente con condición cardíaca preexistente y daño neurológico severo. Nuestro forense ya ha realizado una valoración preliminar in situ.

Croft asintió, lentamente, mientras extraía una libreta de bolsillo. No tomó nota aún.

—Su forense. ¿Y la jurisdicción?

—La familia Blackwood tiene contratados nuestros servicios de consultoría médica y logística desde hace años —explicó el hombre con una fluidez que sonaba a guión memorizado—. Facilitaremos toda la documentación y el acceso que necesite. El certificado oficial se emitirá esta mañana.

El inspector sostuvo su mirada durante un segundo que se estiró más de lo natural. Luego, sus ojos se desviaron, ascendiendo por la escalera.

Eva no se movió. Sabía que estaba a la vista, una figura quieta en la penumbra del rellano, su delantal de enfermería aún con las manchas fantasma del gel conductor y quizá algo más oscuro, más

seco, cerca del dobladillo. El corte en su antebrazo derecho palpitaba bajo la manga arremangada, un latido sordo que parecía marcar el compás de su propio corazón, ahora acelerándose contra su voluntad.

Los ojos de Croft, aquellos ojos cansados y penetrantes, se posaron en ella. No fue un vistazo casual. Fue un reconocimiento, un etiquetado. Recorrieron su rostro, su postura, se detuvieron en las manchas del delantal y luego regresaron a sus ojos grises.

El inspector cerró su libreta sin haber escrito una palabra.

—Usted debe ser la enfermera Voss —declaró, su voz proyectándose sin esfuerzo en el vacío del vestíbulo, eliminando cualquier duda sobre a quién se dirigía—. La última en atender al señor Blackwood. Necesito su declaración. Ahora.

La luz matinal que entraba por los altos ventanales del salón era fría y plana, como lavada. No calentaba las superficies de caoba ni disipaba el olor a ceniza apagada que emanaba de la chimenea de mármol negro. El inspector Croft eligió un sillón frente al hogar vacío, colocando su placa sobre la mesa baja con un clic metálico. Eva tomó asiento en el borde del sofá opuesto, sintiendo cómo el corte en su antebrazo se tensaba contra la tela de su manga.

Eleanor se había desplomado en un butacón junto al ventanal, una silueta inmóvil y encogida. No miraba a nadie. Sus ojos verdes, ahora opacos y hundidos en sus profundas ojeras, estaban fijos en el jardín gris.

Croft no abrió su libreta. Apoyó las manos sobre sus rodillas, los dedos entrelazados.

—Comencemos por el principio, señorita Voss. ¿A qué hora comenzó su turno la noche pasada?

Su voz era neutra, profesional. No acusadora. Aún.

—A las diez en punto —respondió Eva. El sonido de sus propias palabras le pareció extrañamente nítido en el silencio—. Relevé a la enfermera de turno diurno. Realicé la evaluación inicial del señor Blackwood a las diez quince. Constantes estables, parámetros de ventilación dentro de lo esperado.

—¿Y la medicación en curso?

—Una infusión continua de midazolam para sedación, a cinco miligramos por hora. Suero glucosalino con electrolitos de mantenimiento. Cloruro de potasio suplementario en la bomba auxiliar, a razón de cinco mililitros por hora, debido a una deficiencia crónica documentada.

Croft asintió, una vez. Sus ojos avellanados no se apartaban de los de ella.

—El potasio. Su registro indica un intervalo QT prolongado en el electrocardiograma de ingreso. Cuatrocientos ochenta milisegundos. ¿Se monitorizaron los niveles séricos anoche?

—No era parte del protocolo rutinario de turno nocturno —Eva mantuvo la mirada—. Los últimos valores, de hace tres días, estaban en el límite bajo de la normalidad. La suplementación era profiláctica.

Un tictac metódico provenía del reloj de pared. Cada golpe marcaba el espacio entre pregunta y respuesta.

—¿Qué notó primero cuando cambió su estado?

—El monitor cardíaco. A las veintitrés y cinco aproximadamente. La línea se volvió caótica, polimorfa. Taquicardia ventricular que degeneró en fibrilación en menos de un minuto.

—Procedió a…

—Activé el botón de alarma, solicité asistencia por el interfono. Inicié RCP inmediatamente. La señora Gable llegó en menos de dos minutos con el carro de emergencia.

Croft inclinó la cabeza ligeramente, como si escuchara un sonido lejano.

—La señora Gable es la enfermera de día que había terminado su turno.

—Sí. Se había retirado a sus aposentos, pero respondió a la llamada.

—¿Y la señora Blackwood?

Eva sintió un hilo de sudor frío recorriéndole la columna. No se movió.

—Llegó poco después. Durante las compresiones.

El inspector dejó que el silencio se expandiera. Sus dedos se apretaron ligeramente. Luego, su mirada bajó, por primera vez, a las manchas en el delantal de Eva.

—El gel conductor. Y algo más oscuro, aquí en el dobladillo.

No era una pregunta.

—Sangre —dijo Eva, la palabra saliendo seca—. Tuve un incidente menor con un borde afilado días atrás. El corte se reabrió durante las compresiones torácicas. La tensión.

Por fin, Croft tomó su libreta. No escribió. Pasó una página, luego otra, como buscando algo.

—El desfibrilador portátil. ¿Cuántas descargas aplicó?

—Dos. De doscientos julios cada una. Sin conversión.

—¿Y la adrenalina?

—Un miligramo por vía intravenosa, tras la segunda descarga. Según protocolo de parada cardíaca.

El inspector alzó la vista. Sus ojos, cansados e inquisitivos, se clavaron en los de ella con una intensidad nueva.

—La jeringa de emergencia para la adrenalina. La protocolaria de diez mililitros. ¿Dónde está?

El aire del salón pareció volverse más denso, más frío.

—En el carro de reanimación —dijo Eva, manteniendo cada sílaba bajo control—. Con el resto del material usado.

—No la vi —Croft dijo suavemente—. Revisé el carro mientras el forense de su… consultoría trabajaba arriba. Había ampollas vacías de adrenalina. Una jeringa de insulina. Ninguna jeringa de diez mililitros.

Eva no respiró. En el bolsillo de su delantal, el estuche de cuero negro con el escalpelo de iniciales A.T. pareció adquirir el peso de un ladrillo. Recordó la jeringa de veinte mililitros, la que había usado para el potasio, ahora oculta en el doble fondo de su maletín de enfermería, en su habitación. No era la de diez. Pero él estaba contando. Midiendo. Buscando el desajuste en la suma final.

—Debe estar entre el material desechable —dijo, y su voz sonó un grado más tensa de lo que hubiera querido—. Quizá rodó. O la recogió el personal de Cerberus para su protocolo de eliminación de residuos.

Croft sostuvo su mirada. Luego, lentamente, anotó algo en la libreta. El rasguño del bolígrafo sobre el papel fue el único sonido en la habitación.

Eleanor, en su butacón, emitió un sollozo ahogado, un sonido gutural que no era más que aire atrapado en una garganta cerrada. No se movió.

—Gracias, señorita Voss —dijo el inspector, cerrando la libreta—. Por ahora, es todo. Necesitaré hablar también con la señora Blackwood y con el personal de servicio. No se aleje de la mansión.

La luz del amanecer, ahora más intensa, arañaba las piedras grises de la fachada cuando Eva cruzó el umbral hacia el jardín trasero,

buscando un momento de aire que no oliera a muerte y a mentiras. El aire olía a tierra húmeda y a rocío sobre la grava. Un coro de pájaros mañaneros estallaba en los robles, una alegría ajena que le raspaba los nervios.

Desde el camino principal, el sonido de pasos sobre la grava se acercó. Croft apareció doblando la esquina de la mansión, su abrigo oscuro abierto. Sus ojos la encontraron de inmediato.

—Señorita Voss.

Eva se quedó inmóvil, la brisa fría levantando mechones sueltos de su cabello castaño. El vendaje improvisado en su antebrazo derecho, una tira de gasa asomando bajo la manga arremangada del delantal, le latía con un dolor sordo y persistente.

El inspector extrajo una tarjeta de su bolsillo interior. Se acercó un paso y se la tendió. El cartón era rígido, blanco puro, con letras negras grabadas.

—Por si recuerda algún detalle más —dijo. Sus ojos avellanados no se apartaron de los suyos, pero su mirada bajó, apenas un instante, hasta el vendaje. —Accidentes ocurren en casas viejas.

—Con la rejilla de ventilación —soltó Eva, las palabras saliendo demasiado rápido, demasiado precisas. —Se atascó. Intenté liberarla.

Croft asintió, lento. Su expresión permaneció plana, una máscara profesional pulida por años de escuchar mentiras mejores. No dijo "lo entiendo". No dijo "cuidado". Solo asintió.

—A veces —murmuró, guardándose el bolígrafo—, las tragedias médicas esconden otras tragedias. Más antiguas. Las que nadie certifica.

El hombre de Cerberus apareció en silencio junto a la puerta trasera, su traje gris impecable contra la piedra oscura. Su presencia era un corte limpio en la tensión.

—Inspector —dijo, su voz un tono neutro y eficiente. —La señora Blackwood está lista para su declaración en el salón.

Croft sostuvo la mirada de Eva un segundo más. Un segundo donde el canto de los pájaros se desvaneció y solo quedó el crujido de la grava bajo sus pies y el latido acelerado que Eva sentía en sus sienes. Luego, inclinó la cabeza en un gesto formal.

—Señorita Voss.

Se alejó, siguiendo al hombre de gris de vuelta hacia la mansión. Eva apretó la tarjeta en su puño, los bordes afilados mordiendo su palma. La entrevista había terminado, pero la mirada del inspector, esa mirada que pesaba y catalogaba, seguía grabada en ella. No había sido una aceptación. Había sido un archivo que se abría.

Horas después, el sedán gris sin distintivos arrancó con un ronquido suave. Las luces traseras se encendieron, dos puntos rojos que se alejaron por el camino flanqueado de robles, tragados por la neblina matinal que se levantaba del bosque.

Eva observó desde una ventana del segundo piso. Un alivio agrio le subió por la garganta, breve y venenoso. Abajo, en el vestíbulo, el hombre de Cerberus se giró hacia ella, que había bajado. La luz pálida de la tarde acentuaba el gris casi plateado de sus ojos.

—Metódico —comentó, como si hablara del clima. —El inspector Croft. Tiene un archivo abierto sobre una cierta Clara Hargrove. Desaparecida hace catorce meses. —Hizo una pausa, dejando que el nombre, que las fechas, se posaran en el aire frío. —Curioso, ¿no? La persistencia.

# CAPÍTULO 32: UN RELATO PERFECTO

El hombre de Cerberus sostuvo su mirada un instante más, luego giró sobre sus talones y regresó a la mansión, su silueta oscura tragada por la puerta principal. Eva se quedó en el umbral, el aire de la mañana frío mordiendo su piel a través del delantal. El dolor en su antebrazo era un latido sordo y constante, como un metrónomo marcando el precio de su supervivencia.

Dentro, el salón estaba sumido en un silencio sepulcral. La luz que entraba por los altos ventanales era plana, grisácea, iluminando las motas de polvo que danzaban sobre los muebles de caoba. Eleanor Blackwood no se había movido del butacón junto al ventanal. Su perfil, recortado contra la luz, era una línea quebrada. Los hombros, antes tensos bajo la seda, ahora se hundían hacia adelante. Un sollozo ahogado, un sonido áspero y roto, escapaba de sus labios a intervalos irregulares.

Eva cruzó el suelo de mármol, sus pasos apenas un susurro. Se detuvo a unos metros de la mujer. El olor a cera de pisos y a ceniza fría de la chimenea vacía llenaba el espacio.

—Señora Blackwood.

Eleanor no se volvió. Su mirada estaba fija en algún punto del jardín, más allá del cristal.

—Lo dijo todo bien —murmuró, su voz era un hilo gastado. —Las palabras. Los términos. Fibrilación ventricular. Intervalo QT prolongado. Complicación electrolítica. —Hizo una pausa, tragando con dificultad. —Suena a tragedia médica. Suena… a algo que no se puede evitar.

Eva no respondió. Observó cómo los dedos de Eleanor se aferraban a los brazos del sillón, los nudillos blanqueados como huesos.

—Él… —Eleanor comenzó, y su voz se quebró. Un temblor le recorrió todo el cuerpo. —Él estaría… satisfecho. De que su muerte fuera tan… técnica. Tan… clínica.

El reloj de pared marcó el tictac, un sonido metódico que llenaba el vacío entre los sollozos. Eva sintió el peso del frasco de vidrio en el bolsillo profundo de su delantal, junto a la jeringa usada. El residuo dorado. La evidencia de otro veneno, en otro tiempo.

—El inspector se fue —dijo Eva, su propia voz sonando extrañamente neutral en sus oídos.

—Se fue —repitió Eleanor, como un eco. Finalmente, giró la cabeza. Sus ojos verdes, hundidos en profundas ojeras, estaban desprovistos de cualquier cálculo, de cualquier capa de autoridad. Solo había un dolor desnudo, un horror que la había vaciado por completo. —Pero no se ha ido del todo, ¿verdad? Clara Hargrove. Catorce meses.

El nombre flotó en el aire frío. Eva no asintió. No hizo ningún gesto.

—Usted corroboró la historia —recordó Eva, no como un reproche, sino como un hecho. Un ladrillo más en el muro de su coartada mutua.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —La pregunta de Eleanor no era retórica. Sonaba a genuina perplejidad. —Decirle que mi hijo era un monstruo que estudiaba cómo infligir dolor? ¿Que guardaba fotografías de… de cosas que no puedo nombrar? ¿Que yo… que yo…?

Se interrumpió, llevándose una mano temblorosa a la boca. Los sollozos regresaron, más fuertes, sacudiendo su cuerpo delgado. Era la devastación de alguien que ha sido liberado de una carga insoportable, solo para descubrir que el alivio duele tanto como el peso.

Eva se quedó allí, de pie, observando el colapso de la matriarca. No había triunfo en ello. Solo un vacío agrio que se expandía en su propio pecho. Había ganado. Había superado el interrogatorio. Había tejido un relato perfecto con hilos de jerga médica y el dolor genuino de Eleanor como telón de fondo.

Pero las palabras del hombre de Cerberus resonaban en su mente, mezclándose con el tictac del reloj y los sollozos ahogados.

*Metódico. Tiene un archivo abierto.*

Croft no se había ido. Solo había retrocedido para revisar su catálogo. Y ahora, un nombre nuevo se unía al suyo en ese índice: Clara Hargrove. Un hilo suelto de hace catorce meses que el inspector metódico no había olvidado.

Eva giró lentamente, dejando a Eleanor con su dolor en el sillón. Sus ojos grises escudriñaron la habitación vacía, los pasillos silenciosos que se ramificaban desde el vestíbulo. En algún lugar de esta casa de piedra y secretos, había un hombre de ojos plateados que manejaba protocolos. Y en algún lugar fuera de ella, un policía con una libreta mental estaba conectando puntos que no deberían tocarse.

El alivio no llegó. Solo la fría certeza de que esto no había terminado. Que un relato perfecto, a veces, solo sirve para despertar preguntas más antiguas.

La puerta de la habitación de Timothy se abrió sin ruido. El hombre de Cerberus, de traje gris y ojos metálicos, se hizo a un lado con un gesto mecánico, permitiendo el paso al inspector.

Croft entró con la misma economía de movimiento que había mostrado en el jardín. Se detuvo en el centro del espacio, dejando que su mirada recorriera cada detalle. La habitación había sido limpiada con eficiencia clínica: las sábanas arrugadas retiradas, el suelo fregado, el carro de emergencias ordenado y apagado. Pero el equipo permanecía, monumentos silenciosos a lo ocurrido. El monitor mostraba una pantalla negra y vacía. La bomba de infusión, desconectada, su pantalla digital muerta. El desfibrilador, sus palas limpias y guardadas.

El aire aún conservaba un rastro tenue de ozono quemado y gel conductor, mezclado con el aroma agresivo de lejía. La luz del día, fría y plana, entraba por la ventana alta y se extendía sobre el suelo de madera oscura, iluminando motas de polvo que flotaban en la quietud.

Eva permaneció junto al umbral, las manos cruzadas delante de su delantal. Sentía el latido sordo del corte en su antebrazo, una pulsación rítmica que parecía marcar los segundos. Observó cómo los ojos avellanados de Croft escudriñaban cada centímetro. No era una mirada casual; era un escaneo sistemático, de izquierda a derecha, de arriba abajo. Se detuvo en el monitor, luego en la bomba, luego en el carro.

Caminó hacia el equipo de infusión. Sus dedos, enguantados en cuero negro, pasaron por encima de los botones sin tocarlos. Se inclinó, examinando el puerto de inyección en la línea de suero, ahora desconectada y colgando inerte junto a la cama vacía.

—¿Esta fue la línea principal? —preguntó sin levantar la vista.

—Sí —respondió Eva, manteniendo su tono profesional y plano—. La infusión de mantenimiento y los suplementos electrolíticos. El potasio y el magnesio se administraban por separado, según el protocolo para la miocardiopatía.

Croft asintió, un movimiento casi imperceptible. Se enderezó y se dirigió al carro de emergencias. Abrió el cajón superior. Dentro, las

jeringas estériles, los viales de medicación, los paquetes de gasas, todo dispuesto con precisión militar. Sus dedos se detuvieron sobre el espacio vacío donde debería haber estado la jeringa de adrenalina de 10ml.

—Aquí —dijo, señalando el hueco con un dedo—. ¿Siempre falta una?

—Se usó —recordó Eva, su voz firme—. La primera dosis, durante la reanimación. La segunda estaba en el vial. No hubo tiempo de reponer. El protocolo de parada cardíaca es claro: adrenalina cada tres a cinco minutos. Se agota rápido.

—Claro.

Croft cerró el cajón con un clic suave. Su mirada descendió al suelo, junto a la pata trasera izquierda del carro. Se agachó, con un ligero crujido de la rodilla. Extendió la mano y, con las puntas de los dedos, recogió algo del suelo de madera pulida. Se puso de pie, examinando el objeto bajo la luz de la ventana.

Eva contuvo la respiración. Desde donde estaba, solo podía ver un pequeño fragmento oscuro y irregular, no más grande que la cabeza de un alfiler, sostenido entre el pulgar y el índice del inspector.

Croft lo giró lentamente. No era tierra. Parecía un trozo diminuto de algo seco y quebradizo, de un color marrón oscuro. Podía ser una mota de sangre seca. Podía ser un fragmento de costra de aquel residuo cristalino que había visto alrededor del puerto de la sonda de Timothy. Podía ser cualquier cosa.

El hombre de Cerberus, inmóvil junto a la puerta, observaba el procedimiento con la misma expresión glacial. No hizo ningún movimiento, ningún sonido.

Del bolsillo interior de su chaqueta, Croft extrajo una pequeña bolsita de plástico transparente con cierre hermético. Con cuidado, depositó el fragmento en su interior, selló la bolsa y la guardó. No

hizo ningún comentario. No miró a Eva. Simplemente continuó su inspección, como si aquel gesto fuera parte de una rutina.

Recorrió el perímetro de la habitación. Se detuvo frente a la ventana, tocó el marco con el dorso de los nudillos. Miró hacia el jardín, donde la sombra del hombre del traje oscuro seguía esperando junto a los rododendros. Luego se volvió, enfrentando por fin a Eva directamente.

—Un relato perfecto, enfermera Voss —dijo, y su voz era neutra, casi contemplativa—. Los tiempos cuadran. Los protocolos se siguieron. La señora Blackwood corrobora. —Hizo una pausa, dejando que el silencio se espesara en el aire cargado de lejía—. Demasiado perfecto, a veces. Como un guión.

Eva no apartó la vista. No se permitió tragar saliva, ni ajustar la postura. Solo mantuvo sus ojos grises fijos en los de él, esperando.

—Pero la medicina no es un guión —continuó Croft, sus ojos avellanados escudriñando su rostro—. Es caos. Improvisación. Y usted improvisó bien. Demasiado bien para alguien que, según su ficha, solo lleva seis meses en cuidados intensivos.

El corazón de Eva dio un vuelco contra sus costillas. Él había revisado sus credenciales. Profundamente.

—El entrenamiento en el Hospital General de Northwood es riguroso —respondió, manteniendo el tono plano—. Y la teoría es una cosa. La práctica, cuando un paciente se descompensa frente a usted, es otra.

Croft sostuvo la mirada un segundo más. Luego, un leve movimiento de cabeza, como si descartara una idea. Caminó hacia la puerta. Al pasar junto al hombre de Cerberus, se detuvo.

—Mi informe dirá muerte por causas naturales, complicación de una condición preexistente —declaró, como si estuviera dictando—. Caso cerrado.

El hombre de traje gris asintió, una vez. Su mirada plateada se deslizó hacia Eva, se posó en ella durante un latido, y luego volvió al inspector.

Croft salió al pasillo. Sus pasos se alejaron por el corredor, el eco amortiguado por la alfombra. El hombre de Cerberus permaneció en el umbral, su silueta recortada contra la luz más tenue del exterior. No dijo nada. Solo observaba, como un guardián asignado a una tumba ya vacía.

Eva exhaló lentamente, el aire saliendo de sus pulmones en un suspiro tembloroso que no se había permitido antes. Los músculos de su espalda, tensos como cuerdas de acero, comenzaron a ceder. Lo había logrado. Había superado el interrogatorio. El relato médico había sido impecable, la corroboración de Eleanor, genuina en su devastación. Croft parecía convencido.

Pero no del todo. La bolsita de plástico con ese fragmento diminuto era una prueba de ello. Y sus palabras resonaban en el aire quieto de la habitación: *Demasiado perfecto.*

Eva giró hacia la ventana. En el jardín, bajo la luz grisácea de la mañana, vio al inspector Croft detenerse junto a su coche. No entró de inmediato. Se quedó allí, de pie, mirando hacia la mansión con esa expresión pensativa y metódica. Luego, como sintiendo su mirada, volvió la cabeza hacia la ventana donde ella estaba. La sostuvo por un instante, a través de la distancia y el cristal. Un reconocimiento silencioso. Un recordatorio.

Luego abrió la puerta del coche, se acomodó dentro y el motor arrancó con un ronroneo bajo. El vehículo se deslizó por el camino de grava, alejándose hasta desaparecer entre los árboles.

El hombre del traje oscuro junto a los rododendros también se movió. Dio media vuelta y regresó a la mansión, su misión de vigilancia aparentemente cumplida por ahora.

Eva se apartó de la ventana. La habitación estaba en silencio, solo el zumbido tenue de la electricidad en los enchufes. Había ganado esta

batalla. Había tejido su relato perfecto y había resistido el escrutinio. Pero la guerra, lo sabía, continuaba. En los archivos de un inspector metódico. En el nombre de una mujer desaparecida. En el peso del frasco de vidrio en su bolsillo.

Cerró los ojos un momento, escuchando el latido de su propio corazón. Luego los abrió, endureciendo su mirada. Había trabajo que hacer. Huellas que borrar. Un tren nocturno que esperar.

# CAPÍTULO 33: ARCHIVADO

El hombre de traje gris permaneció en el umbral un minuto más, su silueta inmóvil contra la luz grisácea del pasillo. Luego, sin una palabra, giró sobre sus talones y se perdió en el corredor. El chasquido de sus zapatos sobre el mármol se desvaneció, absorbido por el silencio sepulcral de la casa.

Eva exhaló un aire que no sabía que retenía. El sonido fue áspero en la quietud. Delante de ella, la cama vacía era un rectángulo de sábanas almidonadas bajo la luz fría de la tarde que se filtraba por la ventana. El olor a ozono y lejía agresiva aún colgaba en el aire, un fantasma químico del caos de horas antes.

Se obligó a girarse, a salir de esa habitación. Sus pasos la llevaron al salón.

Eleanor seguía en el butacón junto al ventanal, exactamente donde Eva la había dejado. No se había movido. Sus ojos verdes, ahora opacos y hundidos en sus profundas ojeras, miraban fijamente el jardín que se oscurecía. Las lágrimas habían secado surcos pálidos en sus mejillas. En sus manos, aún cruzadas sobre el regazo, descansaba un pañuelo de lino arrugado en un puño inconsciente.

El inspector Croft estaba de pie junto a la chimenea de mármol negro, hojeando una carpeta de cuero desgastada. Al oírla entrar, alzó la vista. Sus ojos avellanados la escudriñaron, recorrieron su figura desde el moño práctico hasta los zapatos planos,

deteniéndose un instante en el vendaje tosco que asomaba bajo la manga de su uniforme.

—Enfermera Voss —dijo, cerrando la carpeta con un golpe seco—. La señora Blackwood me ha informado de que usted será quien firme como testigo del certificado de defunción, una vez que el forense de Cerberus lo emita.

Su tono era administrativo, plano. Eva asintió, una vez. No confiaba en su voz.

Croft se acercó a la mesa de caoba, depositó la carpeta. Sacó un bolígrafo de su chaqueta.

—Mi informe está completo —continuó, hablando más hacia el espacio entre ellas que a una en particular—. Muerte por causas naturales. Fibrilación ventricular secundaria a desequilibrio electrolítico agudo, complicación de un estado vegetativo persistente con múltiples comorbilidades. —Hizo una pausa, su mirada pasó de la figura inmóvil de Eleanor a Eva—. No habrá autopsia. La familia ha declinado, y la evidencia clínica es… suficiente.

Eleanor parpadeó, lentamente, como si despertara de un trance. Su voz surgió ronca, desprovista de toda emoción.

—Firmaré lo que sea necesario.

—Ya lo ha hecho —respondió Croft. Tomó un documento de la carpeta, lo deslizó sobre la mesa hacia ella—. Esta es la copia para sus registros. El caso queda oficialmente cerrado.

El tictac del reloj de pared llenó el vacío. Eva observaba las manos de Croft: largos dedos, uñas limpias, ningún anillo. Manos que no temblaban. Manos que acababan de archivar un hombre.

El inspector recogió su carpeta. Caminó hacia la puerta del salón. Al cruzar el umbral, se detuvo. No se volvió completamente, pero su perfil se recortó contra la luz del vestíbulo.

—Usted tiene una forma de estar muy tranquila ante la muerte, enfermera Voss.

Las palabras flotaron en el aire frío, una observación, no una pregunta. Eva sintió un escalofrío que le erizó la piel de los brazos, pero mantuvo la respiración pareja, la espalda recta.

Croft esperó un segundo, como si le diera la oportunidad de contestar. Ella no lo hizo. Finalmente, él asintió para sí mismo, un gesto casi imperceptible, y desapareció en el vestíbulo.

La puerta principal se abrió y cerró con un golpe sordo y definitivo. Un soplo de aire frío del atardecer se coló en la sala, trayendo el olor a tierra húmeda y hojas caídas.

El silencio que dejó el inspector Croft era más denso que el anterior, cargado de la observación que había flotado en el aire y ahora se posaba sobre Eva como una capa de polvo fino. La luz de la tarde, ya baja, atravesaba el ventanal y extendía sombras esqueléticas por el suelo de madera oscura, alargando los muebles hasta convertirlos en monstruos quietos.

Eleanor no se había movido del butacón. Su perfil, recortado contra el vidrio, parecía tallado en cera pálida. Miraban sin ver el jardín que se teñía de dorado y violeta. Un temblor leve, casi imperceptible, recorría sus manos, que yacían inertes sobre el regazo.

Eva permaneció de pie junto a la mesa de caoba, el frío del cristal de la ventana llegándole a través de la distancia. El antebrazo derecho le palpitaba bajo el vendaje improvisado, un latido sordo que coincidía con el tictac metódico del reloj de pared. No había triunfo. Solo un sabor metálico en la boca, como si hubiera mordido una moneda.

La mujer en el butacón se movió al fin. Con un esfuerzo que parecía físico, Eleanor inclinó el torso hacia un lado y sacó un sobre grueso, color crema, del bolsillo lateral del sillón. Lo sostuvo en el aire, sin levantarse, sin mirar a Eva. El papel crujió suavemente.

—Toma —su voz era un susurro rasgado, como papel de lija sobre madera—. Es lo que acordamos. Y un extra. Por el silencio.

Eva se acercó. El roce del sobre al tomarlo fue áspero y frío. Pesaba más de lo esperado. Dentro, al tacto, distinguió el fajo compacto de billetes y el borde rígido de un billete de tren. Lo reconoció sin mirar: el expreso nocturno a la ciudad.

—El tren sale a las veintiuna cincuenta y siete —continuó Eleanor, su mirada perdida en algún punto del jardín—. El coche te llevará a la estación a las nueve. No… no regreses a tu habitación. Ve directamente al garaje. Tu maletín ya está allí.

Cada instrucción caía como una losa, sellando una transacción. No había espacio para agradecimientos, ni para preguntas, ni para el sentimentalismo de una despedida. Solo la mecánica fría de una retirada pactada.

Eva asintió, aunque Eleanor no la veía. Deslizó el sobre dentro del bolsillo profundo de su delantal, donde horas antes había llevado el peso de una jeringa vacía. El papel grueso hizo un bulto evidente contra su muslo.

Al girarse para salir, el suelo de madera crujió bajo sus zapatos.

Desde el butacón, surgió una voz tan baja que casi se confundió con el susurro del viento contra los cristales.

—Él habría terminado matándonos a todos.

Eva se detuvo. No era una justificación dirigida a ella. Era un pensamiento en voz alta, una confesión final arrancada del lugar devastado donde anidaba el alivio más enfermizo. Las palabras flotaron en el aire frío de la sala, cargadas de una verdad que ya no importaba.

Eva no contestó. Exhaló un aliento que no sabía que contenía y reanudó el camino hacia la puerta del salón. Sus pasos resonaron sobre el mármol del vestíbulo, cada uno alejándola de la mujer rota

y del fantasma que ambos habían enterrado. Ahora necesitaba encontrar a Alex.

El camino de grava se desvanecía en la penumbra del bosque. El aire mordía con un frío húmedo que olía a tierra removida y a la dulzón podrido de las hojas caídas. Allí, junto a la puerta de servicio baja y casi oculta por la hiedra, estaba la motocicleta.

Alex apoyaba el hombro contra el asiento de cuero, una silueta inmóvil recortada contra el muro de piedra. A sus pies, una pequeña mochila militar. Y en sus manos, el maletín de enfermería que Eva había dejado en su habitación.

Ella se detuvo a tres metros de distancia. El ronroneo bajo del motor al ralentí vibraba en el aire quieto, una nota constante bajo el crujido de sus propios pasos sobre la grava. Él la miró. El moretón violáceo alrededor de su ojo izquierdo había hinchado el párpado hasta casi cerrarlo, y una costra seca partía su ceja. Se sostenía con un ligero desequilibrio, el peso cargado sobre la pierna sana.

—Tu equipaje —dijo, y su voz sonó ronca, gastada.

Alargó el maletín. Eva avanzó y lo tomó. El asa de cuero estaba fría. Dentro, sentiría el peso familiar de sus instrumentos, ahora herramientas de un crimen.

—Gracias —murmuró.

Él no respondió al agradecimiento. Sus ojos marrones, el que podía abrirse del todo, la escrutaban con una intensidad que hacía daño.

—Croft no es tonto —declaró, las palabras saliendo como un suspiro cargado—. Se llevó algo del suelo. Una mota. Su archivo sobre ti no está cerrado, solo archivado. Y ahora tiene otro hilo que tirar: la Hargrove.

Eva asintió. Lo sabía. Lo había sentido en la mirada del inspector, en esa calma demasiado metódica.

—Vigila tus espaldas —continuó Alex, y un espasmo de dolor le crispó la mandíbula al ajustar la postura—. No confíes en que esto haya terminado.

—No confío —respondió Eva. Su propia voz le sonó plana, extraña en sus oídos.

Un silencio se extendió, roto solo por el ronroneo del motor y el lejano susurro del viento en las copas de los pinos. El olor a gasolina y cuero viejo se mezclaba con el frío del atardecer.

—Alex —comenzó ella, apretando el asa del maletín hasta que los nudillos le dolieron—. No podemos volver a vernos.

Él parpadeó, una reacción lenta. No pareció sorprendido, solo más cansado.

—No pueden saber que estuvimos conectados —insistió ella, las palabras saliendo ahora con una urgencia sorda—. Si Croft sigue investigando, si alguien de… de esa empresa empieza a hurgar. Eres un punto débil. Yo soy un punto débil para ti. Lo que sabes…

—Lo que sé me pertenece —cortó él, pero no con fuerza. Era una afirmación, no un desafío.

—Y a mí me pertenece cortar este hilo —replicó Eva. El dolor en su antebrazo vendado palpitó, un recordatorio agudo de todo lo que ya se había roto—. Es la única forma. Para los dos.

Alex bajó la mirada hacia la grava. Respiró hondo, y el movimiento le provocó una mueca. Cuando alzó la vista de nuevo, algo se había apagado en su expresión. Solo quedaba una resignación amarga.

Extendió la mano, un gesto torpe. Eva miró esos dedos, marcados por arañazos y tierra seca. Por un instante absurdo, pensó en tomarla, en sentir su calor contra la frialdad que se le instalaba en los huesos.

Pero él, en el último momento, giró la muñeca. La palma abierta se convirtió en un leve movimiento de despedida, un adiós discreto y

final.

—Buena suerte, enfermera Voss —murmuró.

Eva tragó en seco. Asintió una vez, un movimiento brusco de la cabeza. Luego se dio la vuelta y caminó hacia su coche antiguo, aparcado unos metros más adelante en el camino. La grava crujió bajo sus botas, un sonido que le pareció ensordecedor.

Al abrir la puerta, el chirrido del metal oxidado rasgó el crepúsculo. Subió, colocó el maletín en el asiento del copiloto. La llave giró en la cerradura con un chasquido seco. El motor tosió una vez, dos, antes de arrancar con un gruñido.

Pisó el embrague, metió la primera. Al levantar la vista al espejo retrovisor, la imagen se le clavó en el pecho.

La silueta de la mansión Blackwood se recortaba, enorme y sombría, contra el cielo morado que se oscurecía detrás de los pinos. Y frente a la puerta de servicio, la figura de Alex, inmóvil junto a la motocicleta, haciéndose más pequeña, más distante, con cada centímetro que el coche avanzaba por el camino privado.

Las palabras del inspector Croft resonaron entonces en su mente, no como un pensamiento, sino como un eco físico, una campana de hielo que le golpeó por dentro: *'Usted tiene una forma de estar muy tranquila ante la muerte, enfermera Voss.'*

Eva apretó los dientes. Pisó el acelerador. El coche saltó hacia adelante, tomando velocidad. No miró atrás.

# CAPÍTULO 34: DESPEDIDAS

La luz del atardecer entraba por la ventana estrecha de su habitación, un rectángulo líquido y anaranjado que se derramaba sobre la cama sin deshacer. El aire olía a cera de pisos y al sudor frío que se le había secado en la piel. Eva no encendió la lámpara.

Su maleta, una bolsa de viaje de tela oscura, estaba abierta sobre el colchón. Metió la ropa doblada con movimientos mecánicos: los pantalones, las camisas, la bata que ya no usaría. Cada prenda caía en el fondo con un susurro de tela. El maletín de enfermería que Alex le había devuelto ocupaba un lado. Al acomodarlo, sus dedos rozaron algo duro y rectangular dentro del bolsillo lateral.

Se quedó quieta. La respiración se le cortó un instante.

Sacó el estuche de cuero negro. El frío del metal ya se filtraba a través del material gastado. Lo sostuvo en la palma, midiendo su peso exacto, el contorno familiar de las iniciales ‘A.T.’ grabadas en relieve bajo su pulgar.

No era evidencia. No era un recuerdo. Era una pregunta sin respuesta, clavada en el centro de todo lo que había ocurrido. Timothy lo había guardado. ¿Por qué? ¿De quién era? ¿Qué había hecho con él?

Un dolor punzante le atravesó el antebrazo derecho, una protesta sorda del vendaje tosco que llevaba. El corte palpitaba al ritmo de su corazón. Recordó el filo de la rejilla oxidada, el miedo agudo, la decisión tomada en la oscuridad del almacén. Recordó la jeringa llena, el líquido transparente, el monitor mostrando la línea verde que se desintegraba en caos.

No había paz en lo que había hecho. Solo un silencio vasto y frío, como el que ahora llenaba la habitación. Pero dentro de ese silencio, algo se había solidificado: una determinación de acero, afilada y sin remordimientos.

Abrió el estuche. El escalpelo descansaba sobre la seda descolorida, el mango de ébano oscuro como la noche, la hoja de acero reflejando un destello tenue de la luz agonizante. No lo tocó. Solo lo observó, como quien reconoce un arma que, tarde o temprano, tendrá que blandir.

Cerro el estuche con un clic suave. Buscó entre su ropa una prenda interior de lana, la enrolló alrededor del objeto y lo hundió en el fondo de la maleta, bajo todo lo demás. Allí quedaría. Esperando.

Al cerrar la cremallera, el sonido rasgó el silencio sepulcral como un grito.

Y entonces, otro sonido lo siguió.

Un crujido agudo, seco, proveniente del pasillo. No era el crujido habitual de la madera vieja de la mansión. Era más deliberado. Un paso que se posaba con cuidado, pero que no podía evitar la protesta de una tabla suelta.

Eva se congeló en medio de la habitación, la mano aún sobre la maleta cerrada. Contuvo la respiración. Escuchó.

Los pasos se acercaban. Lentos. Metódicos. No eran el taconeo ligero y nervioso de Eleanor, ni el arrastrar cansado de la señora Gable. Eran pasos pesados, masculinos, que se detuvieron justo al otro lado de su puerta.

No hubo llamada. No hubo golpe.

Solo el silencio cargado de alguien que estaba allí, al otro lado de la madera, escuchando igual que ella.

La puerta de su habitación no se abrió.

Los pasos pesados retrocedieron, alejándose por el pasillo con la misma lentitud calculada con la que habían llegado. Eva permaneció inmóvil, el aire atrapado en sus pulmones, hasta que el sonido se desvaneció en las entrañas de la mansión. No era Croft. El inspector ya se había ido. Tampoco Alex. Estos pasos tenían una cualidad administrativa, glacial. Cerberus haciendo su ronda final.

Exhaló. El sonido tembló en el aire quieto.

Tomó la maleta. Su peso era insignificante, apenas un puñado de pertenencias y un secreto de acero enterrado en el fondo. Al salir al corredor, la luz era ya un líquido gris y espeso, el crepúsculo filtrándose por los altos ventanales y pintando largas sombras esqueléticas sobre el suelo de madera.

Eleanor no estaba en el vestíbulo. La encontró en el salón, de pie junto a la chimenea de mármol negro, vacía y fría. Su silueta se recortaba contra el ventanal que daba al jardín sumergiéndose en la penumbra. No se volvió al escuchar entrar a Eva.

—Ya está —dijo Eva. Su propia voz sonó extraña, como si perteneciese a otra persona.

La mujer mayor asintió, un movimiento lento y pesado. Cuando finalmente giró, la luz mortecina le iluminó el rostro. Los ojos verdes, antes vivaces y calculadores, ahora parecían pozos sin fondo, rodeados por una red de líneas finas que el llanto había grabado a fuego. Su cabello plateado, siempre impecable en su corte elegante, mostraba mechones sueltos que enmarcaban una palidez translúcida.

Con una mano que apenas temblaba, Eleanor extendió un sobre. No era el mismo de antes. Este era más grueso, de papel color crema y textura áspera.

—Para un nuevo comienzo —articuló, y las palabras se quebraron en el centro, como un hilo tensado de más—. Lejos de aquí.

Eva no se acercó. Observó el sobre, luego la mano que lo sostenía, los nudillos blancos por la presión.

—Ya hubo un pago.

—Este no es pago. —Eleanor cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, brillaban con una humedad que no se derramaba—. Durante años… cada noche, al acostarme, estaba segura de que esa sería la noche en que Timothy mataría a Oliver. O a mí. Vivía con esa certeza como otros viven con el latido del corazón. Era el aire que respiraba.

Un sollozo seco, sin lágrimas, le sacudió el pecho. Lo ahogó con un puño apretado contra los labios.

—Usted… —continuó, mirando a Eva directamente, con una intensidad desesperada—. Usted terminó con esa pesadilla. Y por eso le doy las gracias. Dios me perdone, pero se lo doy.

Eva sintió un frío que se extendía desde su centro hacia las extremidades. No era compasión. Era el reconocimiento de un abismo similar, un espejo distorsionado. Ella había escapado de una prisión de indecisión; Eleanor, de una de terror perpetuo. Ambas celdas, sin embargo, dejaban el mismo vacío aterrador al ser abandonadas.

—No me dé las gracias —respondió, y su tono fue plano, profesional, el de una enfermera dando un pronóstico—. Fue un trato. Usted obtuvo su silencio. Yo, el mío.

Caminó hacia ella y tomó el sobre. Sus dedos rozaron los de Eleanor. Estaban helados, como la piedra de la chimenea.

Al contacto, la mujer mayor se estremeció. Inclinó la cabeza hacia el sobre que ahora Eva sostenía y susurró, tan bajo que las palabras casi se perdieron en el susurro del viento contra los cristales:

—Él tenía más cómplices, ¿sabe? Gente a la que le gustaba… mirar.

El aire en la habitación pareció espesarse. Eva no preguntó. Sostuvo la mirada de aquellos ojos verdes, hundidos en la culpa y un conocimiento terrible.

Eleanor dio media vuelta, enfrentándose de nuevo al ventanal y a la oscuridad que se tragaba el jardín. La conversación había terminado.

La advertencia, sin embargo, quedó flotando en el aire frío del salón, otra sombra más entre las que alargaba el crepúsculo.

El camino de grava crujió bajo sus ruedas como huesos rotos. El coche antiguo avanzaba a paso de caracol, los faros cortando la penumbra azulada del anochecer. A veinte metros de la puerta de servicio, la figura de Alex se recortaba contra el tronco de un roble, apoyado en su motocicleta. Una pequeña mochila militar descansaba a sus pies.

Eva detuvo el vehículo. El motor tosió un par de veces antes de calmarse en un ronroneo irregular. A través del parabrisas sucio, observó cómo él se separaba de la moto. Su movimiento fue torpe, una secuencia de compensaciones: mano en el asiento para impulsarse, peso desplazado hacia la pierna buena, una pausa para recuperar el equilibrio. La cojera era más pronunciada que horas antes. El moretón alrededor de su ojo izquierdo había madurado a un violáceo oscuro, hundiendo el párpado casi por completo.

Bajó del coche. El aire olía a gasolina derramada, a tierra removida por las llantas y al dulzor podrido de las hojas caídas que alfombraban el bosque. Un silencio denso, roto solo por el tictac del motor al enfriarse.

Alex se acercó arrastrando los pies. En su mano derecha sostenía el maletín de enfermería de Eva.

—Lo tenía en el cobertizo —dijo. Su voz sonaba ronca, gastada—. Pensé que no querrías volver por él.

Eva extendió la mano. Sus dedos se cerraron alrededor del asa de cuero. El gesto fue puramente transaccional. Sus nudillos rozaron los suyos; la piel de Alex estaba fría.

—Gracias.

Él asintió, una inclinación breve de la cabeza. Sus ojos marrones, normalmente atentos, parecían empañados por el dolor o la fatiga. Miró más allá de ella, hacia el camino que serpenteaba entre los árboles.

—Conduce sin parar hasta la ciudad. Nada de gasolineras de carretera, nada de moteles de paso. —Hizo una pausa, respirando con cuidado, como si cada inspiración le costara un cálculo—. Y cambia de teléfono. Mañana.

—Lo sé.

—Croft no es tonto. Su archivo sigue abierto.

—Lo sé —repitió Eva, y esta vez su tono fue un filo.

Un espacio de silencio se abrió entre ellos, cargado de todo lo que ya habían dicho y de lo que era imposible articular. El viento susurró en las copas de los pinos, arrastrando una ráfaga de aire aún más frío. Eva sintió el peso del sobre en el bolsillo de su abrigo, el billete de tren, el fajo de dinero. La llave del cobertizo, oxidada, aún le mordía la palma dentro del puño cerrado.

Alex miró hacia la mansión, una sombra gris al final del camino. Luego, de vuelta a ella. Algo en su expresión se quebró, una capa de resignación amarga que cedió por un instante, dejando al descubierto algo crudo y vulnerable.

Eva cerró la distancia antes de que pudiera pensarlo.

Su abrazo fue breve, duro, una colisión de cuerpos magullados. Ella enterró la cara en la chaqueta de cuero de Alex, inhalando el olor a tierra, a sudor seco y a hierba. Él rodeó su espalda con un brazo, el otro permaneció rígido a su costado —las costillas, recordó ella—. La presión de su cuerpo fue un destello de calor en medio del frío que la habitaba, un recordatorio tangible de una conexión que ya estaba condenada.

Fue él quien se separó primero, con un gruñido ahogado. Una mueca de dolor le tensó la mandíbula. Retrocedió un paso, recuperando su equilibrio precario.

—Vete —dijo, y no fue una súplica, sino una orden.

Eva dio media vuelta. Subió al coche. La puerta chirrió al cerrarse, un sonido familiar y agonizante. Introdujo la llave en el contacto. La mano le tembló ligeramente, sólo un instante, antes de girarla.

El motor arrancó con un gruñido, tosió, y luego agarró. Puso la marcha. A través del cristal lateral, vio a Alex inmóvil junto a su motocicleta, una estatua magullada vigilando su retirada.

Apretó el acelerador. La grava saltó bajo los neumáticos. En el espejo retrovisor, la figura de Alex se fue empequeñeciendo, fundiéndose con las sombras alargadas del bosque. La mansión Blackwood desapareció detrás de un recodo del camino.

Solo quedó el túnel de ramas desnudas, el traqueteo del coche sobre la grava y el latido sordo de su propio corazón, marcando el ritmo de una huida que, de repente, ya no se sentía como un escape.

# CAPÍTULO 35: LA NUEVA NORMALIDAD

El motor del coche antiguo se apagó con un último estertor, dejando un silencio denso que se llenó de inmediato con el zumbido lejano de la ciudad. Eva no abrió la puerta.

Sus dedos permanecieron en el volante, la mirada escrutando la calle a través del parabrisas sucio. La luz de las farolas, amarillenta y enfermiza, caía en pozos desiguales sobre la hilera de coches aparcados, dejando profundas bolsas de oscuridad entre ellos. Su edificio de apartamentos, una mole de ladrillo descolorido con ventanas ciegas, se alzaba al otro lado de la acera. El aire olía a basura urbana, a concreto húmedo de una lluvia reciente y a gasolina barata.

Dos horas de carretera. Dos horas de vigilia absoluta, revisando cada faro que se acercaba por el retrovisor, cada sombra en los arcenes. Ahora, la paranoia no era un fantasma; era un protocolo.

Su mirada, gris y meticulosa, recorrió cada vehículo. Un compacto azul con un asiento infantil. Una furgoneta de reparto. Un sedán negro, tres puertas más abajo.

Se inclinó hacia delante, entrecerrando los ojos.

El sedán era oscuro, sin distintivos. Las placas estaban sucias, intencionadamente embarradas, imposibles de leer desde esa distancia. No había luz en el interior, ni el tenue brillo de un

cigarrillo. Pero el capó, justo sobre el guardabarros delantero, reflejaba la humedad de la calle de forma diferente al coche aparcado detrás. Más frío. Como si el motor se hubiera apagado hacía poco.

Eva exhaló lentamente, un suspiro que no liberó tensión alguna. No tenía opciones. Su apartamento era el único punto de recalada que le quedaba, el único lugar donde podía cambiar de ropa, pensar, reagruparse. Y el sobre de Eleanor, grueso en el bolsillo de su abrigo, necesitaba ser escondido.

Abrió la puerta. El chirrido del metal oxidado sonó como una alarma en el silencio de la calle. Salió, recogiendo su maleta y el maletín de enfermería del asiento del copiloto. El peso familiar del estuche de cuero, dentro del maletín, era un punto de anclaje.

Cruzó la acera con pasos rápidos y silenciosos, la espalda recta, los sentidos desplegados. No miró hacia el sedán. Miró las ventanas de los pisos bajos, buscando el movimiento de una cortina, la silueta de un observador. Solo encontró oscuridad y el reflejo fantasmagórico de la farola.

La puerta del edificio cedió con su llave, con un clic que resonó en el vestíbulo mal iluminado. Subió las escaleras, evitando el tercer escalón que crujía por pura memoria muscular. El aire olía a frito rancio y a lejía barata. En el rellano de su piso, se detuvo.

La puerta de su apartamento, de madera barata y pintura descascarada, estaba intacta. El cerrojo parecía igual. Pero en el suelo, justo bajo el umbral, asomaba una esquina de papel blanco.

Eva dejó la maleta en el suelo sin hacer ruido. Se agachó, los músculos de su antebrazo derecho protestando con un dolor sordo bajo el vendaje tosco. Con dos dedos, extrajo el papel. Era una fotografía en blanco y negro, de bordes desgastados y ligeramente curvados, como si hubiera estado guardada durante mucho tiempo.

La imagen mostraba la entrada trasera de la Mansión Blackwood, la puerta baja casi oculta por la hiedra, capturada desde la espesura de

los arbustos. La perspectiva era la de un observador oculto. La luz era diurna, grisácea.

Eva dio la vuelta a la fotografía. En el dorso, en la esquina inferior derecha, una frase escrita a mano con tinta roja, una caligrafía pulcra e impersonal:

**La vigilancia es recíproca.**

No hubo latigazo de miedo, solo un frío que se asentó en sus huesos, tan familiar ya como su propio pulso. Lo dejó caer sobre la maleta. Introdujo la llave en la cerradura, giró, y empujó la puerta hacia la oscuridad de lo que ya nunca sería su refugio.

El apartamento exhalaba un aroma a polvo quieto y a cera de piso barata, el olor de un lugar deshabitado durante días. La luz de la bombilla LED del techo bañaba todo con una claridad fría y quirúrgica, sin calor. Eva cerró la puerta a sus espaldas con el mismo clic definitivo, dejando la fotografía y la maleta en el suelo del vestíbulo.

No encendió más luces. Se quedó inmóvil, respirando el aire enrarecido, escuchando el eco hueco de sus propios pasos que aún resonaba en el piso laminado. Luego comenzó a moverse.

No fue un registro frenético. Fue una inspección metódica, forense. Los ojos grises, ahora herramientas de medición, recorrieron cada centímetro. La repisa junto a la ventana: el pequeño jarrón de cerámica verde, regalo de Maya, estaba girado. El asa, que siempre miraba hacia el centro de la habitación, apuntaba ahora cinco grados hacia la pared. En el baño, la puerta del armario de medicamentos, que solía cerrarse con un chasquido seco, ahora se ajustaba con un roce suave, como si los goznes hubieran sido lubricados.

Su teléfono, abandonado sobre la mesa de formica de la cocina, comenzó a vibrar. El zumbido sordo contra la madera falsa era un latido irregular en el silencio. La pantalla iluminó la penumbra con un brillo azulado. **MAYA** parpadeó, una llamada perdida del mundo anterior.

Eva no se acercó. Observó desde el umbral del pasillo cómo el dispositivo temblaba, cómo la luz bailaba sobre la mesa manchada, cómo finalmente se apagaba. El nombre desapareció, sustituido por la hora digital: 23:17. La misma hora en que había declarado la muerte de Timothy. Un guiño macabro del universo, o de su propia memoria. Dejó que la llamada se perdiera. No era el momento para explicaciones, para el consuelo hueco de una vida que ya no le pertenecía.

El silencio regresó, más denso.

Se dirigió al maletín de enfermería, que había dejado junto al sofá desgastado. Se arrodilló, el vendaje del antebrazo derecho tirando de la piel con un dolor sordo y familiar. Abrió las hebillas, el cuero crujió. Dentro, entre rollos de gasa y paquetes de guantes estériles, su mano encontró la textura suave y fría del estuche.

Lo sacó. El estuche de cuero negro, sin marcas en el exterior, pesaba más de lo que su tamaño sugería. Lo sostuvo sobre su palma abierta, sintiendo el contorno rectangular del escalpelo en su interior, la promesa de las iniciales 'A.T.' grabadas en el ébano. No era evidencia. Era una pregunta. Un arma. Una parte de ella ahora.

Al levantarse, algo crujió bajo la suela de su bota. No era el crujido de la madera vieja. Era seco, calcáreo.

Se agachó de nuevo, apartando el maletín. En el suelo, cerca de su pie, yacía un pequeño fragmento de yeso, de un blanco nuevo y poroso, distinto al tono amarillento del resto. No estaba allí cuando se fue. Levantó la mirada, siguiendo una línea imaginaria desde el fragmento hacia el techo.

Allí, en el techo del baño, la rejilla de ventilación cuadrada de plástico blanco estaba ligeramente descentrada. Uno de sus bordes sobresalía un milímetro, rompiendo la simetría perfecta del marco. No era un error de instalación. Era una marca. Una firma.

Alguien no solo había entrado. Había observado. Había esperado, encima de ella, en el oscuro conducto que conectaba todos los

apartamentos. La vigilancia, como decía la fotografía, era recíproca. Y ahora sabía que su santuario, el último lugar que debería ser suyo, nunca lo había sido.

El suelo de la sala de estar era frío a través de la tela de sus pantalones. Eva se deslizó hacia abajo, apoyando la espalda contra la pared, y abrió el estuche de cuero sobre sus rodillas. El interior estaba forrado de terciopelo negro, desgastado en los bordes. El escalpelo descansaba en su molde, su mango de ébano oscuro como una promesa.

Lo tomó. El metal de la hoja, perfectamente equilibrado, era frío y pesado en su palma. Lo giró bajo la luz de la lámpara de techo. El filo reflejó la bombilla con un destello cegador y breve, una línea de plata pura. Las iniciales 'A.T.', grabadas en el ébano, se sentían ásperas bajo la yema de su pulgar. No eran decoración. Eran una firma. Una identidad que ahora se entrelazaba con la suya.

Un movimiento en el borde de su visión la congeló.

Fuera, en la estrecha franja de callejón de incendios visible desde la ventana lateral, una sombra se deslizó contra el ladrillo del edificio contiguo. No era un gato. Era demasiado alta, demasiado recta. Desapareció tan rápido como había aparecido.

El antiguo instinto, el de esconderse, apagar la luz, contener la respiración, se alzó en su garganta. Lo ahogó con una exhalación deliberada. Ya no.

Se quedó sentada, el escalpelo descansando sobre su muslo. Observó la ventana lateral, la cortina de algodón barato descolorida por el sol. No había necesidad de correrla, de exponerse. La sombra ya se había ido. El mensaje estaba recibido. Su apartamento estaba vigilado, su regreso, esperado. Cualquier movimiento precipitado sería un error.

El vacío que había sentido en el pecho desde que dejó la mansión no se llenó de calor ni de furia. Se asentó, quieto y pesado. No era el momento de buscar. Era el momento de aceptar. Aceptar que ya no

había refugio. Aceptar el peso del escalpelo en su mano. Aceptar que la persona que había entrado en la Mansión Blackwood hacía semanas no era la misma que ahora estaba sentada en el suelo de su apartamento allanado.

Envolvió la hoja del escalpelo en un paño de limpieza que sacó del maletín, haciendo un paquete compacto. Lo deslizó en el bolsillo interior de su chaqueta, contra las costillas. El peso era reconfortante, un recordatorio tangible. Tomó la fotografía anónima del suelo, la dobló sin mirarla, y la guardó junto al sobre grueso de Eleanor. Dinero para un nuevo comienzo. O para desaparecer.

Su dedo encontró el interruptor de la luz y lo apagó. La habitación se sumió en una penumbra grisácea, iluminada solo por el resplandor anaranjado de la calle. No se quedó a esperar en la oscuridad, pero tampoco salió por la puerta trasera hacia el callejón.

En su lugar, recogió su maleta y su maletín. Regresó al vestíbulo, a la puerta principal por la que había entrado. Abrió la puerta con el mismo cuidado silencioso, recogió la llave y cerró tras de sí. Bajó las escaleras, evitando el escalón que crujía, y salió a la calle por la entrada principal.

El sedán negro seguía allí, inmóvil. Eva caminó directamente hacia su coche, subió y arrancó el motor. No miró hacia el callejón, ni hacia la ventana del tercer piso del edificio de enfrente. Condujo lentamente, alejándose de la acera, y se perdió en el tráfico nocturno de la ciudad. No iba a un lugar seguro, porque ya no existía tal cosa. Iba a moverse. A ser una sombra entre sombras. La Eva que necesitaba esconderse había muerto en la mansión. La que conducía ahora solo necesitaba sobrevivir, y el escalpelo en su costilla era la prueba de su transformación.

# EPÍLOGO: PERO HABÍA UN HILO SUELTO.

La luz fluorescente parpadeaba sobre el expediente abierto. El inspector Daniel Croft apoyó los codos en el escritorio de metal frío. Fuera, la comisaría nocturna murmuraba. Su mirada, avellanada y cansada, recorría una vez más las líneas del informe final sobre Timothy Blackwood. Muerte por causas naturales. Cerrado.

Su pulgar rozó el borde de la fotografía adjunta de Eva. Cabello castaño recogido, ojos grises que no habían parpadeado cuando él mencionó la calma ante la muerte. Demasiado control. Era otra cosa. Una aceptación plana, como si el resultado hubiera sido esperado.

Croft pasó la página. La declaración de Eleanor Blackwood. La señora Gable. El informe del doctor Hale. Una coartada perfecta.

Pero había un hilo suelto.

Se inclinó. Los tiempos de la última ronda de Eva. Había anotado la administración a las 22:50. La llamada a la señora Gable a las 23:17. Veintisiete minutos. Un intervalo razonable. Demasiado razonable. En su experiencia, la tragedia rara vez encajaba en segmentos tan pulcros. Había un vacío. Un espacio de silencio.

Un ruido de pasos se detuvo frente a su puerta.

—¿Sigues con lo de Blackwood? —preguntó Barnes.

—Archivándolo —respondió Croft, tono neutro.

—Buen hombre. Caso triste, pero limpio. ¿Para qué revolver?

Croft asintió, mecánico. Barnes se alejó. Para qué revolver. Porque el instinto no se calmaba. Porque había visto la mirada de esa mujer. No era la de alguien que había perdido una batalla. Era la de alguien que había cumplido una tarea.

Sus dedos buscaron el cajón inferior de su escritorio. No el archivador general. Este cajón era personal. Sacó una carpeta manila más delgada. En la etiqueta: «PASA DE SER, Eva / Referencia: Desaparición Clara Hargrove».

Abrió la carpeta. Pocas páginas. La foto de Eva. Notas de su interrogatorio. La observación sobre su calma. La mención de Alex, el jardinero, cuya declaración había sido impecablemente vaga. Y un recorte sobre Clara Hargrove. Desaparecida hace catorce meses. Ex novia de Timothy Blackwood. Denuncia archivada.

No había conexión directa. Ninguna prueba. Solo patrones.

Croft tomó un rotulador rojo. Su mano se cernió sobre la portada del expediente oficial de Blackwood. En la línea de «Testigos principales».

Sus ojos se posaron en el nombre.

Luego bajó la mano. El rotulador chirrió contra el papel, subrayando con fuerza:

**EVA.**

La tinta roja parecía sangrar en la página. Un marcador que no pertenecía al archivo oficial.

Cerró la carpeta oficial. No la colocó en la pila de «archivar». La deslizó dentro de su carpeta personal, junto al recorte de Clara Hargrove. Empujó el cajón, que se cerró con un clic.

El caso estaba cerrado para el departamento. Para la justicia.

Pero no para él.

Se recostó. La luz seguía parpadeando. En la penumbra de su mente, ya estaba trazando los próximos movimientos. Una vigilancia discreta. Eva había salido de la mansión. Ahora estaba en algún lugar. Y Daniel Croft tenía la certeza de que tarde o temprano, los hilos sueltos de su historia se enredarían de nuevo.

Esta vez, él estaría allí.

Sus dedos se posaron sobre el teclado. El monitor encendió su rostro con luz azulada. Introdujo las credenciales.

Buscó: PASA DE SER, EVA. ENFERMERA. ÚLTIMO DOMICILIO CONOCIDO.

La pantalla cargó. Una dirección en el distrito sur. Un número de teléfono. Nada de movimientos bancarios recientes. Como si se hubiera evaporado.

Croft amplió la ficha. Una fotografía de archivo: una mujer de rostro serio, pelo castaño recogido, ojos grises que miraban a la cámara sin sonreír. La misma calma. No había miedo. Solo una atención intensa.

Su instinto giró con fuerza.

No era suficiente para una orden. Solo para una visita.

Se levantó. La silla rodó hacia atrás. Tomó su chaqueta. La placa pesó en su bolsillo. No encendió la luz al salir.

El pasillo de la comisaría estaba desierto. Sus pasos resonaron. No iba como inspector oficial. Iba como un hombre que seguía un rastro que solo él podía ver.

La puerta del apartamento de Eva estaba entreabierta.

Croft se detuvo en el rellano, la mano sobre la culata de su pistola. El aire olía a polvo quieto. Por la rendija salía una bocanada de vacío. No había luz dentro.

Empujó la puerta con la punta del zapato. Chirrió. Sacó la linterna. El haz blanco cortó la negrura, barriendo la sala.

Caos controlado.

Un sofá desgastado, una mesa vacía. Nada personal. El haz ascendió hacia el cecho, se detuvo en la rejilla de ventilación de plástico blanco. Estaba descentrada, con una esquina levantada. Marcas de herramientas arañaban el borde.

Croft avanzó. El suelo crujió. Su linterna iluminó un pequeño fragmento de yeso blanco, fresco, de corte limpio, cerca del centro de la habitación. Se agachó, sin tocarlo. Al lado del yeso, casi invisible, había un objeto pequeño y metálico. El inspector inclinó el haz. Era una llave de cruceta, del tipo usado para abrir rejillas de ventilación. No era de Eva. Era de quien la había vigilado.

Se enderezó. Barrió el resto. La cocina: un armario de medicamentos entreabierto, vacío. El dormitorio: la cama hecha, demasiado perfecta. No había maleta. No había ropa.

Pero en el suelo, junto a la cama, el haz de luz captó un destello. Croft se acercó. Era un pequeño estuche de cuero, abierto y vacío. En el forro interior, desgastado, unas iniciales estaban grabadas con tinta casi borrada: A.T. Reconoció el contorno. Era un estuche para un escalpelo quirúrgico. El escalpelo faltaba.

Croft lo dejó donde estaba. No era una enfermera común la que había huido. Era alguien que había reclamado un arma y una identidad que no eran las suyas. La transformación era completa.

Se acercó a la ventana lateral. El cristal estaba sucio. Afuera, el callejón de incendios se hundía en la oscuridad. Pero en el edificio de enfrente, en una ventana del tercer piso, una rendija de luz persistía. Un punto de observación.

Croft apagó la linterna. Se quedó en la oscuridad, respirando el aire del apartamento. No era la escena de una lucha. Era la escena de una conclusión. Eva había llegado, había visto las señales, y había

desaparecido. No como una víctima asustada. Como alguien que sabía. Como alguien que había cerrado su propio misterio médico y ahora operaba bajo nuevas reglas.

Su mente conectó los puntos. La llave de cruceta dejada con descuido. El punto de observación. No era un vigilante profesional; era alguien con acceso, pero sin entrenamiento. La enfermera Gable. Su coartada demasiado perfecta, su disposición a declarar. Había sido el ojo de Timothy dentro de la mansión. Y las iniciales A.T. en el estuche del escalpelo... Adrian Thorne. El cirujano desaparecido, el único cómplice real de Timothy en Cerberus cuyo paradero nadie conocía. El escalpelo era una firma, una advertencia, o tal vez un tributo. Eva se lo había llevado. Y Cerberus... esa red de poder e influencia de la que Timothy era solo una rama podrida. Seguiría operando. Pero ahora tenía un nuevo enemigo que conocía sus secretos desde dentro.

Sacó la radio. El clic del botón sonó seco en el silencio.

—Despacho, habla el inspector Croft. Solicitud de actualización inmediata: incorporen a Eva Voss a la lista de búsqueda prioritaria. Consideración de riesgo: extrema, conocimiento avanzado en toxicología. Caso Blackwood reabierto bajo protocolo de seguridad nacional. El objetivo principal es la recuperación de un activo quirúrgico: escalpelo con iniciales A.T. Investiguen la relación de la enfermera Margaret Gable con el Proyecto Voss y cualquier registro del Dr. Aris Thorne. Repito: Thorne es el nexo.

Soltó el botón. La estática llenó el vacío antes de la confirmación.

Cortó. No apartó la mirada de la ventana sucia, de los callejones oscuros. Allí afuera, Eva ya se estaba moviendo, una sombra que había dejado atrás a la enfermera y ahora solo buscaba sobrevivir. Y Daniel Croft, de pie en el vacío que ella había dejado atrás, supo con certeza que la cacería había comenzado. Pero esta vez, no era solo

una cacería. Era la limpieza de una red que había operado en la sombra demasiado tiempo. Y Eva, sin saberlo, era la llave.

---